



PROGRAMA CULTURAL
EN **BARRIOS**



CONTINENTE DE VOCES

ANTOLOGÍA

Producción de los alumnos de los talleres literarios.

CONTINENTE DE VOCES
ANTOLOGÍA

CONTINENTE DE VOCES

ANTOLOGÍA

Producción de los alumnos de los talleres literarios del

PROGRAMA CULTURAL EN BARRIOS

en los Centros Culturales:

Aníbal Troilo,

Belgrano R,

Cepna,

Colegiales,

Devoto,

El Taller,

Elías Castelnuovo,

Julio Cortázar,

Lino E. Spilimbergo,

Lola Mora,

Roberto Arlt,

Roberto Santoro,

Sebastián Piana

y Tato Bores.

Compilación

Norberto Barleand

PALABRAS PRELIMINARES

En esta Antología que hemos titulado Continente de Voces, participan todos los alumnos que presentaron trabajos en los talleres literarios del Programa Cultural en Barrios. Para realizarla otorgamos impulso a un criterio de pluralidad y amplitud, a una franja inclusiva de propuestas heterogéneas. No realizamos selección alguna: los garantes de este proyecto son los docentes y coordinadores que convocaron a la gente a participar.

Le agradecemos pues a los autores presentes en esta antología. Y a quienes no presentaron obra, porque desde ahora siempre habrá tiempo para presentar en este ámbito augural de futuros encuentros y compromisos, para ampliar la huella, para iluminar caminos, para acortar distancias.

Un merecido homenaje a los 30 años del Programa Cultural en Barrios, 30 años de cultura para todos.

A todos, gracias.





CENTRO CULTURAL
ANÍBAL TROILO

Gorriti 5740. Palermo / Comuna 14.
4771-6292

Coordinadora: **Sara Seminario**
Docente Taller Literario: **Fabián San Miguel**

HAIKUS

Estela Bily

Noche de luna,
titilan las estrellas,
cantan los grillos.

Luces nocturnas,
luciérnagas volando
como faroles.

Truenos lejanos,
relámpagos de fuego
queman los bosques.

Ruidos extraños
en la noche de invierno,
susto en la cuna.

Límpido cielo,
las nubes transparentes
dejan ver el sol.

Quieta laguna
esconde pececillos,
danzan alegres.

Caen las hojas
del temprano otoño,
suave música.

Ligero vuelo

de bellas mariposas
corta el aire.

Verde colibrí
que visitas mi jardín,
alas transparentes.

Alegre rostro,
incipiente sonrisa
muestra al niño.

*Humildes haikus,
mis primeros ensayos
te los dedico.*



LAS CHICAS DE LOS MOÑITOS AZULES

Betty Caballero

Esa mañana se despertó muy temprano. Mientras desayunaba, repasó las actividades del día. Recordó, suspirando contenta... Esa tarde iba a tener otra clase en el taller literario. Había comenzado esa nueva actividad para tener instrumentos y corregir esos relatos que fluían, cual río caudaloso, y que también súbitamente se detenían. “¿Esperando qué?” Se preguntaba, mientras sentía un extraño vacío.

—Tus relatos son auto referenciales como mis pinturas. Menos mal que para escribir te alcanza con un cuaderno y una lapicera, en cambio yo tendría que ir por la vida con un atril y mis pinceles —le dijo alguna vez Alicia—. Hace poco —agregó, casi susurrando— siento que algo le pone freno a tu inspiración, quizás un corte, un irse que dejó un dolor oculto, un vacío.

Le gustaba escribir sobre hojas suaves, disfrutaba cuando la pluma de la gastada lapicera fuente se deslizaba por el papel. Luego corregía en la computadora. Por fin había concluido, en esos días, un largo relato que transcurría en México. Guardaba en una caja azul los manuscritos, eran 11 capítulos igual a 11 libros. Ese número le resonaba cabalístico y de buenos augurios.

Ya camino al taller, mientras cruzaba la concurrida avenida Juan B. Justo, una extraña sensación la envolvió. Sentía que dejaba un lugar y se adentraba a otro tiempo. Distintos avatares habían dividido al barrio en dos: Palermo Soho y Palermo Viejo.

Justamente allí había vivido con su familia, papá, mamá y hermano, en los inicios de la década del 60. Un tiempo que coincidía no solo con grandes cambios externos; estaba dejando la adolescencia, y afloraban intensas sensaciones, que aún no podía dilucidar.

Al llegar al taller, le contaron que la clase había sido suspendida. Saludó a sus compañeros de aventura literaria y decidió volver sobre sus pasos.

Caminó y caminó, pero iba tan extrañamente abstraída que no reparó que en vez de volver a su casa, misteriosamente, había rumbeado hacia esa otra, donde transcurrió parte de su historia.



Se encontró parada frente al club Palermo. Éste había conservado ese estilo característico de club de barrio.

Se angustió al no reconocer, en una primera mirada, nada de su viejo barrio. Pasado el asombro de estar en un lugar del que se había ido hacía tanto tiempo, recostada sobre la vieja pared del club descubrió la vieja panadería: sintió el olor a pan recién horneado.

Justo enfrente, una casa reciclada conservaba una entrada de empedrados. —La vieja “papería”—murmuró para sí.

Y vino a su memoria cuando iba con su hermano a comprar allí, con un pequeño listado que la mami preparaba la noche anterior. El viejo conventillo había devenido en prolijos loft, con pequeñas ventanas.

¿Dónde está el frondoso Palo borracho donde doña Manuela, la dueña de la carbonería y papería, colgaba la jaula donde Misia Pepa, la estridente cotorra que saludaba a todos aquellos que se acercaban a comprar e insultaba a quienes les mostrábamos pedazos de mandarinas y otras frutas, para luego salir corriendo?

Tan abstraída estaba que no reparó en que la noche invernal había llegado. Una tenue niebla había envuelto el lugar. Atinó a reconocer la ventana de su pequeño dormitorio, hoy parte de un restaurante.

Un frío viento la hizo temblar.

Súbitamente, emergiendo de la ya espesa niebla, en medio de la calle, vio venir hacia ella sombras que a medida que se acercaban le aceleraban el corazón.

El farol que pendía a la entrada del club Palermo, con su luz muy tenue, mostraba a tres jóvenes; venían de la mano, mientras risas y suspiros envolvían el lugar. Las tres vestían almidonados guardapolvos con tablitas, prendidos con botones por detrás. Llamaban la atención los grandes moños azules que llevaban en el cuello.

Vinieron hacia ella; la mujer retrocedió, haciéndose una con la pared. Percibió que la atravesaron sin verla. Las tres siguieron caminando hasta que una de ellas se dio vuelta, sus miradas se encontraron, una tenue sonrisa iluminó el rostro de la más joven mientras levantaba una mano, la del corazón. La mujer respondió mientras sentía que sus palmas y dedos se entrelazaban, cual puente que atraviesa el tiempo de un no tiempo.

Luego, así como aparecieron, se esfumaron.

Cuando ella cruzó nuevamente la avenida, supo que no era la misma; ya el extraño vacío había sido colmado, la fisura restaurada.



EL LLANTO

Alejandro Candelario

Anoche me despertó el llanto de mi bebé pero él no lloraba. Me incorporé y lo miré dormir a mi lado. Dormía profundamente, sin llanto. Me acerqué más a él, pero sin tocarlo porque sé que ya no quiere que lo toque. Pensé en llamar a mi marido, que dormía en el comedor, pero no quise que mi bebé nos viera juntos.

No dormí en toda la noche.

A la mañana escuché a mi marido irse, haciendo todo el ruido posible para molestarnos: pasos, baño, pasos, heladera, tostadora, silla, boca, maletín, pasos, puerta. Silencio. Por fin solos y en silencio. Disfrutá, disfrutá, disfrutá... pensaba muy despacio y casi sin respirar para posponer los reproches de mi bebé. Se movió y me quedé muy quieta, rezando, con los ojos bien apretados. Empezó su llanto y me tapé los oídos, pero su fuerza me hacía temblar. Mi bebé estaba despierto y enojado.

Traté de hablarle, de pedirle perdón, pero no me salieron las palabras. Intenté mirarlo a los ojos, como hacíamos antes, pero no pude sostener la mirada y él no me vio. Puse su canción preferida a todo volumen y me fui a prepararle sus mamaderas. Su llanto ahogaba la música e intentaba ahogarme a mí también.

No aceptó ninguna de las mamaderas: ni fría, ni tibia, ni caliente. Y tampoco quiere la leche de mis pechos porque sabe quién los tocaba antes. Sólo quiero que me perdone por ser impura y que todo sea como antes. Si me acerco se retuerce y desvía la mirada. Es mi bebé y no me quiere más, es mi bebé y solo mío; nos pertenecemos y esto no puede seguir así. Tengo que solucionarlo.

La misma canción y el mismo llanto inundan y desbordan la casa a todo volumen. Cierro cortinas y persianas para que la gente deje de mirar a mi bebé. Desconecto el teléfono para que dejen de darme consejos que no pido y ofrecer ayuda que no necesito. Yo amo a mi bebé y él va a volver a amarme y eso es lo único que importa. Todo será como antes. Lo único que debo hacer es obedecerlo y se solucionará. Si tan solo dejara de llorar un minuto vería las cosas mucho más claro.

-Por favor, bebé por favor-, digo mientras lo acerco a mi pecho, en otro intento de reconciliación. Me muerde el pezón con fuerza y odio y lo aparto con miedo. Lloro más fuerte y le grito que se calle; sigue llorando y le grito que lo amo, pero él no es-

cucha y sólo llora, con el llanto de sus dos hermanos muertos y sus hermanos que no fueron, perdidos en preservativos tirados a la basura. Le grito que sé lo que quiere y que haré lo que sea para no perderlo a él también. Mi bebé, mi amor. Sé lo que quiere mi bebé.

Tus hermanitos querían lo mismo pero no supe escucharlos, le digo. No fue mi culpa, no tenía la experiencia necesaria ni estaba lista para ser madre. Ahora es distinto, estoy lista. Sé paciente le digo, sé paciente le grito. Un poco de tiempo es todo lo que necesito, pero sé que queda muy poco. No voy a demorar más. Por dudar, tus hermanitos se fueron. Muerte súbita, dijo el doctor, pero sé que lo hicieron para castigarme por no ser buena madre y amarlos como me amaban a mí, y por no tener el valor para hacer lo que me pedían. Ahora estoy lista.

Calláte, por favor calláte, suplico en vano. Él se fue a trabajar, disfrutemos mientras no está. Pero los dos sabemos que volverá y seguirá entre nosotros, tratando de tocarnos. Mi marido y mi bebé se odian y me odian, eso lo sé. También sé lo que debo hacer. Es tarde para recuperar el amor de mi marido. Él me culpa por todo y yo a él. Pero mi bebé, con su terrible llanto constante, no deja de decirme que me odia y lo que debo hacer para recuperar su amor. Porque me odia por no hacerle caso y complacerlo, pero en el fondo me sigue amando. No dejaré que vuelva a mirarlo o a tocarlo nunca más; él hizo eso con sus hermanos: los alzaba y los mimaba y ahora no están. Ellos simulaban con él, pero sé que lo odiaban. Me decían qué hacer pero no pude escucharlos. Ahora soy una madre de verdad y sé lo que necesita para amarme otra vez.

Todo es rápido cuando llega mi marido: música infantil, llanto, gritos, sangre, música infantil, llanto, llanto.

Un policía me pide que me calme, que suelte el cuchillo, que no lastime al bebé. Abrazo a mi bebé mientras los policías me rodean. Estoy arrodillada, tan cerca de mi bebé y mi marido muerto, en un charco de sangre, que sé que todo estará bien. Hice lo que debía hacer: él no se interpondrá más y mi bebé volverá a amarme. Todo estará bien.

Apagan la música infantil y en la casa solo se escucha el llanto de mi bebé y el mío. Lloramos de alegría.



PRIMEROS GRUPOS SOCIALES

(Capítulo 1 de una novela en “trabajo”)

Rodolfo Canevari

Me desperté esta mañana inquieto, estoy entrando en esa edad que no permite hacer un montón de cosas que hasta hace muy poco tiempo podía.

Ya había visto morir a sus ancianos padres, su mamá tenía 25 años, y su papá 26 años.

¿Cuánto más viviré?

Pronto cumpliré 18 años y de verdad ya me siento viejo, he tenido dos hijos, uno murió al nacer, y me queda uno que está por cumplir los cuatro años, es fuerte; a pesar de su edad sabe desenvolverse bien, con seguridad me va a sobrevivir.

Era conducta en el grupo hacerse cargo de los hijos cuando los padres morían, el abandono de esos niños muchas veces lo llenaba de tristeza, pero tenía la certeza de que no había más que hacer.

De todas maneras intuía que a medida que pasaban los años lograban vivir más años; descubrían nuevas plantas, animales más fáciles de cazar, lugares más confortables.

Él con su mujer y su niño vivían en una cueva, amplia, profunda, que los protegía de los ataques de animales salvajes.

Era muy fría en invierno, debían compartirla con otros miembros de su grupo, esto no le gustaba mucho, pero no dejaba de tener algunos aspectos positivos, el cazar animales era más fácil si el grupo era grande.

A pesar de estar amontonados, le gustaba la posibilidad de estar en ese valle y la cercanía del lago, lo que le permitía, a veces en el verano, sacar peces del mismo, tomar agua fresca, bañarse. Ellos sabían que ese albergue no duraría mucho más tiempo, si las manadas de animales se desplazaban nos les iba a quedar más remedio que trasladarse detrás de los animales.

Mi actividad principal, junto con el resto de los hombres, es traer la comida: animales.

Su grupo había desarrollado una habilidad muy importante para cazar, que consistía detectar una pieza de la manada, seguirla por varios días, llevarla hacia una zona donde no pudiera escapar, cercarla lentamente y, luego, matarla.

Si el animal era muy grande, debían carnearlo en el lugar, pues, a veces, les resultaba difícil transportarlo entero, entonces lo llevaban en piezas, lo que hacía que se desperdiciaran algunos trozos.

Hace poco se me ocurrió que buscando animales pequeños, que inclusive son más fáciles de cocinar, el desperdicio y el transporte es más fácil.

Debería consultarlo con mi grupo, creo que es una buena idea.

Por supuesto que la caza no se llevaba a cabo con las manos, tenían algunas armas, rudimentarias de sus antecesores, pero no hace mucho hemos encontrado un material muy resistente, que al golpearlo se astilla y se obtienen unos elementos cortantes que, añadidos a un palo largo y recto, se convierte en un arma mucho más útil y mortífera que las anteriores.

Su mujer, así como el resto de las mujeres del grupo, no participaban de la cacería. Ellas se dedicaban a recoger los frutos y semillas del suelo, custodiar el fuego para cocinar.

El problema mayor lo tenemos en el invierno, porque los frutos y semillas escasean, no así las raíces, porque escarbando un poco se encuentran buenos alimentos.

Las mujeres también se ocupaban de confeccionar los trajes con los que se cubrían, pero todo dependía de la caza y abundancia de animales. Esas pieles, se cosían lo mejor posible y permitiéndonos soportar el frío.

En este punto de la historia la memoria lo lleva a pensar en los relatos de sus mayores con respecto a cómo hicieron la selección de frutos y raíces, separando los que eran utilizables para alimentarse y los que eran dañinos.

Qué buen invento había resultado el fuego, desde que lo tenían podían asar la carne y además hacer hogueras para paliar el frío.

Notaron que la carne de Mamut cocida resultaba dura, se debe poner muchas horas al fuego para ablandarla, mientras que la de caballo sabe muy bien luego de un rato a las brasas.

Cuando logramos cazar un animal pequeño, el festejo es corrido y todos los componentes del grupo se sienten contentos; contamos historias, algunas que hemos escuchado anteriormente, y otras que vivimos nosotros.

¿De qué forma podremos nosotros dejar hoy algún rastro para las generaciones posteriores sobre nuestra forma de vida?



ENTRAÑAS DE UN INMIGRANTE CON OJOS

Camilo González Ramírez

Cansados por el sol, con sus caras llenas de sudor y sus piernas temblorosas, abren las bolsas de basura que reposan sobre una calle ancha y empedrada, separan cosas que otros, carentes de imaginación, destinan a la muerte o, en el mejor de los casos, a la miseria, porque no solo las personas tienen la fortuna de vivirla. A pocos pasos de distancia, no de condiciones, no de tiempo, toman cerveza fría, sentados sobre la vereda, bajo la sombra del roble, que imponente, protege su terreno de cualquier rayo de sol que intente penetrarlo.

Solo querían permear su realidad, igual que la señora recostada sobre el balcón del frente, morocha, alta y arrugada. Sólo espera el pasar del tiempo mientras acumula en su interior grandes cantidades de grasa y de rencor. Almacena en su cabeza la ilusión de algún día despertar en otro cuerpo, en otra forma, en otro mundo. Quizá en la vereda, quizá abriendo las bolsas, quizá recostada sobre las piedras, rojas, grises y negras, negras como su pelo, grises como su alma, rojas.

Roja mira mi alma, sucia de mente y de tiempo, vestida de un cuerpo joven pero cansado, sentada en el último piso de un edificio en ruinas; las más, observándolos, analizándolos, sin la más mínima intención de remplazarlos, no me importan, solo son importantes para mis ojos, los mismos que hoy quiero quitarme, arrancarme. Desde la raíz, la que está unida al corazón y se lo lleva. Y no sentir. Pero hoy siento. Y dejo de mirar, intento adueñarme de la vida, de la mía, pienso, pienso y vivo, sin querer, vivo y lloro, queriendo, con ganas incesantes de ver en esas gotas de agua y sal el contenido de mi alma, y me la saquen. Y lloro. Pero siento. La mujer del frente deja de mirarme, no quiere remplazar tanta miseria.

Soy cimiento sin historia, sin memoria, recuerdos vacíos diluidos en la nada, no es la nada, es un todo extraño y sin forma, ajeno a los sueños contruidos, abandonados, destruidos. Parece desaparecer el todo. Incursiono de forma intempestiva en la nada. Sin embargo, la nada implica el todo, a su lado, pues no existe la nada sin el todo. La nada en la que me sumerjo no es más que la reafirmación de su existencia, ahora en la distancia.

Y miro: mi vida cerró sus puertas, sólo la observo caminar tras la ventana, encerrado



en el insignificante mundo que hay afuera, sentado sobre su resquebrajado marco azul, desde el ángulo en el que no sólo se ve caminando solitaria, sino que se sienten, con fuerza e insistencia, los cúmulos que hacen ver el cielo menos azul o menos intenso y lo pintan brevemente de blanco, o de gris, o de negro. O de lluvia, de gotitas de agua que te enfrían, que te hacen ver que el oxígeno que debería estar en tu interior está ahora sobre ti, alimentando el frío y no la sangre, mi sangre.

Sólo quedan ruinas, sólo quedo yo. Y tú, con tus ruinas, las mías, las nuestras. Nosotros, renace inquietante este concepto, con el único fin de levantarnos, de prestarnos su estructura y nuevamente ser.

Abro los ojos, los conservo, tal vez para no vaciar sus cuencas, tal vez para seguir dándole curso al desbocado caudal que yace en mi interior, en mi cuerpo, que no es la piel, no es la sal que se agota, de gotas y de sal, son las entrañas, si así se llama el lugar donde hoy te siento, el lugar que aún habitas y en el que juegan permanentemente tus cosquillas, formas intensas y reales, a veces felices, otras dolorosas, pero que siempre regalan vida a lo que tocan, a lo que normalmente no se siente, a lo que duerme abrigado por el vientre, recostado sobre los huesos de la espalda, y que sólo despierta para ser testigo de nosotros, y hablar, y sentir, a través de aquellas formas, la profundidad de un sentimiento que no ha muerto. Que me mata. Siento en mi cuerpo una extraña sensación, percibí el flujo de mi sangre, lo sentí recorrer lentamente mis arterias tras pasar por mi alma y rellenarla.

Entendí. Y dejé de entender.

Ya estaba muerto.

Y sin ojos.



SUEÑOS

Catherine Hardoy

Llueve, llueve
en el aguaribay.
La arena sube
y hace llano
el cauce.
El tiempo transcurre
sin liberar
el agua.
Y llega al agua.
Y se enfrenta
a la arena,
sueña de su libertad.
Allá donde los árboles asoman.



AMIGOS

León Herman

Un amigo que dejó de fumar tuvo una crisis y volvió a engancharse al vicio. Lo hizo a escondidas para no perder el aprecio de sus familiares y compañeros. Había recibido tantas felicitaciones que temía decepcionar a todos. Entonces fumaba en el baño, abría la ventana y luego se comía un caramelo de menta.

El primero en descubrirlo fue su hijo. La noticia se difundió rápidamente y lo enloqueció.

Un día lo encontré por la calle en un estado lamentable. Lo invité a un bar y charlamos mientras tomábamos una gaseosa y comíamos hamburguesas. Antes de separarnos me comentó lo bueno del encuentro.

Al poco tiempo me crucé con el hijo y me comentó que el padre había dejado de fumar. Comía únicamente hamburguesas con gaseosas: era un obeso de más de 120 kilos y todos los días iba a McDonald.

Me pidió que lo llame y así lo hice. Nos citamos en un bar. Tomamos whisky y charlamos largo y tendido. Nos despedimos y ayer me enteré, también por el hijo, que había adelgazado y que concurría dos veces por semana a alcohólicos anónimos.

Esta vez no me pidió que llame a su padre.



BAR

Jorge Freiria

El bar está allí. Inmutable. Perpetuo. Fuera de tiempo.

De nuestro tiempo. De eso que llamamos tiempo, el que así nos inculcaron y aceptamos que debía ser.

Aquí, en el bar, eso no existe.

No digo que falten aquellos urgidos que llegan pegados a sus relojes, piden con premura, tragan sin saborear y dejan dinero sobre la mesa al salir corriendo.

¿Hacia dónde? Qué importa.

Pero tales personajes no afectan un ámbito donde hasta la suciedad se eterniza.

Tanta quietud no deja siquiera sospechar su secreto.

¿Cómo podría haber secreto -me dirán ustedes- en una dimensión fuera de toda categoría lógica, sea espacio, tiempo, sustancia, situación o cualquier otra que se nos escapa?

Y sin embargo, estoy en condiciones de afirmar que sí lo hay.

Me refiero a lo que, para el común de la gente, sucedió hace 17 años.

Ella era joven entonces, muy joven, no superaría ese lapso en edad.

O sea que hoy tendrá, o tendría, 34.

Pero no hay hoy en lo que digo.

Vivía..., sí, vivía y nos hacía vivir, allí, a la vuelta, en los fondos de esa casona de largo pasillo.

Él..., siempre hay un él, dejaba entender que su ocupación era hacer changas.

De todo tipo, cargar un bulto, llevar un sobre, arreglar un artefacto, cambiar un cuero, pintar, soldar, lo que fuere.

La cosa era entrar en la casa.

El bar era su centro operativo. Allí se estacionaba, largas tardes, atento a las conversaciones, listo para ofrecer sus servicios.

Ella lo esperaba encerrada. Apenas si asomaba sus encantos. Las excepcionales veces que lo hacía, él lo había permitido.

Perfumaba de glicinas tan solo verla.

Hubo una muerte. Alguien volvió, inesperado. Lo encontró en la casa. Y él acalló que

lo descubrieran.

No trascendió.

Tras una temporada volvió al bar.

Consiguió una changa. Un futuro comprador del boliche le pidió presupuesto para reparar una cañería del sótano.

Bajaron a ver. Pero él no subió. ¿Son temporales las venganzas?

El difunto tenía parientes. Y amigos.

Pesados.

Luego, unos hombres bajaron con bolsas de cemento y arena.

Hace 17 años, años de nuestras fechas, que ella no aparece.

Presa entre bordes de tiempos que fluyen y tiempos detenidos, espera una vuelta.

La calle ha perdido sus glicinas.

El bar está allí. Inmutable.



DE PAR EN PAR (Microcuentos II)

Daniel C. Montoya

Las puertas de la casona estaban abiertas, rotas. En la madrugada, sobre el viejo adoquinado de Villa Urquiza, el camión militar cargado de muebles y electrodomésticos se alejaba detrás de un Falcon con las luces apagadas. El lento ronronear de los motores apenas fisuraba el silencio obligado.

- ¡No te metas! -Susurraron tras unas cortinas que apenas escondían las siluetas en la oscuridad interior-. ¡Por algo habrá sido! -remataron-. Algo habrán hecho -se masculló en la casa vecina. Las otras ventanas guardaron silencio expectante.

El operativo relámpago había sido eficaz. Nadie escapó. Las puertas de la casona quedaron de par en par. Nunca más se supo de ellos. Sólo pasaron a engrosar la lista los que no están.

MEMORIA

Mabel Prandi

La memoria es algo extraño...

-¿Qué debe estar haciendo Cecilia en estos momentos?- me pregunté.

Durmiendo por supuesto.

Debe estar profundamente dormida, arropada por las tinieblas de su pequeño y extraño mundo.

Recé para que no tuviera sueños amargos.

Me pregunto por qué no puede salir
de ese tenebroso mundo que ella misma se crea.

¿No podrá olvidar algo terrible?

Sucesos que por supuesto ignoramos.

¿No habrá para ella un mañana promisorio
un ver -sino feliz- al menos con más entusiasmo?

Y olvidar, o al menos tranquilizar su memoria,
desgranarla, desmenuzarla,
y quedarse con lo mínimo
para vivir con dignidad,
una tranquilidad que le permita
seguir transitando sin tanta angustia.

¿Habrá palabras que puedan

expresar la secreta agonía

de su alma al recordar

la tortura de los miedos de su infancia?

Algo en su vida le ha causado un daño irreparable,
como la tiranía de los débiles sobre los fuertes.

Tiranía efectiva, que la ha agotado.

¿Fue inevitable que eso ocurriera?
porque la vida



siempre tiene
otro modo de vivirla.
Hay que encontrarlo.
Puede ser que por esperar el llamado de un ser
por ella querido,
haya ido dejando de lado todo lo demás,
ansiendo que sus deseos
fueran cumplidos
y no lo han sido.

La mantienen aún con vida
su memoria en sus recuerdos,
pero ya no tiene la fuerza necesaria para seguir.
¿Sufre o siente algo el feto en el útero de la madre?
Si es así ¿qué habrá sucedido con Cecilia?
¿Ha acumulado cosas desde esa época?
Eso sería terrible, pero uno a veces debe hacer lo mejor
con lo que tiene.
No sabemos qué clase de relación tuvo con sus padres.
Aunque a veces hay que elegir ser feliz a tener razón.
No permitirle al otro que se convierta en mala persona.
Como dijo Oscar Wilde: Vivir no es un ensayo general,
es la vida.
Quisiera que Cecilia entendiera que la libertad es poder
decir a los demás lo que no quieren escuchar.
¿Qué dosis de recuerdo puede soportar un hombre?
¿Es verdad todo lo que se recuerda?

VIENTO

Ignacio Otero

Un rectángulo deforme abarca una pequeña parte de la sala y se refugia del lado de los ventanales en busca de libertad, o quizá sólo de iluminación. Once torsos silenciosos llenan de palabras cuadernos, hojas, carpetas. Cada tanto se detienen para buscar gomas de borrar o sacapuntas y los guardan después de usarlos. Una rendija en una ventana deja pasar una fría y seca brisa que se escabulle dentro de la ropa de uno de ellos. Se estremece. Dos ventiladores giran cortando el aire y la imagen de dos personas. Se ven sucios. Una chica se levanta y camina hasta una mujer que lee desde hace un rato y le habla. Sus palabras no se escuchan debido al ensordecedor ruido que provoca el viento de los ventiladores, que ahora ya no están debajo. La chica del pelo teñido deja apurada la habitación

El viento sopla y silba entre los edificios azotando a los resistentes e invencibles árboles, se abre paso entre sus nuevas hojas primaverales para ser frenado por los vidrios de las ventanas de un edificio. Tras una de ellas, un gran salón; dentro, una chica. Dueña de dos llamativos ojos azules, de nariz achatada e invadida por pecas y pelo negro como la oscuridad, come una jugosa empanada de carne y hace malabares para esquivar las grasosas gotas que brotan y chorrean en cada bocado y mira hacia la calle.

Poca gente en la calle, mucha en los automóviles. El viento es fuerte y empuja a los caminantes hacia el sur. Una señora pasea a su perro y, de espaldas al norte, camina rápido. Varias alarmas suenan en el momento en el que a un ciclista acelerado lo empuja una ráfaga contra un auto que frena bruscamente obligado a decidir por el amarillo del semáforo. A la señora del perro le arranca el rojo sombrero que lleva en la cabeza, lo que deja ver siete rulos turquesas aferrados a su lacio pelo. El ciclista golpea el auto con una rodilla y la pera, y sale despedido para pegar violentamente contra el poste indicador de calles clavado en el cemento a un lado de la señora, en la esquina. Se desploma, inerte.

La chica del pelo teñido, en el baño subterráneo que había auxiliado su apuro, se



sobresalta al oír chirriar las ruedas del auto contra el asfalto. En puntas de pie, se asoma por una ventanita que se abre a la altura del borde de la vereda. No consigue ver mucho. Un instante después, la de la nariz achatada gira la cabeza y ve la última secuencia: el ciclista recostado sobre la vereda y el sombrero rojo a mitad de camino entre la mujer y su edificio. Al principio se ríe, casi una carcajada entera, y luego baja por la escalera de emergencia a la calle ya sin reír y desabrigada. La del sombrero rojo, indiferente al accidente, corre detrás del secuestrado, desesperada por no mostrar la ridiculez de sus rúleros. Al no conseguir ver nada, la que se encuentra en el baño sube motivada por los gritos de lo que parecía una señora. La morocha caza al vuelo el sombrero rojo y lo sostiene en la mano izquierda quebrando la cadera en actitud ganadora. La dueña del sombrero y del perro, perdido durante la conmoción, se acerca intranquila a la fanática de la empanada y no llega a quitárselo antes de que una gorda gota lo alcance y sea absorbida por la lana y de que un mocoso estornudo rocíe la superficie interna. “Por no llevar abrigo”, bromea la recién llegada con una sonrisa y ladridos de fondo.

Las tres mujeres se enfrascan en una discusión sin sentido que parece interminable. El humor desaparece y la situación se torna violenta, ninguna está dispuesta a ceder. Se reclaman entre sí la mancha en el gorro, la risa y el chiste fuera de lugar y la preocupación innecesaria. Cerca están de batirse a duelo cuando el perro se acerca y muerde la manga del caro abrigo de la señora mayor y tira hacia la esquina, llorando. Las tres dejan de discutir para tratar de entender. Arrastrada por el perro, la señora llega a destino seguida por las otras dos; todavía no comprende. Consigue su sombrero ágilmente y se lo pone sin asco. El perro lame al ciclista sin dejar de llorar y mira a su dueña, lame y mira.

Las tres entienden y, con un nudo en la garganta todavía calentita por la empanada, la chica se acerca para palparle el pulso. Las tres mujeres se miran y lloran; lloran fuerte. Las sirenas cada vez más cerca dan indicios de que la ambulancia está por llegar. El viento golpea el rompevientos del difunto y lo hace gritar. La ciudad yace quieta, gris, ventosa.

SITUACIÓN SOCIAL EN ARGENTINA

Carlos Rempel

El deterioro de las formas cotidianas de vida, de los habitantes de nuestro país va creciendo día a día, ya sea en educación, en salud y seguridad, el diagnóstico, quiero pensar que es unánime, en los niños específicamente, ya sea por alimentación inadecuada, falta de un plan educativo a largo plazo, en serio, sin políticas partidarias ni egoístas, que contemplen estadísticas y seguimientos con controles de alumnos, sin baches. Educar en todo el sentido de la palabra, sin formación de eruditos, es decir lo más elemental de los conocimientos, para que puedan discernir y comprender por motus proprio.

La tarea no es sencilla ni fácil. Si no hacemos nada y miramos cómo nos hundimos como país, seremos cómplices responsables de esta situación. Sin educación ni conocimiento no hay vida, es lo único que nos hará verdaderamente libres, a pesar de las dificultades, no es posible que en el país de la abundancia de materia prima alimentaria esté ocurriendo, ya sea por mala administración o por negociados que benefician a unos pocos en perjuicio de la mayoría. Para que nuestro país se ponga de pie y se transforme en una Nación es necesario que todos los estamentos, es decir, Poder Ejecutivo, Legislativo y Judicial, operen correctamente. Cuando haya que juzgar a funcionarios, cualquiera sea su rango, se efectúe en tiempo y forma y no después de muchos años, cuando ya todo no tiene sentido. De no ser así, el futuro nos verá desenvolvernó en devaneos cada vez más profundos hasta llevarnos a la disociación total. Me consta que en las zonas más vulnerables los docentes trabajan con elementos precarios, luchando con condiciones climáticas adversas y poniendo todo el amor y dedicación posible.

Después de esta crisis, con pandemias incluidas, no tenemos ni debemos dejar pasar ninguna oportunidad para superarnos, no importa cómo caímos, lo importante es cómo nos levantamos.

La falta de referentes con identidad ética es otro problema para agregar a la lista. A pesar de la crisis mundial, debemos tener la fe suficiente y necesaria para salir de esta situación, y estoy seguro que entre todos lo podemos lograr.



EL INCREÍBLE ASCENSO DE GORLERO, EL PINGÜINO

Alejandra Soldano

Para mis hermanos Carlos Leandro y Roberto

Podría haber sido cualquier calle pero no lo era. Las magnolias florecían en los balcones de esa, su calle. Así que, disfrutando del cielo cristalino y frío, entrecerró sus ojos color ámbar y se dejó llevar. Giró hacia arriba y sobre sí mismo y comenzó a atravesar los tiempos, los espacios. Volvió a transitar los campos de batalla, y siguió retrocediendo hasta hundir las manos en el jardín abierto de su casa de Villa Crespowski. Abrió una lata de Coca Cola y sin quitar la vista del mismo cielo gélido y varsoviano se la bebió de tres sorbos. El polaco había vengado la melancolía.

Ya más tranquilo reparó en aquellos animalejos porfiados. Unos pingüinos griegos y malditos que esperaban, agazapados tras las macetas, algunas migajas de tan apetecible bebida. Entonces el polaco, como quien arroja un bollo de papel viejo a la basura, arrojó tres gotas de gaseosa. Los pingüinos se abalanzaron sobre ellas, arrancándose de cuajo colmillos y jirones de cuero en la competencia.

Muy lastimados los pingüinos comenzaron a mirar con recelo al polaco y a confabular en su contra. Lo despreciaban por miserable e histérico compulsivo.

Gorlero (el más gordo de los pingüinos) se quejó: ¡miserable!...ya verán cómo quedará su carota. Y uniendo el odio a la acción le mordió un tobillo al grito de: ¡tomá, infame ruso ebrio! ¿Acaso creías que el hambre de mis pequeños hijos pingüinitos quedaría sin vengar?, pues te equivocás.

Y acto seguido hundió un tenedor en su entrecejo.

El ruso comenzó a tartamudear y a jadear y a derramar por la boca la sangre de sus entrañas de poeta. En pocos minutos expiró, pero no por el tenedorazo certero sino de un síncope a causa del susto.

Rápidamente los pingüinos organizaron un velatorio acorde a un veterano de guerra.

Hubo banderas rusas, flores y fusiles. No faltó el vodka adulterado (que es más económico), y hasta alquilaron un pelotero para los niños así no se aburrían mientras las viudas gastaban lágrimas de cocodrilo. Algunas madres ante la coincidencia de la fecha de cumpleaños de sus hijos aprovecharon para festejar gratis utilizando el pelotero. La novia del polaco fue la gran ausente, enojada se negó a asistir porque el avaro polaco había muerto debiéndole cinco años el regalos de cumpleaños (de todos modos sus cuernos le hubieran impedido atravesar la puerta de la casa velatoria).

A todo esto, Gorlero, ignorante de la verdadera causa de la muerte del polaco, se sintió tan ganador como Empédocles en grupo de autoayuda. Y aprovechando el carisma que la situación le otorgaba se erigió en nuevo líder. Todos los pingüinos lo adoraron aunque nunca se supo si por mérito propio o por esa necesidad insatisfecha de todo pingüino de contar con un Dios.

Como sea, Gorlero todo lo capitalizó a su favor. Hasta logró seducir a la novia del ruso que se vendió por un par de bonobones y una sidra sin alcohol (es que había pasado tanto hambre con el polaco que si nada más le acariciaban el lomo como a perra callejera, ya no se la podían sacar de encima).

Esa misma noche hubo festejos y los pingüinos cantaron desaforados: “¡Entre lechones y corderos viva la revolución y feliz cumpleaños Gorlero!”.

Algunas vaquitas de San Antonio, reunidas en grupo, temblaban escondidas en una hoja de abedul, al tiempo que observaban resentidas y con recelo a don Gorlero.

Lo despreciaban por fanfarrón y borracho.



EXTRANJEROS FAMILIARES

Vanina Teglia

¿Dónde están los míos?

No hay ya parientes
próximos, están
lejos todos.

Incómodo por siempre:
en ningún lugar
hay ya el lugar de los míos.

Si el avión cayera
de parientes cercanos,
de ningún lugar,
escucharía los llantos como un cantar.

CENTRO CULTURAL
BELGRANO R

La Pampa 3855. Villa Urquiza / Comuna 13.
4552-0867

Coordinador: **Fabián García**
Docente Taller Literario: **Fabián San Miguel**

CLAROSCUROS DE MI MEMORIA

Mónica Arango R.

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que la vi, con su pequeña sonrisa de niña eterna, sus luminosos ojos verdes y su pelo oscuro que caía en mechones desordenados sobre su frente blanca; lo tenía tan corto que asemejaba un niño en su pubertad. La más sensual de todas las mujeres que he visto en mi vida y, sin embargo, la dejé pasar por ir tras mis sueños absurdos. Recuerdo la primera vez que la fotografié, en ese momento sentí que un ángel atravesaba el lente de la cámara para apoderarse de mi alma con su magia. No sé por qué la recuerdo ahora, esa musa invencible que en tantas noches de invierno mis penumbras solitarias acompañó.

Nos conocimos por casualidad, una tarde de otoño en medio de una tempestad, cuando yo inútilmente trataba de atrapar la luz de los relámpagos con mi cámara; ella, totalmente empapada, pasó corriendo frente a la lente sin percatarse de mi presencia, yo la hice voltear hacia mí con la luz del flash y le ofrecí un lugar dentro de mi carpa para guarecerse de la brutal tormenta. En una fluida charla, pasamos el resto de la tarde, intentando captar la magia de la luz; me contó que le gustaba el arte y la fotografía. En medio del frío de la noche nos despedimos, con el compromiso de vernos de nuevo en unas circunstancias más benignas, y así lo hicimos. Una semana después nos encontrábamos en la penumbra de mi laboratorio de revelado, viendo emerger las imágenes que los cristales de plata dibujaban sobre el papel fotográfico. Entre risas y sorpresa nos fuimos dejando llevar por la atmósfera encarnada y desde esa noche nos entregamos a una pasión tan infinita, tan oscura y llena de matices como el mismo cielo que la había traído hasta mí; esa tarde de lluvia.

Nunca supe si el amor que le tuve superaba los resquicios de la pasión, lo que sí puedo asegurar es que movió las fibras de mi cuerpo y mi alma como ninguna otra de las mujeres que he conocido desde entonces. Cachis, como todos la llamábamos, era una mujer de ensueño: su dulce vocecita, su cara angelical, sus grandes ojos de mirada curiosa y su cuerpo perfecto. Además de sensualidad, ella generaba una profunda ternura y mucha simpatía en quien la conocía. Había abandonado su pequeña ciudad natal para camuflarse entre el líquido humano que circula por esta ciudad enorme. El sueño de ser artista la había impulsado a cruzar el océano dejando su

patria, sus afectos y su familia para internarse en un minúsculo departamento, el único que su reducido presupuesto le permitía pagar.

Cachis se estableció en aquel pequeño lugar y lo llenó de su misterioso mundo, tan luminoso y encantador como oscuro e indescifrable. Por algún tiempo estuvo feliz, sentía que sus pasos eran un aletear de mariposas. Lejos de todos y de todo empezó a crear su propia historia, llena de momentos difíciles, noches amargas y alegrías efímeras; que terminaron por hundirla en un remolino de drogas, alcohol y sexo. En medio de esta oscura experiencia, Cachis se evadió y se instaló en su propio universo. Empezó a tener sueños, que con el tiempo se convertían en una especie de premoniciones absurdas, que acabaron por apoderarse de su pensamiento. La paranoia estuvo presente en los dibujos y bocetos que hacía por ese entonces. Indudablemente poseía un gran talento, pero no pudo abrirse paso como dibujante, una de sus grandes pasiones.

Por esos días conocí a Rafaela, la mujer que habría de modificar lo que yo sentía por Ceci. Nos hicimos grandes amigos los tres. Cachis ya estaba saliendo de aquella etapa difícil que la mantuvo sumida casi seis meses en esa experiencia oscura que marcó su vida. Rafaela llenaba en cierta forma los vacíos que los cambios de humor de Cecilia producían en mí. Ambas ignoraban lo que pasaba y yo, como pude, mantuve en secreto el triángulo amoroso durante algún tiempo; una tarde encontré a Cachis leyendo unas cartas que Rafaela me había escrito pero nunca hablamos de ello; solo murmuró que comprendía mi indiferencia hacia ella y con tristeza salió de mi casa, a la que no volvió jamás. Traté de hablarle en muchas ocasiones, pero fue inútil, no contestó mis llamadas, ni las notas que dejaba bajo su puerta, rogándole que me escuchara. Me casé con Rafaela y dos años después, el amor, revoloteó incansable y caprichoso, y terminó por irse tan misteriosamente como un día había llegado. Así ahora los recuerdos, peregrinos en devaneo constante la traen hasta mí, pero nunca develarán el enigma de lo que pudo haber sido y no fue.



CADENA ECOLÓGICA

Berta Susana Brunfman

Era una apacible tarde de verano. Los animales aprovechaban para darse una tregua. Había monos divirtiéndose sobre altos árboles. Elefantes, cebras, leones, tigres y jirafas retozaban bajo el sol. Ninguna especie, ni la más mansa ni la más peligrosa estaba en alerta esa tarde, pretendiendo así olvidar duras reglas de subsistencia. Mientras tanto, por un sinuoso camino, se desplazaban en una camioneta gris seis cazadores, y una mujer de la zona que conocía secretos y misterios de la selva. La mujer les había contado antes que un día como ese, cada siete años, los animales perdían su instinto, volviéndose dóciles, hasta quedar sin capacidad de reacción. Ese era el día indicado, entonces, para atrapar animales de gran porte: pensaban los cazadores.

Distribuidos en equipos prepararon sus armas. Eran las tres de la tarde, si todo salía bien, siendo las once de la noche esperaban estar de regreso en la ciudad. Exigentes peleteros, aguardaban el preciado tesoro. Excéntricos diseñadores darían forma a esos metros de piel desangelada. Finalmente el último eslabón de la cadena, un público distinguido, demandante, habría de ser quien luzca las prendas resultantes.

Ávidos, certeros, los cazadores descargaron sus armas sobre los animales. El sol menguó en resplandores. Todo fue confusión, movimiento desesperado, inútil intento de fuga.

Al finalizar su tarea los cazadores estaban exhaustos. No obstante se mostraban satisfechos, riendo, haciendo planes.

Abandonando las armas por un momento se sentaron y le pidieron a la mujer que los acompañaba que les sirviera unos tragos de whisky.

Así estuvieron deleitándose, sosteniendo de común acuerdo que la cacería resultó ser mejor de lo que esperaban.

En la selva estaba oscureciendo, ya era hora de partir. Después de cargar todo aquello que les sería útil, marcharon hacia la ciudad.

Durante el camino los seis hombres permanecieron callados. La mujer entonaba una canción de su tribu, pensando que con lo que irían a pagarle podría comprar comida

para sus ocho hijos.

La selva había oscurecido por completo. En medio de la noche un bello tigre cuyos ojos verdes refulgían como esmeraldas, estaba allí, inmóvil, recibiendo sobre el cuerpo, hechizado torrente de rayos de luna llena.

El tigre logró esconderse durante la cacería. Una cueva le sirvió como perfecto refugio, evitando el peligro. Ni bien comprobó que el silencio reinaba en la selva, se animó a salir de su escondite.

Ya no se oía el canto de los pájaros. Las fragancias, los aromas, habían desaparecido. La exuberante vegetación amparaba a ese tigre que sin atreverse a dar un paso, rugía desesperado en su afán por atraer un semejante.



ANHELO

María A. Campo

La muerte es un hecho tan cotidiano y repetido en la inmensidad de este mundo que a veces se vuelve intrascendente. Como si una especie de inmunidad, formada a través de los siglos, nos protegiera del dolor y de la ausencia. Pero hay algunas muertes que nos son tan cercanas, tan propias que nos arrancan un pedazo de la estructura que armamos para vivir. Y ahí, en ese agujero negro, en ese vacío, pegoteamos un nuevo trozo de esperanza para seguir adelante.

La muerte de don Porfirio Peralta sencillamente me pertenece.

¿Qué me provocó su muerte? Tal vez pueda entenderse a través de una pequeña parte de su historia.

El día que murió yo tenía quince años. Lo había conocido tres años antes, otro día marcado también por la muerte: la de mi padre.

En medio de la confusión, de la ambigüedad de emociones que sentía por las cosas que aún no podía perdonarle a papá, la ayuda de “Don Porfi”, como lo llamaban en el pueblo, era como un aire de seguridad y de apoyo ante un futuro que se perfilaba incierto. Pronto comprendí que se había adueñado de nosotros porque su objetivo inmediato era mi madre, a la que fue cercenándole uno a uno los pocos sueños que acariciaba como su único tesoro, ante tanta pobreza y tanto sometimiento.

Al poco tiempo, semanas después, tuvimos que instalarnos en “La estaca”, la estancia que regenteaba y que había heredado de su padre. Comparada con la humilde casita de peón de campo en la que había nacido, la nueva casona era la libertad y la abundancia. Pero uno necesita vivir experiencias fuertes para comprender que la libertad se conquista con dolor.

Un bosque de casuarinas franqueado por álamos y eucaliptos era mi refugio en las tardes de verano en las que los aromas del paisaje, los ruidos misteriosos de las ramas y de los pájaros, los escondites secretos y las ansias adolescentes colmaban mis horas de alegría. Fue allí donde conocí por primera vez el amor como una forma de abrazo que me elevaba sobre el tedio de los días iguales.

Sobre un colchón de hojas doradas y crujientes, que un otoño temprano había acumulado sobre las hierbas, me entregué a Francisco, el hijo de un arriero que llevaba



la hacienda del patrón a los campos de pastoreo. Éramos casi niños y la fuerza de la sangre nueva nos envolvió en un torbellino vertiginoso en el que queríamos vivir para siempre.

Pero a los pocos días, por orden de “Don Porfi”, Francisco fue enviado a otra estancia para construir alambrados. Y no volvió nunca más.

Una mañana, bajo un cielo plomizo y una llovizna persistente, vi partir a mi madre en un carretón con cajas y bolsas. Me dijo que debía entregarlas en el convento del pueblo en el que las Hermanas de la Caridad ayudaban a niños huérfanos, y que tardaría unos días en volver. La noche anterior gritos y golpes interrumpieron una vez más el silencio nocturno.

A fuerza de repetirse los hechos angustiantes terminan aceptándose como normales.

Mi madre tardó una semana en volver, pero ya era tarde. Supe, como en un desgarramiento, que las ausencias de los que me amaban habían sido cuidadosamente programadas por el patrón. Mi cuerpo que ya tenía forma grácil de mujer, era una tentación que su naturaleza primitiva y bestial no podía resistir.

El día que murió, yo había acumulado ya suficiente bronca, culpa, silencio, complicidad y asco como para no tener en claro qué significaba para mí su muerte.

Hoy, que conocí ya muchos hombres y que el amor, la entrega y el abrazo tienen para mí un valor distinto del que tuvieron en mi adolescencia, sólo puedo decir que la muerte de “Don Porfirio Peralta” me pertenece.



BÚSQUEDA

Mirta Cataldi

Buenos Aires estaba triste y agrietada. La falta de trabajo lo alcanzó, lo dio vuelta. Una incertidumbre irrespetuosa se le tiró encima hasta asfixiarlo. Pasó largas horas para pensar la manera de continuar, y la locura lo asaltó. No encontró nada alrededor para apaciguarla. El hombre se perdió en remolinos de pensamientos retorcidos, de dudas, de idas y vueltas, de contradicciones, que agazapadas le mostraban garras provocativas.

Tomar la decisión no le resultó fácil, fue como un tironeo en los brazos y un desgarró en el corazón. Pensar en nada y descubrir que las nada lo sobrepasaban lo llenaban de soledad.

El hombre abrazó el pesimismo, no encontraba otra salida y sobrevino el vértigo al mirar los ojos descarnados de la crisis. Debía hacer un cambio de vía, tomar las dificultades como estímulo, valor para elegir, y pisotear al destino que eligió por él. México no lo recibió como esperaba, después del encanto de una música de mariachis, el sabor picante del chile y la fuerza del tequila aparecieron los fantasmas de la soledad, la tristeza y la desilusión.

Esa mañana llovía copiosamente. Los vidrios de la habitación estaban empañados. Se podía dibujar con facilidad, el dedo recorría la superficie y asomaban siluetas difusas. Esteban, al igual que en el tango, apoyó la nariz contra el vidrio y su mirada se perdió.

Vino a su mente el recuerdo de aquel día, ese del abrazo fuerte de su madre, del llanto entrecortado que pedía evitar la partida. La imagen de esa mujer desconsolada, atrapada en una maraña de tristezas y que, a pesar del dolor, podía darle ánimo a su hijo. La recordaba demostrando fuerzas para aceptar la decisión, convencida de que la suma de experiencias nacen en cada partida.

En tierras lejanas, le puso el hombro a la adversidad y cada mañana, a pesar de las pocas ganas para levantarse, le daba gracias a Dios por tantas cosas y se ponía en pie.

Malhumorado, se lavaba la cara y apenas si se miraba en el pedazo de espejo que tenía colgado en la pieza, para que no le devolviese una imagen de fracaso.

Su correspondencia, estaba impregnada de buenas noticias, buena comida, buen albergue, amigos macanudos. Todo eso hacía suponer que su vida a la distancia era perfecta. Llegó sin saber cuál iba a ser su ocupación. Los posibles trabajos se desvanecieron antes de comenzar. Recorrió el DF con un clima sofocante y pegajoso, cubierto de smog, hasta llegar al restaurante cercano a la pensión. Aprendió a ser mozo, sus brazos soportaron pilas de platos y copas como un malabarista, nunca había pensado hacer esto pero se acostumbró. El dueño le regaló un sacacorchos como un símbolo que lo ayudaba a ofrecer un buen vino. En el desfile de clientes que pasaban por sus mesas, aprendió a descubrir por su olfato a aquellos que eran buena gente, como su padre y su hermano, y a los chantas que se hacían los agrandados con unos cuantos dólares en el bolsillo y le devolvían el plato porque estaba frío.

No todo fue malo. Se adueñó de experiencias de vida que formaron una entretela que le cubrió la piel y lo fortaleció. Descubrió el amor, el desamor y el engaño.

Todos los días de Esteban Rey tenían el mismo molde: la rutina, que abrazaba un largo recorrido hasta llegar la noche y después, otra vez los recuerdos.

El lunes franco, otra vez llovió. El hombre contaba los días que le faltaban para el regreso, veinte son muchos pensó y las imágenes de Buenos Aires le aceleraban el pulso y el latido del corazón. Un trago de tequila lo ponía calmo: puso música, se tiró en la cama y se durmió.



CEO

Leonor Luciani

Al promediar la mañana, una llamada de la secretaria del CEO lo deja seriamente preocupado y, ahora, a medida que el ascensor se aleja de la ciudad, el fantasma de reducción de personal lo persigue por la altura.

Entra al despacho precedido por la secretaria y queda obnubilado por el río, que corre lejano, más allá del ventanal que enmarca al CEO... este año no tomó vacaciones, reflexiona, de pronto se siente muy cansado ...cree divisar una vela marina o...¿es una gaviota?

—Pase Juan, póngase cómodo. Greta traiga dos cafés, por favor, y no me pase llamadas —mientras habla se apoltrona detrás de su muralla de computadoras y teléfonos.

...Tiene ganas de decir que el café a la mañana le cae mal...que es... cree... por su válvula hiatal, pero cuando se decide, ha pasado el momento.

Siéntese Juan, por favor, el tono le resuena imperativo y lo despierta del hechizo del paisaje, que lo hizo no darse cuenta que ya la secretaria ha dejado los cafés.

—Ud. no desconoce y le voy a hablar con entera confianza las enormes pérdidas que viene acarreado la filial argentina, las ventas han caído un 48% en un mercado sensiblemente retraído, los gastos en seguridad han aumentado casi 32,8% con respecto a los parámetros de años anteriores y otros ítems que sería largo enumerar. La situación es insostenible.

Sentía el reflujo que subía y bajaba de su garganta, mientras miraba al CEO, pero no podía obviar el marco de las nubes que aureolaba su cabeza.

—Por lo tanto, aunque le duela a la Compañía, se ve obligada a levantar su sección, usted comprenderá que le sale más económico tercerizar el servicio.

—Se tomó la decisión y me duele decirle esto por la gran estima que...—, se frena un segundo intimidado por ese hombre callado que mira atentamente —de hecho, como le decía, por la gran estima que le tengo, se lo estoy comunicando de manera personal.

Y no se preocupe Juan, todos serán indemnizados como corresponde y de verdad, ¡ojalá estuviera en mis manos poder revertir la presente coyuntura económica!



Trataba de dilucidar si las nubes rojizas se habían vuelto en parte oscuras porque venía tormenta, o si su válvula hiatal le estaba jugando una mala pasada.

Además, lo perturbaba el reflejo de ese rostro en el cristal de la ventana entreabierta: ¿era el suyo o el del abuelo anarquista con sus facciones congeladas?

...Y acá sus tías levantan por un momento la vista del largo mantel que bordan por encargo, y mirándolo jugar en el patio, comentan sorprendidas, cómo día a día parece afianzarse el parecido.

En ese largo camino de cadete a jefe de sección habían pasado tantas cosas y tantas otras habían quedado sin realizar... Y además, qué era eso de que “le dolía a la Compañía”, “le dolía al CEO”, ¿qué sabían ellos del dolor de la gente, más allá de la estadística?

Cuando habló su voz sonó firme: —Usted sabe tanto como yo, que esto significa una sentencia a muerte para muchos, gente grande casi toda, entre las que me incluyo y que...

—Por favor, Juan, usted con sus 48 años, su excelente foja de servicios y la indemnización...

No interrumpa, no he terminado..., pero se queda callado.

No, él no manejaría un taxi ni pondría un maxikiosko, no... No tendría un palomar como su abuelo, ipobre viejo!, mascullando todo el día el drama de su tierra aragonesa; la República traicionada, hasta por los que supuestamente eran leales. Apiando en cajones de manzana los cuerpos agonizantes de las palomas apestadas, con sus ojos vidriosos, los picos abiertos, ladeados, las plumas mojadas por esa lluvia que ya empieza a golpetear el ventanal... Vacaciones de por vida... ¿Qué pasó?... Lo echan a patadas y ahí comprendió por fin: el círculo se había cerrado.

Persiguiéndolo por los tiempos, su padre le seguía dando con el cinturón, mientras vociferaba:

—¡No servís para nada, idiota! —y él creía morir, y rogaba por dentro la intervención de su madre, llorosa e impotente, encerrada en la cocina.

—Juan, ¿se siente bien?

Todavía empuñando el prócer de bronce ensangrentado se dirige al ventanal, a comprobar de cerca el reflejo de ese rostro.



EL DUELO

Ruben Operti

Y ahí estábamos, enfrentados a escasos diez o doce metros, mirándonos a los ojos. Confiando en la certeza de un disparo. Parecía increíble haber llegado a esta instancia. Dos hombres dispuestos a eliminarse, como única forma de drenar tanta bronca, y tanto odio acumulado.

Ya eran las cinco de la tarde. El lugar, un descampado detrás del cementerio, muy poco frecuentado; casi inaccesible gracias a una hilera de matorrales densos que lo rodeaba. Con un piso de tierra duro y desparejo, donde la vegetación se negaba a crecer en medio de un pedregal mezclado con escombros.

Hoy parece una ironía que todo haya comenzado con un simple partido entre dos barrios vecinos y un empate en cero que parecía inamovible. Luego él, desbordando por la derecha y recibiendo un pase de ensueño. La entrada al área y yo, como última posibilidad para tapar un gol seguro, que si al menos hubiese intuido lo que vendría, seguramente lo habría dejado pasar. Pero no. Me arrastré por el suelo, como ahora arrastro los pies, y lo llevé por delante. Inmediatamente sobrevino el grito de “penal” de ellos, la respuesta de mis compañeros intentando justificar lo injustificable, alegando casualidad a lo que yo mismo sabía una clara falta. Luego surgieron los empujones, los golpes y los insultos que fueron incrementando su agresividad muy rápidamente. Hasta que llegaron los que más duelen, los que no se le permiten a nadie. Los que tocan lo más sagrado. Por último: llegaron las amenazas, cada vez más creíbles.

Una mueca del destino terminó enfrentándonos a quienes habíamos iniciado esta cadena de hechos violentos. Dos embajadores casuales de dos bandos que comenzaban a declararse enemigos. Y cuando estábamos cara a cara, a escasos centímetros, atenazados por nuestros compañeros para no despedazarnos con las manos, fue cuando lanzó su rugido más temible: “Esto lo vamos a arreglar vos y yo solos. Con mis reglas”. Mentí un gesto desafiante accediendo a un reto que, en mis cabales,

jamás hubiese aceptado. Luego el silencio. Un aciago silencio que me enfrió la sangre. Como si todos se hubiesen dado cuenta de que se había llegado demasiado lejos. Ellos juntaron sus pertenencias y se perdieron detrás del cañaveral cercano a uno de los arcos. Mis compañeros me miraron con piedad. Con sorpresa me enteré esa misma tarde de la historia siniestra que sentenciaba mi destino. Comenzaron diciendo, casi al pasar, que ese engendro había estado preso dos veces. Una por robar un almacén y herir al dueño con un tiro en la rodilla. Y la segunda, como si aquello hubiese sido poca cosa, por apuñalar a un pobre fulano que lo había encerrado con el auto. Creo que por piedad evitaron darme detalles acerca de esos hechos.

Al poco tiempo comenzaron a llegar a casa sus llamadas cargadas de agresividad. Mensajes amenazantes que quedaban grabados en la cinta de un contestador que se animaba a responder por mí. Luego, encuentros no tan casuales camino al trabajo, o al bar.

Como un intento de reconciliación, el destino me propuso continuar los estudios en Rosario. Al poco tiempo, la posibilidad laboral en Montevideo, después el traslado a Concordia y en algunos años, el retorno a Buenos Aires con francas esperanzas de que el olvido hubiera aliviado el alma de ese monstruo. Pero una noche me lo encontré. Fue en el baño de un boliche. Sentí que alguien me tocó el hombro y cerca del oído me dijo con vos ronca “Vos y yo tenemos un asunto pendiente”. Puso el lugar y la hora. Dio media vuelta y detuvo su paso alterado por el alcohol para completar “Vení solo y sin trampas. Y si llegás a faltar te juro que te busco y te amasijo”.

Los días que siguieron pasaron volando, dejándome aquí, en este campo, donde ahora estamos contando pasos, yo con ojos húmedos y dientes apretados e improvisando una plegaria mientras le doy la espalda. Un viento helado comienza a desatarse desde las nubes. Las manos me transpiran y no es a causa de los guantes. Froto unos contra otros los dedos abarrotados de miedo. La suerte está por tirar su última moneda. ¡A qué hemos llegado!, la precisión de un disparo sentenciando un juicio.

Intento una mirada, mezcla rara de desafío que logre amedrentarlo y súplica por misericordia. Entonces él, con la frialdad de los despiadados, con el mismo veneno de aquel día ahogando su sangre, avanzó y pateó justo hacia mis manos.



UN DÍA DE LLUVIA

Aurora Piazza

Magda duerme abrazada a su hijita. Las gotas de lluvia empiezan a caer pesadamente sobre el techo de chapas y la despiertan.

Al abrir los ojos ya sabe que se inicia un día complicado... Piensa en su mamá, quisiera estar cerca de ella, levantarse y encontrarla preparando tortas fritas, mientras el mate cocido burbujea en la olla. Tal vez para fin de año pueda viajar... tal vez... aunque sea por unos pocos días...

El sonido del despertador la vuelve a la realidad. Enciende el calentador y, mientras calienta el agua, se lava y se viste apurada. Tomando unos mates, le da la mamadera a Diana y la viste sin que se despierte.

Es hora de salir, la nena vestida, el bolso preparado, la campera de lluvia, el paraguas... ¿Qué más?

Lleva a Diana a la guardería, cada vez que la deja siente que se desgarras, como si dejara un pedazo de sí misma.

Con la misma angustia cotidiana, corre hasta la estación. La marea humana la sube al tren. Se queda tiesa, tratando de resistir los empujones, el calor, los olores que la marean... No es tan fácil bajar, tiene que atravesar una maraña de brazos, piernas, paraguas, bolsos. Cuando lo logra, ya en el andén, respira profundo y mira la hora: está llegando con retraso.

Bajo la densa cortina de agua, un nutrido desfile de paraguas de múltiples tamaños forma un colorido enjambre movedizo.

Magda trata de apurar el paso y, mientras chapotea en las calles, un montón de pensamientos la invade: ¿se enojará la Señora cuando llegue? ¿Diana estará bien en la guardería? ¿Cuando salga, tendré tiempo para hacer algunas compras? ...

Corriendo, cruza la calle con el semáforo en rojo, bajo una lluvia de granizo y otra de bocinazos e insultos de los automovilistas.

Ya falta poco, piensa con cierto alivio, pero la carrera termina antes de lo previsto... Patina y aparece sentada en un charco de agua. Cálidas lágrimas de furia e impotencia corren por sus mejillas, mezclándose con las frías gotas de lluvia.

Los otros transeúntes siguen su apurada marcha, sin detenerse, sin ayudarla a levantarse, sin notar su presencia siquiera.

Magda, con un esfuerzo logra incorporarse, su estado es lamentable: ropa mojada y sucia, piernas lastimadas, desgredada, dolorida. Sí, dolorida por fuera y por dentro... Alza su paraguas roto y comienza a caminar.

Camina despacio, ajena al entorno, como si siguiera la senda que soñó cuando vino a la ciudad... Pareciera que levita, que algún ser celestial se hubiera apiadado de ella y la llevara sobre una nube hacia una tierra de ensueño.

De pronto reacciona, mira y vuelve a mirar, está en la puerta de la guardería. El agua sigue cayendo, pero ya no le molesta. Se queda un rato escuchando el canto de los niños. Cuando se decide a llamar, ve que el asombro se pinta en el rostro de la maestra que la atiende.

Diana, con sus escasos dos años, ríe feliz al escuchar la voz de su mamá. Llega corriendo. Y abrazadas parten hacia la casa, en un día que súbitamente se ha vuelto luminoso para ellas.



VIAJE VACÍO

Eve Ruiz Díaz

Las palabras van y vienen.
Son burbujas viajeras
transparentes, livianas,
que retornan como esquirla que hiere.
El silencio no abrume
ni estremece el vacío e un cuerpo.
Atravesar como una anacoreta
el laberinto de la vida
no hiere, no atormenta.
Deja exhausta la orfandad del alma;
la soledad del yo
que siempre habita en su cámara oscura,
el viaje vacío de la voz,
la incomprensión de las palabras...
Eso... sofoca, mata.



CENTRO CULTURAL
CEPNA

Murguiondo 4361. Villa Lugano / Comuna 8.
4638-2517

Coordinadora: **María Cristina Méndez**
Docente Taller Literario: **Amelio García Martínez**

EL DON DIVINO

Vilma Avella

Anselmo Menéndez Costa siempre había entendido que la vida le pertenecía como un don divino. Resultaba extraño verlo ahora colgado de la viga más alta del caserón, en medio del desorden reinante.

El hecho no hubiese trascendido tan rápido de no haber sido domingo, su ausencia en la misa de once alertó al pueblo. No había terminado aquélla, cuando un grupo de curiosos rodeó el predio, en toda la finca se tejieron conjeturas, pero nadie se atrevió a traspasar las puertas de su hábitat privado hasta tanto lo hizo su ama de llaves. Aquellos gritos desgarradores no dejaron dudas. El episodio no pudo ser ocultado, con pesar de algunos.

A partir de allí la comunidad toda quedó suspendida, como si cada uno de ellos pendiese de esa viga que sólo conducía hacia el final. Ya no se terminaría el nuevo templo, ni los arreglos de la estación, ni la ampliación de la escuela, y cómo solventar el comedor. Todo quedaría en una oscilación infinita y en una intriga unánime.

Anselmo no había sido una persona común, ya desde su infancia se mostró como un ser especial, amado y buscado por todos, por su simpatía, belleza, bondad y sin lugar a dudas, la incalculable fortuna familiar.

La casona que habitaba era la más lujosa del lugar, se instaló allí con su familia luego de la caída de Perón, de regreso desde Brasil, y cuando aprendía las primeras letras. A corta edad fue dueño de sí mismo; con suficiente temperamento y dinero disponible, los problemas siempre encontraron solución. Ni siquiera padecía la ausencia del padre que continuamente recorría provincias y países vecinos. Sin lugar a dudas la compra venta de caballos de raza y otros negocios ocupaban a aquél demasiado, pero ello aportaba excelentes dividendos, sin olvidar la mano de obra joven que conseguía para colaborar en su dilatada y variada actividad. Para esa familia no existía nada que unos billetes no pudieran remediar, aunque ahora de nada sirvieran. Él es-

taba allí colgado y el mundo desde abajo miraba con asombro, nadie imaginaba las razones de aquella situación, mientras una extensa escalera reposaba sin inocencia en el piso.

Los primeros en entrar fueron el comisario y el párroco, el desconcierto se instaló en sus rostros, acaso recordando las succulentas donaciones a las que Menéndez Costa los tenía acostumbrados. Además, qué desprotegida quedaba aquella población, sin aquel miembro del Opus Dei, que tan diligentemente cumplía con su misión de solidaridad y caridad.

El médico familiar superando su conmoción acomodó ciertos detalles, Anselmo había perdido en los últimos tiempos, no sólo peso, sino cierta alegría de vivir, algo le sucedía; ahora el doctor se reprochaba su negligencia.

Los miembros de la Sociedad de Fomento al igual que las autoridades del club aportaron su hipótesis, Anselmo callaba, bajo esa imagen superada; algo había. Ellos también sentían culpas.

La comunidad toda y según las edades, fue paseándose por aquella vida llena de aciertos, tan ajena a ese final. Tal vez aquel amor de juventud que partió calladamente como había llegado, habría hecho lo suyo; tal vez la desaparición de la madre en tierras lejanas, según lo dicho, no había sido llorada lo suficiente, o lo habría horrado por dentro. Tal vez la muerte del padre, de la que poco se habló...El comentario callejero no encontraba límite.

Mientras tanto aquel ejército obediente que cubría la atención del caserón y la estancia, junto al personal que los disciplinaba y dirigía, no tenía lengua. Sólo el ama de llaves no salía de la crisis, algo en ella había estallado, pero en pocas horas fue llamada a sosiego.

Allanados los primeros momentos el personal de servicio recibió, como filo de cuchillo, órdenes de acomodar aquella sala que semejaba haber sido objeto de un terremoto, alguien con premura había recogido oportunamente los papeles y documentos, que de seguro soportaban el peso del secreto.

Las horas siguientes se desplazaron densas y el pueblo no cabía en su estupor, no obstante se iniciaron los preparativos de las exequias y nadie que no lo quisiese, quedó fuera de ellos. Por las calles los comentarios se hacían en voz baja y guardando un respeto póstumo por ese hombre, ejemplo de conducta y fe, distinguido para presenciar la canonización del fundador de la prelatura de la que él era miem-



bro, asiduo concurrente al Vaticano, entregado a proteger a los necesitados y muestra insoslayable de virtud. Ahora la intriga era quiénes y por qué lo habían inducido al aberrante hecho.

La noche, con la carga de lo acontecido, marcó más las diferencias. En el caserón, miembros del clero, de la política, de la justicia, de todos los ámbitos, llegaban con preocupación y deseosos de poner un manto que cubriera todo ante los ojos de aquella sociedad que estaba lejos de las sospechas. Se hizo todo lo que hubo que hacer.

En la sala principal se armó la capilla ardiente. Anselmo Menéndez Costa, contenido en un lujoso ataúd donde una orla de fino encaje enmarcaba su rostro preparado para la ocasión, descansaba en paz, rodeado de ramos de flores con cintas violetas que esgrimían con orgullo ilustres nombres dorados. En tanto desde la cabecera un Cristo sufriente era el único testigo de la puesta en escena.

El lugar quedó reservado para los más íntimos y todos aquellos integrantes que con hilos muy finos habían tejido la red que ahora una sorpresiva vulnerabilidad había resquebrajado.

La gente lo veló en la calles, en sus casas, en la iglesia. Nubes blancas, de tanto en tanto, avanzaban sobre una luna llena que teñía todo de tiza, los árboles centinelas acompañaban con una danza sin fin, el silencio acunaba el alma, el tiempo se deslizó infinito.

Llegó la hora, las campanadas llamando a los fieles iniciaron la despedida, casi todo el pueblo se encaminó hacia el cementerio privado, algunos excluidos voluntarios, acechaban desde las ventanas; encabezaban la marcha el Intendente, el obispo y el comisario. Los escolares de blanco portaban sendas flores, los jóvenes una vela encendida; los miembros del club, banderines, las mujeres, rosarios; muchos el silencio, menos por respeto que por postura; otros arrastraban coartadas. Hoy estaban todos, el amor y el espanto los unía, mañana se abriría el interrogante, el comienzo del fin o el fin de nunca acabar...

Se hizo el recorrido de a pie, detrás de la cureña que transportaba los restos mortales; el día que había amanecido diáfano comenzó a palidecer, una brisa terminó en viento y apagó las velas, nubarrones implacables amenazaban, varias veces un resplandor trató de atravesar la densidad, otorgando el beneficio de la esperanza y parecía que la señora de los ojos vendados aprovechaba para espiar desde lo alto. En la necrópolis, una cuadrilla adiestrada esperaba para la ceremonia del entierro, la multitud buscó su lugar, hubo elocuentes palabras de despedida, hubo sollozos,

llanto. La roldana emprendió el descenso del féretro con parsimonia, se escuchaba un rezo suave, la ventisca no calmaba, volaban hojas y papeles que alteraban la pulcritud, caían algunas gotas mientras el cajón tocaba fondo, en breve los terrones comenzarían a quejarse con furia contra la ilustre madera, una lluvia de flores se fue ubicando movida por el viento; el intendente quiso detener la hoja de diario que venía volando, el comisario tampoco pudo y aquel papel indiscreto cayó y se refugió en la fosa, el cura tampoco la alcanzó, aunque sí llegó a leer el titular: “Cae una red acusada de la trata de personas, múltiples implicados”. El cielo se deshizo en lágrimas.



SALVADOR

Domingo Fiammengo

Sus pulmones se fatigaban en el esfuerzo por recibir aire obligándolo a abrir la boca para respirar con normalidad; lo acompañaba un perro que alargaba su lengua sedienta. Miró el cielo cargado de agua mientras el olor a tierra mojada le advertía que en algún lugar ya debía estar lloviendo; los nubarrones eran empujados por el soplo caliente de ese viento malo, el de la humedad y los dolores de cabeza, el de los presagios negros. En el horizonte la inmensidad se quebró en una rajadura de luz alimentada por miles de voltios. Al estampido del rayo le siguió la invasión de un tropel de pezuñas que azotaban la tierra transformadas en gruesas gotas. Entró inmediatamente para evitarlas; lo recibió el aroma del vapor que empañaba los vidrios escapando de la olla donde hervían verduras, papas y un trozo de carne. Se quitó el sombrero y se acercó a la pileta para lavarse las manos mientras su mujer servía la comida. No pronunciaron palabra, cada uno acomodó su silla de paja y se sentaron frente a la vieja mesa. Quedaron separados por ella, sin mirar siquiera la fuente de la que se servían la comida que parecía ser el único nexo entre ambos. A un lado de la fuente el farol que alumbraba la cocina dibujaba en la pared la sombra del brazo derecho de cada uno, tenedor en mano, cual grotesco duelo de cuchilleros, inadvertido e insuficiente para quebrar la frontera impuesta a la manifestación de sus pensamientos.

Él la miraba sin verla y de vez en cuando llevaba comida a su boca en un movimiento mecánico. Nadie había valorado su vida de trabajo rudo para cubrir las necesidades. El cansancio del día agobiante contribuía a deprimir su ánimo alterado por la severidad con que juzgaban sus debilidades; a él que había sido capaz de mantenerse alejado de los lugares donde el dinero corría tras las patas de un buen caballo o en las espuelas de un gallo batarás; a él que no había sido como su padre, jugador empedernido, que les hizo pasar hambre y del que había heredado la inclinación por el canto, el trago y las mujeres, la severidad en el trato a los hijos y la mano fácil para golpear a la esposa. Eso era otra cosa, virtud de machos capaces de dominar a su familia y no dejarse llevar por blanduras, que no le permitía aceptar una forma de



vida distinta a la que conoció en su niñez con un padre que nunca se arrepintió siquiera de haber violado a una de sus hermanas. Él también maltrataba a su mujer y la había golpeado cuando anduvo con el vino agrio. Aquel vino, el que causaba la algarabía de los encuentros en una guitarreada, el que cambiaba el gesto duro por la sonrisa franca, el amigo de la música y el canto que amaba su alma de poeta, se había transformado en el vino tristonero que lo sometió por no haber sabido parar a tiempo.

La mancha roja en la tierra del patio, cubierta en parte por el cuerpo de Salvador, se grabó en sus retinas y paralizó sus sentidos y su alma. Aún la seguía viendo en la pantalla que le ofrecían sus párpados cerrados cuando intentaba dormir. Ese hijo que lo seguía a todas partes desde niño, que siempre se mantuvo a su lado pronunciando pocas palabras, finalmente se había expresado con la contundencia que no admite réplica. La tragedia le mostró a las claras que el vino lo había traicionado. Lo excluyó de su mesa y borró de su vida los encuentros con los amigos y la guitarra. Se volvió taciturno, no encontraba qué decirle a su mujer. No había nada que pudiera ser explicado; no pedía ni merecía perdón. Imaginaba que si se acercaba a ella seguramente sería rechazado y por eso no volvió a tocarla; sus deseos ya no lo requerían tan asiduamente y no quería volver a pegarle. Permanecía con el silencio en los labios, en el corazón y en la mente, sin encontrar la forma de soltar las palabras que no sabía pronunciar.

Sólo se oía la lluvia golpeando sobre las chapas y el silencio que pesaba toneladas. La mujer se había levantado, lavaba los platos, mientras buscaba el resquicio que le permitiera romper el hielo. Quería decir algo, aunque no tuviera sentido; con los ojos entrecerrados se enfrentaba al revés de sus lágrimas escondidas que bloqueaban su garganta. A pesar de todo lo seguía queriendo; nada remediaría ya lo irreversible. Podía acercarse a él, abrazarlo y besarlo, pero no se animaba. Eso no le estaba permitido, su hombre era el que decidía cuando debían besarse y hacer el amor. Juntó coraje y estuvo a punto de vencer su cobardía pero no hubo tiempo, él se levantó y se fue a dormir. Habían abandonado ambos todo intento por decir las palabras que se amontonaban en sus mentes como piedras en un embudo, atropellándose por salir y obstruyendo la posibilidad de que al menos una lo hiciera. Al cerrar la puerta de la habitación, él la abandonó a la insidia de pensamientos tortuosos y la dejó en compañía de los demonios del odio que festejaban su triunfo, susurrando deseos de venganza.

Ella se quedó en la cocina, añorando a ese joven cantor al que todas las chinitas intentaban seducir, húmedas de pasión y enamoradas de sus canciones. Casi niña, el zorzal había sacudido su corazón y ella quiso acompañarlo para alcanzar en sus alas



las alturas de la poesía que florecía en su canto dulce.

Rememoraba la parva convertida en ara sagrada para la ofrenda sublime de su virginidad que él desfloró sin miramientos, con la fuerza brutal de sus jóvenes e ignorantes ansias, provocándole el dolor de la felicidad. Sus cuerpos aplastaron la hierba cubierta de rocío que mojó sus ropas. Era la entrega total en la intensidad bravía de ese amor sin restricciones. Los lonjazos marcaron luego su cuerpo con surcos de sangre cuando su padre se enteró y la semilla que se había instalado en su vientre fue desalojada por la comadrona. Recordaba aún los deshechos de ese fruto del amor que su madre arrojó al excusado, la valentía de él que se presentó a pedir su mano ante un padre que infundía más miedo que respeto y el gesto severo de su madre aconsejándole permanecer por siempre junto a ese hombre, aceptando su voluntad y sometiéndose a ella. Los primeros años juntos en la chacra, haciendo el amor cuantas veces él lo exigiera. El esfuerzo conjunto por aprender día a día cómo construir y mantener una familia que vivía la alegría de los niños a pesar de las carencias. Los hijos que vinieron, crecieron, se hicieron hombres y luego se alejaron enemistados con ese padre intolerante, que asumía actitudes que no estaban dispuestos a soportar; sólo el hijo más pequeño se quedó con ellos, sumiso y enganchado a los pantalones de su padre, tan obediente y tranquilo que no parecía tener vida propia. Ella debió haberle dicho que no estaba de acuerdo cuando trajo a su mujer a compartir con él la otra habitación de la casa. Ya no le dolían las bofetadas recibidas de su marido, le dolía su propia incapacidad para rebelarse. Cada vez que intentaba pensar en ello aparecía su madre que había amenazado con volver de la tumba si desobedecía a su marido.

La lluvia había cesado pero aún continuaban los relámpagos. Decidió acostarse cuando oyó que el aguacero recomenzaba. Lo hizo casi al borde de la cama, sus cuerpos que tiempo atrás la pasión había fundido hasta ser uno podían descansar ahora indiferentes. No consiguió dormirse, intentó girar y taparse las orejas para no escuchar los ronquidos. La bronca le hizo pensar en cobrarse las afrentas y atacar a ese hombre abandonado al sueño, indefenso. Hubiera sido posible de tener apenas un poco de valentía pero la sumisión la había atrofiado y no encontraba en su espíritu más que cobardía. Hubiera querido ser capaz de sacudirlo para decirle cuánto le molestaba la situación, cuánto le dolían esas cosas nunca dichas, lo de su nuera ultrajada y más aún lo de Salvador. La ira la empujaba a gritarle su angustia pero su madre muerta la miraba fijamente desde la ventana y le apedreaba las chapas del techo para obligarla a callarse. Cesaba la piedra por instantes y se reiniciaba cada vez que se filtraba en su mente el pensamiento prohibido. Trató de imaginar la suavidad de la piel del nieto aun cuando fuera el hijo del estupro pero no podía; ella nunca había tenido un nieto en sus brazos. Nuevamente giró en la cama cuando el



relámpago iluminó la pared y en su blancura se recortó la escopeta colgada y la figura de su hijo que la miraba sonriente, con actitud de hombre satisfecho y libre; él tomaba el arma y con sus brazos extendidos hacia delante se la ofrecía. Era su Salvador que venía a redimirla de la humillación y a mostrarle cómo gritar para ser escuchado.

Acostó la escopeta en la cama entre su cuerpo y el de su esposo. El caño frío le ofreció su boca, la misma que había besado Salvador en el instante final. Abrió sus labios y aprisionó con ellos la circunferencia empavonada que aún seguía teñida por la sangre seca de su hijo. Su sabor salió a recibir la tibia humedad de la saliva para unirse en un abrazo de eternidad. En un renovado y definitivo parto liberador, el rojo fluido de ambos volvió a fundirse en la inmolación.



DE ÑAPANGO A MANDINGA

Roberto Fiorentino

El Viejo Ñapango, así apodado por la peonada, siempre andaba merodeando los potreros, como si el campo le perteneciera. El poncho al viento le servía de pliegues para su aspecto fantasmagórico, de ser patojo y curcucho. No era el dueño, pero las alboradas y ocasos vencidos, lo reconocían como amo y señor de esos parajes. Solo él les había ofrecido sudor, hasta caer rendido sobre surcos.

A través de los años, más padecidos que vividos, la experiencia le dio derecho a palabras, entre duras y sabias con un aura atada a consejos de curandero. No había sapo, yuyo o culebra que no sirviera a sus maniobras, un tanto metafísicas; ni olla que le resistiera a sus menjunjes. El interior del rancho se borroneaba por la mezcla de vahos; emanaban olores, para fusionarse al de las velas encendidas, colocadas estratégicamente a sus artimañas.

Sus ojos al mirar, más que observar, desde la cabeza gacha, querían incrustar alfileres. El peonaje quedaba resignado a sus rarezas. Su imagen barbuda, en crisis con las canas y el alambre de púas, servía a su personalidad poco amigable, pero buscaba algo más para imponerse.

Agotadas las tareas de la jornada, sobre todo en días de mal tiempo, se lo veía merodear. Su poncho desplegaba alas de cuervo en vuelo bajo y el facón, como pico carroñero, más allá de una requisa, lo iba esgrimiendo para abrir el yuyal o desenterrar escombros.

Ese día, cerca del alambrado, una parcela de breñas, destacada de las otras, por ser toda luz, sin sombras, se abrió para entregarle una calavera, que tan cuidadosamente, habían ocultado de manos no deseables.

Los cuernos sobresalidos del barro, le hablaron de aquel miura desaparecido en la última inundación. Las breñas entendieron que le pertenecía y, dóciles, sucumbieron a su aura. Para él, fue como hallar para del alma hecha amuleto; la pieza que faltaba a su rompecabezas.

Bajó las manos y fueron garfios para desenterrarla; apenas la tocó una caravana de hormigas, negra como la piel del miura desaparecido, oscureció el hueso y el zigzag esquizofrénico, se le trepó por el poncho hasta ganas la joroba.

Llegar a la acequia cercana, sin soltar los cuernos de la calavera, le significaron pasos con descarga eléctrica. Los que vieron de lejos, pensaron; el Ñapango entró en trance; se le metió la luz mala. No dejaba de sacudirse, descontrolado y sin gravedad.

Cuando se fue acercando al rancho, abrazado a la calavera, los alrededores fueron invadidos de soledad. El Ñapango se había convertido en Mandinga. ¡Solo el silencio le hizo cortejo!

A partir de esa visión, habría que andar antes de la caída del sol; ya las noches estarían vedadas.

Para el viejo, las fuerzas se habían fortificado; pasó a ser considerado más allá de los defectos. Aferrado a su estructura fallada, no necesitaría el facón para imponer respeto.



SUEÑOS

Lucía Lancelloti

Entre penumbras mis sueños se adormecen,
vigilia de recuerdos, acunándome el alma
aquel rumor del río cantarino,
sonora armonía puliendo los guijarros.

Guardaba en su lecho mis secretos,
en cálidos crepúsculos recorría
confiándole mi amor poblado de utopías
en un azul verano, con juveniles años.

Con la última estrella te marchaste
por senderos distantes de la vida.
Sueño tu ausencia inolvidada,
ilusión en la piel del tiempo desvalida.

El dolor convocado, terco y lento
se instaló teñido de nostalgia.
Al río adormecido elevo esta plegaria:
¡Que no despierte el sueño,
que no despierte el río!
Tal vez en el reposo del silencio... vuelvas.

LA VENCIDA

Mónica T. Müller

Los hombres estaban mudos, y las sombras parecían aguardar respuestas ante las miradas provocadoras de ambos. Cerca, el campo labrado ostentaba con orgullo la benevolencia de la tierra. Un hombre trabajaba entre el trigal que estaba a pocos metros de la única vivienda que se divisaba. Casi a igual distancia permanecían sentados los dos paisanos con las piernas flexionadas, apoyados los brazos sobre las rodillas mientras se restregaban las manos y observaban el horizonte. Cada tanto se miraban de refilón y la desconfianza rondaba el lugar, y más cuando fijaban la mirada en el rancho.

Por un momento, Rufino miró de frente a Yacaré; luego desvió su atención hacia un punto cualquiera del terreno. Interiormente deseaba que su adversario agachara el lomo y bajara el copete, pero Yacaré no tenía en mente dejar la guardia hasta que el otro se moviera; mientras tanto se iba a quedar igual o más quieto que Rufino.

Las miradas ladinas de los paisanos iban más allá del espacio que los rodeaba. Daba la impresión de que luego de traspasar las mutuas osamentas caían perdidas sobre el campo. La desconfianza los había acaparado con ferocidad y había descargado sobre ellos la inquina contenida.

Los caballos parecían haberse mimetizado con los jinetes: los cuerpos tensos y las miradas esquivas se vigilaban mutuamente, mientras resoplaban como en alerta, con aliento a pasto ensalivado.

Las manos ennegrecidas de los hombres agarraban las fustas con la fuerza de aquél que intenta, hasta último momento, sostener algo que se le quiere escapar.

“Te le advertí gaucho desgraciao”. Los pensamientos de Rufino cabalgaban en su espera, sin esfuerzo. “Te conozco, Yacaré, como si fuera tu cuero, por eso no hubo necesidad que naides me lo curioseara. Yo me lo sentí acá en el medio mesmito ‘el pecho. Dendeveras que me sentí fiero y se me atragantó la vida en el garguero. Hijo e’ bruja, me querís robar el amor de la Juana; también siempre supe que mi china no mata una mosca. Por eso dejé pasar las lunas, además vos te habías ido y ella calladita como gato en casería”.

El viejo recordaba también que el sol había pasado por las cuatro estaciones. El frío



había helado hasta los pensamientos y que en ese momento el calor los estaba re-calentando.

“Me olvidé de la pulpería, lo mismo de los bailes en el pueblo, de los amigos de siempre. ¡Carajo! Si te metería un puño en la panza y te estrujaría las tripas hasta que se te salga el corazón por la boca, y después...después se lo tiraría a los perros”. El Yacaré no se movía, sólo pensaba mientras las muecas le hacían cosquillas por dentro. “La vieja dentró tempranito, ¡la gran pucha qu’és bravo el momento! Y éste bandido quiere arrancarme la felicidad ‘e pasarlo. ¿Por qué tardará tanto en llegar? Prenda mía, pido que tengas juerza”.

La tranquilidad de Rufino le revolvía la sangre. Sabía, como que se llamaba Yacaré, que le iba a cobrar todo a ese gaucho arrogante. Cada tanto pasaba la mano por los riñones y acariciaba la empuñadura de plata que asomaba por debajo de la rastro. “Hijo e’ perra si cree que me va engañar. Una vez bastó pa’ darme cuenta que él no es nada pa’ la Juana. Ella es mía, tiembla cuando le beso los pechos, y se desparra en el catre pa’ que la acaricie; le da asco el viejo Rufino, y me juego.

De seguro que en vez de picar a mi potro, le clavaría con juerza las espuelas en la boca, pa’ que no hable y no la bese como dice, ¡que la boca se le haga a un lao! Sé que la Juana me dijo la verdá, que no lo quiere y que no deja que le toque ni la punta ‘e la trenza. ¡Cómo tarda el angelito! Y es mío, cómo que hay un Dios”.

Rufino miraba a Yacaré con los ojos amparados tras los párpados casi bajos, y a la espera de algún movimiento extraño.

“No sé qué espera pa’ dirse, si la Juana no lo tiene en cuenta, jue, es y será mi hembra a pesar de los años. Me dijo que soy el único, que el Yacaré la molesta con llevarla a vivir en su pocilga, y todas esas cosas que le pudo mentir el ladino, pero el que viene es mío, como que hay un Dios”.

El grito agudo y luego un llanto, encabritaron a los caballos, que a gatas pudieron calmar los dos paisanos.

Adentro del rancho, tendida sobre un catre construido con cuero y troncos, entre algunas mantas, la Juana acariciaba una criatura. Una palangana con agua y los trapos tirados por el piso daban cuenta de lo que allí había sucedido.

A través de la ventana se podía ver a los dos jinetes con una mano en las riendas y la otra a la altura de los riñones, prontos a agarrar las empuñaduras de plata de sus facones, y darle por sorteo con la muerte un padre al hijo de la Juana. El hombre que hasta hacía unos instantes había estado trabajando en el trigal se acercaba al lugar.

La comadrona gritó desde el hueco de la ventana, luego lo cubrió con otros trapos que hacían de cortinas, caminó hacia la puerta trasera y la abrió.

Al lado del ombú, los dos paisanos tenían sus manos manchadas con sangre, pero no se daban por vencidos.

“Pase Chino, pase que la Juana quiere verlo”.

El hombre del trigal avanzó hasta el catre con el rostro iluminado por ese brillo que suelen regalar las lágrimas frescas.

“Chino, mirá... es tu hijo”- la Juana dijo



CENTRO CULTURAL COLEGIALES

Conde 943. Colegiales / Comuna 13.
4552-1228

Coordinadora: **Silvia Corfano**
Docente Taller Literario: **Eugenio López**



ÉPOCA, VERANO Y PROVINCIA

Mirta Alborno

Allá por 1960 en una casa humilde, vivía Julio, un padre medianamente joven, viudo, muy riguroso con sus dos hijas.

Dami, por damisela, a punto de entrar en la adolescencia, y Lucero, que lucía sus veinte años con un vestido de flores pequeñas oliendo a sol.

Cerca de la puerta de la cocina había una vasija de agua fresca. Todos los días la hija menor procuraba mantenerla limpia y llena.

La cocina, en horas tempranas, olía a mate cocido recién hecho, el aroma a pan caliente entraba por la ventana luego de inundar el jardín.

La mesa estaba siempre dispuesta para el desayuno, y la casa era atractiva por la calidez que se desprendía de la sencillez de sus moradores.

Siempre aumentaba el número de comensales, ya sea por una amistad tentada a pernoctar en la casa, o tal vez por algún niño vecino auto invitado.

Al transcurrir las horas la cocina variaba su aroma, se escuchaba el cortar de verduras, el sellado del pollo, el tuco que comenzaba su ebullición, preparándose para recibir los condimentos.

Los pasos diligentes de Lucero, de la cocina al comedor, un mantel limpio que se extendía mientras la menor terminaba con los dormitorios, pasaba rápidamente la escoba y el plumero para, luego, guardarlos en el armario del fondo.

Cuando iban a dar las doce en punto, a correr y lavarse bien las manos, peinarse y llegar al comedor.

Los comensales alrededor de la mesa, el pan crujiente, un vinito fresco y jugo para los chicos.

Primero la infaltable sopa, luego el guiso sabroso y, para terminar, el postre, mandarinas, manzanas o higos, lo que hubiere.

Luego de una breve charla entre mayores, y, cuando todo estuviese en orden, la siesta, odiada por los niños.

Como todo llega, la hora más linda, para los que se encontraran cerca, era la de la merienda y la de los juegos.

Lucero aprovechaba la ocasión y pedía permiso para ver a su amiga Carmen, para



intercambiar opiniones sobre “cuestiones de mujeres”. Un poco extraño, Carmen siempre venía a la casa si había algo de qué charlar...siempre hay una primera vez. Era el momento en que creatividad e ingenio se desplegaban al sol y sin pruritos. Disfraces, obras improvisadas por los más grandes, risas de niños, rondas que incluían a algunos abuelos.

El padre, riguroso, disfrutaba con los niños sin perder de vista a la mayor, sabiendo que los jóvenes que llegaban a su casa lo hacían con ocultas intenciones.

No había timbre, las manos se hacían sentir y, desde el patio, se los divisaba.

Eran atendidos por Lucero, que, alguna vez, con mejillas arreboladas y dicción entrecortada, llegó a pedir a su padre permiso para la entrada del apuesto muchacho que esperaba la respuesta en la puerta del respeto.

Quería hablar con él, personalmente de algo muy importante.

Era el amor que había llegado; en esa época se quedaba en la puerta y esperaba con paciencia la palabra del mayor.

Se había bañado y afeitado muy prolijamente; esperaba ansioso el veredicto de aquel hombre que mezquinaría a su pimpollo.

Julio hizo de padre y madre a la vez desde que perdió a su compañera y, con dedicación, se ocupó de sus hijas.

Creyó que su amor había dejado una misión para él, que era la de cuidar celosamente a sus dos muñecas.

Así lo hizo, hasta que lo sorprendió el amor.

Exigiría, se trataba de su primera alegría.



LA FLOR AZUL

Inés Bartolomé

Don Anselmo era un jardinero sabio; cada vez que tocaba un gajo de alguna planta, ésta brotaba como si la hubiera tocado una varita mágica. Esa mañana después del desayuno, salí a ver mis plantas y lo vi, estaba carpiendo un círculo de tierra en el ángulo de dos paredes de ligustro. Cuando le pregunté qué iba a plantar, me contestó: - Es una sorpresa, señora, mañana traigo las semillas y, en el centro de este espacio, saldrá una flor, en poco tiempo; después, marcaré el círculo con una guía de pensamientos que tanto le gustan a su esposo. Di la vuelta sonriendo y entré en casa.

Al día siguiente estaba baldeando el garaje cuando pasó Elena, mi vecina. Nos saludamos como era habitual, pero noté una leve indecisión en ella, se detuvo y me dijo: - ¿Supo lo que pasó anoche?

- No, ¿qué pasó? - Falleció don Anselmo - me respondía sin rodeos. Luego, no sé bien cómo terminó la conversación, pero cuando entré a casa, me dirigí hacia el lugar donde estaba la tierra removida y regué con mucho cuidado ese pedacito. Con el correr de los días empecé a dedicarle un tiempo, por la mañana, al pequeño espacio y a plantar pensamientos a su alrededor.

Ya había pasado más de un mes desde que se había muerto Anselmo, y empecé a elucubrar qué planta colocaría en el centro, ¿un rosal rojo o un jazminero? Me iba a dar una semana más para pensar en la estética, además de mi gusto.

Al día siguiente me levanté a las ocho y salí al fondo. Cuando miré mi espacio (así lo llamaba yo) vi una hermosa y desconocida flor azul, que era la representación cabal de tres gladiolos unidos en un racimo de belleza. Me puse de rodillas para tocar la flor y ésta estaba bien arraigada en la tierra.

No tuve explicación para este suceso, pero sí sé que allí estuvieron las manos de Anselmo.

MISERICORDIA

Leonor Bordeu

Pegada a la anochecida pared, la anciana se desliza lentamente; con dificultad arrastra sus piernas cansadas, su espalda de mujer añosa va cubierta con un chal desteñido de sol y lunas.

Ajena a miradas piadosas, sigue su camino. Sobre los pliegues de su bata raída, aprieta un pequeño bulto envuelto en un pañuelo sucio de vergüenza.

El cielo cargado de nubarrones grises, nubarrones de melancolía, la ve pasar; como liviana sombra cruza la calle, mientras una pandilla de muchachotes la rodea con burlas y palabras que muerden.

Ella no dice nada, continúa su camino, débil, frágil, mientras sostiene muy fuerte el tesoro de su pañuelo. Sus pasos se dirigen hacia la zona del puerto.

Sorpresivamente, en la esquina, se cruza con un agente de policía.

El miedo aparece en su mirada, el hombre la observa con recelo; ella sigue su camino, camino duro y fatigoso, sigue hasta divisar la pequeña hoguera, donde calienta sus manos un anciano, sentado. Se acerca y se sienta junto a él, sin palabras; como en un rito pagano, las llamas iluminan sus rostros cenicientos.

Ella deshace el nudo de su pañuelo y saca un pan crujiente y rubio; con pudor y en silencio, comparten el pan de la misericordia.



TRES DESEOS

Rosa María Caccavella

Me encuentro en mi casa pensando en las cosas que no puedo cambiar, y pido paciencia para soportarlo, fuerza para cambiar lo que puedo, siempre con suerte y salud.

Esta vez voy a pedir tres deseos, por las cosas que no puedo cambiar:

El primero: Que el hermano de mi amiga Mari, la almacenero, me invite a salir, porque parece que me mira con tanto interés cuando voy a comprar... y siempre se queda con ganas de decirme algo. Es tan buen mozo, tal alto y delgado, con esa mirada oscura, profunda y penetrante, con esos bigotes y esa voz tan sensual, esa sangre árabe que le sale hasta por los poros, esa nariz beduina; debe ser tan ardiente en la cama... Mari siempre me dice: Mi hermano es tan buen hombre, ojalá encuentre una persona que lo quiera bien.... Cada vez que lo veo cuando voy a comprar no puedo dormirme; lo imagino en mi cama mirándome, besándome los ojos, su pecho sobre mi piel y esa nariz aguilena rozándome las orejas, su respiración en mi rostro, ah... ¡cómo lo pienso!

Si alguien me dijera "formulé tres deseos", uno seguro que sería ése, pero no depende de mí, sino de él.

El otro deseo es que mi vecino de arriba se digne a arreglarme el techo, porque es tan especial. Berardo es un solterón que trae mujeres a la casa y no sé qué les hace con esa cara de estúpido; el caso es que ellas pegan cada alarido que parece que las estuviera matando. A la mañana se van muy contentas, claro está que primero les hace limpiar la casa. ¿Les pagará por ese servicio?

El caso es que ese solterón no se entiende bien conmigo, después que murieron nuestros respectivos padres la relación fue muy dificultosa; él insiste en que el techo está arreglado, porque le puso un poco de brea con unos parches de membrana. Es tan miserable que todo lo hace él, no sé para qué quiere la plata, trabaja toda la noche y siempre tiene clientes, algo así como que lleva libros de contabilidad.

Para no ver la humedad en mi casa yo pongo una lona en el living, donde más se nota; parece una tienda de campaña en medio del desierto y me vienen ganas de traerme al beduino del almacenero.

Si tengo que formular un tercer deseo sería que mi perra no le ladre más a don Ronsoni, el vecino del fondo. Es tan nervioso, y siempre se la agarra conmigo por los ladridos de ella; aunque yo le digo que por razones de seguridad un animal siempre es necesario, el pobre hombre se pone tan nervioso que se llena de manchas blancas. Por ahora son en las manos, espero que no se corran, porque Ronsoni es algo oscuro de piel.

Para que esto se cumpla una vela a Santa Rita, por tres días, y a esperar.

Pasaron los tres días Yaqui no ladra como antes, apenas cuando tocan el timbre, y me enteré de que en lugar de ladrar se dedicó a ir al fondo a visitar a mi vecino, con tan mala suerte para él que ama tanto sus plantas, porque mi perrita orinó las macetas y mordisqueó las hojas con el afán de purgarse; a don Ronsoni se le corrieron las manchas a la cara y quedó blanco como un fantasma.

En cuanto a Berardo, mi vecino de arriba, me dijo que como ahora se había normalizado su vida afectiva, me arreglaría la terraza para que la humedad no filtre, y lo va a hacer con un amigo.

Con respecto a Juan, el almacenero con el que me hice tanto rulo, saldremos a tomar una copa los tres: él, su hermana Mari y yo. En principio no entendí nada, pero Mari me entusiasmó porque me dijo que se trataba de una importante propuesta, con declaración incluida; la cabeza me daba vueltas, me veía entrando a la iglesia con el traje de novia, con Juan del brazo y a Mari como madrina. ¡Ay! Pensé en Santa Rita y cómo cumple esta Santa.

Fue así como nos encontramos en “Refugio de Sabores”, el sábado a las cinco de la tarde, en el salón de fumadores. Emocionada e ilusionada fui al encuentro, pero tal fue mi sorpresa pues allí, con los hermanos estaba Berardo, mi vecino de arriba; pero yo me sentía tan contenta... Me senté con ellos. Al mirar a Juan vi que estaba tomado de la mano de Berardo. Mari encendió un cigarrillo con sus labios de beduina y me lo ofreció, mientras decía: - Bueno, ahora que estamos todos te queremos invitar a esta ménage á trois, porque siempre me interesaste.

De golpe se me confundió todo y lo único que asomó a mi mente fue paciencia por las cosas que no puedo cambiar, Santa Rita, que cuando te da también te quita y que después de todo nadie es perfecto; alguien se me declaró, además me invitaron a participar en una reunión de trois, y que entre el beduino almacenero y mi vecino me arreglarían el techo. En cuanto a Mari...después de todo nadie es perfecto, y mientras sea con salud...



ALGARROBO

Nora Carpi

Algarrobo blanco, añoso,
sus ramas descansan
apoyadas en tierra,
dan su savia pura.
Su tronco tan vasto,
sobrevive a su propia historia
a sus jóvenes... ochocientos años.
Su copa cubre la ansiedad del mundo.
Sus vainas entregan harina de vida.
El asombro ante tanta maravilla
deja los ojos nostálgicos, llorosos,
el alma se esparce, se nutre,
se siente. Tiene espíritu propio.
No hay pájaros que aniden
sus ramas extendidas,
morirían de dolor
dejando el corazón sangrante
del algarrobo blanco.
Mudo encuentro de generaciones
murmillos que perturban tu silencio,
las voces peregrinas exclaman:
¡Qué belleza!

OJOS PEQUEÑOS

Susana Ciz

Escapando de una pobreza muy grande, Rosalía dejó sus padres, amigos y aquellos animalitos que cuidó por años; no había habido escuela ni comida digna, sólo un tazón de leche por las mañanas. Así fue que, con sus dieciséis años se encontró corriendo por las calles de Lugo para alcanzar ese carro desvencijado que la llevaría al puerto. Junto a ella viajaban otros adolescentes, soñaban con llegar a la Argentina y así cambiar el rumbo de sus destinos.

Ya en el barco, los acomodaron en la parte baja, cerca de las calderas; aceptaron viajar en las condiciones menos favorables obligados por el poco dinero disponible; a pesar de ello reían y cantaban, les parecía que ese mar que se les ofrecía como el primer amor aún desconocido, les daría alguna vez la oportunidad de volver al encuentro de lo que dejaban en su pueblo. Por momentos, quizá con un poco más de conciencia, varios de ellos lloraban, sabían que iban a extrañar; en cambio Rosalía posó sus ojos en el océano, clavó su mirada en esa inmensidad que se le presentaba apartándola cada vez más de los suyos y, dando apenas vuelta su cabeza, se encontró con la misma imagen, pero ya el agua ondulante, serena y desafiante a la vez, parecía llamarla; iba al encuentro de ese país del que tanto le habían hablado. Con unas pocas pesetas y un atadito de ropa se sentó al lado de los demás esperando vivir la aventura que daría rienda suelta a sus sueños.

El viaje fue largo y penoso; no comía para guardar el dinero que le serviría para refugiarse a la llegada. En muchas oportunidades era tan fuerte el ruido que hacía su estómago que los demás podían oírlo; no importaba, quería pisar esa tierra que le permitiría trabajar y mandar a España un poco del fruto de sus logros.

Luego de veinte días, en los que comer de vez en cuando y dormir salteado se le habían hecho costumbre, escuchó gritos, risas, y todos alborotados decían: ¡Argentina, Argentina, que Dios te bendiga! Después de una larga espera y bamboleos, abriéndose paso llegó a la escalera y la usó de puente para bajar; ya estaba, había llegado, abrazada a esas ilusiones que abrigó en su patria mientras sus ovejas pastaban.

Rosalía, haces todo mal, ¿cómo es que no sabes leer? ¡Atiende el teléfono levan-



tando el tubo, no gritando sin siquiera acercarte a él! No, hoy no puedes salir, recibo gente en casa. Todo eso y mucho más hubo de soportar; su ignorancia y su corta edad sólo le dejaron acceder al empleo de muchacha con cama adentro. Los meses pasaron y logró tener el franco tan esperado; después de tanto encierro el sol del primer día le nubló los ojos, aspiró una gran bocanada de aire y echó a andar. Caminaba esas calles de Buenos Aires, en Palermo, mirando hacia todos lados; alguien le dijo que en la plaza encontraría algún compatriota. Cruzó una gran avenida que más tarde sería su paso obligado, y su rostro se iluminó al verlos, ya no estaba sola; después de ese encuentro vendrían muchos más.

Como un cometa fugaz, el tiempo y una preciosa carga en su vientre, la transformaron de niña a mujer, y una noche cansada con sus huesos que parecían romperse, el niño tan esperado llegó; con él un poco de luz alumbró esa vida de mucha penumbra. Tanto sacrificio, tanto andar la encontraron esperando su segundo hijo, aquel rubio hermoso que tanto pesares le causaría, a los que ella respondió con fortaleza, voluntad y ejemplo, enseñando poco a poco a cada uno lo que se podía lograr, hasta que un día su rica y penosa vida se apagó.

¿Dónde estás Rosalía? Hoy te busco y no te puedo encontrar; te quedaste allí cruzando con todo el manojo de asombro que tu vista alcanzó. No te vayas, no te quedes, sos única, vuelve a Lugo, acaricia las entrañas que te lastimaron en tan largo tiempo; hoy no estás pero te recuerdo: fuiste una gran luchadora, una mujer con el cuerpo y el alma desgarrados, por darlo todo a los demás. Tu vida se apagó, pero conforme a cómo has vivido te amo, como tú me amaste; soy tu nieta y quise evocarte.

VIAJE AL INFIERNO

Liliana Crovetto

Una madrugada fría, lo encuentra en la carretera. Se niega a pensar, concentrándose en el camino, pero una y otra vez se filtra en su mente sin pedir permiso. Vuelve a verla, totalmente desnuda, la palidez de su piel contrasta con la oscuridad del árbol sobre el cual está apoyada. Los brazos extendidos hacia el cielo al igual que su rostro, en señal de asirse al hilo invisible que la hará elevarse y la llevará a lo desconocido.

Y el árbol. Frío, imperturbable, mientras las nervaduras se esconden bajo la oscura corteza, y sus ramas, ásperas, se retuercen al elevarse hacia el infinito perdiéndose en la oscuridad.

¡Qué te llevó hacia el borde de la locura!

No fue él aunque te empujó a ello; pero tiene dudas. Tu mente enferma hizo que se alejara, aunque importa poco. Su único propósito es poner distancia, huir sin pensar, sin sentir, sin ser consciente de que te abandona. Buscar, no sabe qué, tal vez la expiación que le brinde consuelo.

Continúa su viaje, sintiendo que golpea las puertas del infierno.



SUS MANOS

Ana Laura De Mauro

Una tarde soleada, en el río.

Él tendría cerca de treinta años; ella sólo tres.

Él era sencillo en su forma de vestir, chomba, pantalón Oxford, y zapatillas claras.

Parecía demasiado joven para ser su padre, pero lo era.

Ella, con su cabello por los hombros, caminaba sobre una pequeña pared, queriendo ser más alta; sus manos sostenidas por las de él.

Se miraban a los ojos como un signo de confianza y afecto.

¿Su madre?...Era quien tomó la fotografía.

Los años han pasado. Ella ya es tía. Él, abuelo.

Camila y Guadalupe son los dos solcitos de la familia, las más mimadas. Se llevan todos los abrazos y besos.

Eso sí... ella lo daría todo para, por sólo un día, volver a ser la niña que fue. Para llenar su corazón con los colores del arcoíris, con amor y cierta sensación de paz.

Paz que surge cuando todo el afecto se manifiesta y no hay nada que temer.

LA FUGA

María Cristina Díaz

Las imágenes pintadas con el matiz pastel de las metáforas, el susurro sibilante de una brisa romántica invadiendo los textos, la voz quebrándose en letanías.

Así el señor Juárez ensaya la poesía, en cada atardecer, en cada noche desvelada. Llega el momento de la partida; la maleta negra y el corazón desbordado, el desprendimiento; dejar el pueblo que lo ha visto nacer. De Buena Esperanza a Buenos Aires, tan cerca y tan lejos, una aventura, un abismo.

Muchos lo intentaron, algunos regresaron vacíos, otros quedaron atrapados, el gigante seductor los había deslumbrado para luego quedar en el olvido.

Marcos pensaba si esas luces cegadoras le harían daño. Temblaba, casi no podía coordinar los movimientos, con dificultad entregó el equipaje, se sentó, abrió la ventanilla e inspiró profundamente como para llevarse todo el aire sagrado de su pueblo que lo dejaba ir.

Alguien se detuvo ante esa hoja amarillenta escrita con la vieja máquina de su padre. Una tecla, unas palabras, hermosos pensamientos, voces queriendo ser oídas, borbotones de confesión.

Al iniciar cada escrito Marcos precede con unas reflexiones: Para mí la literatura es el cofre de las viejas memorias, a veces se me hace difícil; no puedo subir hasta el altillo.

Marcos Juárez se instala en la ciudad; un libro, otro. Un estilo particular; lo leen, lo interpretan, lo admiran.

Hoy está sentado en un enorme sillón de cuero rojo, la mesa plagada de noches amanecidas y la vida discurriendo entre tazas humeantes y cigarrillos encendidos, las paredes cargadas de libros, lo custodian preservándolo de todo vestigio mundano que pretenda interponerse entre Marcos y su inspiración.

Los hechizos y su magia. ¡Qué fascinación! Sólo falta Violeta, la que ordena los papeles, quien acaricia los cabellos de un Marcos cansado y cabizbajo; ella es la reina de las sombras. Ella negando el sol de las ventanas cubre los vidrios con telas espesas, opacando los brillos de una vida que inadvertida se consume en la flama de su piel.



Marcos no puede seguir así, no se puede despertar sin haber dormido.

El abismo lo fagocita de a poco, la fuga sin retorno, él se aferra a lo tangible pero la ráfaga es muy fuerte, no hay matices ni pinceles, y las letanías caen como porcelanas rotas. No hay hogueras y las cenizas volaron tan pronto que no hay rastros ni voces, la fuga es fatal.

La casa está cerrada, Violeta deambula por los cuartos, la biblioteca está tan oscura, el manto blanco del polvo cubriéndolo todo, los testigos y los recuerdos.

Nadie lo vio regresar, sólo Violeta conoce la verdad, ella sabe de este destierro; Marcos Juárez ya no está.

Amanece en Buena Esperanza, detrás de las cortinas el sol entibia los vidrios, Violeta entonces decide abrir el sobre y una voz que brota del papel dice: No puedo subir hasta el altillo, no encuentro la escalera, pero sé que el cofre está entreabierto y mis ojos también.

-¿Vio don Liborio? Hay luz en la casa de los Juárez. ¿Qué lo habrá traído por acá?

-¿Quién le dijo que es él?

-Bueno, lo cierto es que alguien está en la casa. La familia se terminó, la madre murió, ¿se acuerda? En Córdoba, estaba enferma; el padre no lo resistió, dicen que se lo llevó la tristeza. A veces no hay que creer todo lo que se dice. Ellos se llevaron el secreto a la tumba, lo cierto es que el muchacho se fue del pueblo.

Algunos comentan que es escritor, el pobre tendrá mucho que contar, con tanta desgracia...

GRITOS Y SILENCIO

Nora Lipszyc

La oscuridad ocultaba la emoción de cada uno de nosotros y el silencio en la sala contrastaba con ese grito que sentía dentro de mí... y tal vez el de Juan, el de Marisa, el de Luis. Los aplausos comenzaron a acariciarme. Lo busqué apenas empezaron a encenderse las luces, sabía que había estado ahí todo el tiempo, como siempre.

Si digo que tenía once años exagero; aún no había llegado la televisión a color.

Era la época en que Pepe Biondi estaba todas las tardes, lo vi en un programa de esos familiares, no era ni Mis hijos y yo, ni La familia Falcón, pero lo recuerdo muy bien, porque esa fue la primera vez en que lo vi, y cuando me enamoré para siempre.

Un día dejaron de pasar el programa y me quedé sin el final, sin él.

Creo que ese día decidí ser actriz.

Después del proceso podíamos elegir una obra libremente, las rondas de mate y lectura eran interminables. Fue Luis quien entró con el libro en la mano, riendo.

-¡Lo encontré! Es lo mejor que leí hasta ahora...la dureza del tratamiento se entrelaza con la ternura de la perspectiva, ima-ra-vi-llo-so! ¡Y son cuatro los personajes!

- ¿Cuál es? - preguntó Marisa.

- Desde siempre, de Jorge Ahumada.

-¿Jorge Ahumada? Se llamaba así...

-La leí, realmente muy buena, ese tipo sabe decir, como Goyeneche; ipero escribiendo! - agregó Juan.

- Es mucho más joven, es del '50, se fue en el '77.

- Entonces puede ser, porque tendría unos años más que yo.

Leí la obra en un rato, devorándomela... Saboreé cada una de las palabras que sabían a lucha, a solidaridad, a compromiso y pensé, como Juan, que mi Jorge Ahumada sabía decir.

Los ensayos duraban a veces toda la noche, por suerte alquilamos el sótano por mes y no por horas. La salita estaba disponible, había que apurarse. Era nuestra primera obra en democracia y el comienzo de otra etapa para el grupo.

Luis entró con él. No me habían dicho nada, querían sorprenderme; lo venían preparando desde el día en que acordaron pedirle que nos dirigiera. Ya le habían con-



tado, me llevaba ventaja. No le sorprendió mi risa nerviosa, ni mis gritos histéricos, ni que me colgara de su cuello, seguramente le habían dicho más cosas de mí.

No nos separamos más.

La obra se estrenó el 15 de noviembre de 1984 en la salita, y en junio del '85 pasamos al Teatro del Centro. Las críticas fueron fantásticas y el grupo, ya de cinco, era invitado a todos los programas culturales más vistos. Jorge nunca fue.

Su última obra es, para mí, la mejor. La escribió durante tres años. La ensayamos dos duros años más. Nos esperaba El Caminante con sus palcos y su historia.

Al leerla fui entendiéndolo más. Sus largos silencios, sus gritos asustados en las noches, esa mirada turbia, extraña, cuando hablaba de Mario y lo lloraba. Mario, compañero de Facultad y militancia. Salvajemente arrastrado de su casa. Uno más de tantos.

Se lee en la dedicatoria: "A Mario y a los demás Protagonistas de nuestra Historia, que nos gritan desde el silencio de la ausencia, palabras nunca dichas".

Estrenamos a sala llena. La oscuridad ocultaba la emoción de cada uno de nosotros y el silencio en la sala contrastaba con ese grito que sentía dentro de mí, tal vez el de Juan, el de Marisa, el de Luis y el grito de treinta mil más.

Los aplausos comenzaron a acariciarme. Lo busqué apenas empezaron a encenderse las luces, sabía que había estado ahí todo el tiempo, como siempre.

LA FOTO

Graciela Parejo

Me dijiste que eligiera una foto, no cualquiera, una especial, que simbolizara un momento importante de mi vida.

¡Qué tarea sencilla! Una mujer que vivió más de sesenta años, tuvo cuatro hijas, tiene dos nietos... ¿Cómo no tener algo así?

Sin embargo, desafiando ese razonamiento lógico, me decidí y busqué más atrás en el tiempo, porque sé que hubo una época en la que yo fui yo, sólo yo, parada sobre mis pies, sobre mis ideales, sobre las ilusiones que no siempre se cumplieron.

Y ahí está la imagen. Creo que era el 10 de diciembre de 1964. Las egresadas de la Escuela Normal N° 10, invitadas por la cooperadora, celebrábamos nuestro título con un acto no académico. Sin guardapolvo, subimos a las aulas, ocupamos nuestros pupitres, y algún profesor voluntario improvisó una clase simbólica.

Y ahí estamos. Graciela y yo. Sentadas, como siempre, prometiéndonos amistad más allá de las aulas.

Transitamos los cinco años del Normal con éxito. A pesar de la falta de libertad, encontramos profesores que se arriesgaban enseñándonos a pensar.

Atravesamos la adolescencia creyendo que podríamos cambiar el mundo, y apenas si logramos que el mundo no nos cambiara.

Tuvimos desencuentros. El Cordobazo nos ubicó en veredas opuestas. Pasaron unos años y al reencontrarnos, sentimos la bronca del tiempo perdido. ¿Cómo dejamos que una lucha ajena nos separara? Vamos a recuperar ese tiempo, prometimos.

Nos encontrábamos algún viernes, después del trabajo, y podíamos pasar cuatro o cinco horas sentadas en Las Violetas, sin noción del tiempo que corría. Y no intuimos que para ella corría más de prisa. Como un reloj de arena, le quedaban apenas unos granitos...

Después del diagnóstico, la agonía, el final.

En aquellos días alcancé a recordar los versos de Neruda, y quise gritar cien veces esas palabras.

Óyeme estas palabras que me nacen ardiendo, y que nadie diría si yo no las dijera, Amiga, ¡no te mueras!

Pero mi voz no alcanzó.



EL PELIGROSO JUEGO DE DESEAR

Pablo Ruiz

No sé a quién se le ocurrió jugar a ese juego, la otra noche en lo de Alena. La verdad es que la reunión había estado buena, pero había decaído, ni siquiera ese fabuloso flan con crema que trajo Mariana pudo remontar la noche. Carlos estaba demasiado alegre, en el límite del papelón.

Ya todos nos conocíamos demasiado y esperábamos que sucediese algo... El planteo fue: hay que pedir tres deseos en voz alta. Alena fue la primera que habló; empezó diciendo que deseaba terminar la carrera de Antropología, Carlos se rio por lo bajo, quizá molesto porque el juego no iba a ser tan gracioso como él pensaba; tirado en el suelo le acariciaba las piernas a Mariana que, recostada en el sofá, por momentos cerraba los ojos.

Alena, que durante toda la noche había estado callada y un poco triste, se había entusiasmado y un brillo saltaba de sus ojos verdes.

Mariana parecía no querer jugar, Carlos no sé qué dijo de conocer Marruecos y otro país exótico, de un yate y un harén.

Su mujer le tiró de la oreja. Sonriendo pensé que a ella, con sus tres hijos grandes y el último que tenía en su vientre, quizá la idea del harén desde algún lugar no le pareciese tan mala.

Tocó mi turno, traté de ser creíble; dije que deseaba tener una casa en una isla, en el Tigre, el segundo era tener un bote para poder ir, no necesitaba el yate, aunque me gustaba lo del harén. Terminé con un deseo de paz mundial; que lo impugnaron por recurso común y poco original.

Callé. Omití mis verdaderos deseos. En realidad, ¿los sabía? ¿Tendrían que ver con haber terminado una carrera, o darme el gusto de hacer arte, o tener una pareja?

No sé... A veces deseé ser más inteligente, es decir lamenté no ser tan inteligente, como para descollar en algo o, simplemente ganar más mujeres.

Me empecé a poner mal, pensaba en los mediocres y los cobardes, pensaba que yo no era demasiado inteligente, pero tampoco era tan tarado como para no darme cuenta: mi vida era triste.

Me estaba dejando llevar por esta serie de divagues “optimistas”, cuando Carlos me



ofreció fumar, sabiendo que hacía años que no fumaba más. Se puso cargoso, decía pavadas y molestaba a Alena. Creo que Mariana estaba dormida, o hacía que dormía.

Por primera vez en mi vida lo odié, tenía una sensación horrible, ¿por qué? Una definición berreta diría que Carlos era una mezcla “de plata y simpatía”; con eso a él le alcanzaba. Lo envidié por su falta de sensibilidad, por ser tan egoísta, “sin culpas”, por no haber tenido nunca las contradicciones que yo tuve... por ser hasta físicamente agradable, por haber formado una familia. Además el cretino se daba el lujo de tener esa minita, a la que le mentía durante dos años. Tuve más bronca por ser su cómplice. Me levanté y me serví más vino.

Estaba aturdido y mareado, no podía respirar, tropecé con una botella, intenté levantarla, pero no recuerdo nada más.

Desperté. Mariana y Carlos se habían ido. Alena estaba sentada frente a mí, mirándome.

Recordé el día en que la conocí. Estaba en una mesa contra la pared, en aquel bar de San Telmo; una taza blanca de café temblaba a la altura de su boca. Era un miércoles gris de marzo. Ella ya no era esa niña delicada y asustadiza, y era mi único y mayor deseo. El que quizá...

Traté de incorporarme en el sillón, me miraba dulcemente, casi curiosa, no había reproche alguno.

Se sentó junto a mí, su cabeza quedó de lado, mirándome tiernamente me acarició el pelo. El de ella, negro como un abismo, caía sobre su chaleco. No sostuve su mirada, creo que ella se dio cuenta, seguro que hace mucho se daba cuenta...Tuve ganas de salir corriendo o quedarme solo con ella, así, para siempre.

No pasó ninguna de las dos cosas... Cuando nos despedimos me abrazó fuertemente, mirándome a los ojos; con los labios casi pegados a los míos, me dijo: Amigo, te quiero mucho.



SU AMIGO EL MAR

Angélica Sánchez

Ana va caminando por la playa. Su alma suspendida, igual que una ola sin encontrar dónde romper después de tanto sinsabor, al claudicar definitivamente a ese amor loco e imposible. Sus pasos la acercan a la orilla. Siente el roce del agua en los pies, junto con el vaivén producido por el movimiento del mar. Todo eso la sumerge en un sueño imaginario. Se ve recostada en un bote, sobre su cuerpo desnudo recibe la tibieza del sol al atardecer, libre de toda culpa. Son apenas unos instantes. Al reaccionar mira el horizonte, tan lejano, tan imposible, y sacude su pollera mojada. La realidad la envuelve, percibe la caricia de un aire nuevo, no sólo en su cuerpo, también en su alma tan deseosa de paz. Alisa nuevamente su pollera y comienza el camino de regreso dejando atrás mucha vida inútil; tal vez el mar le regaló algo de su inmensa fuerza.

Ela canta todas las noches en un antiguo club de jazz del Boulevard Blanche. La densa nube de tabaco desdibuja a las mujeres que, escasas de ropas, ofrecen en las mesas alcoholes y servicios. El piano, algo desafinado y monótono, acompaña desde un rincón telarañas y canciones. Con ecos de whisky la madrugada es una sombra borracha, donde hombres vulgares y malolientes, embriagados como espectros, han pretendido más de una vez conquistar el amor de Ela. De brindis con los demonios, vociferando horrorosas carcajadas, la violencia al borde del escenario, el saqueo de un beso y el cachetazo certero, improvisado en la rutina del espanto. Ela es bonita, una sensual forastera en aquel sucio antro, sus labios acarician las melodías, una mágica dicha su voz y su escote. Ela entorna los ojos y su música despabila los sueños. Las noches de aquel invierno de París si Ela no cantaba no amanecían. Sus amores habían sido infiernos perseverantes, derrotas y sexo podían más que la ilusoria protección del eterno amor. Aquella noche pretendía ser interminable, agotadora, las luces y sus laberintos de humo asfixiaban el aire. Ela salió a caminar, el frío insomnio del rocío y las calles angostas de los suburbios la devolvían sin anuncios, solitaria, al mundo, a la porción de la ciudad que vuelve a estar en su sitio; es ella un dibujo de abrigo y niebla que respira de una bocanada la oscuridad de las nubes. Así llegó hasta el primer farol del último puente; él estaba allí, sentado sobre el respaldo de un viejo banco de madera, en el ojal del sobretodo una rosa a medio marchitar, un sombrero de alas donde una estrella fugaz olvidó un deseo, y una guitarra de tres cuerdas que sostienen unas manos pulcras y ligeras. Ela se acercó y su dulce voz, en humilde reverencia, se ofreció desnuda de pudor a la compañía de aquellos acordes solitarios. Una mirada y dos sonrisas se interrogaron, se confesaron las alegrías y las tristezas de sus vidas, una boca fue deseo y coincidencia de otra boca, se mordieron los labios y jugaron en los rincones donde habitan las dulzuras, una caricia se hundió en su pelo y fue su pecho una floresta donde el corazón de él pretendió abrigo. Caminaron en un abrazo el último puente hasta el último farol. En la casa de Ela un café caliente les quitó la ropa; se dejaron los dos hacer el amor, mientras tanto, en las persianas, un viejo blues desnudaba el cielo para volverse amanecer. Llévame volando a la luna...

LA ESPERA

Ester Edén Santos

La plaza del pueblo bien diseñada y aunque ya no había flores, ganaba en belleza por los colores ocres y rojizos con que la teñía el otoño.

Las hojas caídas semejaban alfombras crujientes que invitaban a caminar sobre ellas. Una enorme paz inundaba el atardecer.

Una mujer, todavía joven, sentada en uno de los bancos de piedra, esperaba. ¡Cómo amaba el otoño! Miraba cada árbol y su alma se regocijaba al ver el rojo de los arces, el dorado de los robles, el sol que aún calentaba sin resultar agobiante...

Nada la diferenciaba de las personas que caminaban por la plaza. Rubia, su cara redonda y su tez muy blanca, la identificaban como descendiente de los alemanes del Volga que habían fundado las tres colonias.

Sin embargo, y a pesar de la tranquilidad que transmitía el lugar, se la veía impaciente. Miraba su reloj a cada momento. Esperaba a su hijo mayor desde las cinco de la tarde y ya eran las seis. Gustavo había llegado tarde a su vida; ¡pero la había hecho tan plena! Una hora de espera. Se puso de pie, dio unos pocos pasos y volvió a sentarse. No pudo evitar un escalofrío. Su hijo solía ser puntual y justamente ese día iba a presentarle a su novia, una jovencita de quien ella no sabía nada.

Los recuerdos se atropellaban en su mente: el accidente que costara la vida de su esposo, y cuatro años más tarde, el que se llevara la vida de su padre. Su hijo venía conduciendo desde una de las colonias vecinas, ¡cómo podía...!

Trató de serenarse y, no sin cierto humor, se dijo lo que siempre repetía su abuela: Un rayo no cae dos veces en el mismo sitio. Clavó su mirada en su reloj; las seis y quince. De pronto, oyó, a lo lejos, las risas de una pareja. Parecían las de dos jóvenes, quizá...

Se puso de pie, se dirigió hacia el lugar de donde provenían las risas y, en la penumbra, pudo reconocer a Gustavo que caminaba tomado de la mano de una bella jovencita.

Todo a su alrededor se iluminó de pronto, todos los recuerdos tristes se desvanecieron y sólo supo que era feliz. Feliz porque él había llegado, porque iba a conocer a su novia y porque – corrigiendo a su abuela – un rayo no puede caer tres veces en el mismo sitio.

LA ÚLTIMA MILONGA

María Esther Spadaro

Marta se despertó en excitada, parte de la noche la había pasado en vela esperando este día.

Sería la primera cita a solas con Julio.

La ansiedad que le produce el encuentro, la incertidumbre, el deseo contenido y mal disimulado, forman un cóctel maravilloso, un brote adolescente, que no sabe bien si disfrutar o temer.

Aún no se permite liberarse y dar rienda suelta a esa energía rejuvenecedora que la moviliza y llena su vida de alegría y esperanza. La edad y el qué dirán frenan su entusiasmo.

Cuando comenzó a tomar clases de tango, llevada por una amiga íntima, jamás pensó que su monótona rutina iba a tener un vuelco tan grande. Allí conoció a Julio, un hombre, amable, y, sobre todo, muy correcto. Su alma gemela.

Las clases de tango pasaron a ser un ritual de los días jueves, nunca suspendido. Esa mañana desde que se levantó, un sentimiento embriagador envolvía de dicha su alma, se sorprendía tarareando tangos y milongas, el rostro iluminado, rejuvenecido, al pensar en el encuentro. Deseaba que llegase pronto la noche, por miedo a arrepentirse.

Parada delante el espejo recorrió con mirada piadosa todo su cuerpo y escogió su mejor *tailleur*.

Se organizó el día: peluquería, almuerzo frugal, siesta reparadora; a las veinte comenzaría con los preparativos.

Con la sobriedad y el buen gusto que siempre la caracterizaron, a las veintiuna estaba lista para que Julio la pasara a buscar.

Él llegó puntual.

Mudos por la emoción, y deslumbrados por el vínculo más que amistoso que los unía, partieron hacia la milonga.

Nerviosos como dos adolescentes llegaron, discretos, y se ubicaron en un rincón; ni bien sonaron los primeros acordes salieron a bailar.

En medio de la pista, ambos se transformaban, un halo mágico y voluptuoso los en-



volvía y los transportaba a tiempos y espacios irreales, volvían a sentir el dulce encanto del enamoramiento y la seducción, que los años habían borrado.

Mientras danzaban no se miraban ni se hablaban, el tango producía una comunicación interna y misteriosa que sólo ellos sabían descifrar girando a su compás.

El roce de sus mejillas, el contacto de las manos y la proximidad de los cuerpos, ejercían un hechizo del cual no deseaban salir.

Ninguno de los dos quería poner fin a la noche.

Sin la euforia del comienzo, y con una agilidad que consideraron milagrosa, salieron en silencio y caminaron hasta el auto.

Abrazados bien fuerte, se brindaron amor, todo el amor puro que afloraba de ellos. Con timidez sus labios se buscaron, se besaron con ternura, con besos nacidos del corazón, plenos de dicha.

Se despidieron con un ¡Hasta mañana!

Con ojos llorosos Marta entró al edificio. Se preparó un té, terminó de armar el bolso, colocó el sobre con la recomendación de su médico de cabecera dirigida al cirujano, junto con las placas radiográficas; luego puso el despertador a las seis, pues a las siete su hija pasaría a buscarla. Tomó el sedante prescripto y se acostó, reviviendo los mejores momentos de esa maravillosa noche pasada.

A VERA NADIE LE CREYÓ

Silvina Marcela Vicente

Marta era un enigma para los vecinos. Casi nunca salía de la casa. Vivía en ese antiguo caserón descascarado y deslucido de la esquina. Esa vivienda la había conocido desde su primer día. Sus hermanos menores se casaron, y muy pocas veces venían a visitarlos. La gente del barrio creía que cuidar a sus padres ancianos era el pretexto adecuado para no salir a la calle. Sólo se la veía pasar por las mañanas muy temprano, con la bolsa de las compras, hacia el mercado, taciturna y apesadumbrada, con su ropa oscura.

Cruzaba sólo algún “buenos días” escéptico, con aquéllos que todavía se animaban a mirarla.

Luego de la partida de sus hermanos las ventanas se cerraron con postigos y cortinas. Solamente Vera tiene el vago recuerdo de haberla visto feliz. Allá por los años ochenta, paseaba por la plaza de la mano de Lito; era una adolescente como las otras. De Lito, nunca se supo nada más.

A él nadie lo recuerda, y a Vera nadie le cree.

Ayer era un desapacible día de otoño, como cualquier día de cualquier otoño. El cartero dejó correspondencia en la casa de Marta. Una hora más tarde ella salió a balancear la vereda, luego de abrir las ventanas para que entrara la luz y el aire. Ver las sillas sobre la mesa y los muebles corridos hacía suponer a todo vecino observador y curioso que la casa se predisponía para una limpieza general.

En los días venideros las ventanas se llenaron de plantas, las cortinas entreabiertas dejaron asomar a una Marta distinta, limpiando y acondicionando su casa, que ahora olía a galletitas recién horneadas y a perfume de azahar.

Día tras día, Marta se mostraba por el barrio ostentando su transformación, orgullosa ante la mirada vecinal a la que respondía alegremente. Brillaba como una adolescente enamorada. Su ropa nueva, ceñida al cuerpo, traslucía una figura todavía joven y prometedora. Había cambiado los negros y los grises por colores pastel.

Algo extraño quedaba en ella. Siempre llevaba en su mano una carta, que iba ajándose y deteriorándose con el correr del tiempo. Se la mostraba a todos los clientes que compartían con ella la espera en la cola del supermercado. Marta parecía haber



enloquecido de amor. Nadie llegó nunca a leer la carta, porque la cajera interrumpía justo en ese momento para cobrarles, pero ella aseguraba una y otra vez, a quien quisiera escucharla, que Antonio volvería.

Ella lo esperaba con las galletitas de limón recién cocidas y el perfume de azahar humeando en el hornillo de barro.

Esa otra tarde, la encontré en la parada del colectivo; la observé temerosa. Su conducta esquiva y vacilante dejaba entrever que no estaba acostumbrada a viajar sola en colectivo. Algo le preguntó al chofer, en voz muy baja. Iba a buscar a Antonio quien, ahora absolutamente libre, podría retomar aquella historia de amor postergada. Dudé en creerle, su dificultad para expresarse me impedía saber si realmente había enloquecido o el encierro la había dejado sin palabras. No pude dilucidar por qué decía que la había amado hasta la muerte. Me distraje pensando en la historia de Lito, que Vera contaba, cuando el chofer preguntó quién se bajaba en la cárcel de Devoto.

Marta se levantó abruptamente y sin saludarme bajó del colectivo con su carta ajada en la mano.

A Vera nadie le creyó la historia de Lito y su navaja en el bolsillo izquierdo del pantalón. Creí entender, pero quién sabe. La locura es siempre un enigma. La realidad también.

CENTRO CULTURAL
DEVOTO
VILLA DEL PARQUE

Nueva York 4169. Villa Devoto / Comuna 11.
4501-0449 o 4502-2684

Coordinadora: **Beatriz Maubecin**
Docente Taller Literario: **Ricardo Nicolini**



CANTO AL SUR

Aurora Barraza

-País enorme, bellissimo.

-¿Dónde es eso?

-Allá en el Sur. Alguien dice donde dobla el viento. Tiene de todo.

-¿De todo qué?

-Tierras, la Pampa le dicen...agua...

-¿Agua?

-Sí, agua del sabor que gustes, para beber, para nadar, para pescar, para navegar...

-¡Epa!¿De qué me hablas?

-De un país que se hizo eterno por sus raíces.

-¡Exagerado! ¡Eterno!

-Sí, amigo mío, nadie lo entiende pero la mezcla de gente que llegó del norte, lo talló fuerte, sólido.

-Me imagino de qué pueblo habla. Lo del crisol de razas fue la excusa para engordar la fama. Todos se derramaron sobre esa tierra.

-Usted habla como si ese movimiento no hubiera sido como un fenómeno positivo.

-No, hombre, fue positivo, porque esa gente se desparramó sobre esa tierra fértil a más no poder y se arraigó con todas sus fuerzas.

-Lucharon duro, amigo y creyeron. Lograron sentirse miembros sanguíneos del paisaje, de los bosques, de las ciudades, de los campos, los conventillos y los lupanares.

-Hubo de todo, por lo que deduzco.

-Sí, Señor, hubo hijos, de hijos, de hijos, linajes que lucharon, que soñaron, que devoraron angustias, para parir ideales y hubo golpes duros, los del hacha en los bosques, los del hierro en la tierra, los del látigo en la carne...

-¿A dónde quiere llegar?

-A la verdad, extraña, incomprensible para muchos, de un país que sufrió los avatares de la cotidianidad incierta, los desencantos de la esperanza frustrada, los atropellos de la impudicia arbitraria, el expolio inhumano. Que desgarró mentes y cuerpos, y que cada día a pesar de todo lo que le he contado y de lo que me callo por obvio o



increíble, es un país con la riqueza infinita de estirpes que no bajaron los brazos, que siguen viviendo por el pan de cada día y por la fe vital que los impulsa a pujar, con la fuerza de un pacto colectivo que da a luz generaciones múltiples...

-¡Basta, la suya es una apología! ¿No será una ensoñación para ocultar penas? Porque sé de qué me habla, y en ese mágico lugar hay sitio para sabios y sátrapas. ¿O me equivoco?

- No, pero lo incomprensible para muchos, es que todos nadan contra la corriente, y maltrechos, golpeados mantienen a flote lo mejor de cada uno. La esperanza increíble que los hace infinitamente fuertes, ineludibles, maravillosos. Le hablo, amigo, de un país, utópico pero real.



JUAN CARLOS

Marta Díaz

Juan Carlos emprendió el viaje en bicicleta con Matías bien acomodado en la canasta delante de él. Donde pudiera verlo. Donde pudiera tocarlo. Donde pudiera besarle ese pelo finito que tanto lo hacía acordar a su cabeza de niño.

Le daba la impresión que un coche lo venía siguiendo.

Dobló en la primera esquina y volvió a doblar, pero el coche seguía detrás.

Ahora estaban seguros. El médico lo confirmó: María Eugenia tenía un embarazo de dos meses. Por fin vendría otro hijo. No importaba el sexo. Si era otro varón, Matías tendría un compañero de juegos. Tan sólo se iban a llevar tres años de diferencia. Y si era nena, tendría que ocuparse de acompañarla a los bailes cuando llegara la adolescencia. Lo mismo había hecho él con su hermana...

María Eugenia estaba feliz trabajando de maestra jardinera. En un tiempo más podría llevar a Matías cada vez que fuera al trabajo. ¡Cómo pasa el tiempo!

En unos meses, Matías al jardín de infantes. Y otro hijo en camino...

-Pucha, el coche sigue atrás. Si me meto a contramano por la avenida principal, puede ser que lo pierda - pensó.

Ese mediodía, como todos, Juan Carlos le dio de comer a Matías. Cambió sus pañales. Lavó su cara. Le peinó el pelo finito y rubio. Ese pelo finito de Matías era como un anuncio de que a los veintiséis años iba a estar medio pelado como él. Acomodó el bolso con la ropa del nene en la bicicleta. Lo aseguró bien, para que no corriera peligro de caer y partió para la casa de la abuela.

¡Esa abuela era su salvación! Sabía que siempre podían contar con ella...

Todos los días, de lunes a viernes, la misma rutina: a la mañana él cuidaba de Matías mientras escribía sobre política y los movimientos obreros. A la tarde trabajaba hasta las doce de la noche en la imprenta de su amigo Enrique.

Después de cuatro días de búsqueda desesperada por hospitales y comisarías, finalmente, ya vencida, la abuela lo encontró en la Casa Cuna de la Ciudad de La Plata. Las enfermeras se dieron cuenta porque en una de las fotos que mostró, Matías estaba llorando. ¡Era ese nene como de dos años que hacía tres días que no paraba de llorar!

Lo estaban por dar en adopción.

Lo sacaron de un tirón de la bicicleta. Lo palparon de armas. Lo tiraron al suelo. Le revisaron el bolso. Lo metieron a golpes en el coche. Esposado y con los ojos vendados. Para siempre a oscuras.



EL BENEFACTOR

Marta Imbriale

Su programa es el más visto. No existe otro conductor con su ángel. Sabe decir y dice lo justo, en el momento preciso. Es consciente de su llegada a la gente y el público lo ama.

Los pobres de toda pobreza, los desesperados, esa gente que nadie ve, que nadie quiere ver, que nadie escucha, forman una larga fila a las puertas del canal. Una fila silenciosa y descolorida. El benefactor les envía mate cocido y pan. ¿Quién hace eso hoy en día? Si tienen suerte, unos pocos serán seleccionados, para intervenir en el programa, en el segmento, DALE UNA MANO A TU HERMANO.

El conductor hablará con ellos y el público compartirá las dramáticas historias. Al finalizar, él se incorpora y abraza al entrevistado con fuerza, con afecto, sin preocuparse por unir su atuendo impecable, con aquella ropa ordinaria y polvorienta. Su sonrisa permanece tierna y cálida. La música dibuja el marco ideal

QUIÉN DIJO QUE TODO ESTÁ PERDIDO, YO VENGO A ENTREGARMI CORAZÓN.

Momento cúlmene. La ternura atraviesa la pantalla, las lágrimas humedecen las milanesas que la familia argentina lleva a su boca.

Así, en brazos de la emoción, comienzan a llegar todo tipo de donaciones. Ropa, alimentos, sillas de ruedas, hasta los empresarios dueños de importantes laboratorios farmacéuticos, se conmueven y envían cajas completas de medicamentos a punto de vencer.

La generosidad se derrama incontenible. Los pobres ríen y lloran, agradeciendo al benefactor, que rechaza humilde los merecidos elogios, y palmea con cariño, las agobiadas espaldas.

Hoy se emitirá un programa especial. Llega al canal una mujer. Ingres a al estudio, sostenida por dos asistentes. Un delgado hilo de sangre desciende por su rostro desde la cabeza, la boca aprieta, los ojos callados.

Es ubicada en un blanco sillón El conductor, no sonr íe, se sienta a su lado; los focos estallan

-Queridos amigos, la señora aquí presente, se llama María Celarrayan. Hace tan sólo dos horas, viajaba feliz junto a su esposo, su hija, sus tres nietecitos y su amada pe-



rrita. Un loco, un asesino al volante de un maldito camión, los embistió, todos fallecieron.

Dramático silencio. Una mano en el hombro inerte de la mujer:

-Díganos María ¿Cómo se siente?

Uno de los técnicos, despliega el papel que el benefactor dejó en sus manos antes de salir al aire. Un trozo delgado de acero, atraviesa la hoja.

-Si en treinta segundos no llora, le pinchás los tobillos con esta aguja.

El alarido estremece a la familia argentina, que se atraganta con el puré. Los gritos desgarradores erizan la piel de la audiencia. El benefactor se incorpora y con infinita ternura, abraza a la mujer que llora como corresponde.

La siempre recordada Eladia Blázquez, abriga esta bellísima escena. NO, PERMANECER Y TRANSCURRIR, NO SIEMPRE PUEDE SUGERIR HONRAR LA VIDA.

Muy despacio las luces se apagan, el vértigo termina.

En la calle, la luna ilumina a un hombre de traje impecable que fastidiado, retira una hoja sucia y marchita, que osó posarse sobre el capot de su auto importado.



EL DIARIO PERSONAL

Marcos Polero Vélez

Viernes 30 de marzo de 2001:

Convencido de que aún no pude concretar mi obra maestra, voy a poner a prueba todo mi pasado como escritor. Me tomé estos últimos tres años para estudios previos e investigación: leí detalladamente a Conan Doyle, Chesterton, Poe, Christie, Lewis, Shelley, Collins, Dashiell, Thompson; Borges, Bioy Casares, Groussac, Quiroga, Lafforgue y a todos los mejores de la especialidad. También me dediqué a indagar en los archivos policiales los casos más interesantes de asesinatos no resueltos. Descarté aquellos remediados por la impunidad, la coima y la negligencia. Me costó mucho trabajo acceder electrónicamente a los archivos del Scotlan Yard, el FBI y la Sureté; pero pude valerme de ellos para mi mejor ilustración. Me interesé especialmente en el caso del brutal y sublime Jack “el destripador”, autor de cinco asesinatos comprobados y la herencia de algunos otros sin paternidad evidente, de un diario narrando los hechos, de varias cartas burlonas a la policía, y especialmente de una desaparición misteriosa y definitiva, que lo hizo ingresar en el mundo de los mitos.

Con toda esta inspiración comenzaré hoy la etapa definitiva de mi más grande trabajo.

30 de marzo de 2001 (23 horas):

Me tomó casi todo el día confirmar los datos de la víctima escogida para estar seguro de que cumple los requisitos necesarios, a saber: debe ser vulgar, anónimo, insignificante, algo despreciable y con potenciales enemigos para confundir el posible móvil; un torturador, un oscuro obrero de la picana que no haya trascendido.

Indagué archivos con militares de poca jerarquía impunes por crímenes de lesa humanidad. Hice una primera clasificación de doce posibles blancos. Vigilé paulatinamente a cada uno de los elegidos, buscando puntos ciegos, debilidades, lugares y situaciones donde eran vulnerables y fui descartando en forma cuidadosa hasta que me quedó uno solo. He elegido al suboficial mayor Fernández, (retirado ya hace seis años) miembro, del 77 al 83, del grupo Tareas 10, VII Brigada Aérea, base Morón y



con actuación en la “Mansión Seré”. Seguramente la policía buscará un móvil de venganza o justicia por mano propia para explicar el asesinato, ya que el aludido no fue a juicio, beneficiado con la ley de obediencia debida. Sin embargo lo escogí especialmente porque es funcional a mis planes: trabaja en una agencia de seguridad y en horario nocturno; y después de largos seguimientos comprobé que es metódico, algo confiado, muy organizado y hasta cierto punto, predecible. Aún me queda por definir cómo y cuándo entrar al lugar. La muerte deberá acontecer en una hora predeterminada. A las doce de la noche, exactas, sin un segundo de diferencia y el método tiene que ser muy limpio, no sangriento y literario, digno de una novela, que escribiré después basándome en los hechos y en las peripecias policiales; además me las ingeniaré para acceder al expediente y para darle una trama de misterio. Por supuesto, la novela será descubierta después de mi muerte en la caja de seguridad de un banco cuya llave dejaré con instrucciones, en manos del escribano encargado de leer mi testamento.

Lunes 2 de abril:

Hoy volví a seguir a Fernández. Lo vi comprando un paquete de té para llevarse al trabajo, hecho que encaja en mi plan como una pieza de rompecabezas. Después fui al polígono de tiro y comprobé que ya soy un experto (dieciocho tiros, dieciséis centros), utilicé una 9 milímetros idéntica a la de él; probé el silenciador y se adapta perfectamente. Alquilé un cuarto en un hotelucho de Constitución (obviamente firmé con nombre falso y con un documento adulterado) y aprovecharé la excusa de cerrar un negocio inmobiliario en el centro (la estúpida de mi mujer es incapaz de sospechar nada, ella solo piensa en los vestidos, las amigas y la farándula). Ni bien termine la “tarea” volveré a mi casa en Villa Rosa como si nada, donde seguiré la noticia por televisión.

Jueves 5 de abril:

Mañana es el día. Repasé minuciosamente el plan. Tomé los tiempos con un cronómetro, espero que todo ocurra sin inconvenientes. Compré la caja de guantes, la jeringa, las zapatillas, preparé una segunda muda de ropas. Conseguí una copia de la llave mediante una argucia simple: Simulé un choque casual y violento con la portera, justo en el momento en que se disponía a cerrar las puertas, el llavero cayó al suelo y cuando la mujer, aturdida por el golpe, se pudo recuperar a medias, se lo entregué deshaciéndome en disculpas después de tomar muestras de la llave adecuada en un molde de cera sin que se diera cuenta; no sospechó nada.

Sábado 7 de abril:

Estoy cómodamente instalado en mi biblioteca, en Villa Rosa. Ya los noticieros comentan el hecho. La policía y el periodismo están totalmente desconcertados, no



saben qué rumbo tomar. Pronto haré un viaje con mi esposa al Caribe y comenzaré la nueva novela donde relataré con lujo de detalles el crimen perfecto.

Anoche, a las diez y media llegué al edificio, me deslicé hasta las escaleras con sigilo, resguardándome de la vista de Fernández que estaba mirando un partido de la Libertadores. Coloqué entre sus papeles una esquela sin firma donde le explicaba que sabía de su historia, de las torturas y hasta de las 8 muertes que se habían producido en plena sesión de picana. Se sorprendió, miró para todos lados, comenzó a temblar y a sudar en forma copiosa; me buscó, pero yo, como había estudiado detenidamente sus costumbres pude adelantarme a todos sus movimientos.

Cuando el ex militar se tranquilizó a medias, esperé a que comenzara la preparación de su té. Buscando crispas sus nervios encendí un petardo en el pulmón interno del edificio, sabiendo que desde la calle no podía oírse el estampido por el ruido que venía del boliche bailable a cuatro casas de distancia, pero Fernández lo escuchó y desencajado corrió al patio donde solo encontró una tarjeta que rezaba: “Torturador, ya llega tu hora”. Mientras tanto yo vacié en el té tibio el contenido de la jeringa, una droga de acción casi instantánea, que provocaba diarrea irrefrenable, retorcijones de estómago, sudor frío, inmovilidad, y se escurría con la materia fecal no dejando rastros en el cuerpo después de 15 minutos.

Totalmente aterrorizado, el hombre se sentó y apuró la taza de un sorbo. A los pocos instantes se descompuso, corrió al baño desesperado y se sentó en el inodoro. Abrí la puerta de un golpe y lo vi cara a cara. La víctima auscultaba mis rasgos tratando de adivinar cuál ex torturado había escapado de sus pesadillas para acecharlo; estaba realmente sorprendido y paralizado, parte por la droga, parte por el terror. Tomé su pistola de la cartuchera, colgada del correa en el gancho del retrete y sin prisa calcé el silenciador, apunté entre los ojos que me miraban interrogantes e incrédulos, esperé los 6 segundos que faltaban para que sonara la alarma de las cero horas en mi reloj de pulsera, y con el último “pi”, disparé un solo tiro que le dibujó un pequeño círculo en la frente.

Cuando Fernández cayó lo sostuve hacia adelante para no manchar los azulejos con sus sesos, limpié minuciosamente la letrina, me deshice de las notas, lo arrastré y lo senté en su sillón, desinfecté todo el camino, que quedó sin un solo rasgo de la presencia del vigilado o la mía, como si yo no hubiera existido y él nunca se hubiera movido del escritorio, volví a servir el té en la taza también impecable, me cambié de ropas y fui deslizándome entre las sombras cerrando las puertas tras de mí. Caminé 40 cuadras para recién tomarme un colectivo ya determinado el cual era parte de un recorrido planificadamente caótico que terminaría 6 horas más tarde en la estación Constitución. Dormí plácidamente un par de horas y al levantarme junté mis cosas, abandoné el hotel, retiré mi auto, guardado en un garaje de alquiler y volví tranquilamente a mi casa.

Domingo Aguilar, autor que contaba con un sinfín de premios internacionales y con una provechosa venta “bestseller” de sus libros, cerró su diario personal, lo guardó en la caja fuerte de su despacho y se fue a dar un baño de inmersión.

Alicia, su esposa, había conseguido la combinación de la caja con el antiguo artificio de echar talco sobre el teclado, su marido no fue más cuidadoso con ella porque, en su exacerbado machismo la subestimaba.

La mujer abrió el diario para descubrir alguna infidelidad, hojeó las últimas páginas y comenzó a temblar, una gota de transpiración rodó por su nariz a pesar del frío de abril. Terminó de leer y con el manuscrito apretado en su mano izquierda tomó el teléfono y marcó el 911.





CENTRO CULTURAL **EL TALLER**

Elpidio González 4967. Montecastro / Comuna 10.

Coordinadora: **Noemí Matucci**
Docente Taller Literario: **Carla Sagulo**

DESPUÉS ES TARDE

Clelia Aguirre

Mi madre solía decirnos que todos los creyentes tienen una luz que los ilumina.

—Déjate guiar por ella, hijo mío, déjate guiar.

Y aquí estoy, en mi antiguo barrio, delante de la que fue mi casa, de nuevo adolescente, tumbado en el piso del patio. La parra deja filtrar haces de luz que se esparcen en los ladrillos formando, entre luces y sombras, fortuitas figuras a las que me empeño en dar forma. Pero lo que más me atrae sin duda es ver brotar, como plantas en primavera, mi primer vello púbico.

Casi dormido, veo junto a mí, una sombra fina y larga.

—¿Quién sos?— le pregunto.

—Manuela, la amiga de tu hermano —y me extiende la mano, sin mostrar ningún pudor ante mi desnudez.

—Increíble que sean mellizos —me dice. —Delmo, petiso y gordo y vos alto y flaco.

—Somos mellizos, no gemelos.

Y corro a vestirme.

A partir de allí hubo muchos después...

Caminábamos tomados de la mano orillando la ruta. Los coches, como bólidos, pasaban junto a nosotros haciendo flamear mi camisa y la pollera de Manuela, una especie de sombrilla cuyo sostén eran dos hermosas piernas que no podía dejar de admirar. Pero mientras ella y yo afianzábamos el placer de estar juntos, mi hermano iba cayendo en un cono de tristeza que lo apagaba día a día.

En noviembre fue nuestro cumpleaños. Yo odiaba esa fecha. Mamá se afanaba en hacer tortas y entremeses que la voracidad de mis tíos hacía desaparecer. No podía creer que en el estómago de los grandes cupiera tanta comida.

Recuerdo que ese año, mi hermano, más arisco que nunca, no quería bajar. Yo subí a buscarlo y me cerró la puerta en las narices. Luego mamá, con su dulzura y sus besos, lo convenció y bajó a regañadientes.

—¡Hola Delmo! —dijeron todos a coro, y una a una, las tías le zamparon tremendos besos que le dejaron los pómulos pegajosos de pintura y restos de comida.

—Qué lindo estás —le dijo Yolanda, la hermana mayor de mamá, a quien se le reser-

vaba el sillón más grande, pues su tamaño no le permitía sentarse en una silla común.
—Sos igualito a mí.

Mi hermano bajó la cabeza y vació su plato casi sin respirar. Luego pidió permiso a papá, dejó la mesa y fue a sentarse en el último peldaño de la escalera. Quise gritar: “¡No hablen por favor! No digan nada que pueda herirlo”, justo en el momento en que tía Clara le preguntaba a mamá:

-Che, ¿vos hacés la misma comida para tus dos hijos?

-Sí, contestó desconcertada mi madre.

-Como puede ser entonces que uno se crie flaco como una espiga y el otro haya entrado en la categoría de obeso.

-Mirá que lo reto, pero Delmo no entiende ni palabras dulces ni penitencias. En cuanto me descuido, vacía la heladera...

Las palabras atravesaron los sentimientos de mi hermano que fue a refugiarse en la soledad de su cuarto.

A la mañana siguiente, fue papá a despertarlo.

—Vamos Delmo, que se hace tarde para ir a la escuela.

Como no respondía, entreabrió la puerta. Fue entonces que un grito inundó la casa: Delmo se balanceaba sin vida colgado de un tirante.

Papá no pudo soportar el drama y murió dos años después. Mamá y yo, ayudados por la tía Clara nos mudamos a un pintoresco pueblito de los que tanto adornan Córdoba. Estudié, me casé y tengo dos hijos que son la alegría de mamá. Nunca volví al barrio de la infancia. Hasta hoy.

Después de tantos años, he vuelto y me pregunto: ¿qué estoy buscando? Quizá este diálogo interior, al que me atrevo por primera vez, tratando de disolver dudas, o encontrar culpables... Pero ya es tarde y la vida continúa.



Y EL NIÑO LLORANDO EN EL VELERO

Graciela Bolla

Yo, el poeta sin brazos, el poeta perdido, veo a aquel niño llorando en un velero sin rumbo, una nave que zozobra mientras el silencio trepa como una enredadera. Tal vez yo también haya enmudecido, o mis letras ya no sean violines, sino náufragos que traga el río.

¿Para qué escuchar, o leer o abrir los ojos?

Blasonar posesiones, la alegría de la moneda fácil o el bocado de rojos manjares llevados a una boca sin hambre. Esto repliega cualquier razón.

¡Cerrar las ventanas! ¡Que nada pase! La piel sin llagas, los ojos secos. Nada que nos escupa la cara, nadie que agite las mareas. Salvarse de las escaras...

Yo, el poeta inútil, que no puede clavar puñales, tampoco besar ni dar caricias...

¿Para qué escuchar tripas vacías, gemidos de impotencia, susurros de torcazas?

Yo, y el niño llorando en el velero, solo, sin pañuelos blancos.

Mis letras alejándose de mí, buscando un pabellón, una pestaña, una piel.

Y el niño en el velero, llorando en la noche fría, solo, esperando.

YACUCHULLA

Nelly Dilella

I

Por fin llegué. El solcito de la siesta me envuelve, es una chalina tibia sobre mis hombros, mis brazos. La dueña de casa me está esperando, me ayuda con la valija.

—¿Quiere bañarse? —me pregunta.

—¿A esta hora?

—Aquí es así.

La habitación tiene techos altos. Los postigos abiertos dejan entrar el sol que dibuja un rectángulo largo sobre el piso y la manta de llama doblada a los pies de la cama. Trato de organizarme. Mañana es lunes y me estreno. ¡Qué susto!

II

La dueña de casa es una mujer casi vieja, casi gorda, casi amable. Habla poco, nada. Ceno con ella en el comedor que tiene la única estufa de la casa con leños gordos, ya colorados. El guiso está bien caliente porque el día se va y empieza la noche, empieza el frío. Ya no sé si la comida está sabrosa; sólo sé que con cada bocado me baja el calor del locro y me invade el bienestar. Pero me acuerdo del lunes. ¡Qué susto! Mejor me voy a dormir.

III

La dueña de casa me ofrece un ladrillo caliente envuelto en una mantilla. Yo miro con una curiosidad que me delata.

—Póngalo en la cama —me dice—. Usted no conoce las noches cerca de la cordillera.

Con los pies y las manos almidonadas por el frío, me acuesto rápido. El calor del ladrillo y el cansancio me traen la modorra tan esperada. Pero ya suena el despertador. Ni un rayito de luz, sólo el frío en la impiedad de los techos altos. La obligación de levantarse y quedar azul, transparente, invadida por el invierno de las montañas.



IV

El termómetro del patio marca doce grados bajo cero. Polera, sweater peludo, campera tejida a mano, gorro, bufanda, tapado, guantes. Ropa y más ropa. Soy un robot. Tomo el café del termo y me llevo un pancito para comer en el camino.

V

Imposible andar rápido. El arenal me entierra los pies hasta los tobillos y cada zapato tiene pesas. Un kilómetro, dos kilómetro y ahí la escuela. Sólo un alambre blanco de escarcha la separa de la ruta. En esa intemperie de tierra, bajo un árbol, los alumnos formados. Izamos la bandera. Parada y firme soy un vidrio astillado por doce grados bajo cero.

VI

Entramos al aula. Otra vez el piso de tierra que grita en mi cabeza. No hay electricidad ni ventana. Sólo la puerta abierta por donde entran la luz, los doce grados bajo cero y mi impotencia frente a esas caras ateridas. Cada chico trae una rama seca. Victorino, el más grande, las junta y en un ritual callado prende la fogata. Con el calor compartido y las caras aliviadas podemos empezar la mañana.

UN EXTRAÑO CUERPO EN LA MESA

Carlos Dorna

Soy el menor de cuatro hermanos varones, criado en el seno de una familia típicamente porteña.

Recuerdo mi infancia y me veo corriendo por toda la casa con una silla para tratar de partírsela a mis hermanos en las espaldas. Las interminables luchas encarnizadas, uno sobre el otro, tratando de dañar al oponente de la peor manera sin escuchar los ruegos de mi madre para que abandonáramos esa práctica brutal.

De todas maneras, la paz llegaba a mi hogar a la hora de la comida. La disposición alrededor de la mesa era siempre la misma. Mi papá en una cabecera; en la otra, Los Tres Chiflados o Telenoche, según el horario. Los otros cuatro lugares, ocupados por mis hermanos y por mí.

Mi mamá cumplía la función de ir y venir de la cocina hasta la mesa, satisfaciendo la anguria de sus hambrientos pichones. Y cuando digo pichones lo incluyo también a mi papá.

-Mamá, dame más puré- gritábamos mientras Moe le arrancaba los pelos a Larry.

- Rosita alcanzáme el vino- decía mi viejo, y Curly bailaba con una gorda.

Mi vieja corría a la heladera o a la cocina según le indicara la voz de mando.

-¡La sal, mamá!

Ella traía la sal y se quedaba parada al lado de la cocina esperando algún otro reclamo. Pero esta aparente armonía se disolvía a la hora de la fruta. Alguna patadita por debajo terminaba en una de Karadagián sobre la mesa, tirando vasos, ensaladeras o lo que hubiera sobre el ring gastronómico.

Mi mamá corría a sacar los cubiertos que quedaban a nuestro alcance, temiendo que la trifulca terminara en algún nosocomio. Mi papá, por su parte, era el encargado de repartir los sopapos que declaraban el empate técnico de nuestras reyertas.

Resentidos, los contrincantes nos mirábamos jurándonos venganza en silencio. Mientras preparábamos las cosas para volver a la tarde a la escuela -íbamos doble turno a una escuela católica-, mamá levantaba la mesa y lavaba los platos. A las cinco ya estábamos de vuelta en casa haciendo la tarea, tomando la leche con Piluso.

Un sábado, mi amigo Juan me invitó a almorzar. Era todo un acontecimiento para



mí. La primera vez que comía fuera de casa. Mamá me llevó hasta la casa de mi amigo.

Cuando llegué, estaban todos listos para comer; saludaron amablemente y me indicaron donde debía sentarme. La armonía de la mesa me sorprendió, cosa que atribuí a la presencia de las hermanas mayores de Juan: él no iba a andar agarrándose a las trompadas con las mujeres de la casa. Pero hubo algo que me sacó de mi eje, algo que me descolocó: al terminar de servir los platos, la mamá de Juan acercó una silla y se sentó a comer con nosotros, junto a su marido.

No pude pasar bocado. Esa mujer había dejado de servirnos y comía como cualquiera de nosotros en la misma mesa. Recuerdo que mis ojos se posaron en ella absortos e indignados.

Todos conversaban y comían normalmente. Parecían no advertir la presencia de su propia madre en la mesa. Lo tomaban como algo natural, como algo normal. ¿Y si alguien necesitaba repetir, o al papá de Juan se le terminaba el vino? Me pareció una mujer que se aprovechaba del poco carácter del papá de mi amigo.

En un momento, la muy cínica llegó a preguntarme cómo me iba en la escuela, de qué trabajaba mi papá y no sé cuántas pavadas más. Y a nadie parecía importarle. -¿No comés más?- me preguntó. -No comiste nada...

¡Qué iba a comer! ¿Nadie veía a esa mujer sentada en la mesa con nosotros? Para colmo, al terminar el almuerzo, una de las hermanas se puso a lavar los platos a medida que la otra los iba levantando. Juan fue hasta la heladera y volvió con una fuente llena de frutas.

Me sentí muy incómodo en medio de una familia que se manejaba de esta manera tan antinatural. Igualmente, jugué con Juan toda la tarde hasta que mi hermano mayor pasó a buscarme para cenar.

Con mi hermano nos peleamos todo el camino. Él me empujó y yo me raspé las rodillas en la vereda. Un coscorrón a cada uno por parte de mi padre nos puso en sintonía con la concordia necesaria para la cena. Ese coscorrón me hizo sentir nuevamente en casa. Mi madre comenzaba con el ritual nocturno de la cena, mientras Mónica Mihanovich y Andrés Percivale, se disputaban una de las cabeceras en blanco y negro.

RECUERDO DE MI NIÑEZ

Cristina Mamani

Cansado de tantos problemas y después de un día agitado decido salir a dar una vuelta para relajarme un poco y poder ir a dormir tranquilo en la quietud de mi cama. Camino mirando la noche clara y te veo. No puedo creerlo, no podés ser vos. Miro para todos lados buscando un cómplice, pero es imposible. Estoy solo.

Me voy acercando, creyendo que vas a esfumarte de un momento a otro, pero no. Te quedás ahí: parado, inmóvil, real.

Tu mirada me atrae, contemplás el frente de ese gran edificio con sus grandes letras, el famoso Luna Park. Me parece que atravesás sus muros retrocediendo hasta tu juventud, buscando aquellos momentos de gloria, de fama, que subidos al tren del tiempo fuiste perdiendo en las estaciones de tu vida.

Yo también me pierdo en los recuerdos, cuando de pequeño, junto a mi padre, me quedaba mirándote en ese aparatito que nos tenía paralizados desde el primer sonido de la campana hasta cuando vos decidías que sería el último.

-¿Por qué perdiste todo? ¿Qué te llevo a una vida de descontrol?

Tal vez por tu ignorancia no supiste manejar ese momento glorioso y mantenerlo. Aquellos fanáticos del boxeo como mi padre y yo podíamos prendernos horas frente a una pantalla para ver como boxeaba Carlos Monzón.

Con tu altura, tu físico y tus saltitos enloquecías a todos los que te admirábamos, hasta que las crónicas te colocaron en el banquillo de los acusados. Como hombre me diste lástima, pero nunca olvidaré esos momentos gratos de mi infancia viéndote boxear.

Vuelvo de mis recuerdos; ya desapareciste. ¿Fue un sueño, una alucinación o sólo la necesidad de sentirme bien? No importa, ahora podré ir a descansar con una sonrisa en mi rostro.

AMOR PLENO

Irma Pérez

Sentado en un banco de plaza la veo llegar
como la Santa María llegó a América.
Se bambolea igual
que las carabelas de Colón al tocar tierra.
Su largo vestido se mece con la brisa
como las velas del palo mayor.

Quiero distinguir -y no lo logro-
la cintura de su cadera
la cadera de sus senos.

Brilla con los últimos rayos de sol
su rojo cabello como brasa encendida
sobre esos hombros redondos y desnudos
que muestra sin pudor.

Es un marco asiático para su redondo rostro.
Sus mejillas parecen siempre avergonzadas
y el rosado de su piel contrasta con el verde
mar de sus pícaros ojos.

Y al llegar a sus labios
rojos como una granada
mi corazón se acelera...

Quisiera comparar su cuello
con el de un cisne; es imposible.
Armoniza bellamente con su rostro
y con su busto generoso.

Lo que pienso puede ser su cintura
necesita cuatro manos viriles
para rodearla y tienta
lujuriosamente bajarlas
por la cadera que lleva
ese ritmo caribeño.

Mientras pienso todo esto,
perfecto modelo para pintarla Botero,
ella llega donde estoy: no me despierto.
Le digo adiós, mañana no te veo.



NOSTALGIA

Margarita Rancaño

Una mano, dos manos. Nada más.
Todavía me duelen las manos que me faltan.
Olga Orozco

Un día nos encontramos allá por los veinte años.
Con las manos entrelazadas, en largas charlas,
forjamos mil sueños locos y planeamos el futuro.
Entre gratos momentos y tropiezos se fue deslizando la vida.
Imprevistos avatares del destino nos descolocaron a veces
Y otras nos ensamblaron aún más.
Y llegaron los retoños de esa raíz, titubeante por momentos,
de una fuerza arrolladora en otros, pero sólida y firme al fin.
Casi sin darnos cuenta volaron las hojas del calendario;
los años se sucedieron en un abrir y cerrar de ojos
y llegó el día en que quedamos solos como cuando nos conocimos.
Seríamos nuevamente aquellos veinteañeros.
En un rincón del alma quedaban algunas metas no cumplidas,
había llegado el momento de lograrlas.
Pero Dios, la vida o no sé qué no lo permitieron.
Una mano, dos manos. Nada más es lo que tengo.
Todavía me duelen las manos que me faltan.

ENTRE DOS LUCES

Margarita Rancaño

Permanece largo rato parado frente a la ventana, con la mirada perdida en el infinito. Sus ojos traspasan los vidrios y se hunden en la lejanía. Esa lejanía tan próxima como distante para él.

A pocos metros, entre enormes edificios y tránsito incesante, la ciudad palpita su cotidiano devenir.

En esa actitud de aparente distracción, ajeno a cuanto sucede a su alrededor, él busca evadirse del mundo para internarse en el laberinto de su conflicto.

Entrecruza los dedos, aprisiona un puño contra la otra mano, enciende un cigarrillo, sigue el itinerario de esas nubes de humo con sus pupilas transparentes y así continúa el vagabundeo incesante de sus pensamientos, tratando de ordenar su mente. Es momento de importantes definiciones en su vida, sabe muy bien lo que quiere y ha elegido definitivamente su camino.

Se aferra con todas sus fuerzas a esa luz brillante que ingresa por la ventana de su vida futura, la desea y no puede ni quiere renunciar a ella. Pero debe cerrar la otra ventana, esa por la que se filtra un opaco, tenue y difuso resplandor que se extingue, se extingue...



CONFUSIÓN

Olga M. Sandoval

Te confundiste, yo no soy ésa
el viento arrastra sombras
un ayer de premisas erróneas
de juntar piedras y esparcirlas
camufladas de colores.

Me quedé cercada
en un brindis sin reservas
y me la creí.

Inventé cofradías personales
me acicalé en la zanja
allí, monté un show de brillo y de danzas.

Te confundí, estoy segura
me obligaron punzantes clavos sujetadores
me dejaron a la deriva; creíste verme
pero el holograma se vistió de noche
la confusión se apoderó de la luz
y tapó los ojos de las sorpresas.
Quizás, no deba resistirme
ser lo que decís que soy
verdades y mentiras se confabularon
y la torpeza del tiempo las hizo visibles.

EL NIÑO DEL VELERO BLANCO

Olga M. Sandoval

Cada mañana su madre lo baja del velero blanco:
él sabe de la astucia de la calle
de moverse en el circo
de abrir y cerrar puertas vacías
se pierde y reaparece
ante la fría mirada de los señores
que se envuelven en túnicas oscuras
dejan libres sus cuellos sujetos con resortes
meten las manos en los bolsillos de sus perfectos trajes
sacan esos anteojos de los ciegos de la gran guerra.

Los otros, los que ven,
se queman los ojos
se disfrazan de extraños
el niño siente el alfiler que se clava en su cabeza
sabe que no hay remedio
que es un azar su vida
debe tener cuidado de las cachetadas
en la confusión de los juegos
y cuando su cuerpo no responde
busca refugio entre las flores
se saca los alfileres tira los trapos
envuelve estampitas en un pétalo
entonces el mundo se transforma en calesita
cierra los ojos, duerme
sueña que nadie va a romper
éste, su equilibrio.



BANDERA BLANCA

José Solito

Cedí a la insistencia de mi amigo. Lo compré. Lo instalé siguiendo puntualmente las indicaciones del manual. Ahora vas a tener más tiempo libre, me decía. Y llegó el momento. Seleccioné la ropa, la pesé, verifiqué que el cable a tierra estuviera correctamente conectado y lo puse en marcha.

Los primeros cinco minutos funcionó bien. Estaba por dejarlo solo, cuando de pronto el tambor comenzó a tomar velocidad, a sacudirse en una especie de galope. Un sonido, como el de una trompeta ordenando a la carga, iba creciendo. Traté de sujetarlo, pero no obedecía a sus mandos naturales.

Probé varias tácticas. Le hablé lo más cordialmente posible. Inútil. Me figuré un enemigo oculto, un carapintada que lo manejaba a control remoto. Entonces lo pateé, pero el monstruo parecía incentivarse. Logré desenchufarlo, pero seguía moviéndose como si tuviera energía propia.

Al fin acudió un vecino con una maza enorme para ayudarme en la batalla que libraba contra quién sabe qué enemigo. Tomé la maza y la descargué sobre el motor: una especie de bandera blanca se asomó de la parte superior.

Volvió la paz.

Al día siguiente, en la clase de folklore, la profesora detuvo mi zapateo preguntándome cómo llamaría la coreografía que estaba haciendo. Lavarropas, le contesté.

BUBA

Andrea Solito

Rasca con la puntita del taco el felpudo gastado del hall de ese hotel que no conocía. Rasca, al borde del sillón que le quedaba grande. La mujer del mostrador bebe y deja las llaves a los pocos visitantes que regresan por la noche. Bebe lento, sordo, de a poco, con sorbos algo cortos y silenciosos. La mira también de a poco.

Buba mete las piernas detrás de la luz de la lámpara que ya no la alumbra.

Tic tac de la lluvia y los tacos de Buba y las pestañas de la mujer del mostrador y del viento sobre la puerta. Tic tac de los gatos corriendo en el tejado para volverse otros.

-¿Vio que la lluvia no siempre lo moja todo? -se lo dice mientras deja por primera vez su vaso.

Al hall sólo lo alumbra una caja de vidrios con burbujas en el techo que de sucia y opaca, casi no ilumina. Para Buba es mejor así.

-¿Querés un trago?

Hace frío; la lluvia baja fuerte por los vidrios como queriendo entrar a la fiesta del siglo y al rato dejarse morir a la intemperie como si nada. Se calienta por dentro la boca de Buba; no sabe que bebe. Roza el vaso caliente con las uñas rojas y el anillito violeta, el de salir, el de los sábados.

-Ojalá todo se mantuviera intacto como el esmalte -le dice la otra mujer a una Buba que se ríe; y la otra se lo dijo tocándole la mano vacía, la que no tenía el anillito de salir, con delicadeza lo hizo y Buba se lo agradece.

Con tacto se lo dijo la mujer del mostrador. Como si ya se lo hubiera dicho a otras que pasaron por ahí. Es vieja y se comporta con la sabiduría de las ratas canguro que guardan su orina para las épocas de sequía.

Esa vieja no necesita de nadie. Es una rata que bebe su propia orina, no por saciarse, no por sed, lo hace porque puede satisfacerse cuando quiera. Y cuando quiere, esa mujer se deja secar como una planta en el desierto y con la boca áspera le dice con mucho tacto a Buba que “no va a venir, que no lo espere, que a todas nos pasó alguna vez, que es una linda chiquita”.



CENTRO CULTURAL
ELÍAS CASTELNUOVO

Montiel 1041. Liniers / Comuna 9.
4641-3921

Coordinadora: **Alejandra Wasser**
Docente Taller Literario: **Fabián San Miguel**



CALLE DE LOS CORMORANES N° 19

Eleonor Aquino

Desde que se amaron por primera vez supieron que era para siempre. Entonces quisieron estar solos y cortaron los lazos que amarraban sus vidas pues necesitaban todo su tiempo para el amor.

Ya despojados y libres se dieron a buscar cobijo que los aislara de voces y miradas. Así llegaron a la casa. Desde afuera sólo se veían las ventanas, las cortinas de encaje semicubiertas por las macetas de geranios. Entonces despidieron a la sirvienta, echaron llave a la puerta y se dedicaron a amarse interminablemente en la bañera, sobre la cama deshecha, prensados entre las flores de las alfombras persas, las baldosas frías de la cocina. Se amaban con una pasión calcinante pero silenciosa que les crecía hacía adentro.

Después del amor se hundían en un casi éxtasis de color sepia por los visillos bajados, se buscaban por entre los hilos de luz amarilla filtrados a través del encaje de las cortinas, los flecos colgando lacios, un poco polvosos. Las tardes tibias, los geranios abiertos, y las noches apretadas, calurosas, sus cuerpos desnudos recuperando el tiempo, entonces se habituaron al llanto, era un llanto limpio, una especie de tregua al amor o una continuación de éste. Se aprendieron el uno al otro, acabaron por prescindir de las palabras, de los prólogos, se enredaban entre las plantas, olvidaron los recuerdos y habitaron ese presente inmenso, flotando entre jadeos, aferrados a esa felicidad, que abarcaba ya toda la casa. Y cuando se le acabó la comida, amorosamente, con ternura, comenzaron a devorarse el uno al otro. Quedó un tenue vaho, las paredes algo húmedas por el sudor y un leve olor a flores muertas; afuera, sólo los encajes de las ventanas, las macetas y los geranios marchitos.



EDGAR

Darío Luis Curretti

Pude, leyendo tus cuentos, descubrir por ejemplo los métodos de tortura que aplicaba la Inquisición en la ciudad de Toledo. Arrastrarme en una habitación a oscuras; sentir en mi rostro el vaho ascendiendo desde lo profundo de un pozo descubierto por milagrosa casualidad; escuchar el silbido de la terrible máquina con su cuchilla afilada bajando más y más, rasgándome las vestiduras y cortando mi carne.

Intenté imaginar cómo se sentiría un tumulto de ratas voraces y atrevidas sobre mi pecho, sofocándome, tocando con sus labios fríos los míos, mordiendo mis ataduras de cuero, y al mismo tiempo mi propia carne. Sentí un asco insoportable.

Y fue así como también descubrí la terrible posibilidad de despertarme de un sueño dentro de otro sueño, y encontrarme en un espacio cerrado y oscuro, no poder mover las extremidades. Y con espanto sentir el inconfundible olor a tierra húmeda, llegando a la conclusión, inevitable por cierto, que la única posibilidad que existe es la de haber sido enterrado en forma prematura. Sólo pensarlo, un estremecimiento recorre mi cuerpo, ¡horror de horrores...!

Acompañé a Montresor por aquellas catacumbas húmedas y llenas de salitre colgando de las paredes y de los techos como telarañas rígidas. Y junto con él, Fortunato, aquel que llevaba un disfraz de payaso y un gorro ridículo con forma cónica y con cascabeles, que iban sonando a su paso, atraído por la curiosidad de probar un amontillado, bebiendo cada tanto alguna clase de vino que el propio Montresor perversamente le ofrecía para embriagarlo aún más.

Imaginé la pila de esqueletos al final de las catacumbas, y detrás de esta pila de huesos secos el recipiente con la argamasa y la cuchara de albañil, todo preparado para la venganza final: dejar a Fortunato encadenado adentro de un hueco en el fondo de las catacumbas, levantarle una pared mientras él miraba la obra sabiendo que por más que gritase nadie lo iba a escuchar.



¿Qué sintió Fortunato en su encierro, y en su larga agonía hasta su muerte?

No lo sé, como tampoco sé que sucedería con nuestra alma si nos hipnotizaran justo un instante antes de nuestra muerte; como a Valdemar.

¿Quedaría nuestro espíritu retenido en un limbo, en un espacio de no vida o de no muerte, deseando terminar este experimento, deseando que esta especie de agonía no se prolongue más allá de lo tolerable, como una pesadilla infinita sabiendo que estás pero en realidad no estás, ¿Qué veríamos en el más allá mientras queda en suspenso nuestra propia muerte?

Presenció el cuerpo de Valdemar, o lo que quedaba de él, cuando le quitaron el influjo hipnótico y se deshizo transformándose en una masa gelatinosa e informe, sobre el lecho de muerte.

También me pregunté qué sintió aquel hombre alcoholizado, al arrancarle el ojo con un cuchillo a su mascota predilecta, el gato Pluto, y luego en un arranque de locura quitarle la vida ahorcándolo con sus propias manos al notar la indiferencia que el gato aparentemente sentía por el ¿Cómo fue que encontró un gato igual en una taberna? Fue realidad o sólo fantasía de un alcoholístico la mancha blanca con la forma inequívoca de un cadalso que apareció en el pecho de ese gato. Existieron realmente esos gritos ahogados salidos detrás del muro donde estaba emparedada su mujer, después de haberla asesinado, o fue su conciencia que lo traicionó, obligándolo a delatarse ante la policía. Quién sabe...

Cómo poder evitar caminar por las calles mal iluminadas por faroles a gas, y al llegar a una esquina escuchar los terribles gritos provenientes de una casa cercana a la esquina en la Rue Morgue.

No comprender cómo era posible que no existiera forma de salir del cuarto; todo cerrado por dentro, y el asesino que ya no estaba. Y ver a la víctima clavada cabeza abajo en el agujero de la chimenea.

¿Quién hubiese pensado que el crimen lo había cometido un gorila escapado de un circo?

Y finalmente cabe preguntarse si volveré a tener las mismas sensaciones, temores e intrigas con la lectura de otros escritores; y, como respondiendo a esta pregunta, no puedo evitar que aparezca justo sobre el busto de Pallas aquel cuervo que con una extraña y clara voz le hablaba al desesperanzado que había perdido a su Leonor diciéndole: ¡Nunca más, nunca más...!

REUNIÓN DE AMIGOS

Leticia Durán

Buenos Aires es impactante, te pega en la cara con un desparpajo propio de las ciudades jóvenes que sin embargo tienen aires de nostalgia. Inicié la jornada un poco loco, medio ebrio pero no dormido, cuando de la nada surgió Cholo. Me chistó sin muchas vueltas:

-Eh! No nos vemos desde hace dos meses. ¿Podés saludarme?

-¡Cholo! ¿Qué hacés por acá?

-Y lo de siempre, controles de salud. Después de la operación tengo que cuidarme.

-¡Te salvaste raspando! ¡Menos mal que actuamos rápido!

-Si no ahora estaría tocando el arpa. A propósito, cuando me llevaste al sanatorio dejaste en casa una campera.

-¡Tenés razón!

-¿Qué te parece si venís el domingo? Hacemos un asado con todos los matrimonios. Eso sí, tenés que ser puntual, a la una comemos.

-Bueno Cholo. Ahí estaré.

Este encuentro era más que un encuentro. Mis amigos no veían de buen grado mi nueva situación afectiva y quizás esperaban mi aprobación para incorporar a la mujer que conocí en estos dos meses. Todavía no estaba a la altura de las circunstancias para presentarla. Seguramente ella se ofenderá, pensé: estaba seguro que no debía ir.

Y fue así nomás; malhumorada, disimulaba el enojo pero sus ojos oscuros reflejaban el fastidio de saber que era imposible detenerme y aunque lo fuera, ella no lo haría. El domingo me preparé para el reencuentro. Mariana, así se llama, iba a pasar el día en el parque Rivadavia, su refugio para pensar.

La mesa estaba servida puntualmente a las trece. Allí estaban: Cholo y su mujer Analía, siempre activa, organizando la distribución de los comensales.

Primero llegó Sebastián, atlético, perfecto; con Débora, envidiosa y calculadora, muy pequeña pero de fuerte carácter, casi indomable.

Poco después fue el turno de Angélica: agitada, cargada con paquetes y bultos; siempre sola para las tareas, siempre acompañada en la diversión por su esposo



Darío.

Por último llegó Jorge, “el cacique”, con su enigmática esposa. Los demás lo habían elegido silenciosamente como su líder. El decidía, administraba y digitaba.

Como era de esperar, Jorge se iba a sentar en la cabecera, su mirada despiadada y profunda recorría todos los rincones de la mesa.

Me acurruqué casi en la punta. Ante una seña del Cacique, levantaron las copas brindando por mi regreso.

A continuación Analía, sonriente, servía la carne humeante, medio cruda de un niño recién nacido.

SIN TÍTULO

Alejandro Fernández

Silencio, tu nombre gritándolo.
Mis pupilas cegándose hasta sangrar lo callado,
hasta estallar la sombra en la mirada sin aliento.
Vacío, la sangre incolora
en el pulso de mis parpados
como un frágil perfume
que solo la piel desenamora.
Incierto, arribo a los naufragios del papel,
al demencial acento
de horas aturdidas
Por náufragos baldíos de tiempo.
Herido, por una balacera
de nombres como puñales,
que ingesta de sombras
los cauces de la piel,
el atuendo de la palabra empobrecida
hasta su propia desnudez.
Hastió, de lámparas
que solo relucen oscuramente;
hastió, de mares
que nunca corrigen su cierto arribar
al cadáver de mis valles
a lo cautivo de mis arenas.
Transito, las lunas descalzas
de textos desguarnecidos
esparcidos en el insomnio del papel
entre quietas arenas que veloces se deslizan.



LA REBELIÓN DE LAS PALABRAS

Norberto Iriarte

Cierta vez me invitaron a una conferencia, por alguna razón –que ahora no recuerdo– acepté. Se desarrollaba en un confortable auditorio de amplias butacas y concurrencia elegantemente vestida. Como no podía ser de otra manera, debí obedecer las circunstancias para estar acorde al evento y modelar el único traje de mi guardarropa; de camisa elegí la blanca porque hacía mejor juego con la única corbata que convivía con el traje.

El primer orador, con un formulismo muy prolijo, fue desarrollando sus opiniones, con referencia al valor que tiene o debería tener cada palabra escrita, se expresaba con excelencia considerable y resultaba sumamente claro –mi juventud e inexperiencia así lo entendía–. El hombre pregonaba su criterio y afirmaba que las palabras se devalúan o revalúan según la manera de cómo se expresan y del tono de voz empleado.

Quién puede atreverse a decir cuál palabra es buena o es mala. En el diccionario de la Real Academia están todas y por alguna razón se encuentran ahí... “Me parece correcto pensar y decir, que el lector en su lectura –cualquiera que fuere– es quien evalúa el sentido de la escritura y la calidad de las palabras”. Con esa definición se despidió, agradeciendo a los presentes la atención –estos a su vez le brindaron su agradecimiento mediante cálidos aplausos.

La presencia del presentador en el escenario anunciando al siguiente orador, diluyó los diversos comentarios que se tejían en la sala. Por mi parte, no me alcanzaban los oídos y ojos para continuar sumando la experiencia que te ofrece la vida.

El recién ingresado, un hombre de físico llamativo, apareció ante un singular recibimiento de aplausos generalizados, sorprendido y pleno de una alegría inesperada; pretendió ser agradecido –apoyó su carpeta en la mesa y con su mano derecha apretó su mano izquierda simbolizando un apretón de manos con el público– tan



efusivo fue el modo de moverse que al hacerlo perdió el equilibrio y cayó de rodillas sobre el escenario. En su involuntaria caída, de su boca partieron involuntarias palabras -la putísima madre-. Involuntarios también fueron los oídos que las percibieron -entre los cuales me incluyo-. Ante la insólita situación creada, imaginé que el profesor comenzaría su disertación con dificultad.

Para colmo los dos asistentes, que rápidamente ayudaron al profesor, estaban tentados por la risa; un nuevo condimento para sumar descontrol emocional en el asistido, que hizo notar su enojo con expresiones involuntarias -qué les pasa a ustedes, pelotudos-.

A pesar de que el hombre -molesto en la circunstancia- intentó su descarga emocional silenciosa, no pudo lograr su cometido porque hasta la cuarta fila lo escuchábamos sin inconvenientes, partiendo de algunos una distendida sonrisa.

El hombre miró la platea, respiró hondo y comenzó a disertar. Tiraba palabras seguidas, unas tras otra, con una rapidez increíble -llegó a desorientarme, además vi a varios plateístas igual que yo- hasta que pareció darse cuenta de que estaba en una frecuencia equivocada y modero la continuación de su discurso diciendo:

-Toda palabra es indicio del significado de tal o cual elemento, situación, verbo, adjetivo y/o correspondiente calificación. Esa calificación que impone el escrito u orador en su versión. Lo que genera un cambio en el significado es la actitud al expresarse, y puede variar desde ser graciosa, estimulante, motivadora, vendedora, grosera, misteriosa, apasionada, etc.

Es decir, que toda palabra puede llegar con ese valor agregado que permite la literatura y la exposición oral adecuada. Es lógico suponer que la transmisión oral conlleva un interés por parte del expositor, y solamente él es el indicado para responsabilizarse por el significado del mensaje. Se puede suponer también, que quienes escuchan no logren entender lo mismo.

"Quiero ser muy claro y específico con este tema y para ello les brindaré un ejemplo concreto que todos ustedes acaban de ser testigos: hace unos minutos cuando me resbalé y caí. De mi boca partieron palabras emitidas con una actitud inconsciente y apasionada, que me llevo a elaborar un mensaje grosero sin un destinatario indicado. Los dos jóvenes que me ayudaron, fueron víctimas de mi enojo que produjo un mensaje de las mismas características del anterior, pero esta vez con destinatarios indicados".

La elocuente exposición para afrontar la responsabilidad de su mal accionar, generó en mí una aceptación incondicional por el disertante, que me abrió los ojos ante el peligro que ofrece el lenguaje para practicar una libertad intelectual y así, evitar la rebelión de las palabras.



ADIÓS AL RÍO

Ángela Rossi

La casa está envuelta en la somnolencia de la siesta: las persianas bajas, las cortinas corridas, la penumbra que ahuyenta el calor de la tarde.

Estoy parada junto a la ventana de mi dormitorio.

Hace horas que estoy aquí, no sé cuántas, mirando el cielo azul turquesa sin una nube, los árboles, tupidos y frondosos, que cubren la ribera lejana de este río que me acompaña desde que nací y que pronto ya no veré más, como lo veo hoy, tan ancho al pie de la barranca, con sus aguas espesas de color chocolate avanzando lentamente, tan distinto a aquel enloquecido de las crecidas, que arrasa con todo a su paso.

Todo está listo.

Detrás de mí, están las valijas, cerradas, listas, esperando pacientes que don José venga a buscarme.

No quiero darme vuelta, no quiero verlas ahí, firmes, seguras, mientras mis piernas tiemblan: cuando abandone este cuarto, cuando salga de esta casa dejaré para siempre todo lo que ha sido mi vida hasta hoy.

Mi infancia, mi adolescencia quedarán aquí. Todo se queda junto a este río.

Ya no tendré con quien compartir este paisaje, que llevo guardado tan dentro de mí.

Sigo aquí, mirando por la ventana.

Una leve brisa agita las cortinas y mece suavemente la superficie del agua por la que navegan los camalotes, esas extrañas masas vegetales que marchan orgullosas por el río, siguiendo su destino.

Algunos se juntan en la ribera y quedan seguros, pegados a la tierra. Otros, forman islas verdes que avanzan orgullosas hasta que algún obstáculo las detiene.

Un camalote pequeño se desliza sólo por el medio del río, cubierto de flores blancas y amarillas, las hojas verdes brillando al sol...sigo con la mirada su lento avance.

El ruido de un auto que se acerca interrumpe el silencio de la calle. Se detiene frente a la casa.

Don José ha llegado.

Ya debo partir.



El timbre de la puerta resuena en la casa silenciosa.

Miro por última vez el río.

Quiero llevármelo conmigo.

Cierro la ventana. Tomo el bolso y las llaves, alzo las valijas y bajo las escaleras.

El resto de mi vida transcurrirá en otras casas, tal vez cerca de algún otro río que no será este que me ha acompañado hasta hoy y al que dejo para siempre; me llevo su ausencia.





CENTRO CULTURAL
JULIO CORTÁZAR

O'Higgins 3050. Núñez / Comuna 13
4701-3400

Coordinador: **Rodrigo Vázquez**
Docente Taller Literario: **Amelio García Martínez**

El aire puro invitaba a pasear, era la hora de la siesta, el polvo de la calle se había quedado quieto, parecía una alfombra mágica lista para volar a investigar qué había del otro lado de las casas.

Empecé a caminar, a mí alrededor vi vacas aburridas y ovejas lanudas que no paraban de comer el pasto detrás de los alambrados.

Las mariposas volaban por sobre mi cabeza, quise cazar una amarilla y negra, pero se escapó. Sentí un olor lejano en la nariz, la panza me hizo cosquillas y continué la marcha a ver si llegaba al lugar de donde provenía.

Era un largo camino que parecía no tener fin, anduve entre aromitos y sauces que se inclinaban para saludarme. Llegué a la orilla del río y recordé la canción que cantaba mi mami: “El Uruguay no es un río, es un cielo azul que viaja”. ¡Qué lindo, el río y el cielo se juntan y se van de viaje! Quisiera ir con ellos.

El arrullo de una paloma distrajo mis pensamientos y me asustó un poquito; en la escuela nos habían contado la leyenda de la Solapa: decían que en el campo cuando hacía mucho calor y se escuchaba el cucú cucú, era la Solapa con su gran traje de volados que venía a llevarse a los chicos que no dormían la siesta.

Seguí caminando, de un horno de barro salía un rico olor a pan casero, mientras saludaba a la señora, un carro cargado de naranjas casi me pisó.

Tenía la boca seca y mucha sed, metí la mano en el bolsillo y encontré un caramelo de limón, regalo del padrino, lo mastiqué con gusto.

En casa estarían buscándome, hacía mucho que había salido. Cada vez se acercaba

más el olor dulzón que me atraía tanto, eran como burbujas de azúcar guiando el camino. Apuré el paso, empecé a correr, corrí y corrí, de repente tropecé y la cabeza empezó a darme vueltas, sentí que caía en un pozo muy profundo. No tenía miedo, por fin había llegado. Allí estaba la enorme cacerola humeando, el ruido de la leña ardiendo y mamá que decía:

“¡Cómo dormiste, Delfi! Levantate, el chocolate está listo, voy a servirte una taza”.



DIPLOMA

Jaime Horowitz

El 12 de diciembre pasado se llevó a cabo en el Colegio “Provincias Argentinas” de esta Ciudad el acto de fin de curso. En el Año del Centenario de la muerte del General San Martín, transcribimos el discurso pronunciado por un egresado:

Benemérita Señora Directora

Ilustre Inspector Metropolitano

Magno cuerpo docente

Dignos Preceptores

Señores padres

Señoras madres

Familiares, amigos y vecinos

Compañeros:

“Entre estas austeras paredes han transcurrido mis últimos treinta y cuatro años, im-polutos, rebosantes de fervor y contracción al estudio. En el solemne ámbito de sus aulas se forjó el destino de generaciones de argentinos, nativos o por opción, como es mi caso, que han servido para afirmar la identidad del país, profundamente occidental y cristiana.

Agradezco desde lo más profundo de mi alma a quienes, además de enseñarme a leer y escribir, se afanaron para que no cayera en los brazos del pecado, a quienes evitaron que acogiera en mi seno ciertas prácticas obscenas, costumbres depravadas o actitudes solitarias llevadas a cabo por mano propia, hábitos que inexorablemente dejan huellas en la salud y tienden un manto de sombra en la trayectoria de los ca-balleros.

Quienes me conocen saben de mi largo peregrinar para no caer en el ocio denigrante o en la infame seducción de las aventuras fáciles, especie de lucecitas de colores que encandilan a las almas descarriadas carentes de virtud. Lejos he permanecido de los sitios donde el diablo reina y más lejos aún de los antros de perdición como salones de baile, cines y teatros de dudosa moralidad o talleres literarios donde se debaten las ideas desprejuiciadamente. Incuban los virus que jaquean a la sagrada familia argentina, basada en la pareja, cuyo objeto más deseado es el matrimonio,



civil y religioso, donde se consuma la felicidad del hombre y la mujer. Hay que ser severos contra otras posturas que admiten relaciones entre personas del mismo sexo por ser antinaturales, aberrantes, opuestas a las leyes de Dios y fomentar el comunismo en el país.

Por suerte, mis padres me han inculcado reglas de conducta inflexibles que el colegio afianzó. La escuela pública ha sido y será un templo para honrar la educación laica y gratuita, fomentar el uso de los guardapolvos blancos, tan blancos como palomitas, y formar a nuestros jóvenes para que aprendan a amar a la patria.

Hoy, transitando la madurez y con mi diploma de sexto grado en la mano, frizando los 40 años de edad quiero decirles que todo se puede, basta la salud. Con la solemnidad del acto que nos convoca y ante mis seis hijos que siempre me han apoyado, juro que dedicaré lo que me resta de vida a mejorar mi ortografía. Extiendo mi agradecimiento a los conciudadanos que con su voto me consagraron recientemente diputado de la Nación.

Muchas gracias”.



ESTE ES MI CANTO

Patricia M.Segovia

Es como un canto.
Canto
Y me disuelvo.
Este es mi canto
Que abre una compuerta.
Es vasto,
Húmedo
Envolvente.
Que quiere
No perderse nada.
Ni un cachito.
Ni una pizca.
Ni un granito.
Tenerlo todo.
Todo cuanto es tuyo.
Profundizar
La hondura.
Llegar a límites
Absurdamente impensados
Y transitarlos.
Que estalle.
Que invada.
Que se expanda.
Que abarque
Que se extienda.
Que cubra superficies.
Territorios Inexplorados.

CRUZADOS

Renata Schüller

Hace casi diez minutos que el hombre espera al colectivo que no viene. A esa hora el sol abrasa la calle, las gotas de transpiración le corren por la cara y siente las axilas mojadas bajo la camisa de poliéster. A lo lejos divisa los colores del transporte que finalmente se acerca pero cuando sube lo abruma el calor que se concentra en esa caja de chapa, al mirar hacia el fondo descubre un asiento vacío y el aire sofocante que entra por la ventanilla le seca el rostro. De no haber tenido que ir al banco a levantar ese pagaré no hubiera salido, pero el taller no andaba bien, había poco trabajo y las deudas se acumulaban, el mes anterior tuvo que despedir a varios operarios y cada vez el negocio se estaba achicando más, ya la gente no mandaba a hacer esos trabajos de ebanistería fina, ahora iban a los grandes almacenes y compraban las cosas hechas que, aunque no tuvieran el toque del artesano, igual cumplían con su función. Pensar que cuando era chico la empresa constituía el orgullo de su padre y de su abuelo, pero los tiempos habían cambiado. El porvenir lo preocupa y se pregunta si podrá levantar el próximo pagaré de la hipoteca. Por un momento una nube oculta al sol y el colectivo se oscurece pero no va a alcanzar para descargar la lluvia que podría traer algún alivio.

La chica corre hacia el colectivo que está a punto de arrancar y logra alcanzarlo, con un leve jadeo introduce una moneda en la máquina que escupe el boleto y el vuelto. Busca con la mirada un asiento desocupado que no encuentra y se resigna a viajar de pie, su palma húmeda se apoya sobre el pasamanos que despide un olor a metal. Tiene una cita esa noche pero sabe que el miedo le va a quitar las ganas de ir. A veces su virginidad le pesa, a los veinte años sabe que la mayoría de las chicas de su edad ya pasaron por varias experiencias y cuando sus amigas hablan del tema elude los comentarios o miente. Después de haber estado a punto de ser víctima de un abuso por parte de quien menos esperaba, la sola idea de tener contacto físico con un hombre le produce rechazo y ahora sólo concibe al sexo como el medio para tener un hijo, pero para eso todavía falta mucho tiempo. Una vez más decide inventar cualquier excusa para no ir al encuentro.



El muchacho acomoda la gomita que le sujeta el pelo, se peina la barba con la mano y le pide autorización al chofer para subir y ofrecer a los pasajeros el producto que trae en la mochila, conversa unos minutos con el conductor al que ya conoce de otros viajes, después saca las lapiceras importadas que: “En cualquier comercio paga diez pesos y acá la puede adquirir por sólo tres pesos, véala sin compromiso alguno” y haciendo equilibrio con su cuerpo alto y delgado reparte los bolígrafos entre la gente. Está cansado de repetir una y otra vez el mismo estribillo, pero la música no le da de comer y sus ansias de libertad le impiden estar encerrado en un negocio o una oficina atado a un horario. Sueña con estar sobre un escenario interpretando sus temas y aclamado por la multitud. Por ahora su público son los vecinos de la villa o la gente en la plaza los domingos, cuando su gorra se llena de billetes y monedas sus ojos azules resplandecen de satisfacción pensando en la guitarra que todos los días le hace guiños desde una vidriera.

Un violento chirriar de frenos y el estruendo de un choque interrumpen el bochorno de la tarde, durante un instante el colectivo se tambalea con indecisión suspendido en el tiempo y el espacio, después, con la pesadez de un elefante herido, cae de costado sobre el asfalto, donde rebota varias veces hasta quedar quieto entre una nube de polvo y de escombros. Los trozos de metal y el olor a goma quemada se esparcen en el aire con rapidez. Por la puerta abierta el muchacho es despedido hacia la calle. Adentro reina el caos, la gente es presa del pánico y se escuchan gemidos y gritos de dolor. La chica se arrastra hasta la puerta entre los cuerpos caídos y trepando por el piso logra salir al exterior, aturdida ve al hombre que acaba de descolgarse por una ventanilla. Los tres se miran con desconcierto y comprueban que salieron ilesos del accidente.

Después tratan de rescatar a los heridos de entre los hierros retorcidos. Cada vez se escucha con mayor intensidad el sonido de las sirenas que se acercan con urgencia.

Sentados en la sala de guardia del hospital donde fueron llevados por precaución, el hombre se da cuenta que ni siquiera sabe cómo se llaman los otros dos y se presenta: “Yo soy José”, la chica sonríe y responde: “Me llamo María”, el muchacho lo mira y dice: “Mi nombre es Jesús”.

SIN MALÓN

Mariana Viñas

A Evaristo Álvarez Menéndez siempre le había parecido que la vida le pertenecía como don divino. Resultaba extraño verlo ahora colgado de la viga más alta del caserón en medio del desorden reinante.

La policía tardó en llegar, un poco porque era lejos y otro porque quien había avisado descubrió el cuerpo ya cubierto de moscas y echando un olor fétido por todo el salón.

El comisario, aunque entró a la sala después que los agentes hubiesen ventilado abriendo todas las ventanas, tuvo que ponerse el pañuelo, que siempre llevaba embebido en colonia, para soportar la náusea. Miró a su alrededor con esa mezcla de envidia y desprecio que siempre le había provocado el aristócrata.

Había estado otras veces en esa casa y podía recordar, a pesar del desparramo, el lujo, pero sobre todo la elegancia con que estaba dispuesto el salón sobre el que ahora se mecían los pies de su dueño; los muebles eran pocos, los justos, oscuros, sobrios, pesados. El comisario no necesitó saber que no habían encontrado cerca del muerto ni escalera ni ningún otro mueble alto para darse cuenta de que Álvarez Menéndez no se había suicidado, él no era de esos, pensó, a este lo mataron.

Caminó hasta el fondo, hacia el hogar, la cara del muerto “miraba” hacia ese lado; antes de girar para verlo de frente, se entretuvo un momento sobre la colección de marcas de ganado que se desparramaban sobre la pared de la chimenea. Buscó con la mirada una que conocía, la cruz esvástica que, según le había contado el propio finado, era una herencia del tío de su mujer, allí estaba, como confundida entre las otras. Después sí, giró para verlo.

La visión del ahorcado lo acompañaría el resto de sus días. La lengua le colgaba por debajo del mentón, desenrollada y blanca, ya seca, curtida; instintivamente apretó

los labios debajo del pañuelo. La cabeza le pareció de otro, quizá por verla por primera vez inclinada, agachada. El tiempo ya había hecho lo suyo y el cuerpo casi reventaba de hinchado. Pensó que si lo hubiesen colgado en invierno parecería recién muerto, ahora en cambio no era más que un muñeco de trapo que apenas se balanceaba de tanto en tanto empujado por la corriente que, de la puerta a las ventanas, cruzaba la estancia. Pensar en el muñeco le hizo gracia. Qué diría el finado si supiera de su ocurrencia, compararlo a él, al Señor Evaristo Álvarez Menéndez, con un juguete, a un hombre acostumbrado a que se hiciese su voluntad, a imponerla a fuerza de rebenque o de dinero.

Esto último comprando favores con los politiqueros de turno a quienes despreciaba tanto o más que a los brutos que tenía a su servicio a los que consideraba como parte de sus propiedades.

Lo había conocido no siendo aún comisario y le debía de alguna manera el ascenso; esa y muchas otras cosas pasaban por las “sugerencias” que el estanciero sabía dar en los lugares adecuados. Le había puesto la mano amigablemente en el hombro el día en que lo invitó a un asado ahí mismo, en la estancia. Él se había dejado conducir, dócil, adivinando que ese hombre, de doble apellido y mirada intrigante, podría tener alguna incidencia en su destino de milico de pueblo pobre.

-Comisario Vargas- la voz de su agente lo arrancó de los recuerdos- ¿qué hacemos con el tipo?

- Poné una bolsa abajo y corten la soga.

-Que caiga nomás, no lo agarren- agregó, ya sin mirarlo, mientras caminaba hacia la puerta con las manos a la espalda.

El cuerpo cayó con un ruido seco y corto.

La milicada pasó la noche en la estancia. El comisario les ordenó distribuirse por la casa; él, después de dudarlo un rato, prefirió uno de los cuartos de huéspedes. La habitación del muerto no fue ocupada.

No fue un sueño tranquilo el que tuvo, varias veces se levantó a revisar la guardia que había apostado en las galerías. El silencio en el pueblo era apenas comparable con el de esa inmensidad donde se alzaba la casona. A él, que era un hombre solitario, le costaba entender cómo alguien podía vivir en tamaño aislamiento, únicamente rodeado de peones toscos que sólo se acercaban a la casa cuando eran mandados llamar, mientras se pasaban el poco tiempo libre durmiendo la mona en las taperas inmundas que tenían por puestos.

A muchos los conocía bastante, de verlos llenarse de ginebra en el boliche del Pardo, más de uno solían pasar la noche en la comisaría, cuando Vargas lograba desper-

tarlos, los subía al coche y los alcanzaba a la estancia. De lejos nomás se quedaba mirando cómo el ahora finado patrón los cagaba a rebencazos y a las patadas les daba las órdenes para la jornada.

Cualquiera de estos pudo haberlo colgado, pensó el comisario, y antes de dormirse por fin, decidió que al día siguiente los interrogaría a todos, también al indio.

Cuando se levantó sus hombres ya estaban acomodados en la cocina tomando mate y comiendo el pan y las galletas que encontraron. Al verlos le subió la sangre al cuello y se llevó la mano a la fusta, los otros adivinaron el gesto y se quedaron quietos, pero lo pensó mejor y haciéndoles la venia se dijo que de nada servía cuidarle los víveres a un muerto, y menos a ese muerto:

- Cuando terminen me traen a la peonada- les ordenó y se fue para afuera.

La mañana estaba cargada de agua. Las nubes iban desde la casa hasta el horizonte. El comisario miró a lo lejos e intentó acomodar mentalmente el interrogatorio. Eran ocho paisanos y un indio. A este último jamás lo había visto por el pueblo, sabía por los otros que estaba al servicio de la estancia desde toda la vida, había nacido ahí al igual que su padre; era el que cocinaba para todos, incluso para la casa. Vargas no le sabía el nombre, las veces que había estado allí con Don Evaristo, este lo llamaba “indio”. Nunca le había sentido la voz, a las órdenes del patrón, en general gritos o amenazas, respondía apenas con un movimiento de cabeza y se acercaba o alejaba seguido del rumor de sus alpargatas contra el piso. “Indio de mierda”, murmuraba Álvarez Menéndez para sí, como si masticara un odio viejo.

El comisario se acomodó en el salón, levantó un enorme sillón de respaldo alto y tapizado punzó y se sentó al medio. Pasó la mano lentamente sobre el paño dejándose invadir por el recuerdo de Fernanda. Se imaginó a la joven, ahora en París, con la compañía inútil de su madre, una mujer aletargada en el silencio, dormida, o mejor, anestesiada, pensó Vargas. Hacía un año ya que habían emprendido el viaje; él se atrevía a veces a preguntar por ellas cuando el estanciero andaba por el pueblo, pero este lo miraba de arriba abajo sin disimular el desprecio y le negaba tener noticias.

Antes de ordenar que hicieran entrar a la peonada, pasó nuevamente la mirada por cada uno de los muebles buscando alguna foto de la hija, no había. Conjeturó que la muerte de su padre no le causaría dolor, apenas si le traería algunas complicaciones legales que quizá prefiriese arreglar a la distancia; no se ilusionó.

Los hombres, a los que él llamaba por su nombre, empezaron a pasar de a uno, nin-

guno sabía nada, ninguno había visto u oído nada. Ellos se acercaban sólo cuando eran mandados llamar, en esos casos era el indio el que los buscaba en el campo o en sus taperas malolientes, verlo llegar era aprestarse para rumbear hacia la casa, no necesitaban de palabras, que por otro lado el indio no pronunciaba. El que había encontrado el cuerpo se había acercado por una urgencia con un ternero que venía mal parido, había golpeado insistentemente y gritado después el nombre del patrón, sólo ante el silencio se permitió empujar la puerta y ahí nomás lo invadió, antes de ver nada, el olor a podrido del cuerpo del viejo.

-¿Y el indio donde estaba?

-No sé, nunca se sabe con ese indio de mierda.

Vargas lo quiso dejar para lo último. Era el único que tenía acceso a la casa, todo el día se la pasaba ahí dentro, incluso la pieza estaba adentro del casco, al fondo, después de la cocina. Lo mandó llamar.

Apenas lo vio entrar, apenas su sombra se recortó en el rectángulo de luz de la puerta se convenció de que había sido él. Tenía que haber sido él. Cualquiera de los otros podía tener motivos, pero al verlo acercarse, arrastrando los pies en un ritmo sin tiempo, el comisario le adivinó el odio ancestral.

Por más que hizo memoria no recordó haberlo visto nunca por el pueblo. Los otros se amontonaban los domingos en la puerta de “La Antonia”, pero a este nunca lo había visto y sabía, por Don Evaristo, que en su campo no habían quedado mujeres después que su esposa y su hija se habían ido para Europa. Lo miró de lleno, la cara curtida, el pelo renegrado amontonado sobre la espalda, le causó gracia pensarlo maricón, un indio marica, esa sí que no se había visto nunca, cuando lo tuvo delante disimuló la sonrisa:

-¿Vos naciste acá, no?

El otro movió la cabeza contestando que sí.

-¿Y tu padre?

Otra vez el sí silencioso. La mirada baja, los ojos fijos en un punto indefinido del suelo.

-¿Y la puta de tu madre?- le gritó Vargas perdiendo repentinamente la paciencia - ¿también nació acá?

El indio levantó la cabeza y lo miró por primera vez. Tenía los ojos calmos y aunque lo miraba a él, también parecía mirar más allá.

-Sí-dijo- mi madre nació acá, y también sus padres y el padre de mi padre, y los padres de ellos, aquí nacimos todos, siempre. Esta fue nuestra tierra, acá crecimos y dentro de este suelo están sus huesos. Sólo yo quedo ahora- lo que dijo, lo dijo de un tirón, como recitado o mejor, como bien sabido, como se saben las cosas que

nos constituyen. Después volvió al silencio y a los ojos bajos.

Vargas se paró, le dio la vuelta al sillón y acodado en el respaldo se convenció de la culpabilidad del indio, si es que no estaba ya convencido desde hacía rato.

-¿El domingo fuiste al pueblo con los otros?- y hasta a él la pregunta le resultó ociosa.

El otro volvió, como antes, a negar con la cabeza.

-¿Te quedaste acá, solo con tu patrón?

La cabeza del indio contestó que sí.

-El viejo parece que te dio pelea- con la mano extendida el comisario le señalaba las sillas tiradas, las lámparas de mesa por el piso, la alfombra convertida en un bollo agazapado bajo el sillón - ¡contestáme, che!

Pero el otro, parado en la posición de mansedumbre que los años de servicio le habían moldeado, no habló.

De todos modos a Vargas parecía no hacerle falta:

-¿Cómo hiciste, lo agarraste distraído por atrás y lo enlazaste como a un ñandú? Lo que habrá pataleado el hijo e' puta. Me hubiese gustado verle la cara cuando descubrió que su indio mansito se le retobaba a traición. Hijo e' puta- repitió para sí y una sonrisa se le acomodó bajo el bigote- Traición, es capaz de haber pensado en traición mientras le cerrabas el nudo al cuello, porque vos para él eras una cosa, otra de sus propiedades, el viejo de mierda sentiría que uno de sus muebles se le estaba cayendo encima. Lo venciste más por la sorpresa que por la fuerza. ¡Carajo, viejo engreído!- Vargas soltó una carcajada y apenas se contuvo de darle al indio una palmada en la espalda. Volvió a sentarse.

El otro, en su misma postura inmóvil. Permanecieron un rato así, en silencio, quietos. Le costaba al comisario Ireneo Vargas, reconocer el coraje del indio. Había crecido entre historias de malones sanguinarios y en todo el pueblo se despreciaba a los descendientes de las pocas tribus que habían quedado, pero al escucharlo hablar esas pocas palabras que había dicho, dudó. Quizá había algo de razón, quizá él hubiese hecho lo mismo. Arremetió otra vez con la pregunta:

-Hablá, confesá de una vez. Sólo pudiste ser vos. El viejo sembró mucho odio, es cierto, pero también mucho temor, no creo que ningún otro se haya atrevido, hace falta un coraje de siglos para hacer esto-.

Las últimas palabras Vargas las rumió con la cadencia propia del cansancio:

- Indio de mierda, mataste al viejo de mierda-.

El otro no se movió ni siquiera cuando el comisario le gritó al oficial que cuidaba la puerta:



-¡Gómez!, llevátelo, dice que fue él.

Lo miró irse, sin resistencia, con el mismo paso cansino con el que había entrado, y se convenció de la orden dada. Muchas razones cabían en aquel indio para matar al viejo y muchas otras se acumulaban en Álvarez Menéndez para que lo matasen. Salió a la puerta de la casona y con un grito áspero, desprovisto de emoción, dio la orden para volver al pueblo.

LA ESPERA

Estela Yiché

La campanilla del teléfono me sobresaltó. Con voz adormilada respondí un llamado que finalmente no era para mí. Casi lamenté la equivocación al escuchar la voz varonil y cálida que me preguntaba por Clarisa. Una Clarisa que se me representó, entonces no supe por qué, como una mujer afortunada.

-Lo siento. Aquí no vive nadie con ese nombre.

-¿Lo siente? ¿Por qué lo siente?

No debí engancharme, pero el aburrimiento o la atracción de esa voz desconocida consiguieron que me prestara al juego.

Este tipo de escarceos no son peligrosos. Duran unos minutos, provocan una sonrisa, acarician el ego y terminan siendo una anécdota liviana y risueña.

Media hora de chichoneo, palabras sugerentes, la seducción activando la adrenalina, hicieron que ambos nos olvidáramos de la pobre Clarisa que supuse, estaría pegada al teléfono esperando ansiosa una llamada que se retrasaba sin explicación.

A partir de ese día cambié. Canturreaba sin motivo, una nueva energía de despertó en mí. Si algún sentimiento de culpa amenazaba insinuarse, lo rechazaba de manera contundente.

No tenía nada que reprocharme. ¿A quién le haría daño con un puñado de tontas fantasías?

Una dosis de cordura hizo que le mintiera: reemplacé mi nombre por uno más romántico, escondí mi verdadera dirección, mi estado civil y fui postergando la cita que me reclamaba con más urgencia.

Un día necesité hacer trámites. Me apuré mucho para estar de vuelta a la hora de las llamadas. Mientras esperaba el ascensor, un matrimonio con dos niños, esperaba junto a mí. No los conocía. Sabía que en el 7º vivían nuevos vecinos, pero nunca los había visto. Ya en el ascensor los observé. Ella era joven, bonita, de aspecto sencillo. Él era alto y feo. No desagradable, pero feo. Los niños eran preciosos.



-Mira, Clarisa, debo ir a la oficina un rato. Tengo que hacer unos llamados y dejé la agenda allí.

La voz me golpeó. Supe con certeza que era él. Bajé la cabeza abruptamente. ¡Tuve tanto miedo! Miedo y vergüenza. Miedo de que notaran mi sobresalto. Vergüenza de no haber puesto freno a mis falsas ilusiones.

Bajé del ascensor, saludando apenas con una inclinación de cabeza.

Durante varios días el teléfono siguió sonando a la misma hora.

Con pena, pero con decisión cerré mis oídos al campanilleo y lo dejé sonar.

CENTRO CULTURAL
LINO E. SPILIMBERGO

Roque Pérez 3545. Saavedra / Comuna 12.
4542-9918

Coordinadora: **Alicia Ameijenda**
Docente Taller Literario: **Eugenio López**

LA PESADA CARGA

Elsa Libe Argüelles

La frialdad de la tarde tiritaba en el temblor de las ramas. Los árboles de la avenida se desprendían de sus hojas descoloridas con la resignación de lo inevitable.

Las casas, arrugadas por los signos de vejez en sus fachadas, se iluminaban de a ratos con los sonoros fuegos artificiales de la Naturaleza. Elena, apresurada, desea llegar pronto a su departamento.

Un torrente de agua que se desliza por la bocacalle la obliga a guarecerse bajo la marquesina de un amigable café. Le incomodan los lugares concurridos, pero sus pies, normalmente obedientes, la desoyen, obligados por la mojadura.

Se acomoda en la mesa vacía de su primera mirada. El lugar se encuentra lleno de gente pero, acotada y solitaria, se niega a verla.

Le bastan el amarillento recuadro del mantel y la presencia de un servilletero.

Alguien, seguramente una persona, pregunta: - ¿Qué desea servirse? - Ve una bandeja y dos manos. Recién hoy descubre cómo dos manos pueden manejarse solas.

-Un café con leche, por favor.

La incompleta forma desaparece, por un momento ha evitado lo que con frecuencia le sucede. Todo comenzó al morir su madre. Físicamente ya no estaba, pero se le había metido adentro.

-Nena, ¿cómo estás? , -Nena, no vayas, -Nena, no vengas.

Ocurrió luego con su hermana. Después ya no fueron sólo los seres desaparecidos quienes la invadieron. Sus otros familiares, sus amigos, los conocidos y, últimamente, hasta los desconocidos. Persona que miraba, aunque no fuera más que una vez, se le metía adentro. Mientras la gente se le borraba por fuera, en su interior, apretujada, encogida, casi asfixiada por la falta de aire, buscaba un lugar donde ubicarse. El espacio libre huía hacia afuera a medida que iban llegando. La opresión era espantosa, sin saber qué hacer para librarse de todos.

La horrorizaba el momento en que el espacio extinguido se hiciera insoportable. La mayoría no la quería, es más, ni la conocía. No debían usurpar su lugar; había muchos



sitios mejores donde existir.

Reconocía algo de culpa: nunca dijo un no a tiempo, y la sonrisa tímida, la mueca de aprobación repetida y repetida hasta el cansancio, sin fundamento.

Los demás decían: “Qué buena Elena; qué amable Elena; qué aguantadora Elena...”

La humareda tenue le avisó que su taza estaba servida. Era extraño, no veía las manos. Aterrada, se preguntó si no se le habrían metido adentro, pero reaccionó: ¿qué harían dos manos solas entre tanta gente?

Era tarde; el ventanal había ennegrecido. Dejó el importe señalado en la boleta y se marchó.

Ya no llovía. Mejor. Quizá también fuera una esponja.

Nadie la esperaba. Sólo dos cuerdas y la tranquilidad solitaria de su departamento.

Bastante tenía con ese ejército de seres que la habitaban.

Llegó al edificio cansada. Le costó abrir la puerta del ascensor. El botón del octavo piso acarició su dedo. Al llegar, la puerta del ascensor estaba trabada. Con gran esfuerzo, la abrió. Había quedado entre dos pisos. El salto era pequeño, pero inevitable. Pesaba tanto...



ESTAMPA BARRIAL

Ana María Cichetta

Nada muere, todo se transforma. Esta idea me viene a la mente cada año que pasa, cuando comienzan los primeros calores del verano.

Siempre la misma escena por años; cuando digo años, no son dos o tres, sino treinta, cuarenta.

La misma callecita de Buenos Aires, esa tan querida ciudad y más querida callecita, veredas angostas, árboles verdes y frondosos, la escena y los personajes podría decirse que igual, pero... Siempre hay un pero.

Las antiguas sillas de paja han cambiado por los blancos silloncitos de plástico, pero están ahí desde principios de diciembre hasta bien entrado marzo, y ahora con los cambios climáticos, diría que hasta abril.

Ellos también han cambiado, como las sillas, pero parecen los mismos, pues son hombres y mujeres, tal cual aquellos de años atrás, quizá los hijos o nietos, pero continúan con el mismo ritual, sacan la silla a la vereda, perdón, ahora los silloncitos, a eso de las cuatro o cinco de la tarde, se sientan, a veces con el mate, ese compañero fiel, que no cambia, y ahí empieza el rito: intercambian mates, entre ellos casi no se hablan, pasa un vecino, un saludo, un comentario, luego todo vuelve al silencio.

Están allí, con la mirada perdida, podría decirse que impenetrable, hasta que las primeras luces del farol de la cuadra les indique que ha llegado la hora, el ritual terminó, hay que entrar hasta el día siguiente.

Los he visto por años, pero hay algo desde siempre que aguijonea mi curiosidad, durante todo este tiempo, los cuerpos están, pero esas mentes dónde están, en ese no-hacer.

Llegará un día en que dejaré de observar, pues seré yo quien no esté, pero ellos seguirán allí, transformados, claro.

LA MAGIA DE CAVIAHUE

Elisabeth Diharce

¿Cómo puede ser que no encuentre al personaje de esta historia que comienzo a narrar sin tener además la mínima idea de cuál es su ubicación en el espacio cósmico?

A ver, veamos si hay algo de coherencia en lo que he manifestado y manifestaré.

Si no hay personaje, ¿puede haber historia?

Es decir que esto que escribiré tendrá un mínimo de sustento confiable y un máximo de imaginación; será una narración acerca de hechos naturales y de otros que no lo son tanto.

Encontrándonos en Copahue, maravilloso y extraño lugar al que fuimos en busca de alivio a malestares físicos, tuvimos la oportunidad de disfrutar de paseos a hermosas localidades vecinas, como Caviahue, conociendo además establecimientos rurales en los que también hay producción de artesanías de distinta naturaleza.

Pero lo que más nos fascinó fueron los pequeños gnomos que se presentaron ante nuestro asombro. Eran seres de reducida dimensión, movedizos, de larga y rizada barba, carita sonriente y amigable que no fueron visibles para todas las personas que estábamos allí.

Permanecieron instantes apenas, y nos hicieron dudar si eran o no fruto de la imaginación.

En instantes se fueron disipando en el éter sin dejar constancia alguna de su aparición.

De acuerdo con lo que nos comentaron los lugareños, las apariciones son frecuentes, como similar es también el comportamiento de los enanitos.

Quisimos saber más acerca de estos seres pero no fue posible, todo es una gran incógnita. Quizá, si fuera factible trasladarse a vivir en la zona, y tal vez si los seres nos aceptaran... podríamos conocer algo más de estos prodigios.



RECUERDOS EN SEPIA

Graciela Teresa García

Nos mudamos al barrio donde nuestros padres habían vivido su niñez y adolescencia. Saavedra se presentó ante nuestros ojos de niños como un enemigo indeseable, impuesto por la decisión de papá.

Allá, en Florida, quedaban nuestros recuerdos más queridos: los amigos, el colegio Ricardo Gutiérrez y el gran potrero de nadie, donde jugábamos batallas sin muertos ni heridos. Las cañas y yuyos oficiaban de trincheras.

Claudio tenía trece años y había aprobado el exigente examen de ingreso al Colegio Nacional Buenos Aires. Yo, con once años, fui inscripta para cursar sexto grado en la vieja escuela Molinari ubicada a dos cuadras de casa. Meses más tarde conocí su verdadero nombre: Martín del Barco Centenera.

A pesar de mi tristeza, muy dentro de mí algo me alegraba: Dejaba atrás las crueles palabras: *-Vos sos la hermana de..., espero seas tan buena alumna como él...* frases que recibía al ingresar al grado que mi hermano había aprobado con las mismas maestras. Esto marcó el comienzo de la competencia fraternal que se mantendría durante muchos años, cuyas consecuencias fueron la pérdida de buenos momentos, no compartidos, y una prolongada e inestable separación.

El primer día de clases fui sola, ya estaba acostumbrada a las ausencias de mi madre a actos escolares, inicio o finalización de cursos. Intento buscar en mi memoria recuerdos de ella junto a mí en la escuela y no los encuentro... Por el contrario, tuvo asistencia perfecta a las fiestas escolares de sus nietos.

Mamá era una madraza en el hogar: cierro los ojos y la veo cocinar, lavar y planchar la ropa con esmero. Siempre se encontraba a nuestro lado cuando enfermábamos, mimándonos, acariciando nuestras frentes afiebradas y creando historias para convencernos de tomar los remedios amargos. Al reprocharle su falta de atención a



nuestras tareas escolares recibíamos la conocida respuesta: ella no debía preocuparse pues tenía dos hijos muy estudiosos, y esto se reflejaba en las buenas notas del boletín de calificaciones que firmaba cada mes.

Me costó mucho hacerme de amigas en la nueva escuela. Yo era la intrusa que llegaba a disputar las preferencias de la exigente señorita Beatriz. La mayoría de mis compañeras concurrían a ese colegio desde el primer grado.

Llegó el 25 de mayo y especulábamos sobre quién llevaría la bandera de ceremonia. Para mi sorpresa fui la elegida. Yo estaba segura de que la abanderada sería María Isabel, una chica muy estudiosa y aplicada. Pero la inesperada decisión de la maestra estaba tomada.

La angustia me invadió, mamá no estaba en la escuela. Yo quería que me viera y se sintiera orgullosa de mí. Casi llorando le pedí a la portera, una vieja conocida de mis padres, que fuese hasta casa y le pidiera a mamá que viniera rápido al acto. Al verme tan desesperada, Amelia aceptó y salió a cumplir con mi pedido.

Caminé muy lentamente hacia el escenario al ritmo de los aplausos de los alumnos, maestras, directora y padres. Subí los tres escalones del estrado y alcé la tan querida bandera al sonar la primera estrofa de nuestro Himno.

Mi corazón latía muy fuerte, y mi felicidad fue completa cuando mis ojos se encontraron con los de mi madre que entraba, casi corriendo, al colegio.



NOSOTRAS

Silvia Graciela Quinteiro

Ayer a la tarde, como nos pasa casi siempre, nos vimos sin haberlo planeado.

-Estoy en Chacarita. ¿Vos por dónde andás?

-En Cabildo, haciendo trámites, ¿por?

-¿Nos juntamos a comer?

-¡Dale!

Y fue el almuerzo, el café y, si por nosotras fuera, también la cena.

-Hoy pensé toda la mañana en vos- le dije.

-Sí, sí, como siempre, pero termino llamándote yo - contestaste lo mismo que me contestás siempre, con la misma risa burlona.

-Sí, pero hoy te voy a sorprender. ¿Sabés por qué?

Me miraste de costado, intrigada.

-Porque voy a escribir sobre nosotras.

Abriste los ojos, y yo sé que eso significa que no entendés nada. Y te conté.

Que elegí una foto que nos sacamos hace unos años, disfrazadas de señoras del novecientos, en ese boliche de San Telmo, ¿te acordás?, cuando se nos frustró aquella escapada solas a Colonia, y decidimos que, de todas formas, ese día iba a ser para nosotras y que íbamos a disfrutarlo, a como diera lugar. Que la elegí para contar nuestra historia. Y que creía que no fue casual que hubiéramos elegido aquella indumentaria y aquel tono descolorido, sepia, de la fotografía.

Porque hablaba de los años que hace que nos conocemos. De todas las cosas que hemos experimentado y vivido juntas. No, la vida no nos pasó por encima, Fer, la atravesamos. A veces más juntas, otras a la distancia.

Desde los quince a los cincuenta: el delineador negro, las pruebas de contabilidad, la toca, las canciones de Sui Generis, los primeros novios, el primer cigarrillo, los bailes en Zodíaco o el Centro Asturiano, con mi vieja. La *Facu*, los *laburos*, las escapadas a Mar del Plata, los secretos; los primeros desengaños, las lágrimas y las carcajadas. Los matrimonios, el nacimiento de los hijos, las peleas con los maridos, las reconciliaciones.

Tu destino itinerante que te llevó lejos por bastante tiempo y nuestros apuros coti-

dianos que a veces también nos alejaban.

Las preocupaciones por los hijos. Los dolores por las pérdidas, que lloramos siempre juntas y en silencio, porque no necesitábamos otra cosa que el abrazo, el sostén de la mano en el hombro, la compañía, mudas las dos.

Y dejar que el tiempo pase sin darnos cuenta y nos respete, que camine de puntillas y en silencio para dejarnos hablar en borrador, como hacemos nosotras.

Y cuando cada vez nos parezcamos más a esta foto y llegue el inevitable momento de separarnos, estoy segura de que será sólo por un rato.

Cuando nos reencontremos con los que amamos y extrañamos, nos miremos a los ojos y sonriamos, no va a hacer falta que digamos nada.

Porque vos y yo, Fer, ya lo sabemos todo.



CUANDO MARCHITARSE ES NACER

Nadia P. Scollo

...y entonces comienza a oírse el viento silbar en el aire.

Las hojas se balancean en un vaivén que acuna a los pájaros.

Las poleras, los guantes y las bufandas, inquietos, se desperezan en los placares.

Los pasos crujen en las calles bordadas de hojas amarillas y marrones.

Llegó el otoño; el frío cala los huesos y enfría las narices.

Las manos se congelan, y el dedo gordo del pie desaparece.

Las estufas se encienden, los saquitos de té se acumulan y el amor se acurruca bajo las frazadas.

El otoño, una estación con la cual nunca tuve empatía.

Después de la primavera, las flores y el verano, ¿quién quiere la fresca oscuridad del otoño?

Los días más cortos, las manos más frías, las calles más desiertas.

Tal vez, la gente más fusionada, buscando calor humano.

Siempre detesté el frío, me inquieta, me irrita. Todo me parece rígido, casi congelado.

Las personas parecen estar compactadas dentro de capas de ropa, camufladas en toda esa lana que no deja ver sus almas, sus pieles, sus manos.

Por suerte, sí sus ojos, siempre sus ojos.

El afuera se diluye, se mueren las flores, todo parece triste, sin oxígeno, sin sol, sin pasto mullido en el cual sentarse, ni mar cálido en el cual sumergirse.

Observar cómo se van quedando los árboles sin hojas, pelados, marchitos, siempre me produjo melancolía y cierta compasión.

Hoy, cuando el otoño llegó para quedarse, algo cambio en mí.

Caminaba mirando hacia abajo pisando una hoja tras otra tras otra.

Urquiza estaba repleto de hojas amarillas, entonces comencé a reflexionar.

Todas estas hojas marchitas que cayeron de los árboles están muertas en el piso.

Por un lado, todas esas hojas fueron alguna vez verdes y hermosas. Todas ellas estaban llenas de vida, pero, llegó la hora de la transición, de dejarles el lugar a otras, de marchitarse y caer. Entonces, gracias a todas ellas que se desploman decorando



el paisaje, es que va a haber lugar para miles de hojas nuevas que esperan nacer.
Nacer para ser verdes, brillantes y hermosas.
Para luego, cumplir el mismo ciclo; ponerse amarillas, secarse y perecer.
De eso se trata la vida.
No podría existir la vida, si no existiese la muerte, son interdependientes.
Un linaje de hojas, una cadena de ancestros, la historia misma de la humanidad.
Uno prosigue al otro infinitamente, como una rueda que nunca deja de girar y que además, es inevitable.
Después de toda esta *reflexión existencial* que elaboré en dos cuabras, miré al cielo, sentí el sol brillar en mis ojos y pensé: la vida, la integridad, la comprensión de la existencia, la unidad.
Y me sentí feliz, porque ya no odio el frío, ni rechazo el otoño.
Ahora lo vivo como un ciclo inevitable, necesario.
No descarto, no excluyo, intento comprender *holísticamente*, integrando la nada al todo.
Entonces la existencia toma otras formas, otro sentido y otra energía que revitaliza.
Cuando piso las hojas, sé que en unos meses más, miles de ellas estarán poblando los árboles que ahora desnutridos abrazan al viento.
Así es la vida.
Uno deja raíces, enseñanzas, historias, huellas.
Porque cuando nosotros nos marchitemos, siempre habrá miles de millones de hojitas detrás nuestro esperando nacer para seguir así, completando la cadena humana, la humanidad, la existencia y la experiencia que significa vivir.
Todos los seres estamos interligados.
Transitamos diferentes estaciones en la vida, en esta experiencia terrenal y anónima.
Siempre es lindo y tranquilizador descubrir en estas pequeñas cotidianidades, lo eterno, lo que subyace, lo que sobrevive en el tiempo, en el espacio.
Ahora espero el invierno, sé que luego va a florecer la primavera.
¡Todo es tan necesario! Todo se complementa y nada ni nadie existiría sin su opuesto.
Los períodos se entrelazan.
Las etapas que se fusionan.
La existencia como un conjunto de hechos que se ligan entre sí formando un todo de sentidos y sensaciones.
Hojas amarillas, sólo una etapa del ciclo eterno.

ESTANTES VACÍOS

Luis Schor

El departamento estaba vacío ese sábado. La nena se la habían dejado a los abuelos, con la excusa de tener la noche libre para salir.

La pareja se había retirado silenciosamente, cargando bultos que parecían pesados, y al salir a la calle dudaron un momento antes de decidir hacia dónde ir. Aunque jóvenes, su postura encorvada y el andar lento, les daban aspecto de gente mayor. Al mirarlos de cerca, esa impresión se reforzaba con la gravedad de sus rostros. Algún observador atento hubiera aventurado que, en realidad, era temor lo que expresaban sus miradas. Los cuatro ojos escudriñaban para todos lados, resolviendo luces y sombras de las calles y todo auto que marchara en su dirección les aminoraba el paso, hasta que pasaba al lado de ellos sordo y ciego, sin detenerse. No sabían que eran ignorados por los ocultos y celosos vigilantes.

La imagen apenas iluminada por los escasos focos de la calle, era la de dos muñecos haciendo equilibrio sobre una cuerda floja, aferrando contra sus pechos los bultos, como si fueran niños que no debían dejar caer. Así se perdieron en la penumbra que los protegía o amenazaba.

Pasada la medianoche regresaron al departamento, con el mismo sigilo que al marcharse y las manos vacías, rápida llave a la puerta y gesto inútil e infantil, una silla contra el picaporte después de encender la luz del living.

Ambos prendieron cigarrillos, encendieron la estufa y cenaron sólo café. No se habían sacado las camperas y sólo intercambiaban monosílabos, en voz baja, no querían delatar que acababan de robar su propia vida.

Los estantes del modular mostraban vacíos, testigos huecos y mudos del saqueo autoinfligido. Ya no estaban aquellos libros y discos que hablaban y cantaban las iras de los oprimidos y marginados de siempre, tampoco aquellos que imaginaban mañanas de albor rebelde y justo. También algún sospechoso apunte de la Facultad

que, artero y hereje, nombraba en la portada al centro de estudiantes, malévolo difusor de la arrogante teoría de Darwin, o tal vez el críptico y peligroso comentario de la teoría de conjuntos de algún matemático con significativo apellido ruso como Sadosky o Spivacow. Hasta la Lógica Formal de Copi estaba ausente, sólo por ser de Eudeba. Y los discos, adiós Santa María de Iquique y Quilapayún, la Negra y Nicolás Guillén, casi todo. Sólo resistían entre otros pocos, las obras de Federico García Lorca y los Fronterizos primigenios. Perderlos hubiera sido como clavarse mutuamente un cuchillito en el corazón.

En realidad, ambos en su inocencia ignoraban que para las fuerzas del bien, el simple hecho de leer un diario era indicio de comportamiento antisocial y argentino. Una aberración que los rojos apátridas utilizaban para nublar los cerebros enfermos de los estudiantes, y los buenos debían extirpar ese tumor para cumplir el mandato del padre del norte y la madre oligarquía. *¡Ni un solo rojo vivo en Latinoamérica! ¡Muera el boleto estudiantil!*

Por eso se habían robado sus vidas esa noche, porque el temor venía creciendo desde meses atrás. Habían recibido claras señales, desde los enfrentamientos de fuerzas del orden con guerrilleros de catorce años que habían “optado cobardemente” por morir antes que entregarse a la Justicia, como redactaba nuestra prestigiosa prensa libre; o esas colas de madres ante juzgados, comisarías y ministerios de la Junta, pidiendo “caprichosamente” saber el paradero de hijos y nietos, éstos que no aparecían, seguramente “porque en algo andarían”, como decían los patriotas, como los bebés y los fetos. Y esos amigos “chupados” de sus trabajos o casas, que sólo volverían a ver en placas que los rescatan del olvido.

Se acostaron vencidos, se sintieron humillados y extrañamente traidores a ellos mismos. Finalmente se durmieron, las fuerzas no les daban para imaginar otra realidad posible. Al día siguiente, al levantarse para ir a buscar a la nena, los dos eran bien conscientes de lo sucedido esa noche; los años de plomo habían llegado y los saludaban con gesto marcial. Todavía hoy recuerdan ese saludo, no olvidarán ni perdonarán; sólo son una parejita que peca de humana y odia los estantes vacíos tanto como los países vacíos.



ASOMBRO

María Teresa Sosa

Hacía rato que el asombro había dejado de ser hábito en mis días. Pero esa mañana, el teléfono insistentemente se interpuso en mis tareas.

La voz varonil de Pedro acarició mis oídos. Preguntaba si podía pasar a la nohcecita; tenía unos libros que estaba seguro me iban a encantar. Además, podíamos aprovechar para oír esos CD que le había prometido hacía ya tiempo.

La ocasión me pareció fantástica, y no dudé en decidir el encuentro a las nueve, en casa.

Me preocupé para que esa noche no hubiera interrupciones, ni parientes, ni amigos, ni nada.

Pasé la mañana imaginando acontecimientos de lo más variados.

¿Les hablé de Pedro? Pedro forma parte del grupo de amigos mayores; a veces solemos salir juntos. Vamos al teatro, al cine, a un museo, charlamos. Él es un feliz sobreviviente de la década del 30, viudo, saludable, pero serio y tímido como nadie. Por su corta charla telefónica parecía decidido... no sé a qué, pero en mi dirección. Ya por la tarde me asaltaron las dudas. ¿Y si no sabía cómo proceder ante una situación inesperada? Hacía rato que no me encontraba a solas con un hombre. La idea de pasar un papelón me atormentaba. Por suerte, mi familia que es de lo más canchera, al verme nerviosa, trató de levantarme el ánimo.

-Mamita, si vos te lo propusieras, te juro que matás.

Indudablemente, era las palabras que necesitaba para afianzar mi propia estima.

Cuando sonó el timbre, justo a las nueve, corrí como una colegiala. Al abrir la puerta le regalé la mejor de mis sonrisas, que él contestó con frases entrecortadas, depositando los libros en mi mano y diciendo algo así como: - que su hermano, que a último momento tenía que acompañarlo, que lo sentía mucho y otra vez será. ¡Hasta pronto! Y me dejó parada con los libros en las manos, mientras él se perdía rápidamente dentro del ascensor.

Envuelta en una niebla, entré a la casa presa de la desilusión. No podía entender qué había pasado y cuanto más pensaba, más me convencía de que era un despropósito.

Más tarde, aún desfalleciente, me preparaba para acostarme y al abrir la puerta del baño, recibí la sorpresa que me faltaba. Allí, blanca y reluciente, la mitad de mi dentadura me sonreía desde el lavabo.



MURMULLOS

Martín Töpf

Cuento motivado en Pedro Páramo, de Juan Rulfo.
Murmullos es el primer nombre que Rulfo había dado a la obra.

-Madre. He venido a Comala, junto a tu gente, tras tu recuerdo. ¿Estás aquí? ...No te encuentro, madre.

Era una noche sin luna, con densas nubes aplastando el pueblo contra la tierra. El aire parecía apagado, detenido en el tiempo, gastado por respiraciones antiguas. Juan Preciado iba por las calles, arrastrado por sus pasos, boqueando por su vida. Por momentos se apoyaba en las paredes de las casas derruidas, por cuyas rajaduras se colaban rumores. Voces sin sonido, como se articulan en los pensamientos, o como se oyen en los sueños.

Una sombra cruzó cerca de él. Hubiera querido preguntarle cosas. Tal vez ¿está usted muerto?, pero no pudo decir nada. Su cuerpo se deshacía en sudores. El corazón, un caballo cojo, golpeaba entre las costillas cada vez más fuerte, como queriéndose escapar.

-Dorotea ¿oíste eso?

-... ¿Qué?

-Otra vez, ese lamento.

-No lo oigo bien.

-Parece de mujer... creo que viene de allá.

-Ah, sí... Puede ser Susana San Juan, la de la sepultura grande. Es la única mujer que ha querido Pedro Páramo, y a la que aún espera. Luego que ella murió, Don Pedro enloqueció y se convirtió en puro rencor, un rencor vivo, y acabó con el pueblo. ¿Sabes, Juan Preciado? Cuando tu madre y yo éramos niñas, este sitio era bello.

Ruidos y rumores lo asaltan tras sus pisadas o jadean como un perro. Al llegar a la plaza, Juan Preciado siente que las voces se aprietan y confunden, pero todo está desierto. El aire se le escapa inexorable, sin remedio; y el miedo se transforma en frío, una helazón que viene de adentro.

-Y tú, Dorotea, ¿a qué le tienes miedo?

-Yo... no sé qué será de mí. He muerto sin comulgar ¿sabes? y el padre Rentería me ha dicho que jamás conoceré la gloria, por la cosa de mis pecados. Yo tenía la ilusión de ir al cielo, porque quería buscar ahí a mi hijo, pero eso ya no tiene sentido. Poco antes de morir entendí que había vivido loca, engañada por un sueño; pues descubrí que no me habían robado a mi hijo, sino que nunca lo había tenido.

¿Sabes? Luego de que te encontré tieso, mis huesos se resolvieron a no seguir; y me pusieron aquí, junto a ti, en la misma sepultura. Es curioso ¿no? Tú querías encontrar el recuerdo de tu madre, yo buscaba a mi hijo; y aquí nos tienes, a los dos enterrados juntos.

Los interrumpió un crujir de tablas, seguido de un rumor de piedras y arena deslizándose.

-¿Qué ha sido eso?

-Puede que se haya roto un cajón de pobre, sabes que se desbaratan de nada.

-Sí, puede ser.

Entre los tintes del amanecer, sentado en su equipal junto al camino, la figura inmóvil de Pedro Páramo observa el cielo, esperando a Susana San Juan.

Por toda la Media Luna, el coro de sombras tristes sigue buscando a alguien que rece por sus almas.



RAPTO CONFESIONAL DE PEQUEÑA MUJER

Roberto Weigel

Hablo de mí, más allá de mí, después de mí;
pletórica de inefable fluidez, oceánica, marina...
Y sin embargo encriptada en esta desértica piel de arena,
siendo sin ser todavía, oyendo el graznido del miedo de ayer.
Hablo sin hablar, sin pensar; atrapo lo que puedo, lo que me es dado.
Y veo: veo adentro y afuera.
Y afuera hay adentro entre miradas prestadas,
y adentro hay afuera, como un grito mudo atravesándolo todo.
Hablo y no hablo; no digo lo que creo, lo que pienso, lo que siento...
¿Es posible? Sombras de palabras: infieles garabatos de lo que no soy,
de lo que creo ser, de lo que jamás seré...
Pienso, pienso, me devano los sesos y mi pensar se enmaraña, se muerde la cola.
Éste no es el camino.
Entonces oigo, oigo todo lo que puedo y escucho. ¿Qué escucho?
Alguien golpea mi puerta, adentro muy adentro.
¿Quién es aquélla que golpea mi puerta constantemente y me elige, siempre me elige?
Como una madre aún no resignada frente a su hija agonizante;
como un leve oleaje que no se cansa de bañar infinitamente una roca en esperanza
de confluir con ella.
Llamo entonces, llamo suplicando a lo ausente, lo sutil, a todo lo invisible, lo velado.
¿Hay alguien para negociar algo? No, no hay nadie importante para negociar nada.
¿Y mi alma? ¡Oh alma mía! ¡Qué ridiculez, qué palabras altisonantes, qué mayúsculas!
Me río entonces, me río como loca... ¿Me río?
Me callo, me callo... me voy callando.
Me miro, me encuentro, me acepto.
Me fundo lentamente en el silencio...



**CENTRO CULTURAL
LOLA MORA**

Río de Janeiro 946. Caballito / Comuna 6.
4983-5877 ó 4862-7245

Coordinadora: **Lidia Sosa Oroná de Colimodio**
Docente Taller Literario: **Eugenio López**

MIRANDO POR LA VENTANA

Rosa O. Batavia

Noches de entrega para los estudiantes de Arquitectura.

Noches donde el café, la radio, las discusiones políticas, los sueños y los proyectos se fundían en un todo de esperanza.

Esas noches eran largas y había que parar un rato. José Augusto y María Eva se acercaban a la ventana empañada por la lluvia y, como cómplices de una travesura, escribían con el dedo frases...que también fueron consignas.

La imaginación al poder... La patria socialista...Prohibido prohibir...

Evita montonera.

Del otro lado algún vecino trasnochado del barrio de San Cristóbal habrá querido descifrar el sentido de esas frases, mientras María Eva y José Augusto soñaban, diseñaban, proyectaban su futuro, y se construían como revolucionarios... También como enamorados.

¿Qué dibujará hoy José Augusto desde el lugar donde lo obligaron a partir tres tiros en la espalda?

¿Y María Eva...?

Los días de lluvia, en su despacho oficial, María Eva dibuja recuerdos en la ventana empañada.

Quizá por temor o timidez, jamás entré a la página de Encuentros, en Internet.

Mi amiga Claudia, que armó su pareja de ese modo, me convenció.

Antes de decidirme, pensé: Ya tengo cincuenta años; nunca un novio. Soy una solterona; ni siquiera una señorita grande, soltera. Me parece horrible; de modo que tomé valor y me largué.

Casi de madrugada, después de ver muchos rostros, llamó mi atención uno en especial. Acusaba cuarenta y ocho años. Aunque no me pareció nada excepcional, pensé en mí y me dije: Veremos; allí voy.

Le escribí al tal Roberto. Puse: Tengo cuarenta años; soy profesional, inquieta y con experiencia. Deseo relacionarme con señor sin compromisos de familia, con características culturales acordes.

Ah, firmé Ivonne.

Al día siguiente recibí respuesta.

Señorita Ivonne: Pareciera que podemos coincidir, dado que yo busco compañera para compartir la vida.

Me gusta la música, sobre todo el tango, y tengo cuarenta y siete años.

Después de varios correos, me invitó a encontrarnos para tomar algo, en Jonte y Nazca.

Me pareció un lugar incómodo para mí, lejos de casa; pero no estaba como para no aceptar. Aunque moría de susto, me *produce* con todo.

Cambiamos datos físicos para reconocernos, y por fin llegó el momento.

Sentado frente a mí, me miraba y, al sonreír, se le hacían hoyuelos en las mejillas.

Antes de darme tiempo a responder qué deseaba servirme, pidió tantas cosas que tuvieron que agregar una mesita.

Parecía una buena persona, pero lo que me impresionó, es que hablaba y comía sin pausa.

No entendí por qué en un momento dado, así porque sí, tragó un bocado y dijo que *todo lo que sube, baja*. Pasaron mil ideas, pero quise ser prudente.

Para completar el cuadro, junto a un piano, había allí una máquina para pasar discos.

Con sorpresa vi que él se levantó a colocar una moneda. Cantaba Julio Sosa.

Recién en ese momento pude observarlo mejor.

Era casi obeso; estaba vestido con prolijidad y caminaba rengueando levemente.

Cuando regresó a la mesa, se lo veía contento. Con voz suave, me preguntó: ¿Le gusta? ¿No es genial?

Realmente, entre masticar y beber, no hubo demasiado tiempo para conversar.

Llegado el momento del regreso, se disculpó varias veces porque madrugaba mucho

por su trabajo, y no podría acompañarme.

Se mostró feliz. Propuso continuar la relación, y me invitó a cenar el sábado siguiente en el Show del Pollo. Sí, así se llama...

Mientras viajaba, me pregunté por qué mi vida era tan complicada. Aun así, me dije, no me voy a achicar a esta altura, ¿no?

Pagué el viaje, entré a casa y, cuando me mire al espejo, dije en voz alta: ¡Ché! ¿Qué querés, vos también?

CONCENTRACIÓN MICROSCÓPICA

Florencia Cabrera

No creí que fuera tanta la molestia que me causara, pero su presencia era un real estorbo, más aún cuando intentaba aislarme. Más fuerte, más me molestaba.

Nuestra combinación fue casi imposible. La distracción me invadió mientras me cocinaban en un almíbar insulso, repleto de canciones insoportables. Fumando paciencia, para no taparme los oídos y morir en una combustión instantánea que consumiría mi piel de papel, hasta llegar al cerebro de cartapesta, que colapsaría ante la negativa del ambiente musicalmente incomprensible.



LA CAÍDA

Daniel Horacio Casal

Caigo estrepitosamente. Una luz me encandila, un sonido me ensordece.
A ciegas muevo los brazos, intento manotear algo o alguien para poder sostenerme,
pero es inútil.
Sólo puedo ver esa luz que me encandila; ahora comienza a quemarme.
Sigo cayendo.
El sonido me confunde y se me hace insoportable. Tengo la sensación de que mis
tímpanos explotarán de un momento a otro.
Sigo cayendo. El pozo parece no tener fondo.
La luz está más cercana, el calor es intenso, pero sólo quema mi rostro.
Con una de mis manos alcanzo a tocar algo parecido a una bola de pasto, me resulta
extraño, pero intento aferrarme con todas mis fuerzas. El esfuerzo es inútil. Se es-
cucha un grito desgarrador.
Sigo cayendo, el sonido es insoportable, la luz me quema ¿Dónde estoy?
¿Alguien puede escucharme? ¡Auxilio!
-¡Ernesto querido! Vamos nene, levántate de una vez.
¿Qué hacés abrazado al velador? ¡Apagá ese despertador!, que tu padre puede dor-
mir todavía un rato más. Vamos, cambiate; vas a llegar tarde. Ya te preparé el des-
ayuno, y fijate si ves al gato que recién pegó un grito bárbaro y salió corriendo como
loco para el patio.

Y ÉL...

Susana Curia

El alma pide a gritos la almohada salvadora
evasión del infierno por un rato... por un rato.
Destrozo las ganas de un sol que quería tocarme.
El fantasma del gozo hace piruetas burlonas
mientras mi sangre se evapora,
completa, en su torrente.
Y su amor que no llega. No sé cómo buscarlo.
Se entrecruzan las ideas
en la maraña de un intento de ilusión.
No puedo. No sé cómo asirlo.
Derrito el aparente hielo de mi alma con pudor,
pero él no se da cuenta... me estudia...me ignora...desconfía.
Si el dolor tuviera un nombre
sería el mío. Tan palpable y tan disimulado.
Y la angustia y la desazón muerden mis venas,
en las que la sangre se detiene
cuando él habla, o mira, o nada.
Simplemente, cuando aparece en mi alma...
sólo en mi alma.
No sé cómo decirle lo que siento.
La timidez pone una máscara infranqueable
que cubre todo el sentimiento que me abarca.
¡Ay! si tuviera el coraje de gritarle
las dos palabras salvadoras.



LA RISA DE CANDELA

Daniel Donatti

Lito estaba decidido; debía escribir esa carta.

Lo que le había contado su amigo Antonio sólo fortaleció esa decisión, debía escribirla ya, sin perder más tiempo.

Escribió sin dudar. Las palabras brotaban una tras otra hasta llenar casi tres carillas; guardó las hojas en el sobre y lo envió sin demora por correo. Esa carta debía llegar antes de cuatro días; después de ese tiempo ocurriría lo inevitable: su amada Candela se casaría con Leonardo. De manera que quizá esa carta no fuera de gran utilidad, pero debía hacer un último intento.

Su pensamiento volaba con la carta mientras buscaba, en su mente y en su corazón, consuelo a lo que le sucedía. Trataba de conformarse, diciéndose que él ya tenía edad suficiente para entender que la vida es dura, que no todo sale como uno lo planifica, que a veces los caminos de las personas que amamos se separan del que uno ha elegido. "No todo es color de rosa", decía parafraseando a la abuela Carmen. A mis años ya debería saber que hay circunstancias en la vida que son inevitables, se repetía.

Ya hacía tres años de aquella mañana en que conoció a Candela; ella apareció ante su mirada como un sol, sonriente, rubia, brillante, con esos ojos celestes que opacaban el color del cielo.

Era la más bella. Pensaba en ella todo el tiempo; al levantarse, mientras estudiaba o hacía algún trabajo, hasta cuando dormía la soñaba. Su imagen presidía diariamente la vida de Lito.

En una oportunidad, cuando Candela se fue de viaje durante una semana, Lito no podía concentrarse, no comía ni dormía, tal era la intensidad de su sentimiento.

La risa de Candela le parecía tan hermosa y refrescante como el agua de la fuente en la plaza del pueblo, sus sinuosidades y su pureza él las comparaba con aquel arco iris que habían visto juntos una tarde de lluvia.

Hasta aquel fatídico día, en que apareció, como aparece un nubarrón negro en medio de un atardecer soleado, Leonardo; morocho, ojos negros, alto, tan alto que la comparación hacía quedar a Lito como un infante. Leonardo, con su actitud arrogante y soberbia del que se cree superior. Enseguida acaparó la atención de Candela, y fue tejiendo a su alrededor una telaraña que la envolvía; alejándola de Lito.

Él sabía que Leonardo no le convenía a Candela, por eso puso en esa carta todo lo que no se había animado a decirle cara a cara; lo más importante: que la amaba como nadie jamás la podría amar.

El papá de Candela se levantó esa mañana y, como siempre, recogió el diario y el correo; desechó las cuentas dejándolas a un lado para verlas después y centró su atención en un sobre manchado de témpera amarilla, corrida por alguna lágrima, que tenía escrito con crayón celeste: *A la casa de Candela*. Sonrió y lo dejó sobre el escritorio de su hija.

Pero fue inútil; esa carta que contenía el corazón desgarrado de Lito, llegó tarde. El día anterior, con Puppy, la perra de Cande, y Killer, el perro de Leonardo, como testigos, en el fondo del jardín de la casa de Candela se celebró la boda. El oso Teddy ofició de cura.

Y bueno, pensó Lito, ella no es la única mujer en el mundo; ya aparecerán otras. Además, a los nueve años no soy tan viejo como para preocuparme por la soledad.

LA CARTA

Osvaldo Pablo Escliar

Guillermo López, un empleado modelo, que ingresó como cadete a los diecisiete años, a los treinta y ocho, era subcontador de un laboratorio multinacional. Casado con Luisa Romano, desde hace doce años, una mujer sumisa, fiel, y por la formación que le había inculcado Guillermo, ordenada en todo el sentido de la palabra. Vivían en la zona norte, en Vicente López.

Se levantaba todas las mañanas a las seis y cuarto y a las siete y diez estaba duchado y afeitado. Luisa le tenía preparada toda su ropa: traje, camisa, corbata, zapatos, todo al tono. Bebía su té con leche con edulcorante y galletitas a base de soja, porque era vegetariano. Tomaba el tren de las ocho y diez y a las nueve entraba a su oficina. Se sacaba el saco y comenzaba a trabajar con la computadora. A las doce y media almorzaba en el comedor de los jefes; sus comidas eran verduras y jugos de fruta. A las cinco y media tomaba el tren y a las seis y diez entraba a su hogar.

Mientras Luisa preparaba la cena, Guillermo miraba la televisión. Sus programas favoritos eran los noticieros y los boletines económicos. A las nueve cenaban y una hora después estaban en sus respectivas camas.

Los viernes a la noche tenían sexo; por supuesto con la luz apagada. Su libro de cabecera era "Manual para llegar a ejecutivo".

Como de costumbre, una tarde a las seis y diez ponía la llave para entrar a su casa y, para sorpresa de él, Luisa no estaba; vio los platos sin lavar, las camas sin tender. Para Guillermo fue un shock; no porque la quisiera, sino porque advirtió que él tendría que encargarse de la limpieza, pues no quería gente extraña en su propiedad.

Sobre la mesita de luz vio un sobre y adentro una hoja de papel carta, sin ningún tipo de escritura.

Después de dos meses contrató un detective privado; éste se encargó del trabajo. Al poco tiempo le dio el informe: Luisa trabajaba, tenía un amante, era secretaria del Partido Feminista y además se había hecho comunista. Eso fue lo que más lo indignó.

A la mañana siguiente continuó con su rutina, pero poco a poco su conducta fue distinta: llegaba tarde, desprolijo, mal afeitado; con el tiempo se ponía peor.

El señor James Cooper, Gerente General, lo mandó llamar; él se presentó en su oficina. El señor Cooper lo invitó a sentarse y comenzó el diálogo. Con voz paternal le dijo que le llamaba la atención cuánto había cambiado: de ser un empleado tan eficaz al comportamiento actual. Debería tomar decisiones drásticas, pero como le tenía mucho aprecio, le recomendó ir al psiquiatra de la empresa.

Guillermo fue a ver a dicho profesional, Coronel médico Raúl Santillán. Después de un tratamiento prolongado le dijo a Guillermo que se presentara en la empresa. El informe fue el siguiente: “El señor López, después de un estudio severo, padece una enfermedad incurable. Está totalmente humanizado”.



BAR MITZVA

Narciso Eskenazi

De repente dejé de ser un pibe. Hasta ahora yo sólo tenía doce años y jugaba a la pelota o hacía los deberes, me iba al club en cualquier momento, y las chicas me miraban como a un chiquilín.

Pero eso se terminó cuando mi padre me dijo que me faltaban trece meses para cumplir trece años y, como todo chico judío, tenía que hacer el Bar Mitzba, y empezar a estudiar todas las oraciones en hebreo. Al volver del colegio debería almorzar, preparar los deberes para el día siguiente, y a las cuatro de la tarde ir a la sinagoga, donde el maestro me iba a enseñar durante dos horas!

No habría más tiempo para ir al club, porque en casa se cenaba temprano; y así fue. Pero ese sacrificio resultó maravilloso porque, el día de la ceremonia estrené mi traje de pantalón largo, y la cara de felicidad de mis padres colmó mi alma de alegría.

El templo lleno de gente, familia, amigos, todos escuchando las bendiciones que se dicen; en ese momento me di cuenta de que ya era un hombre y formaba parte de la comunidad.

Al salir vi las caras de las chicas que hasta ayer me miraban como a un pibe; ahora estaban más interesadas en mí, y eso me agradó mucho. Empezaba a tener responsabilidades y alegrías, porque las miradas de las chicas eran refrescantes para mi condición de hombre.

PREMEDITADO

Marina Estévez

Cuando por fin tomó la decisión, se sintió aliviado.

Durante años pensó cuál sería la mejor manera, la que no causara demasiado dolor a unos, la que hiciera sentir culpables a otros. La menos dolorosa para él.

¿Era un cobarde? No, por supuesto que no. Que demorara tanto el momento no era sinónimo de cobardía, al contrario, creía con fervor que cada día que pasaba su proyecto se hacía más brillante, más original, como lo eran sus obras.

Todas ellas geniales, lástima que los del museo no pudieran apreciar esa genialidad, esa sensibilidad, esa pureza.

Como tampoco parecieron notarlo los de las cientos de galerías que recorrió a lo largo y a lo ancho de nuestro país y los limítrofes.

Sólo una mujer, una vez, sólo una en toda su vida supo interpretarlo, deleitarse con sus creaciones, comprender todas sus emociones a flor de piel.

Sólo una, una mujer a la que esbozó, retrató y plasmó hasta el hartazgo.

Ella, la que sintió por él un cariño enorme y una pasión desbordada, pero no pudo amarlo. La que no quiso dar un paso más allá para entrar al mundo de los enamorados, porque el amor duele. Ella, la que lo abandonó, tal vez por temor, tal vez por la asfixia que dijo sentir, tal vez, tal vez...tal vez ya no importe el por qué si tan solo lo dejó.

Esa mañana, se sintió orgulloso y altivo al concluir su última obra: Autorretrato.

Así la llamó. Los críticos lo tildaron de soberbio al descubrir la pintura y encontrarse con un Cristo de brazos caídos y mirada perdida. Un Cristo abatido.

Entonces, otra vez el deambular por las galerías.

Otra vez el rechazo del director del museo.

Una vez más la habladoría del pueblo, donde la mayoría lo llamaba “loco fracasado”.

Así llegó el día. O mejor dicho, la noche; la noche en que burló la seguridad del museo, se paró erguido frente a la pared escogida y con el bisturí comenzó a desgarrar lentamente su carne, primero con pequeñas incisiones, luego con desenfreno por todo su cuerpo, profundo, ya sin sentir dolor.

Con muy pocas fuerzas para mantenerse en pie, con su sangre pintó la que sería,



esta vez sí, su obra maestra sobre el muro blanco, único testigo de la locura y el espanto.

LLUVIA

Silvia Noemí Fabiani

Sintió un estremecimiento. El frío pasaba a través de sus ropas raídas. La lluvia caía torrencialmente y, cuando asomaba la cabeza, algunas gotas corrían por su rostro. Sentada en un rincón del inmenso portal, su figura se perdía ante la imponente de la iglesia. Ella esperaba, con su alma de niña, siempre esperaba, que algún alma caritativa le diera una moneda. Sus doce años no le impedían saber qué necesitaba.

Deseaba tener una casa limpia, como esas frente a las que ella se paraba para pedir limosna que llevaba corriendo a las rústicas manos de su madre.

Estaba cansada del barro de la villa. Barro que le ensuciaba los pies, las manos y a veces, le llegaba al corazón.

Por eso se escapaba cuando llovía; le agradaba mirar la transparencia del agua acentuando el verde de los árboles, el color de las flores. Estiraba las manos y mojadas se las pasaba por el cabello apelmazado y sin brillo por la falta de higiene.

Anhelaba vivir en una casa. El jardín debía explotar de plantas y perfumes. Disfrutar del pasto humedecido sin embarrarse. Un lugar donde asearse cada día y oler a jazmines nacarados. Un lecho cálido donde enrollar y alimentar sus fantasías. Una casa y el reflejo del sol cada mañana. Escuchar el canto de los pájaros en feliz algarabía.

Se detuvo la lluvia y Anabela, con gesto triste de muchacha solitaria emprendió el camino de regreso hacia su mundo gris.

El olor a puchero de pobre, mezclado con el de la basura amontonada a los costados de las casillas de chapas, llegaba a su nariz hasta ahogarla. Miraba las puertas rotas que dejaban traslucir una pintura vieja y descascarada, nunca supo por qué comparaba esos colores con los del arco iris que una vez, siendo muy niña, vio en un pajonal cerca del río.

Al entrar la madre le preguntó: -¿Dónde estuviste?- Mientras recogía las colchonetas



del suelo donde sus hermanos menores dormían. - Esperando-, contestó-. Y la madre ya entendía.

-Vino tu tía- le dijo -, preguntó si querés ir a vivir con ella.

Anabela no dudó en contestar. La tía Esther era una señora grande, pero vivía sola y si bien intuía que era para que la cuidara, aceptó al instante.

Los años pasaron.

Anabela concluyó sus estudios secundarios con muy buenas notas. A pesar del tiempo, en sus pensamientos siempre rondaba la idea de tener una casa suya, única y diferente.

Cuando conoció a Eduardo todo indicaba que era su hombre. Los sufrimientos de la villa habían quedado atrás. Se casaron. Eduardo le había comprado la casa tan ansiada. Anabella tenía su jardín; pero las desavenencias se pusieron de manifiesto muy pronto y la convivencia se tornó imposible. Decidieron separarse. Allí comenzaron el drama, y las divisiones. La casa había que venderla.

Las manos le temblaban cuando tuvo que colocar sus queridas plantas en los macetones. No había dudas sobre quién se quedaría con ellas, representaban buena parte de sus sueños. Cuando llegaron los de la mudanza, ella observaba cómo se llevaban sus muebles, ésos que fueron testigos silenciosos de un amor fallido.

Sintió que sus lágrimas estaban por saltar. Echó una última mirada en cada cuarto, mientras el corazón se le oprimía. Cerró la puerta de entrada con un golpe seco, subió al auto y se dirigió a la inmobiliaria. Pidió que colocaran un cartel de venta, sonrió con sarcasmo para sus adentros y pensó en la similitud con las leyendas de las tumbas. Así se sentía.

Pero, al menos, no regresaría a la villa aunque el destino abriera un interrogante sobre su vida. De eso estaba segura.

EL MILAGRO

Rodolfo A. Falchetti

Estaba parado en el umbral de la puerta de calle, mirando sin ver, cómo llovía mansamente en la tardecita de un día de otoño.

No tenía nada que hacer; no quería hacer nada. Lo dominaba la abulia de tal manera que era incapaz de moverse, a pesar de que se mojaba los pies.

Su mente vagaba por su cuenta, deteniéndose sólo por instantes en cada pensamiento. Éstos eran lúgubres, no podía evitarlos.

Hacía años que era un hombre taciturno y solitario, pero nunca lo había vencido de esa manera la depresión.

Alguien lo saludó desde un auto al pasar haciendo sonar la bocina. No supo quién era, pero el sonido lo hizo reaccionar.

Pudo razonar con cierta lógica, aunque no se movió de su lugar. Decidió que le convenía, como lo había practicado antes, cuando creía que perdía el juicio, hacer pasar imágenes de su vida, comenzando por la niñez.

Ésta había sido común, la de un chico de barrio en una ciudad del interior. Más compleja fue su adolescencia, cuando no sabía nunca cómo actuar, sobre todo cuando llegó el descubrimiento del otro sexo. Vivió muchos romances, que a veces le parecían heroicos y de novela. De otros se arrepentía al día siguiente de lo que juraba.

Pasada esa época, supo que ninguna relación había sido importante, al menos para él.

Luego, la Universidad, la profesión. Supo de los amigos que iban casándose y se apartaban de su entorno. Llegaron otras amistades que nunca serían como las de su juventud.

Alrededor de los cuarenta conoció a una profesora de matemáticas que, como él, hubiera preferido ser socióloga; tenía su misma edad. Se casaron, se quisieron, se respetaron, y hubo ternura pero no pasión.

No tuvieron hijos, ya era tarde, y un día repentinamente ella murió.

Entonces supo de verdad lo que era la soledad, y para evitarla se dedicó con ahínco a su carrera. Hacía hasta tres cirugías diarias y retrasaba el regreso a su casa con cualquier pretexto.



Se preguntó adónde habían quedado sus ideales, su participación en política, su amor por el ajedrez y la pesca. Hizo un inventario de las veces en que pensó en el suicidio. No lo espantó el recuento; tal vez sería un final digno para su vida vacía. Una vocecita aguda lo sobresaltó: - Doctor, ¡se está mojando! Venga a mi casa. Era el niño de sus vecinos. Reparó en que era hermoso, amigable, y que seguía hablando sin esperar respuesta: - Doctor, ¿usted tiene nietos? Yo no tengo ningún abuelo. ¿Quiere ser mi abuelo?

-Sí querido, podemos hacer un bote de papel y lo pondremos junto al cordón para verlo navegar. ¡Esperá, busco un paraguas y vuelvo!

FLASH DE UN REENCUENTRO NAVIDEÑO

Jacques Farji

Roxana y Alberto eran dos jóvenes pueblerinos, que vinieron a vivir a Buenos Aires; la gran urbe los atrapó.

Ambos de clase media acomodada, los muchachos eran primogénitos en sus familias, y *noviaban* con serios propósitos de matrimonio, hasta que *el diablo metió la cola*.

Entonces todo estalló, provocando rumbos diferentes para la pareja -craso error- que comprobarían tarde.

La vida pasa, el tiempo huye; pasaron los años. Nunca se volvieron a ver, hasta que una tarde - vísperas navideñas -, paseando por Florida en plan de compras para agasajar a sus seres queridos, fue el preciso momento en que Cupido accionó sus dardos inopinadamente a la vuelta de una esquina y -como es de rigor - chocan, haciendo rodar los paquetes.

¡Qué sorpresa!... Alberto, todo un caballero, se agachó a levantar los paquetes desparramados, y al elevar su mirada halló ese regalo inesperado: los ojos nunca olvidados de Roxana que, muda, absorta, también quedó inmóvil por la impronta.

De inmediato, los saludos naturales y enseguida la chispa, que volvía a encenderse, coincidiendo con que ambos tenían sus vidas fracasadas y deshechas.

Alberto, ni lerdo ni perezoso, sugirió que si no estaba con mucha prisa, podían tomar un café; ella aceptó desvistiendo su sesgo más emocionado.

Se sentaron. Mientras bebían "el café del reencuentro" las palabras entrecortadas, lo decían todo; sabían más que nada a lánguidas y tiernas las miradas donde dejaban atrás tanto camino fallido, caminado cada uno a solas.

De pronto todo el escenario cambia. El Director ordena:- ¡Electricista, maquillaje! Para a los actores; todo indica que el equipo de filmación se coloque en el siguiente decorado.

Se trata de una habitación de diseño moderno, iluminada románticamente por velas. ¡LUZ...

CÁMARA....

ACCIÓN!



La pareja, en un apretado abrazo, que los funde en una sola persona, baila un bolero que suena en el ámbito, mientras el intérprete pronuncia melosamente:

...“te quiero con el alma,
te juro que te adoro,
y en nombre de este amor
y por tu bien te digo adiós.”

EL MEJOR MUNDO DEL MUNDO

Alicia Franco

La nena crecía y, con ella, la necesidad de un espacio para su intimidad. Ya era tiempo de que durmiera sola en su propio cuarto.

Para que lo tuviera debieron hacerse algunas reformas, y lo que desde siempre en esa casa fue la cocina, se transformó en un pequeñísimo dormitorio.

Mientras la nena comenzaba a dejar de serlo y frente al espejo probaba colores en su cara, su habitación viró del amarillo claro, al verde suave para quedar definitivamente blanca. Toda blanca y lisa, como una pantalla de cine en la que podía proyectar sus más secretas fantasías.

Para cualquiera que entrara allí el sitio continuaba siendo un diminuto dormitorio, pero ella sabía muy bien que no sólo era eso: también era un mundo, el mejor del mundo, ya que poseía la capacidad de convertirse en lo que su única habitante deseara.

Tan mágico resultaba que no quería salir de él. ¿Para qué? ¿En qué otro lugar podía sentirse tan a gusto?

Allí pasaba la mayor parte del día. Rodeada de esas paredes blancas, leía, dibujaba, mantenía apasionantes discusiones consigo misma, lloraba, pensaba e imaginaba. De vez en cuando sus amigas la visitaban y pasaban maravillosos momentos juntas. Las horas se les iban en segundos, hablando, sufriendo, riendo a carcajadas o compartiendo sueños. ¡Todo lo vivían tan intensamente en aquellos años!

Sin embargo existía otra razón para no querer salir, y era que sólo allí él podía encontrarla.

Él hacía perfecto juego con ese mundo, ya que también se convertía en quien ella deseara.

Tenía mil rostros, mil tonos de voz, mil sonrisas diferentes y con cada rostro, con cada voz y cada una de sus mil sonrisas, la amaba muchísimo.

La amaba con ese amor de ramos de flores, de paseos en bote, de notas románticas en servilletas de papel o en sobres de azúcar. La amaba con ese amor de música suave, de lunas llenas, de sorpresas constantes, de besos dulcísimos. Con ese amor de perdices y final siempre feliz.



En el mejor mundo del mundo nada era imposible. Ella era la más hermosa, la única, la más amada... aunque fuera amada con ese amor de películas viejas.

UN EXTRAÑO PERSONAJE

Esther Gurevich

En un lugar lejano, una cabaña, rodeada de frondosos árboles y vegetación abundante.

Aparece allí Fermín, un individuo que huye de los ruidos de la gran ciudad, de la soledad, de personas que lo hostigan con consejos e hipocresía, aturdido, sin rumbo. Llega temeroso y, con mucha precaución, toca la puerta de la cabaña; piensa encontrarse con la paz que necesita para sus incertidumbres. La puerta se abre lentamente, él entra con cautela y se sorprende, pues no encuentra a nadie que lo reciba, sólo ve un caballo que lo mira a través de la ventana.

Ante esta visión tiende a retirarse, pero escucha una voz que le dice: ¿Qué andás buscando?

Asombrado mira a su alrededor, no ve a nadie solamente al caballo. Éste le dice: No te asombres, fue mi voz; si vienes en busca de paz y tranquilidad yo te puedo ofrecer eso y mucho más. Si te detienes a conversar lo lograremos. Dialogaron durante un rato; luego Fermín emprendió el regreso, con su secreto: la charla con el caballo.

SU PERFUME

Esther Heffesse

Se iba desprendiendo de casi todo.

La cartera Chanel que le regalaron, traída de París, aún sin estrenar, se la dio a su nieta mayor; la mantilla blanca que todos admirábamos, tejida por ella misma, la estrenó hace poco tiempo el bisnieto, recién nacido, de mi hermana.

Toda la ropa que ya no usaba la iba regalando, con mucho amor.

Cuando abrimos su placard se había quedado con lo indispensable.

Admiro la teoría china, llamada *Feng shui*, que sugiere que te deshagas de lo que ya no usas o que esté en mal estado. Por eso, en ese momento, admiraba mucho a mi madre que se preparaba para dar paso a una energía nueva.

Pasado un tiempo después de su muerte, mis hermanas y yo nos reunimos para regalar sus pertenencias. Yo no quise ni joyas ni ropa, me quedé con su perfume, porque pensé que podía sentir su presencia por mucho más tiempo.

Gracias mamá por esa frase que un día me regalaste, y me dijiste *roji*, que quiere decir vida o algo así; *que tengas paz en el alma*.

Te quiero, mamá.

PALABRAS CON HISTORIA

Margarita Keleydian

Hace varios años trabajaba en una oficina, en la zona de Congreso. Pocos vivían cerca, la mayoría en el gran Buenos Aires, muchos en la zona norte y, no recuerdo con seguridad, si era la única que vivía en la zona sur.

Tenía una compañera bonita, agradable, de unos treinta años, a la que siempre queríamos conseguirle un novio. La invitamos muchas veces a casa, pero ella argumentaba que era muy cómoda, y hasta que no encontrara alguien que la trasladara, no pensaba viajar tanto.

Cabe recordar que, en esa época la mayoría de los vehículos tenía la palanca de cambios en el volante. Sólo los más modernos la tenían en el piso.

Un día, nos contó que estaba muy contenta, porque conoció un joven; que tenía una camioneta.

También nosotros nos alegramos y deseábamos conocerlo.

Una tarde, al salir de la oficina, él pasó a buscarla. Por supuesto no perdí la oportunidad de verlo. Como en esa calle no se podía estacionar, sólo dimos una o dos vueltas a la manzana, cambiamos un par de palabras y cada uno siguió su rumbo.

Por la noche, le comenté a mi marido que había conocido al muchacho, ya que teníamos bastante curiosidad por saber cómo era, y le di el motivo por el cual mucho no había podido conversar. Ahí, ¿cuál fue la pregunta de mi marido?: *¿Palanca al piso?*

Así quedó sellada esa frase para cuando queremos mencionar diferentes formas de sentir y pensar, según los sexos.

Por eso, si nos encontramos con los que conocemos la anécdota, y vemos que enfocamos por caminos divergentes, enseguida decimos: ¡Palanca al piso!

DECISIÓN

Esther Lucker

¿De qué me sirve este plumaje multicolor que todos admiran? ¿De qué valen estos trinos musicales que deleitan a quienes los escuchan? ¿Para qué me sirven las alas si no puedo volar como quiero?

Desde hoy siento que mis días serán siempre iguales. Me metieron en esta jaula de oro donde piensan que nada me falta: alimentación, higiene, seguridad. Éste es el precio de subsistir sin problemas.

¡Qué frustración terrible, qué sensación de pequeñez e injusticia me invade!

A través de las rejas todo lo que veo son gigantes, ¡hasta los bebés son enormes! ¡Y cómo los cuidan, los miman, los aman! Con qué paciencia acceden los mayores a todos sus caprichos.

No, no. ¡Esto no es vida! El mundo es tan bello, hay tanto para recorrer, para conocer: montes, cielo, mar. Todo eso, aquí, jamás lo veré. Pero debo encontrar una estrategia para salir, es necesario estar libre. Creo que ya la tengo. Después de todo, no puedo negar y agradecer que simpatizan conmigo todas las personas de la casa y lo demuestran al emprender la tarea cotidiana que, por turno, a cada uno le toca: limpiar la jaula y darme la ración diaria. Tienen mucha confianza en mí y no se apresuran a cerrar la puerta de la jaula. Creen que yo no pienso abandonarlos y que soy feliz. Efectivamente, soy un pájaro dócil y cumplidor.

Esa noche no dormí, a pesar de que una abrigada manta cubría mi vivienda. Por fin, con la brillante luz del día llegó el preciado momento. Estaba tranquilo y seguro de que todo se ejecutaría con precisión.

Llega la señora y, sin saludarme como siempre, procede a la rutinaria tarea. No pierdo tiempo, todo se presenta como lo tenía planeado. Lentamente despliego mis alas y doy unos pasitos hacia delante. La mujer no se da cuenta. En poco tiempo estoy delante de la puertita abierta. Miro hacia abajo y pienso dónde conseguiré comida desde hoy, cómo venceré al enemigo que siempre está acechando si con mis alas no podré volar tan alto como debiera hacerlo.

Retrocedo unos pasos y un ruidito conocido me hace percibir que cerraron la jaula. A través de los barrotes veo al gato de la casa que se despierta ronroneando y comienza a pasear perezosamente por el patio...



PINCELADA PORTEÑA

Beatriz de Maniglia

Si te nombro Buenos Aires
no me puedo sustraer
de rendirle un homenaje
a nuestro Carlos Gardel.

Sos permanente recuerdo
de D' Arienzo y su compás
el bandoneón de Pichuco
y un Piazzola cadencial.

Vos sos la reina del Plata
que ahora tiene otro perfil
y desde el río a Madero
todo es un cambio febril.

Sos Leandro Alem, la Recova
el Correo, el Kavanagh
y hasta un casino flotante
muy cerca del Luna Park.

Sos 25 de Mayo
Reconquista y San Martín
sos la cuadra de los Bancos
y un pesado ir y venir.

Todo está conmocionado
en la hora mercantil
y después de media tarde
se amodorra ese trajín.



Sos la Avenida Corrientes
que no se quiere morir
sos los cines, los teatros
y el Complejo San Martín.

Sos la revista porteña
con *vedettes* que dan que hablar
y llegando al obelisco
otra vez... "El Nacional".

Buenos Aires sos de todos
y sos hermana de tantas
sos gente cosmopolita
con mil liturgias que cantan.

Sos un pueblo diferente
que hay que aprender a mirar
¡Y sos ante todo el mundo
noche y día... sin final!



EL PACTO

Horacio Guillermo Maniglia

Fue un trato de amigos, o un pacto entre dos viejos. Tuvo algo de confidencia pos-trera. Sin duda, por lo menos para mí, fue un acto de lealtad mutua. La historia comenzó cuando él instaló su tallercito de carpintero en el fondo del terreno. Se puso de novio con la que luego sería su esposa por más de medio siglo, y como vivienda planeó construir una casita en la parte del lote que daba a la calle. Como los recursos no eran muchos, construyó una pieza de cuatro por cuatro, baño y cocina. Esto le demandó bastante tiempo pues fue comprando los materiales con lo que podía ahorrar; contrató a un albañil y él hacía de ayudante. Cuando el albañil se iba, continuaba trabajando solo, ése era el momento que más disfrutaba. Veía crecer las paredes con deleite, imaginando el próximo paso con indescriptible entusiasmo. Se dormía y soñaba con la casa. Finalmente terminó lo que sería sólo la primera etapa de otras muchas. Se casó, llegó el primer hijo, varón, y agregó una pieza. A los dos años tuvieron una nena, y otra vez a los ladrillos, al cemento, a la cal y a la arena. A esa altura ya era un albañil calificado, tanto que encontraba defectos en lo que hacían los otros, así que terminaba haciendo todo él. Se convirtió, por el método de acierto y error, en electricista, plomero, azulejista, y más tarde, porque audacia no le faltó nunca, en decorador. Obvio que siendo carpintero los muebles los hizo él.

No le pasó como a muchos que, por el afán constante de hacer, se olvidan de disfrutar de lo hecho, en este caso de la casa, que con sabiduría convirtió en hogar. Fue taller, templo y escuela. La casa se adaptó a cada etapa de la vida familiar, fiel a quien la había levantado. Él sabía de sus necesidades, por eso se adelantaba a las posibles deficiencias, producto del paso del tiempo, como el médico de cabecera que previene porque conoce íntimamente a sus pacientes. Se podría decir que existía un diálogo silencioso pero elocuente entre la casa y su creador, porque fue eso, un creador, no un simple constructor. Pero el tiempo pasó, los chicos crecieron y un buen día, o a lo mejor un mal día, acorralados por una de las frecuentes crisis del país, se fueron al extranjero para probar suerte. Les fue bien, no regresaron. Más tarde, ya anciana, murió ella, maravillosa compañera, y él quedó solo en la casa, que



ahora parecía mucho más grande. Ya no tenía las fuerzas de antes, le costaba encarar cada reparación, cada vez más frecuentes, pues la casa también envejecía. Sin embargo no flaqueaba, un poco por simple inercia, mucho más por amor. Los trabajos para mantenerla como él pretendía, lo agotaban. Se iba a dormir exhausto, pero planeando las tareas que realizaría al día siguiente. Su mente, siempre ocupada, le impedía escucharla a ella, a la casa, que por cierto tenía cosas importantes que decirle. Llegó el día en el que, quizá más cansado que nunca, frenó su impulso a la acción, y pudo oír la voz de las paredes, de los pisos, de los techos, de la casa toda, que le pedían, le reclamaban o, más bien, le imploraban.

Entonces comprendió, hizo suyo al mensaje, porque compartía los sentimientos que lo generaban. Y dejó de hacer. Ya no intervino. A medida que las habitaciones se deterioraban, las clausuraba. Se fue corriendo hacia la calle, viviendo cada vez en un espacio menor. Terminó con la cama en el living, en lo que había sido el living, contra la pared del frente, bajo la ventana exterior. Esa noche se tiró en la cama temprano. No estaba cansado, pues no hacía nada durante el día. Se sentía tranquilo, en paz, como nunca antes. Y hablaron de sus cosas, de los tiempos ajetados, de tantos momentos compartidos, buenos, los más, y también de los malos. Se entendieron perfectamente, porque siempre lo habían hecho.

Fue un trato de amigos, un pacto entre dos viejos, el último acto de amor. La postrera voluntad de la casa la hizo suya. Murieron juntos, cuando se desplomó el techo.

DESVANECER EL PASADO

Perla Masurski

Anoche, al sacar a la calle la bolsa de residuos, entre cartones y botellas esparcidos frente a la puerta de casa, llamó mi atención un diario del día 13/10/08. Entre sus hojas, envuelto, un álbum de fotos con una vetusta tapa ajada, amarillenta. Distinguí la borrosa inscripción “Recuerdos años 1920”. Por el piso, fotos sueltas. Curiosa las levanté, aunque tuve la sensación de que estaba invadiendo la privacidad de una familia, posiblemente como la mía, pues en cada reunión hay alguien dispuesto con la cámara de fotos.

El hallazgo del álbum me causó pesar. Supuse que, con desapego, alguien se atreviera a deshacerse de su historia familiar, como si pudieran desecharse en un basural momentos de vida.

No obstante observé una fotografía: el agraciado rostro de una joven de cabellera rubia, tal vez una tía que envió la prueba feliz de haber sobrevivido al horror de la guerra.

La segunda foto registraba la luminosa imagen de una niña, entre ocho y nueve años. La toma agradaría a su mamá; su pequeña de dientes de leche y pícara sonrisa ayudante en la cocina. Grato instante de ese momento compartido.

La última imagen se desliza a mis pies. El reverso escrito en rojo dice: Recuerdo de mi primera presentación en público – Acto club Almagro -. Observo la postura casi adulta de un niño serio, de mirada penetrante, y en sus rodillas un bandoneón.

He aquí tres fotos. Personas que no conocían, dueños de una vida. ¿Con qué derecho me instituía en ocasional observadora de momentos íntimos? Las dejé en el lugar. Estaba molesta.

¿Por qué esa sensación? Recordé lo que una vez escuché de alguien, esa pregunta sin respuesta: ¿Qué será de las fotos cuando nosotros ya no estemos?

CONSAGRACIÓN DEL ÁLAMO

Diana Mosches

Elisa está en el patio de la casa grande. Así llaman, en su familia, a la vieja casona de la abuela Flora, su bisabuela paterna. De niña, Elisa solía pasar mucho tiempo entre los árboles del parque que la rodea. Las flores amarillas de los tilos perfumaban los juegos y las caminatas. Los troncos añosos de los eucaliptos servían de respaldo para la cuenta en las “escondidas”. Los rectos álamos danzaban con el viento, consagrande, a veces, el lado claro de sus hojas; otras, el lado oscuro.

Los árboles siempre estuvieron allí. Ella ha regresado.

Elisa vuelve a mirar la casa grande de la infancia. De sus ojos de adulta, brota, idéntica la emoción infantil. Una vez más, palpitan en sus oídos los cuentos sobre los antiguos moradores de la casa. Los bosquejó muchas veces en páginas escritas o en esbozos de dibujos. Algo indefinible la atrae hacia ellos. Se siente parte de la historia del lugar, una de las claves de la magia o el misterio que ha venido a recrear.

Elisa entra a la casa. Allí está, como presencia imponente, la escalera. Por esa escalera bajó Adela, vestida de blanco, con un ramo de color lavanda. Elisa tenía muchos textos, escritos y desechados, sobre ella. Quería representarla con fidelidad, interpretar la belleza y la tragedia de ese personaje que crecía en su recuerdo y en su imaginación.

Adela desciende, descalza, envuelta en una chalina de seda color lavanda. Sale de la casa y se encamina hacia la alameda, donde el azul nocturno del álamo más alto ha tejido una hamaca de ramas. Allí la espera Moro, para salir a volar.

Adela, según narraban, se había escapado con el hombre que amaba, rechazado por sus padres, el día en que iban a casarla con otro. Se habían escondido entre los árboles para esperar la noche.

Al verla llegar, Moro extiende los brazos y ella se encarama para tomar impulso y alcanzar la enramada teñida de color verdinegro. El fulgor de los ojos de Moro desafía a la luna. Adela danza en la hamaca de ramas. Sus cabellos se entrelazan con el follaje. Libera manos y pies. Moro se aviene a ser llevado hacia el columpio de hojarasca. Pliega sus alas cubriendo a Adela, que se estremece, tocando el aire con los dedos largos de libertad.



Pero la historia cuenta que Adela y su amante no lograron escapar. Los rodearon, y a él lo mataron a palazos. Ella, entonces, subió al árbol más alto y desde allí se lanzó con el vestido de novia flameando al viento.

Los pájaros de la noche levantan proclama por la intrusión, apostándose como vigías en el ramaje del álamo mayor. Centenares de ellos han quedado atrapados en el sortilegio de Adela. La aurora deja ver las sombras. El sol consagra áureo ropaje en la celebración de un nuevo día. Adela mira a Moro. El color amarillo se enciende en su mirada y pasa, envuelto en llamaradas, a los ojos de él. El fuego consume la hamaca. Adela y Moro se funden en el aire. La brisa los empuja hacia una frondosa mata de espesura verde que el álamo ha urdido para ellos. Adela entrega su cabellera a los pájaros, que la cortan a picotazos.

Elisa acomoda los papeles sobre los que estuvo dejando marcas, tachando y resaltando palabras. En un rato llegará Julián, su compañero de juegos de la infancia. Hace muchos años que no se ven, pero se mantuvieron en contacto mientras ella vivió en México. Le va a pedir que vayan juntos a ver si todavía existe la hamaca de hojas que divisaban de niños en la copa del álamo más alto.



TRES CORAZONES

Luisa A. Olistein

El primer corazón lo encontró en la pared, enfrente de su casa.

Lo miró y se extrañó de ver su nombre entrelazado con el de Ana.

Él la había abandonado; tan así es que apenas la recordaba.

A la tarde, cuando regresaba, sin pensarlo dobló por la calle donde ella vivía y en la pared de la que fue su casa se destacaba otro corazón; era rojo, atravesado por una flecha.

Las iniciales de ambos estaban grabadas.

Se preguntó: ¿Qué significan esos corazones? ¿Serán una burla?

Siguió caminando y al llegar a la puerta de su casa otro corazón lo esperaba, sólo que éste tenía una lágrima pintada, en el centro.

No podía dormir, a cada rato se le aparecía la cara de quien él creía olvidada.

¿Sería un presagio, una llamada?

Al fin se durmió; lo despertó el timbre.

Cuando se acercó a la puerta vio una carta en el piso.

¡Ana se murió! ¡Cuánto te amaba!

Esos corazones pintados eran para que la recordaras.

Mientras leía sintió su cara mojada y se dio cuenta de que era su inútil homenaje para quien tanto lo amó.

MARILÚ

Graciela Pavlotsky

Seguí caminando, dijo la voz, no te vayas a parar en las vidrieras de la galería y menos te empaques en la vidriera de Marilú como es tu costumbre, ya sabés que no te puedo comprar esas muñecas caras, ni siquiera una Mariquita Pérez que es más barata. Además te hace falta un abrigo y de dónde va a salir tanta plata. Caminá, no me digas que estás cansada, los zapatos son nuevos pero cómodos, no te quedan chicos ni te aprietan. Otro día mirás las vidrieras, sino vamos a llegar tarde al oculista. Sí ya sé que no querés ir, pero es por tu bien. A ver decime qué querés, ir al colegio y no ver nada del pizarrón; cada vez te apoyas más sobre las vidrieras para ver las Marilú, tan vestiditas, tan en un mundo ficticio que cuando crezcas te vas a dar cuenta de que no tiene nada que ver con la realidad; ese mundo es puro cuento, no existe. Este mundo es real como el helado que te empeñaste en no querer comer porque era chico, porque vos querías uno grande como el de todos. Y mientras se derretía te pregunté por última vez si lo ibas a comer y me dijiste que no, que las protestas hay que mantenerlas hasta el final, y entonces apreté el botón del baño y viste cómo el helado naufragaba en el agua del inodoro; y no creas que me sentí feliz por hacerte eso, pero estaba cumpliendo con mi deber de madre. Es por tu bien, es parte de tu educación y cuando seas grande me lo vas a agradecer.

La voz se apagó; la mano adulta que sujetaba a la pequeña ya no lo hacía. Al verse libre dio vuelta la cabeza, bajó la vista y la vio tirada sobre la vereda con los ojos abiertos, muy quieta. Los deseos -se preguntó- a qué mundo pertenecen, ¿al real o al ficticio? No sé -se contestó- quizá las Marilú lo sepan, y salió corriendo para ver las vidrieras.



LLUVIA

Enia Cypa Peskin

Fue como una bomba sobre la cama, las ventanas no contuvieron el estruendo. Relámpagos y rayos; las cortinas se levantaron a punto de llevarse el agua y descargarla como un tobogán sobre la cama. Nilda quedó tiesa, el susto no le permitió reaccionar; no sabía si era una pesadilla o una realidad. Los pies apenas tocaron con las puntas en el piso.

Las luces se apagaron, la cama comenzó a vibrar y a atropellar las paredes. Tenía la sensación de volar con cama y pisar tierra.

El horror no la dejó pedir auxilio; los vecinos dormían.

La familia corrió a cerrar ventanas y puertas, luego se sumergieron en la tibieza, para seguir durmiendo. Ahí comenzó a gritar, llamó a cada uno por su nombre. Nada. Nadie. Se diría que fue un sueño, pero a medida que la tormenta amainaba, las ramas comenzaron a ceder.

Nilda cayó sobre el pasto, pero la voz no se dejaba oír. ¡Esto es una pesadilla!, pensó. Pronto despertaré, saltaré de la cama, abriré la ducha y me relajaré.

Cerró los ojos. Era inútil, no se veía nada. El suelo se fue llenando de agua, pero evitó tantearlo. El cansancio aflojó de a poco sus dedos, su larga cabellera se enredó entre las hojas. La escena que invadió su cabeza fue el Titanic. Sí justamente leyó su historia antes de dormirse. Evitó retener el final. El terror llenó su boca, le impedía gritar.

Me quedaré quieta hasta dormirme.

Por la mañana, el sol tiñó el jardín.

Nilda fue encontrada barranca abajo, como si una tormenta la hubiera empujado hacia el confín.

-¡Miren!- exclamó su madre. En una ramita, dibujada sobre una mitad del voile, apenas se veía a una joven con la cabellera enroscada en hojitas, en actitud de esfuerzo por alzar una pierna.

-¡Es ella!- gritó la madre - ¿Qué pasó aquí? ¿Es que Nilda sube por la maraña del follaje? ¿Estamos todos durmiendo todavía? ¡Hija, despierta!



ELLA, PICASSO Y YO

Nélida Zala Bacskay

Las once y media pasadas. Me diré al llegar que se le ha hecho tarde por esto, por aquello, por lo de más allá. Me parece que la veo al salir de su casa, contrariada porque el viento frío y violento le golpeó la cara y la hizo temblar, y ella en ese instante comprobó que no se había abrigado lo suficiente, y que ni siquiera atinó a rescatar del perchero la bufanda azul, esa que siempre lleva consigo, por las dudas... Desde la ventana veo que, con la premura e inconsciencia que la caracteriza, cruza corriendo la calle. Tocaré con insistencia el timbre tres veces y se paseará de lado a lado hasta que por fin se encuentre frente al ascensor que la conducirá hasta mi puerta.

Cuesta no involucrarse con su historia, ser objetivo y profesional y no decir desde mi subjetividad que quisiera...

Me llegó con nitidez su toser contrariado al notar que había perdido el turno, que debía esperar y moderar esa ansiedad que se acentúa en tales circunstancias. Adiviné la nerviosidad de sus manos buscando apoyo en revistas que hojea, deja, y vuelve a tomar. Cuesta mantenerme ajeno, fuera de su historia.

Volveré a decirme de su insomnio. Que pese a todo tratamiento él es el dueño de sus noches en soledad, el que no la deja cerrar los ojos, el que nunca dejará de acosarla para recordarle que él es el amo de su sueño y no las pastillas que le dejan ese amargor, esa sed, y que sólo logran adormecerla por momentos.

Ahora, y como lo hace cada semana, detendrá su vista en los cuadros que adornan las paredes del consultorio. Después, al estar frente a mí, me dirá que de todos ellos el que más la impresiona y seduce es el titulado: "El Sueño", y seguirá describiéndome su admiración por las tonalidades ocre y amarillo opaco y esos ojos enormes y oscuros, muy abiertos, tras esas pinceladas como telas de araña que rasgan como incógnitas la pintura surrealista. Llega el momento temido en que su perfume llegará a mí antes que su presencia, pero mi decisión está tomada. No seré parte de la historia de mi paciente.

CHICOS DE LA CALLE

Bety Zampini

Están atentos, prontos a descolgarse sobre la presa como halcones al ataque, precisos y sin titubeos, sentados unos por un lado, otros recorriendo la calle o el andén de la estación; a quien le toca le toca, el botín en la mayoría de los casos se reparte. Me acerco a uno de ellos y le pregunto: ¿Cómo te llamás? *Pajarito*, me contesta. Extiendo mi mano para acariciarle la cabeza y me esquiva con movimiento rápido, con desconfianza. No lo intento de nuevo, le vuelvo a preguntar: ¿Nada más? *Sí, nada más, así me apodan y a mí me gusta*. Al verme conversar con él se acercan otros chicos de poco más o menos su misma edad, hacen tamborilear en su bolsillo las monedas como diciéndome: No necesitamos nada. En sus ojos no encuentro rebeldía ni rencor, simplemente asoman la incertidumbre que la vida les ha otorgado a través de sus miserias y de su falta de afectos, que ellos creen no necesitar, para formar así una muralla que los aparta y en su mundo les hace creer que el amor es una flaqueza, que ellos no lo deben sentir.

¿Quién puede querer a tantos? ¿Quién puede hacerse cargo de tanta falta de ternura? Crecieron de golpe, sin pausa y sin intermedios, sin el olor del café con leche de la mañana y el despertar con un beso de mamá. Nadie los ayudó nunca a sacar los pies de la cama poniéndoles las medias para que el frío se vaya poco a poco; nadie miró nunca el reloj para ir a la puerta de la escuela a esperarlos y preguntarles: ¿Cómo te fue? Nunca sintieron la frazada en la espalda con el calor de las manos y los mimos de una madre. Pienso con desconsuelo que el peor pecado del mundo es robarle la infancia a un niño. Camino lentamente, me vuelvo para mirarlos y se me hace que son pequeñas palomas mensajeras llevando en sus picos cartas, en sobres donde tan solo figura el remitente.



CENTRO CULTURAL
ROBERTO ARLT

Av. Avellaneda 2547. Flores / Comuna 7.
4613-8304

Coordinadora: **Tamara Alonso**
Docente Taller Literario: **Eugenio López**

EL SECRETO

Graciela Bibberman

Sergio miraba las chispas del fuego, que saltaban y se desvanecían en el aire. Había aprendido a mantenerse a distancia prudencial, desde niño, pues una historia trágica había signado su destino.

La cabaña del bosque donde vivía, ardió con sus padres dentro. Él logró sobrevivir, deslizándose el cuerpo por la ventana, aunque los dedos de las manos quedaron adheridos a una chapa hirviente. Los alaridos fueron escuchados hasta en el otro extremo del pueblo.

Cuando llegó el auxilio, la casilla estaba carbonizada y el niño, inconsciente, a un lado del sendero. Necesitaron una sierra eléctrica para cortar el metal y liberar sus manos.

Sergio tardó años en recuperarse. Como era huérfano, se quedó a vivir en el hospital; los médicos no auguraban un buen pronóstico.

Con el transcurso de los años, le asignaron una enfermera recién recibida, para que atendiera su caso. El intenso cuidado de Sarah y el mutuo afecto que nació entre ambos, le permitió recuperarse más allá de lo esperado; aunque quedó sin huellas dactilares, ni uñas. La enfermera y el joven Sergio se enamoraron y se casaron al cumplir la mayoría de edad. La noticia fue recibida con alegría en el pueblo, que conocía los detalles de su vida.

Sergio consiguió trabajo como peón en la caballeriza.

Se esforzaba tanto como su esposa y, pasados unos meses, tuvieron su propio hogar. Una noche, Sergio tuvo una pesadilla. Se veía de niño, prendiendo fuego a la casa paterna. Despertó sobresaltado, con las ropas mojadas en sudor. Ahora recordaba los latigazos que le daba su padre, cada noche, cuando regresaba ebrio, y el miedo volvió a sacudir su cuerpo adulto. La única solución a esa tortura, había sido el incendio, largamente premeditado. Sí, él era un asesino.

Aquella chapa encendida lo salvó del reformatorio, por falta de huellas.

El afecto de su mujer, que le había enseñado a amar, lo alejó de la locura. Y el nacimiento de su niña lo colmó de felicidad. Decidió que su secreto moriría con él. Apagó las brasas encendidas; él cuidaba y amaba a su familia.

El cielo se tiñó de gris plomizo. Se aproximaba una tormenta.

Sergio no pudo predecir que ese rayo, caería sobre la casa y sus seres queridos. En un instante todo ardió en llamas. El hombre, de rodillas, rogaba perdón al cielo, pero la tormenta tejía un desenlace inesperado.

El crepitar del fuego consumía su hogar; ese susurro que él conocía tan bien, lo invitaba a un último desafío.

Los vecinos lo vieron arrojarse a las lenguas devoradoras con gran entereza, mientras repetía en voz alta, el nombre de su mujer y de su niña.



LA NADA DE NADIE

Jesús Manuel Brañeiro

Nada librado al azar. Todo casi milimétricamente organizado. Los equipos, las provisiones, los botiquines de primeros auxilios y el entusiasmo y el coraje prestos para la gran hazaña. Así se inició el ascenso. Todo se cumplió acorde con lo previsto. El recorrido se desarrolló sin inconvenientes. Antes de llegar a la cima, hubo algunos conatos de deserción. La ayuda de los socorristas posibilitó que todo el contingente llegara a la meta.

Dos días de descanso en las carpas, acondicionadas para soportar los 25° bajo cero de temperatura, hicieron reponer las energías. Emprendieron el regreso con el buen ánimo que el logro del objetivo otorga. Ya casi llegaban al pie de la montaña cuando se desató una fuerte tormenta de nieve. Las circunstancias hacían oportuno detenerse dejando pasar el ojo de la tormenta. El coordinador, dada la corta distancia que había hasta el campamento base, decidió continuar. Sucedió lo que tenía que suceder. Era previsible. La avanzada oscuridad del atardecer y la intensa nieve impedían la visión más allá de los dos metros. La mitad del grupo, seis en total incluyendo a Rodrigo, se desbarrancó y cayó al cañadón. Su cuerpo dio de bruces desde unos veinte metros. El golpe lo desmayó. Sus manos extendidas hacia adelante para amortiguar el golpe, quedaron totalmente hundidas en la nieve. Los guantes de neopreno, se congelaron casi inmediatamente, transformándose en un ataúd gélido para las manos ya endurecidas.

Rodrigo Palacios despertó sin saber qué le había pasado.

Miró alrededor; estaba en la sala de un hospital. Sintió su cuerpo muy dolorido. Sus manos envueltas en gasa, permanecían inmóviles al costado de su cuerpo. No recordaba nada. No supo responder quién era ni tampoco de dónde procedía.

Las religiosas que asistían el lugar, después de unos días le informaron que fue encontrado al pie de la montaña, sin documentos y exánime.

Durante un tiempo fue atendido de sus heridas. Paulatinamente fue recuperándose. Cuando sus manos, la parte del cuerpo más afectada, recobraron los movimientos vitales, fue dado de alta.

Sabía que ese día tarde o temprano iba a llegar.

Después de haber almorzado y ya vestido con unas modestas ropas que una monja le alcanzara, se encontró en la puerta de la clínica. Los vehículos transitaban velozmente.

Estaba sobre la ruta que llevaba a la capital de la provincia y el aire fresco en algo reanimaba su profunda confusión.

Antes de salir consultó al personal de vigilancia por el destacamento policial más próximo. Hacia allí se dirigió y después de una larga caminata divisó el edificio a lo lejos, la bandera que flameaba en su mástil le permitió reconocerlo. Respirando con dificultad, aún se encontraba débil, subió los escalones que lo llevarían a la Oficina Central.

Apuró sus pasos. Esperanzado con la idea de descubrir de una buena vez su identidad, le explicó al Oficial Ayudante el motivo de su visita. Desbordó de entusiasmo cuando el funcionario le dijo que, con una simple muestra de sus huellas dactilares, iba a develar el misterio que lo atormentó por largos días. Mientras oprimía su dedo en la almohadilla, sonreía con entusiasmo pensando que en unos instantes más sabría quién era.

El Oficial cargó las muestras en la computadora, oprimió enter y esperó. Mientras aguardaba el resultado observaba alternativamente la pantalla del monitor y el rostro del muchacho. Rodrigo expectante contenía la respiración sin apartar la mirada del Oficial. Transcurrieron apenas unos segundos y el sonido de la máquina anticipó el resultado. El Oficial, con cara de asombro, miró fijamente a Rodrigo y sin saber lo que decía balbuceó: “Usted... ¡no es nadie!”

Rodrigo sintió un fuerte dolor en el pecho y se dejó caer en el sillón.

Intentaron una y otra vez con cada uno de sus dedos...Nada. No aparecieron huellas.

“Qué hago... ¿qué hago?, preguntó desesperado.

El Oficial, con los ojos muy abiertos, incrédulo, le respondió: “Nada... Usted no es nadie”.

NOCHE GRANADINA

Amneris Castellengo

Me vi caminando en la tibia noche granadina, y una enorme luna que iluminaba la Alhambra con un brillo fantasmal, me acompañaba. El perfume de los azahares y las diamelas me ahogaba de placer.

De entre las luces y las sombras y el misterio de los perfumes, apareció una silueta menuda pero fácilmente reconocible. Cuando se detuvo frente a mí, pude ver el brillo de sus ojos negros y su mirada suplicante.

-¿Qué haces sola a estas horas, mujer? - me dijo en tono de reproche - que aunque la noche es de luz los lobos acechan siempre.

-Me estoy bebiendo la noche para llevármela conmigo, poeta.

Él sonrió y la luna hizo brillar mil estrellas en su boca.

-Voy a proponerte algo, mujer.

-Tú, dueño del mundo y del vuelo de todos los pájaros, ¿qué vas a proponerme?

-Esta noche voy a regalarte un día de mi vida - me dijo -, y mañana nos encontraremos aquí, a esta misma hora, para que me la devuelvas.

-Eso es imposible poeta. ¿Qué haría yo, tan pequeña, con tantas palabras hermosas y todas esas dulces melodías? No podrían ni mi cuerpo ni mi alma contener toda esa belleza. Me ahogaría en ese torrente de ternura y de pasión.

Él besó mis mejillas, dejando en cada una de ellas una rosa de coral, y como despedida me dijo: - No tengas pena por haberme dicho que no. Yo te amo, como amo la vida y a todos los que en ella están.

A la mañana siguiente se extendió el rojo manto de horror por toda Granada.

-Esta madrugada han matado al poeta - decían las voces apretadas en las gargantas por la angustia.

Recién en ese momento comprendí el motivo de tu regalo.

¿Qué perversa mano negra cegó mi entendimiento? Si yo hubiera tomado tu día de vida, no hubiera sido tu cuerpo sino el mío el que cayera en la lúgubre zanja; y el mundo hubiera podido tener los millones de palabras que un maldito fusil disparó por el espacio, dejándolas perdidas y sin dueño.

Tuve deseos de morir, para estar juntos otra vez y pedirte perdón, y de alguna forma

poder aliviar el dolor que abría en gajos mi pecho.

Desperté llorando todas mis lágrimas juntas, y advertí que había sido un sueño. Pero igual te pido perdón; por mí, por los necios, por los ciegos, por los torpes, por los pobres de espíritu, por los ignorantes, por los vacíos de amor.

Miles de fuentes de lágrimas eternas te llorarán, poeta. Mi admirado poeta. El de cutis de aceituna perfumado de magnolias y con reflejos de luna. Tu luna, la de Granada.



EL EMBRUJO DE CAHITY

Martha Cutolo

Las siestas en la Puna, allá, bien al norte de nuestro país, se cumplen religiosamente. Sólo alguien como yo, procedente de la agitada Buenos Aires, se atreve a salir, pues desde el mediodía hasta más allá de las cinco de la tarde: isiesta para todos! En verano, salir a esas horas es sumergirse en la caldera del diablo, pero tenía que encontrarme con Ciriaco antes del anochecer.

Ya en la calle, la oleada cálida me dio de lleno en el rostro, penetró mi cuerpo y un poco tambaleante avancé solo; ni un asomo de vida alrededor. Una leve brisa enroscaba el polvo terroso, ardiente. Pensé en retroceder pero, de pronto, delante de mí, envuelta en la polvareda, apareció una figura femenina, por los rasgos que asomaban bajo un rebozo, donde se distinguían los ojos, como dos tizones encendidos.

Por un instante la Puna se alucinó con la quietud de los dos, pero el zumbido de un insecto a mi alrededor desvió un instante mi atención, y cuando volví la mirada al lugar, la mujer había desaparecido.

Seguí hacia la casa, golpeé las manos en la puerta cancel semiabierta. -¡Pase, quienquiera que sea!-, gritan desde adentro. -¡Ciriaco, soy yo, Juan!-, y riendo le comenté: -¡Si decís eso en Buenos Aires te desvalijan al instante!- Luego el abrazo, los comentarios de siempre, su casamiento y la mudanza a Salta, al pueblo del Valle de Lerma donde nos encontrábamos.

-Pasá, Juan, acá en el patio bajo la parra hay sombra -. Tomó la escoba, barrió algunas hojas y nos sentamos. - La familia descansa todavía.

-Disculpá la hora, pero debo enviar material a la redacción en Buenos Aires. Sé que la siesta es sagrada, obligatoria casi, pero te advierto que acabo de tener un extraño encuentro. Una mujer, de ojos encendidos, apareció de pronto frente a mí, pero al instante se había evaporado. ¿Puede ser?, o el sol, el calor...

-Es Cahity, la chaya, pescando almas.

-¡Vaya! Tengo material para un artículo. ¡Contame!

-Cahity es real, vive en el monte, era la chayera más famosa de la zona, loca de amor por un hombre que la traicionó y abandonó. Desde entonces busca venganza seduciendo a algún inconsciente que sale a estas horas, previendo, curioso, un encuentro con ella. Los incautos que lo hicieron ex profeso, desaparecieron.

Escuché en silencio el relato; luego solté una risotada. -Ciriaco, amigo, ese cuento no es verdad. ¿No será que la chayera es simplemente una ninfómana, y los desaparecidos se fueron del pueblo porque no hay trabajo? Voy a investigar y después sacamos conclusiones.

La tarde siguiente encontró a Juan caminando por las calles polvorientas y sí, en la última cuadra del caserío apareció ella, a cara descubierta, rojo poncho salteño como única vestimenta, hermosa.

Le sonríe sensual, lo atrae con la ardiente mirada, extiende la mano y Juan, hipnotizado, la sigue. Se adentran en lo profundo del monte, sin decir palabra llegan hasta un enorme chañar.

Cahity retira el poncho y dice suplicante: -¡Ámame!- Él, sólo ve, temblando de deseo, un cuerpo que se le ofrece con ardor y se une a esa boca con furia animal. En el instante del éxtasis, un crujido de astillas y cenizas estalla en el aire, envolviéndolos. Pasaron varias horas hasta que Ciriaco y algunos vecinos lo encontraron cerca del chañar, desvanecido.

-¿Qué pasó Juan?

Confundido replicó: -¡Nada, me perdí!, sólo eso amigo mío, debo volver a Buenos Aires- y sin más explicaciones voló a la Capital. En el vuelo pretendió aclarar su mente; no lo logró -hombre incrédulo- y sólo consiguió tema para un cuento de realismo mágico; interesante, fuera de lo común.



LA NOVEDAD

Daniel Deus

Estoy sentado en el comedor diario de mi casa, mirando televisión, en la tarde calurosa. Suena el timbre y, antes de abrir la puerta, observo por la mirilla. Es un hombre pequeño, correctamente vestido, con un maletín bajo el brazo; su aspecto no me provoca recelos. Entreabro la puerta y pregunto qué desea. Me saluda cordialmente, abre su maletín y saca un espejo oval, con mango. Veo que lleva varios más. Me ofrece su mercancía en venta, y le respondo que no la necesito.

El vendedor sonríe, mientras me pide por favor que me mire en ese espejo. Lo hago, y me veo claramente, sin comprender cuál es el misterio. De pronto advierto que, aunque yo estoy quieto, mi imagen reflejada está en movimiento. Bajo asombrado el objeto, y miro al hombrecillo, cuya sonrisa se ha acentuado.

-¿Qué es esto? - pregunto.

-Por favor - responde - vuelva a mirarse, y mientras tanto, muévase o gesticule - agrega.

Me siento ridículo pero, picado por la curiosidad, acepto el desafío.

Mientras miro mi imagen reflejada, hago todo tipo de morisquetas: el espejo no responde de acuerdo con la lógica. Mi cara aparece impasible. Me pongo de perfil, y observo de reojo: mi imagen permanece de frente y, mientras yo estoy inmóvil, la figura que veo se mueve sin parar.

-Estoy loco - pienso - o este tipo me hipnotizó.

Miro al vendedor: sonríe, y me informa que se trata de un espejo con iniciativa propia.

-¿Le interesa? - pregunta.

-Desde luego - respondo. -¿Cuánto cuesta?

Me dice un precio razonable; lo compro. El vendedor agradece y se marcha.

No me alcanza el tiempo para acomodarme. Con el espejo en las manos, mirarme y quedarme quieto como una estatua: me veo gesticular en él.

Empiezo a moverme, saco la lengua, levanto las cejas, frunzo la nariz. Nada, mi rostro en el espejo permanece inmóvil.

Nervioso, decido ir al living para mirarme en el gran espejo que cubre una pared del

pasillo de ingreso; llevo el espejo de mano conmigo. Me miro en el de la pared. El espejo obedece, reflejando mi quietud o mis movimientos con absoluta normalidad. Me miro en el espejo de mano: funciona al revés.

-¡No puede ser! – exclamo, agitando el objeto recién comprado. Enfrento ambos espejos.

Al hacerlo, miro el que llevo en la mano: me devuelve mi gesto de asombro. Levanto las cejas, y veo el gesto reflejado. Me muevo, y muestra mis movimientos. Me quedo quieto, y me muestra inmóvil.

Sé, entonces, que en la lucha entre los espejos ambos resultaron perdedores. Y yo, también.



BÁLSAMO

Leticia Etchebarne

Sin mirarse al espejo, Amanda pasa una y otra vez el algodón con crema retirando el maquillaje, azul verdoso en los ojos delineados marcadamente con negro, rojo furioso en la boca, rastros de una azarosa vida en las calles de Buenos Aires se notan en su cara de gesto vencido. Se desviste, la falda corta y ajustada y esa blusa colorinche que es casi un corpiño caen sobre la silla; se desploma sobre la cama. La noche fue agotadora, los clientes no dieron tregua a su voluptuoso cuerpo. La mirada recorre la habitación y se posa sobre un vaso pequeño que a modo de adorno contiene una flor de papel confeccionada con la servilleta de un bar. Cierra los ojos recordando ese día; fue tan feliz... Las imágenes aparecen.

La noche anterior había sido fructífera, de ésas que no se dan a menudo, así que aquel domingo se lo tomó para ella, para respirar lo que era un mediodía y una soleada tarde en la ciudad. Fue hacia la Boca, sorprendiéndose con la cantidad de turistas que se sacaban fotos con esos tangueros simulados; disfrutó en Caminito de la variedad de puestos, caminó y caminó sin pensar nada, sólo disfrutando, mezclándose entre la multitud como una turista más o una dominguera de paseo. Cansada, entró a un barcito escondido en la esquina de Iberlucea y Suárez, se lo veía antiguo pero bien cuidado, mesas y sillas de madera, una barra; un tango sonaba suavemente y la luz tenue dejaba ver lo mínimo indispensable. No había mucha gente, buscó una mesa, el mozo se acercó; le divirtió su atuendo, pantalón con polainas, chaleco y lengue, toda la ambientación concordaba. Pidió un café.

Observaba todo sin mirar nada en especial, cuando sintió el movimiento ya conocido de alguien que se sentaba a su mesa. El pequeño mundo feliz de esa tarde se derrumbó; se miró pensando que todo lo anterior era un sueño, pero no, estaba ahí, era una tarde de sol y no llevaba su ropa de “chica de la noche”. Evidentemente su destino estaba marcado, un sello invisible hacía que aun así alguien desconocido se sentara a su mesa, y ya sabía qué venía después. No atinó ni a mirar quién era, prefería eso, que quedara así, un hombre sin rostro, sin nombre, no saber nada era

lo mejor, como todos los hombres de su vida, sólo siluetas desfiguradas.

Oyó una voz áspera de tabaco y alcohol:

-Me permite, la veo tan sola, tan triste, es sólo un pequeño regalo - dijo el desconocido y, tomando su mano con dulzura nueva para ella, depositó la pequeña flor confeccionada con la servilleta del bar y un beso, cual antiguo caballero inglés. Quiso entonces ver su rostro, pero era tarde, las puertas vaivén del bar lo habían tragado; corrió hacia ellas, no logró reconocerlo, era tanta la gente, sería aquel de impermeable y anteojos, el otro de traje y pelado. Volvió a tomar su café, podía ser cualquiera, cualquiera de esos personajes que guarda la gran ciudad.

Entreabre sus ojos y mira nuevamente la flor. Cuando se siente tan cansada, vencida, le hace bien volver a aquella tarde, la más romántica, la única romántica de su vida.



LA BÚSQUEDA DE...

Rubén Fernández Silva

Corría el mes de agosto. Cuando bajé del micro la tarde estaba fría y lluviosa. Llegaba a Ostende en busca de un recuerdo... vivido con mucha intensidad. Desde ese momento pasado, a este presente, habían transcurrido ya tres años. Caminé por la calle amplia y firme, producto de la conchilla húmeda, hasta un mé-dano inclinado que desembocaría en el mar. Al escuchar el ruido de las olas golpeando el muelle, comencé a llorar. Si bien mi andar era lento, porque la ansiedad quería demorar mi llegada, mi corazón latía a un ritmo mucho más veloz que mis pasos. Mis pies se hundían en la arena mojada y mi peso era como la carga de Sísifo tratando de colocar la piedra en la cima de la montaña. Subir y caer. Después del pequeño bosque que ocultaba el lugar, en el que una noche estuve con Ella, y la amé, se me aparecieron los escalones de madera, que serían mis conductores. El perro, que en esa madrugada la asustó con su ataque, no apareció. Aunque todo era desierto, la “canción” que zumbaba en mis oídos me magnetizaba a su encuentro. Apenas presioné el picaporte del parador, la puerta se abrió. El ambiente era cálido, acogedor, y un suave murmullo de palabras de amor lo invadía. Ella y yo, en una mesa alumbrada por velas, nos mirábamos a los ojos. Era como hacer el amor en una pecera, porque un gran ventanal nos separaba del mar, que se distinguía del cielo azul por alguna pequeña boya que latía intermitente, como nuestros corazones. En el momento que le tomé la mano, irrumpió el tenor interpretando “Caruso”; nuestros dedos se entrelazaron, salvajes, y aparecieron la mañana y la tarde de ese bello día, cuando desnudos en la cama mi boca buscaba la ruta de sus pechos rosados, el calor de sus labios que me mordían con dulzura, los dedos de sus pies, el olor de su pelo.

La melodía nostálgica del mar y la puerta que se cerró por el viento, me volvieron a la realidad.

En ese lugar, el tenor no estaba, y Ella tampoco.



SOÑANDO QUIMERAS PRESTADAS

Diana Fieiras

Sobre aromas y arrugas invertidos se obligan a dormir y, sin proponérselo, se les adhieren los sueños y las pesadillas del oscuro mundo del otro.

Caen y vuelan en la piel de su amado. Deambulan por caminos desconocidos guiados por gallardos y valerosos príncipes, y son raptados por inmensos ogros que intentan seducirlos para ser parte de su diversión macabra.

Por momentos aparecen duendes alumbrando senderos arcanos y, sin intervalo, son tentados por elfos desde pequeños minaretes a sumergirse en las cálidas aguas de una laguna poblada de ninfas y hadas, que los transportan a mundos irreales donde toda fantasía es posible.

Uno, descubre entre los atormentados visitantes de esa noche, una sirena transformada en una decrepita mendiga que alguna vez fuera novia y ahora, abandonada y desechada, vaga prendida del dobladillo del vestido de su enamorada.

El otro, embelesado, trata de grabar en su retina la inmensa variedad de tonos que le regala el paisaje, por el que ni siquiera se anima a caminar, temeroso de que se desvanezca. Se detiene en el límite, disfrutando sólo en parte, sin percibir la vida que fluye por detrás del arco iris.

Y vuelven a caer y a volar en una sucesión casi interminable de revelaciones las que, al despertar, no saben si deben atreverse a compartir. Como si acordaran un pacto secreto se invitan a no dejarse cautivar por la magia que pueden regalarles los sueños y las pesadillas de su amado, ocultando esa noche en el pliegue máspreciado de la felicidad.



FOTO EN SEPIA

Ana García

La tengo grabada en mi retina. Cada tanto, surge como un recuerdo muy querido de mi infancia. Es un símbolo de la perfecta felicidad. En colores sepia, un señor, mi papá, toca el bandoneón. Una señora embarazada, mi mamá. Completa la foto, una niña de cuatro años, yo, con una muñeca sobre su falda. Mientras papá tocaba su bandoneón, mamá tejía, posiblemente una prenda para el futuro bebé, mi hermano, y yo jugaba con mi muñeca. Toda la escena transcurría en la cocina de la casa. Era una noche de invierno. En un brasero crepitaba el fuego, su calidez atenuaba el intenso frío. Esto se repetía muchas veces, durante esa época, después de la cena. Papá con su bandoneón interpretaba conocidas y clásicas melodías, tangos y algunos vales. La familia reunida y unida, en total armonía. El tejido que progresaba noche a noche, el fuego, la música y el amor, inundando de felicidad las veladas de aquel invierno. No necesito buscar en el cajón de los recuerdos esa foto colores sepia. Esa foto nunca existió. Nunca fue sacada, porque no teníamos cámara, ni quien nos fotografiara. Pero sí está en mi mente, en mi memoria y en mi corazón. Si tuviese que ponerle un título, éste sería “Noche feliz”. Quiero aclarar que esto que he escrito, no es fruto de mi imaginación. Esas noches se repetían una y otra vez, mientras la niña de cuatro años jugaba con su muñeca.



DESCUBRIENDO SENSACIONES

Nelly María Marzotto

Corre el año 3080 y debo prepararme para viajar a un planeta distante. Integro una expedición de reconocimiento. A tal fin debo indagar entre nuestras costumbres de más de un milenio, pues son muy similares a las que rigen allá en la actualidad, según lo informado por las sondas exploratorias enviadas. Todo ello me produce una sensación extraña, pues es una época remota de la cual sólo quedan vestigios en algunos libros antiguos guardados en vitrinas como curiosidad, aunque también fueron reproducidos adecuadamente.

Consulto con mi Coordinador sobre por qué no se me introduce un *chip* en el cerebro con los conocimientos que debo adquirir, como se hace con todos los demás estudios; me responde que las nuevas sensaciones que tendré deben surgir paso a paso, a medida que vaya leyendo. Obedezco y, cómodamente ubicado en la Sala de Lectura me sumerjo en el pasado.

Los primeros párrafos hablan de una mañana clara en que el sol se filtra por entre los árboles, mientras un rumoroso arroyuelo de agua cristalina serpentea entre las piedras. ¡Qué rara es esa imagen, si hace siglos que el sol no logra traspasar la gruesa capa de gases tóxicos que nos aprisiona! Y menos que mencione ese despilfarro de agua, si en la actualidad debemos crearla químicamente.

En fin, continúo sin mucho interés y veo que aparecen dos figuras: se trata de un hombre y una mujer de esa época. Ella es un ser lleno de redondeces, con dos protuberancias. Curioso leo que le sirven para amamantar a su cría, como hacen todos los animales, pero también son fuente de placer. ¡No puedo creerlo! Cuán diferentes son las mujeres actuales, con sus cuerpos rectos y musculosos, iguales a los nuestros. Además no deben procrear a sus hijos; basta con que el Gran Coordinador disponga la necesidad de crear nuevos seres, utilizando la fecundación *in vitro*, en las máquinas incubadoras. Como tantos otros, yo soy la prueba resultante de la unión de embriones M y H, perfecta y satisfactoria, pues si no nos hubieran destruido al

nacer. ¿Y qué es eso del placer? Si este fin de semana tomé una píldora de Placerium que me elevó hasta el éxtasis, sin necesidad de depender de alguien.

Debo continuar, aunque la lectura sólo me produce rechazo. Veo en grandes letras destacadas la palabra amor y algunos consejos: posar los labios sobre los del otro, estrechar entre los brazos a la otra persona; además hay una serie de dibujos inquietantes. No puedo seguir pues me producen náuseas.

Consultaré con mi Coordinador pensé; pero al llegar a su presencia me presenta a M 24, con los atributos que vi en el libro consultado. Sorprendido, le oigo decir que deberemos recrear lo leído, para estar en condiciones de viajar. Para ello nos dejará solos por una hora. Si desistimos, bastará con apretar un timbre y él se presentará, pero entonces no podrá incluirnos en la expedición.

Una vez solos, trato de serenarme mientras M24 me susurra: *H32 déjate llevar y las sensaciones vendrán solas*. ¡Qué locura! me digo, pero obedezco. Todo sea por el viaje, pues si desisto no ascenderé en la escala de eficiencia.

Así que pese a mi repugnancia, poso mis labios sobre los tibios y latentes de ella, mientras siento que estrecha su cuerpo al mío. No sé por qué comienza a faltarme la respiración. De allí en más no recuerdo exactamente lo ocurrido. Un torbellino de sensaciones nos inundó y el tiempo pasó sin que nos diéramos cuenta, aunque ya no importaba. Había descubierto el latir del pasado y la profundidad de sus pasiones y sufrimientos.

No me explico cómo hemos llegado a formar este mundo fríamente calculador y eficiente, con sus robots que realizan aquellos trabajos denigrantes para el ser humano, en aras del surgimiento de autómatas, seres perfectos e indiferentes, incapaces de experimentar ninguna emoción no programada.

Mas, entre los nuevos conocimientos adquiridos, recuperaré el discernimiento y ahora ya sé qué haré al llegar a destino: con M 24 comenzaré una nueva vida en aquel lejano planeta, ansioso de integrarme a sus costumbres.

SUEÑO DE UN HADA

Ana María Morandin

Voy a relatar una historia que tiene mucho de realidad, pero también tiene su cuota de fantasía. ¿Cuánto de cada una? No lo sé... ¿Mitad y mitad? ¿Algo más de realidad que de fantasía?, ¿o al revés?...No, no sé, es difícil medirlo.

Una mañana de un día martes, muy cerca del mediodía, caminaba por las calles de mi barrio apurada por las compras comunes, como lo hacía casi siempre, cuando una persona que venía hacia mí, con andar cansino, me extendió sus manos y con voz casi infantil y mirada serena me preguntó:

-¿Me podés acompañar hasta el parque?

Alegremente y con picardía continuó:

-Me dijeron que hay hamacas y una calesita, quiero volver a verlas, ver niños, recordar mi lejana niñez.

Ante este pedido insólito quedé alelada. Pensé en decir que no, que no tenía tiempo, que no la conocía, pero una voz interior me musitaba... ¿Por qué no?, y casi sin darme cuenta acepté.

Tomé una de sus manos y nos dirigimos hacia el parque. Observaba su rostro; sus ojos y su sonrisa resplandecían a cada paso cuanto más cerca estábamos de ése, su sueño.

Al ver las hamacas quiso treparse, pero no pudo. No se entristeció, meció una con sus manos, como si en ella hubiese estado su cuerpo, mientras muy bajito cantaba algo incomprensible para mí, como una nana muy dulce y tierna.

Después de un rato, con su carita encendida de placer, me pidió que la acompañara una vuelta en el tiiovivo, así llamó a la calesita. Penosamente pude subirla y la acompañé. Siempre tomadas de la mano nos sentamos en una carreta, su canto misterioso sonaba muy quedo. Sus sueños la transportaban hacia una dicha total.

Al terminar la vuelta me pidió que me bajara y le pagara otra más; así lo hice.

Me dirigí hacia una caseta que había sobre un costado del parque para sacar no una vuelta, sino dos. Al regresar hacia ella con los boletos en la mano vi que no estaba en la calesita, sólo su canto se oía, ahora claro y en tono más alto. La busqué en cada rincón del parque, pregunté por ella a los ocasionales habitantes del lugar, no

estaba... Yo sí estaba en el parque...

¿Dónde está la realidad y dónde la fantasía?... ¿Será acaso que los martes y viernes salen a pasear las hadas?



FRUTOS MADUROS

Laura M. Ripossio

¡Sangre!, me dijiste y con un gesto tembloroso me toqué la boca. ¡Pero no tonta! Es la ciruela. Teníamos doce años, habíamos saltado la pared de la casa abandonada y milagrosamente descubrimos el ciruelo grande con ramas cargadas de frutos maduros. Algunos treparon rápido y el árbol empezó a bailar, mientras otros abajo, con los brazos abiertos y las remeras alzadas, recogían las ciruelas que caían. Las limpiábamos en la ropa para luego comerlas sin vergüenza, sabiéndonos solos, libres, contando chistes verdes mientras los grandes dormían la siesta. He viajado mucho, recorrí lugares remotos, pude probar delicias de todo tipo; pero guardo un especial recuerdo de aquella tarde antigua y cercana en mi sentimiento, tu mano pegajosa ayudándome a subir -son las ciruelas tomate decías- justificando tanto placer. Algo comenzó aquella tarde y no lo supimos; no volví a sentir nunca que comía un manjar semejante.



LOS SUEÑOS DE MONSE LA REALIDAD DE SAYEN

Alba Rombulá

Aquella tarde de estío a mediados del S XIX, en la estancia del hacendado Miguel Rivas de la Cruz sus cinco jóvenes hijas reían felices. La causa del jolgorio era que Monserrat, la bella hija de diecinueve años, en pocos días más sería la esposa de Benjamín Wilcham, un alférez del ejército comandado por Rosas.

La novia aceptaba las picardías de sus hermanas, nada le importaba.

-Me casaré con un apuesto rubio de ojos azules y modales gentiles; tendremos hijos hermosos como su padre; viviremos en una bonita casa en Buenos Aires y seré ¡Feliz, feliz! - y mientras decía esto corría hacia ese campo amarillento por el sol, palpitante por el ruido de un galopar a riendas sueltas que la detuvo. Como una ráfaga del pampero el brazo fuerte de un ranquel la levantó por la cintura y la apretó junto a su pecho, para luego girar y volver rumbo al sur. Por leguas y leguas Monserrat, con ojos aterrados, miraba al indio de crenchas negras sin poder creer lo que le estaba sucediendo. Él sólo tenía la vista puesta en el camino que lo llevaba a las tolderías.

Al llegar a la choza de su madre india, puso a la muchacha en tierra con rudeza, y en lenguaje ranquel se la obsequió como sirvienta. Monserrat supo en ese instante que no había retorno; ya era una cautiva, y a las cautivas se las olvidaba por mancebadas.

Así comenzó la nueva vida de Monse. Al indio Simón, su raptor, casi no lo veía, hasta que llegó el invierno y enfermó. Frágil y delicada ardía por la fiebre; fue la primera vez que Simón se acercó, le acarició la cara y la llamó Sayen. A partir de ese instante le dio nombre indio; más tarde la hizo su mujer.

Extraño destino el de Monserrat Rivas de la Cruz; sus sueños del alférez de ojos azules mutaron. Ahora su hombre era Simón, de ojos oscuros y profundos; sus hijos adorados, mestizos; su hogar una choza, su nombre Sayen.



EL ANTIGUO CANDADO

Marta Emilia Saulig

La casa está en un barrio de la ciudad de Buenos Aires, construido en la primera mitad del siglo XX.

Son todas de planta baja, a lo sumo de un piso.

Abel llega al número 873 de esa calle.

La llave es antigua; después de algunos intentos la puerta cede, se abre a un mundo conocido para él.

El patio, con el piso de mosaicos hechos hace un siglo. Algunas plantas, sobrevivientes a la falta de cuidados.

Una segunda llave abre la reja que da a una galería más pequeña con los mismos mosaicos donde se notan más los dibujos, porque no estuvieron tan expuestos a la intemperie.

Con otra llave accede a la primera habitación; el olor a encierro lo recibe, después el dulce aroma de los muebles y adornos de esa época.

Era la sala principal, la lujosa araña y el estilo de muebles y espejos así lo delatan.

La puerta siguiente se abre al dormitorio, la tentación es ver el interior del ropero, lo encuentra vacío; atrae su mirada algo colgado en una suerte de perchita de alambre, en la parte interior de la puerta de ese mueble inaccesible en su niñez: un viejo escapulario con la imagen del Sagrado Corazón, pende de una cinta de color rojo envejecido.

Pero no es éste el objeto que busca.

Una última llave debe abrir un candado, pesado, circular; la apertura se resiste. De pronto lo no deseado, ve niños corriendo por la galería y el patio.

Gritos, risas. Detrás, Lázara, la sirvienta morena que trata y no logra que salgan fuera de la casa.

Esta vez el padre no recibe a sus hijos de la manera habitual. Los esquiva muy a pesar suyo, les grita para que lo escuchen, se tranquilizan.

Sus manos sostienen un objeto envuelto que parece pesado, va liso.

El hombre, a gritos, les promete que algún día les mostrará el contenido de ese envoltorio, cuando sean más grandes y juiciosos.

Pasaron muchos años. Viajes, muertes, despedidas.

La puerta se abre, el candado cae haciendo ruido. En la pequeña habitación ve un mueble con la madera ya apolillada, desvencijado. Dentro del segundo cajón encuentra un paquete hecho con hojas de diario, fechadas el 13 de agosto de 1948.

El oro en lingote lo enceguece, más por la sorpresa que por el brillo. Sabe que su procedencia no debe estar ligada a ningún hecho turbio, quiere creer que llegó a manos de su padre producto de una casualidad o de un acto honesto. Quiere vivir el resto de su vida honrando su memoria.



EL COFRECITO

Daniel Serber

Era una pareja unida por un amor verdadero, compañeros desde siempre, comprensivos, tolerantes, dedicados el uno al otro con permanente entrega. Tenían sus días organizados con una semana de antelación. Museos, conciertos, festivales, compras, conferencias, lectura, comidas; todo estaba programado, todo lo compartían. En los momentos de quietud se complacían mirando el paisaje a través de la ventana del comedor, tomados de la mano con ternura. Su vida transcurría placentera y la felicidad inundaba sus corazones ancianos; nada parecía enturbiar su devenir.

Pero el destino, envidioso de tanta paz, se propuso interrumpirla y atacó sin misericordia al varón, con una enfermedad de Parkinson. Después de la asistencia de rigor, los médicos aconsejaron su traslado a un geriátrico. Ella y él decidieron vender sus pertenencias para pagar los gastos en una institución de cierta jerarquía y seguir viviendo juntos.

Si bien sus vidas sufrieron un cambio total, la observación del exterior a través de la ventana del primer piso continuó siendo su pasatiempo favorito, a la vez que su momento de mayor intimidad espiritual. Pero pronto, demasiado pronto, él quedó solo por la inesperada muerte de ella. Golpeado por la desgracia, eligió pasar la mayor parte del tiempo sentado frente a la ventana. Se sentía así más cerca de su amada.

Un día se le ocurrió que debía prever un agravamiento de su enfermedad que lo invalidaría aún más. Llamó a la gerente del geriátrico y le comentó su preocupación. Le expresó cuánto confiaba en ella y le dio la llave del cofrecito donde guardaba todo su capital. Si él no estuviese totalmente lúcido, ella podría tomar dinero de ahí para solventar los servicios de la institución.

Su salud se deterioraba con cierta rapidez. Respiraba con dificultad, a veces la fiebre lo adormecía por largo rato y costaba despertarlo para darle la comida o su remedio. La gerente se hacía cargo de que lo atendieran solícitamente y él siempre agradecía su diligencia.

Esa mañana, como todas las otras, él ya estaba sentado frente a la ventana cuando ella entró para la visita matinal. Lo saludó, pero no recibió respuesta. Su cabeza es-

taba ligeramente inclinada hacia uno de los hombros. Expectante, se acercó, le tocó la frente sin notar fiebre, lo sacudió un poco para ver si despertaba, y al rodear su muñeca y no percibir pulso, corrió al teléfono. Con excitación, le ordenó a la asistente que llamara urgente a la funeraria.

Cumplido ese trámite, abrió presurosa la puerta del placar y sacó el cofrecito para contar el dinero. Luego lo cerró, lo colocó debajo de su brazo y, exultante, se dispuso a abrir la puerta para salir de la habitación. Un grito la detuvo:

- ¿Adónde va con mi plata?- vociferó el anciano.

Cuando llegó el médico de la funeraria, dictaminó infarto de miocardio. Los auxiliares se llevaron el cuerpo de la gerente. Él seguía sentado frente a la ventana, observando la persistente lluvia. Parecía ausente...



CONCIENCIA

Santiago Silvestri

Don Julio era una buena persona de carácter un poco impulsivo, supo consolidar un grupo familiar unido y muy apreciado por amigos y vecinos.

Había declinado salir de vacaciones con los suyos, con la finalidad de refaccionar y renovar el interior de la casa para darle una agradable sorpresa a su familia.

Ese día estaba realmente cansado; había trajinado, junto con el arquitecto, por varios comercios para elegir los artefactos que le cambiarían la imagen a su hogar.

Luego de un baño reparador se sentó en la poltrona, debajo del cobertizo, con el propósito de olvidar lo que había sucedido el día anterior.

Fijó su vista hacia el cielo. La luna llena, jugaba a las escondidas con varias nubes, que a toda costa trataban de empalidecer su radiante brillo.

Siempre en la misma posición, extasiado por el hermoso cuadro que veía en el firmamento, sus pensamientos fueron transformándose en imágenes.

Se corporizó la imagen de un gato.

El mismo gato que, el día anterior, había abandonado.

El mismo gato que, durante tantos años fue compañía de toda la familia.

De esa imagen, surgió el sonido de una voz.

-¡Hola patrón!- saludó el felino -¿Cómo lo está pasando sin mí? - preguntó, un tanto risueño. - Extraño a todos; no me acostumbro a que no estén a mi lado, acariciándome el lomo con una palmadita. Mientras extraño, trato de explicarme su actitud, patrón. Debe ser una ley humana, que al ponerse viejo, lo abandonen, como hizo usted conmigo, ¿verdad? Estoy seguro de que si su esposa y sus hijos no estuviesen de vacaciones, jamás lo hubiesen permitido. Ninguno de ellos estaría de acuerdo en abandonarme en este lugar, que llaman La Agronomía. A mí, me cuesta una barbaridad adaptarme. No tengo ninguna experiencia en conseguir mi comida, y eso me va hacer perder peso... hasta que me acostumbre. Aunque debo reconocer que mis pares me han acogido con respeto por ser el más viejo, y me ayudan bastante.



No se olvide de que estaba acostumbrado al alimento balanceado, a hacer mis necesidades en esas piedritas que tan prolijamente reponía su esposa; a que me cepillaran; en fin, a una vida muy distinta a la de ahora...

Me acuerdo que cuando fui joven, era la estrella de la familia. Ganaba muchos premios por mi porte de felino de raza, que ustedes mostraban orgullosos a sus amistades. Pero todo pasa, transcurrieron los años y mi pelo ya no brilla como antes, se cae y cuesta mucho reponerlo; mis dientes tiemblan, y ya no tengo el aspecto de antaño.

Ya lo voy entendiendo patrón. Ahora no le sirvo, por eso hizo lo que hizo; aprovechó la ausencia de su familia, la refacción, y me sacó de su casa; total con cualquier pretexto podrá disimular mi ausencia.

En ese preciso momento, don Julio, bañado en sudor, pareció reaccionar de aquella mágica visión.

Se incorporó como si lo hubiese tocado un rayo, fue en busca de las llaves del auto y, sin apagar las luces de la casa, partió visiblemente conmovido.

En pocos minutos estaba con una linterna en su mano, sin poder disimular el temblor que sus nervios provocaban, frente al cerco perimetral de La Agronomía, voceando el nombre del gato.

-¡Tim, Tim, Tim!

Su voz, rompía el equilibrio del silencio nocturno. Desde un arbusto, un gato con ojos entrecerrados, escuchó una voz que le era familiar.

Se incorporó lentamente, se dirigió hacia la luz que partía de la linterna, siempre con pasos cansinos, como si desconfiara de lo que escuchaba.

Divisó la figura de don Julio, que seguía invocando su nombre con desesperación y ahí fue, a frotar su cuerpo contra las piernas del amo, en señal de reconocimiento.

Éste lo tomó en sus brazos, acariciándolo con ternura, mientras preguntaba: -Tim, ¿me podrás perdonar?

Camino a casa, el viejo gato observaba curioso dos lágrimas que se asomaban y se escurrían lentamente por las mejillas de don Julio.



LA POLILLA

Susana Stolerman

Visto desde afuera, el bar, aparentaba ser un viejo vagón de tren.

Por dentro, no.

Los pocos parroquianos que quedaban, estaban dispersos por el lugar.

Un hombre alto y rubio entró con cierto apuro y se dirigió hasta la caja. Mery, la camarera, guardaba el cambio. Le preguntó algo, en voz baja, y ella le respondió en el mismo tono. El hombre giró enojado y con furia abandonó el lugar. El portazo casi da en la cara de la vieja Maggie, que intentaba ingresar. Ella se quitó los guantes y los guardó en el bolsillo de su tapado raído. Era agradable el calor del lugar; de su cartera ajada sacó su mercancía.

Larry, desde la barra, al verla, comenzó a preparar una taza de café con leche, que le ofrecería y que ella, como siempre, iba a rechazar. Pretendería una bebida fuerte, pero Larry sabía que en su larga recorrida por la noche, en otro bar, ese trago la iba a esperar.

En la barra, Vicky cruzaba sus piernas torneadas, quería ir al baño, pero se contenía. El camionero, que cenaba a su lado y que la había invitado con un *brandy*, era un posible cliente. Temía no encontrarlo al regresar. Su pollera demasiado corta y su bolero de colorida piel, no daban lugar a dudas sobre su oficio.

En un rincón, junto a una vieja fonola, con las fichas en la mano, dos muchachos jóvenes no se decidían por la música a escuchar.

Maggie intentó colocar en una mesa, varias tiras con billetes de lotería, pero el ocupante de ésta, no le dio tiempo y al grito de ¡No!, cortó su avance.

En el fondo, el señor Seltzer jugaba una solitaria partida de ajedrez. Allí fue Maggie y le hizo el repetido chiste: - ¿Otra vez jugando solo, señor Seltzer? ¿Volvió a faltar el señor Alka? - Éste sonrió, eligió un billete al azar y se lo abonó.

Luego ella se dirigió hasta una mesa junto a la ventana. La ocupaba una parejita joven; sorbían unas gaseosas mientras, embelesados, se tomaban de las manos. Ni se percataron de los billetes, dejados junto al codo de la chica.

De repente un fuerte sonido de rock inundó el lugar.

Mery, tras la barra, miró su reloj; pronto terminaría su turno. Observó a una pareja

de mediana edad, sentados a la mesa de la ventana, cerca de los baños. Desde su llegada, no paraban de discutir. Buscó un espejo en su cartera y comenzó a retocarse los labios. Mientras, Larry revisaba si había quedado alguna *donna*, para acompañar el café con leche.

Maggie, para dirigirse a la barra, debía volver a pasar por la mesa del hombre de mal carácter. Éste estaba ahora aferrado a un vaso de cerveza, con la mirada perdida y sin probar bocado. Ella amagó otra vez con su cometido y él le gritó: - ¡Le dije que no!

Ahí ella le largó su muletilla: - No le dé la espalda a la fortuna...

Sin mediar palabra, el hombre extrajo un arma de entre sus ropas y le disparó.

La caída de Maggie fue tragicómica. Su cabeza rebotó contra la esquina de la mesa y cayó muerta al piso; quedó desparramada al igual que sus billetes.

Al señor Seltzer se le volcó la pieza del rey sobre el tablero; había perdido la partida.

De la pareja joven, él intentaba esconderse bajo la mesa, la chica hizo un gesto, con intención de socorrer a Maggie. La pareja de edad mediana, se tomaba de las manos. Mery tenía en su mejilla una ridícula raya de *rouge*. Larry continuaba llenando la taza de leche, la cual hacía rato que desbordaba.

Vicky y el camionero lamentaban no haber ido al baño un rato antes.

Los dos muchachos jóvenes iniciaron una carrera hacia la puerta, cuando el hombre a los gritos, lo impidió.

-¡Nadie se mueva! - dijo - ¡Mataré al que intente salir, así como al primero que llegue a entrar!

El sargento Farrel estacionó el patrullero en el playón, al lado del bar. Lo hizo con las luces apagadas; no quería ser descubierto fuera de su recorrido, pero el café del lugar era tan bueno. En ese rato, podía relajarse y aflojar la tensión de estar afuera expuesto a los peligros. - ¡Qué fuerte suena ese rock!- se dijo -, le comentaré a Larry, que regule el volumen de esa fonola.

Un fuerte golpe de viento casi le vuela su gorra, e hizo escapar un chirrido de las cadenas que sostenían el cartel del bar. Levantó la vista y vio a una gran polilla que cabeceaba contra las luces de neón. - Polilla tonta -pensó- manera estúpida de morir -. Empujó la puerta y entró.

PROPUESTA MATRIMONIAL

Amalia Urbano

¡Marcos me propuso casamiento! ¡Estoy tan contenta! Si no fuera por esa mujer, el día hubiese sido perfecto...

El sábado habíamos ido a tomar algo juntos, como lo hacemos todos los 12 de septiembre desde hace cuatro años. Yo desconocía los planes de Marcos, que vino con el anillo y la propuesta matrimonial en secreto.

Todos los aniversarios realizamos ese ritual. Nos encontramos a la misma hora, en la misma esquina, y en el mismo bar, donde nos sentamos cerca de la ventana para percibir los últimos rayos del sol primaveral. En realidad acostumbramos ir al mismo bar, no por nada especial, sino porque nos conocían a ambos desde la adolescencia y bueno... no llamábamos tanto la atención.

Pedimos nuestras copas. Nos acariciábamos las manos, hablábamos, estábamos tranquilos, contentos. Pensar que siempre lo sentí como un amor de adolescente, imposible de concretar, y sin planearlo el destino nos unió repentinamente. Nunca amé tanto a Marcos como en estos últimos años.

Lo noté un poco inquieto y le pregunté qué le pasaba, transpiraba mucho más de lo habitual; él no me dijo nada, me tomó de la mano, se levantó y encorvándose me dio un beso y se disculpó por tener que dejarme unos minutos a solas.

Difusamente, lo vi caminar hacia el *toilette*, con su cuerpo deforme, su rostro sin rostro y tanta dificultad para dar cada uno de sus pasos, y allí mismo supe que nunca podría amar a otro hombre que no fuera él.

Cuando estaba a solas, hundida en mis pensamientos, con mi amor, una de las tantas personas que estaban en el bar, se me acercó. Al principio no llegué a distinguir si se trataba de un hombre o una mujer, hasta que estuvo a mi lado y me dijo:

-Señorita, disculpe que me entrometa, pero no pude contenerme. Es usted tan bella, tan angelical, tan joven, y no pude frenar mi impulso de venir a avisarle que tenga cuidado, que el hombre que la acompaña hoy aquí, es una persona fea y deforme. Levanté mi mano haciéndola callar al instante. Yo sabía que la gente a menudo se horrorizaba al verlo pasar, pero esto era demasiado. Enojada le dije: - No la disculpo; yo soy disminuida visual, pero el hombre al que usted señala es el hombre que amo,



así que por favor retírese con sus consejos.

La señora se movió con prisa y horror; justo detrás de ella noté la figura de Marcos. Él me había escuchado y allí mismo, sin ningún preámbulo, sacó el anillo para declararme su amor y pedirme que nos casáramos. Luego de aceptar, nos quedamos con nuestras manos entrecruzadas, y nuestros cuerpos pegados. Nadie más pudo interrumpir esa tarde tan romántica.

Hoy, luego de cuatro años de aquel accidente en el que perdí la vista, no puedo concebir mi vida sin Marcos. Nos conocimos en la secundaria y congeniamos plenamente. Él siempre había querido salir conmigo, pero era tan vergonzoso que yo nunca me enteré, aunque le correspondía en silencio. Si no fuera por ese 12 de septiembre... Nada hubiera sido así si aquel día en que yo choqué con el auto, cegando mis ojos, Marcos sacrificando su belleza, no hubiese expuesto su cuerpo, salvándome de las garras del fuego.



CENTRO CULTURAL
ROBERTO SANTORO

Giribone 1961. Villa Ortúzar / Comuna 15.
4552-1690

Coordinadora: **Lucía Sammartino**
Docente Taller Literario: **Amelio García Martínez**



CÓDIGO MORSE

Alejandro Quiroga

Estaba preocupada. Su suegro había fallecido hacía ya varias semanas y su marido se había venido abajo. Pasaba la mayor parte del tiempo en la cama, encerrado y a oscuras. Se levantaba para comer, pero en la mesa permanecía callado. Ni siquiera sonreía ante las monerías de su hijo de tres años. Donde antes afloraba una risa franca, ahora, apenas asomaba un esbozo que parecía quedar retenido entre los rígidos músculos de la cara.

Solo hablaba de su padre, con ella y a solas. Tendido en la cama con las manos sobre la cara, disparaba una y otra vez los mismos recuerdos. Mientras su padre se afeitaba, él se paraba bajo el marco de la puerta del baño y esperaba. Su padre lo miraba de reojo y al rato, no sin antes generar cierto suspenso, tomaba un poco de espuma y con el dedo se la ponía en la nariz. Luego lo alzaba para que alcanzase la altura del espejo y contemplara su nariz blanca; visión que generaba una risa contagiosa.

Ella lo escuchaba conmovida al principio, aunque con mayor preocupación, a medida que los días pasaban y él permanecía allí, como en el fondo de un pozo.

- ¿Hasta cuándo vas a estar así? Hacé un esfuerzo, vida, levantáte. Tenés un hijo que te necesita. Sos un hombre, andá y afeitáte, así parecés Robinson Cruzoe.

-Dejáme que te cuente una cosa más- rogó él.

Ella sabía que ahora vendría el relato del código Morse. Y entonces le acarició la cabeza mientras él contaba que su padre era radioaficionado, que tenía una habitación de la casa destinada para eso y cómo él lo miraba, también desde el marco de la puerta.

-Un día me hizo pasar, me sentó a su lado y me enseñó algo de código Morse.

Él perdió su mirada en algún punto del tiempo y continuó.

-“No creo que esto te vaya a servir de grande” me dijo. “Las cosas cambian. Ya están cambiando. De vez en cuando hay que darse tiempo para cosas que no tengan uti-

lidad”. Eso me dijo mi viejo. No sé por qué me quedó grabado.

Ella escuchó con paciencia todo lo referente a esas combinaciones de puntos, rayas y silencios; que la letra A es punto y raya, la B es raya y tres puntos.

–Y después había abreviaturas. Él siempre estaba comunicándose y cada tanto repetía la misma señal. Todavía me acuerdo como sonaba. Cuatro pitidos y luego dos más. Era el sonido que más me gustaba.

–Y una noche le preguntaste.

–Sí, una noche le pregunté: Papi ¿qué quiere decir eso? Y me dijo: “Cuatro puntos y otros dos. Significa risa, hijo. Le aviso que me estoy riendo.”

Ella le tomó las manos y apuntó a sus ojos humedecidos.

–Dale Robinson, andá a afeitarte, dale. Hacé un esfuerzo.

Sobre la mesada de mármol, ya estaban preparadas, una tijera, la brocha, la crema y una gillette por estrenar.

Se quedó unos instantes frente al espejo mirando ese rostro ojeroso y barbado en el que le costaba reconocerse. Tomó la tijera y todavía se demoró un poco antes de dar el primer tijeretazo. Mientras recortaba las partes más tupidas, escuchaba, como en una lejanía, la voz de su hijo, jugando a los superhéroes.

Arrojó agua caliente sobre sus mejillas y tomó la gillette. La primera pasada hizo un ruido áspero dejando un pedazo de piel blanca a la vista.

De pronto, la luz del aplique del baño comenzó a parpadear. Era la lámpara derecha. Se prendía y apagaba generando un efecto molesto.

Intento ajustarla, aunque extrañamente, la lámpara parecía estar bien colocada. Sabía que no tenía otra y el supermercado estaría cerrando a esa hora. Tampoco saldría así, a medio afeitarse. Intentó entonces sacarla, pero la lamparita ni se movió. Estaba muy firme, como sellada a la base.

Luego de unos instantes de zozobra, decidió seguir con la afeitada. Inclino su torso hacia el espejo para ver mejor. Con la gillette raspaba la piel repetidamente. Como las intermitencias de la luz le complicaban la vista, apeló al tacto, pasando la yema de los dedos sobre la piel para detectar algún pelo persistente.

Todo esto, al menos lo alejó del pasado. La atención puesta en la actividad aquietó un poco su cabeza y la mente dejó de acorralarlo con recuerdos. Dejó de pensar en su padre.

Dejó de pensar en su padre hasta que lo vio del otro lado del espejo. Lo vio al des-



empañar el espejo con la mano. Entre las gotas en el vidrio y una finísima capa de vapor. La visión lo estremeció. Sintió una conmoción que nació en el pecho y desde allí se extendió hacia fuera, erizando la piel. Hasta el rostro se le endureció, y quizás por eso, se cortó. Un pequeño tajo empezó a desprender un hilo de sangre que se deslizaba por los pliegues de su cara.

En verdad, la imagen del espejo no correspondía a su padre. Era él y era su padre al mismo tiempo. Como si su padre estuviese incluido en él.

La visión duró muy poco y se perdió tras un parpadeo. Quedó temblando tanto como la luz. Intentó fijar la mirada en su reflejo; en los ojos, que hacía un instante, parecieron los de su padre.

De repente, el titileo cambió. Como si hubiera cambiado el ritmo, y el ritmo le resultó familiar. Su corazón latió más deprisa, pese a lo cual permaneció inmóvil frente al espejo, tratando de encontrar a su padre entre el vapor y los parpadeos. Comenzó a repartir la mirada entre la figura en el espejo y la lámpara. La frecuencia de los guiños de la luz se había vuelto irregular. Irregular no, distinta. Le pareció descubrir un patrón. Una secuencia que se repetía. Cuatro guiños rápidos tras los cuales seguían otros dos. Cuatro y dos. Era código Morse. Era risa. Su padre le avisaba que reía.

Sintió una especie de vértigo que ascendió desde los testículos y tuvo que apoyarse en la mesada para soportar el mareo de pie. Al erguirse tuvo la sensación de una presencia a su lado. Volteó la cabeza y encontró a su hijo, que lo miraba desde el marco de la puerta. Miró esos ojitos brillantes durante un rato, hasta que el vértigo cedió.

Vertió un poco de espuma en el dedo y la depositó sobre la nariz de su hijo. Luego lo alzó para que rieran juntos frente al espejo.

CENTRO CULTURAL
SEBASTIÁN PIANA

Puán 360. Caballito / Comuna 6.
4432-4515

Coordinador: **Facundo Somolinos**
Docente Taller Literario: **Julio César Diaco**



LA CIUDAD

Sofía de la Iglesia

Abanico de edificios
y el tráfago del centro
con sus calles geométricas
y suburbios de andar lento.

Cables enmarañados
que me arrebatan el cielo
bocinas pidiendo auxilio
en las horas de la siesta.

Las vidrieras que revelan
el esplendor, la elegancia
ojos ciegos que no encuentran
manos tristes que no alcanzan.

Cuando el día se despuebla
y aparecen las estrellas
ensordecen los silencios
en un reino de tinieblas.

INSOMNIO

Susana Espinosa

Temo a los fantasmas que alguna vez vinieron a mi cama,
a extenuar la una y la otra de las que fui, a revolcarse conmigo,
a pisar con calzado de clavos en la cruz de mi pecho, ahuyentando la utopía de mi
sueño. No han podido con mi sombra.
En tanta oscuridad, merodea tu rostro, señuelo que reconozco en el espejo traidor
hecho daga,
que desgarrar y alarga la noche.
Llegará el amanecer, ya no estarás.
En la vigilia, cubro mi cuerpo con la manta.



SECRETAMENTE

Alicia Martino

Secretamente creo que he crecido
con una inmensidad desmesurada;
me duermo lluvia, me despierto río,
me expando oceánica, fecunda, ahondada.

Y ay, que me desbordo, o si me anego,
y si la fuerza de estas aguas matan...
Todo es tribulación desde el latido,
yo soy una andadura derramada.

He despertado un día en una noria,
éste en las nubes, otro en una fuente;
he alimentado el curso de la historia,
y soy, como ella, igual y diferente.

¿Me beberá mi propia linfa un día?
¿Me sorberán las bocas de qué ánforas?
Desangradme la líquida alegría
de no estar nunca seca, de ser agua.

RIOJANAS

Elsa I. Mosches Bérghamo

Arde la naturaleza en La Rioja,
sequedad de caldenes y tierra roja.
Las montañas vigilan los caseríos.
Entre piedras oscuras, navega un río.

Allá se alza imponente esa montaña,
La que posee nombre, la que es nombrada.
“La pollera -le dicen- de la gitana”,
porque las piedras se fracturan
/como si ondearan
y combinan colores: negro, rosado,
/marrón y blanco...
Estampada en la piedra esa pollera.

Hay agua en La Rioja
y no la sacan,
se preocupan muy poco
por darle cauce.

Ten cuidado viajero
/con las espinas
de los árboles secos,
con las ramas en punta,
/forma de anzuelo,
que te rasgan las carnes,
/los “garabatos”.

Prisioneras las piedras,
a veces saltan,



y liberan sus ganas
/de dar batalla,
y aparecen tiradas
/en el camino:
pedazos de siglos
que se despiertan.

Pasa la Dominguita,
mujer morena,
delgada, poca carne,
mucho dulzura en la voz,
cuando ofrece su mercancía:
“poleo, manzanilla,
ajíes rojos,
caramelos de arobo,
/los alfeñiques”.

Su mula es pequeña
y también oscura,
empecinada siempre
en mirar el suelo.
En los ojos negros
/de Dominguita,
se adivinan la pena
y el abandono.

Tardes de La Rioja,
voces calladas.
Sólo los grillos cantan:
lo hacen de caprichosos
/o de burlones,
porque no anuncian agua.

Hay agua en La Rioja.
Rioja mansa.
La tienen escondida,
está guardada.

AGUA

Elsa I. Mosches Bérghamo

Agua. Un remanso en medio de la selva. Es una dicha encontrar agua después de caminar entre los muchos árboles, el verde desprolijo y brillante, las lianas envolventes y apretadas, la rugosidad oscura de los troncos caídos.

No se necesita pensar para saber que es buena, que refresca, que penetra en la sangre y la renueva.

Ha venido por un largo y sinuoso camino, masticando hojas y alguna bellota marrón y redonda.

Cada tanto, gira la cabeza, su graciosa cabeza.

Es tan frágil que pareciera que va a echar a volar.

Frágil es la palabra más adecuada para describirlo, y sus ojos oscuros, tienen una luz en medio de las pupilas. Dos estrellas...

Se ha detenido a orillas del remanso, mueve la cabeza a uno y otro lado.

Por fin, se inclina y bebe.

¿Cómo podría describirse su forma de beber?

Es delicada, ligeramente ruidosa.

Se siente tan feliz que podría reír. Pero no sabe reír.

Un sonido pesado, de andar cauteloso, lo sorprende.

Algo imponente se acerca con lenta gravedad.

Es tanta la sorpresa que no atina a moverse, menos aún a salir corriendo.

Espera, sin redención posible, sin esperanzas, “eso” que su instinto conoce.

Ese algo se detiene un instante: no parece mirarlo, pero lo ve, no parece percatarse de su presencia, pero la sabe.

Se mueve, con un mecarse suave y grosero, un bamboleo inocente y brutal.

Tiene la fuerza de su especie dibujada en sus nervios, en sus costillas, en sus patas gruesas y poderosas.

El otro sólo es un temblor.

Pasa a su lado y hunde la cabeza en el agua. Bebe con fruición, con ruidosos y rápi-



dos movimientos de su lengua. El agua le lleva calma, moja sus fauces, salpica su cuerpo.

El mundo se ha detenido en ese momento. No hay más sonidos que las palpitaciones escondidas de la vida.

Los pájaros están mudos. Durante un breve instante, todo queda en suspenso.

Después, sin desviar la mirada, se marcha.

El aire se inunda de suspiros: un alivio general de seres visibles e invisibles puebla el espacio.

No les hace falta comprender, pero comprenden.

Los pájaros, que habían callado ante el momento crucial, vuelven a sacudirse, ale-
tean, vibran y gritan en un arrebató de trinos.

El ser de las pupilas como estrellas, se miran en el agua.

Otra vez se mueven las plantas de la orilla, las hierbas apretadas en grandes mano-
jos.

Un rostro se asoma entre las matas, sus ojos brillan como los del otro: él también
quiere apoderarse de la frescura que calmará sus entrañas ardientes y cansadas.

Su andar es sigiloso, escondiendo los pasos en la hierba.

No se apoya en cuatro patas como pilares, sólo en dos y la cabeza en lo alto.

El otro, gira apenas su pequeña cabeza. Si supiera sonreír, sonreiría ante la rápida
visión de ese rostro, y se inclina para seguir bebiendo.

Los pájaros, de pronto, enloquecen, se sacuden, se atropellan.

Un sonido nuevo, seco, rudo, ha estallado en ecos, ecos, ecos...

Unas gotas rojas caen, como los granos de una fruta abierta y rota, se mezclan con
la tierra, se diluyen en el agua.

MEMORIAS DEL AÑO 1955 EN EL CENTRO

Beatriz M. Rodríguez

Esa noche una pertinaz llovizna caía sobre la calle San Martín, todas las luces apagadas, solamente las esquinas de Lavalle y de Corrientes permanecían encendidas. Abajo, soldados con sus bayonetas apuntaban hacia arriba, dándonos órdenes a voces fuertes: apaguen las luces. Todos queríamos ver lo que pasaba y nuestro quinto piso con balcón de hierros trabajados nos lo permitía. Acostados sobre el piso, boca abajo, podíamos ver la esquina de Corrientes y San Martín. Justo frente a la confitería La Fragata estaba estacionado un tanque, con sus cañones apuntando en diagonal hacia la otra esquina. Oíamos gritos, órdenes dadas por los militares allí dispersos. Paso un tiempo, se oyeron cañonazos y, pocos minutos después, salía, caminando en fila india, gente con las manos sobre la cabeza, desde el local de la Alianza Libertadora Nacionalista hacia el tanque estacionado.

Esa noche me quedó grabada: el estruendo de los cañonazos y la única luz de la bocacalle iluminando la llovizna que caía sobre las cabezas de la fila que salía de Corrientes 392



EL AUTOR DEL QUIJOTE

Horacio Sindona

Durante una investigación relacionada con la presencia de la Iglesia en el Siglo de Oro español, el reputado y distinguido filólogo Alcides Cuevas, doctor honoris causa de las Universidades de Oxford y Princeton y profesor emérito de la universidad de Heildeberg, viajó a España, donde visitó diversos lugares haciendo acopio de documentación e información acerca del tema que lo preocupaba. Su periplo abarcó, en una primera etapa las ciudades de Albacete, Cuenca, Ciudad Real y Toledo. En esta última, y con el permiso otorgado por el Obispo de la ciudad, accedió a los archivos de la iglesia mayor donde pudo consultar documentos que le proporcionaron abundante información. Inmerso en la lectura que le ofrecían los registros eclesiales se encontró súbitamente frente a una especie de diario que contenía anotaciones que abarcaban un período que iba desde fines del siglo XVI hasta el primer cuarto del siglo XVII. Aparentemente, su redactor era un sacerdote franciscano llamado Pedro de la Rueda. Imaginando que su lectura le agregaría interesantes datos para su tarea investigativa, comenzó a leerlo con atención, realizando anotaciones de aquella información que le resultaba apropiada. Sin embargo no esperaba encontrar lo que dio origen a un informe que no tenía relación alguna con los motivos que lo llevaron a la península ibérica. Este informe, publicado en marzo del año 2006, causó revuelo en los Congresos y las Academias de la Lengua.

El párrafo del diario que sorprendió al filólogo estaba fechado el 15 de enero de 1603 y se refería a la conversación mantenida por el cura Pedro de la Rueda con un vecino del lugar, fuera del secreto de confesión. El párrafo en cuestión era el siguiente:

“Ayer por la noche reuníme con el hidalgo don Alonso Quijano quien me visita a menudo ya que su bolsa no le permite comer bien todos los días y aquí encuentra satisfacción para su hambre nunca cumplida. Este buen hombre sospecho que no está bien de la cabeza, pero como es buen conversador, su compañía me es agradable. Como de costumbre invítelo a cenar y compartimos unas perdices trufadas que regamos con buen vino. De sobremesa, acomodados frente a los leños que crepitaban en el hogar, nos pusimos a conversar y don Alonso, alentado por los vapores del vino

consumido y el que estaba consumiendo, comentome que, como yo ya estaba enterado, era muy aficionado a las novelas de caballerías. Admirador de Amadís de Gaula, de don Belianis de Grecia y del Caballero de Febo, el también tentóse de escribir una novela donde los héroes pasaran por mil aventuras. Puesto a trabajar, había dado término a su obra. Sorprendióme esta confidencia e interroguelo por más detalles. Manifestóme que el personaje central era físicamente un poco su retrato y que había elegido por acompañante de sus aventuras la figura de un rústico mozo del lugar que a veces le ayudaba en las tareas de la hacienda. Luego bajando la voz, confesóme que había incluido en la novela la figura de su ama de llaves, de quien estaba secretamente enamorado, aunque con nombre cambiado para evitar murmuraciones ya que un hidalgo de su nivel no podía relacionarse con una villana; así que trocó su nombre verdadero por el de Dulcinea, por parecerle más poético. Luego comentóme las aventuras que corría su héroe y caí en la cuenta que era lo contrario que se supone debe ser la vida del protagonista de este tipo de novelas, aunque esto lo atribuí a la evidente floja sesera del buen don Alonso. Díjome también que no lo publicaría con su nombre, esgrimiendo las mismas razones que adujo para con su secreta enamorada, sino que había requerido la firma de un soldado de los tercios de España, persona de su conocimiento y confianza, autor de novelas y algunas piezas teatrales de relativo éxito, quien luego de leer la obra opinó que estaba bien escrita aunque no le auguró suceso perdurable. También a cambio de algunos maravedíes, necesarios para solucionar sus penurias económicas, escribió un par de inspirados sonetos como introducción e incluso, como se acostumbra, una dedicatoria a algún personaje de la Corte, en este caso el Duque de Bejar, para así poder solventar los gastos de publicación. Al preguntarle quién era el autor que había accedido a firmar su novela me contestó que era un tal Cervantes”



CENTRO CULTURAL
TATO BORES

Soler 3929. Palermo / Comuna 14.
4824-6364

Coordinadora: **Lucero Bruschtein Villai**
Docente Taller Literario: **Julio César Diaco**

LOS SUEÑOS DE OTROS

Amancio Aguilar

Aquella noche yo había soñado que encontraba dos papeles de diez pesos en la vereda y que me ponía de lo más contento. Por entonces yo iba al secundario y veinte pesos eran plata, sobre todo para un estudiante. Los dos billetes, juntos y dobladitos, estaban en el suelo, a pocos metros de la puerta principal del colegio. Recuerdo que al despertar no di mayor importancia a mi sueño ni lo pensé como una señal digna de tenerse en cuenta y, menos, que pudiera convertirse en realidad. Nunca creí en esas cosas y, a no ser por lo que pasó después, no me hubiese acordado más del caso.

A la mañana siguiente me dirigía hacia el colegio con Josito –un compañero de estudios y amigo mío desde la infancia–, casi me había olvidado del asunto cuando, no sin sorpresa, vi que mi amigo encontraba los papeles de diez pesos en la vereda. Los dos billetes, juntos y dobladitos, estaban en suelo a pocos metros de la entrada principal del colegio. Él, después de recogerlos y observarlos con la lógica desconfianza, se sonrió de lo más contento y yo, mostrando la alegría de quien se ha sacado el auto de la rifa y que por supuesto estaba muy lejos de sentir, no tuve otra que decirle: ¡Mirá que suerte! Mientras interiormente me daba patadas reprochándome mi falta de confianza en lo que bien podía haber sido una premonición, aunque en ese momento pude sospechar lo que realmente ocurría.

Pasaron algunas semanas y volví a tener dos sueños ligados entre ellos por haberse producido en dos noches consecutivas y ligadas con el episodio anterior por estar seguidos, en la vida real, por idéntico desenlace. En el primero, yo invitaba a Silvina, una compañera del curso, a dar una vuelta por la plaza. Caminaba con ella hacia allí, le había quitado una hojita que tenía en el pelo y, al deslizar con intención mi mano sobre su cabeza, veo que estoy acariciando el perrito de mi amigo que meneaba la cola. En el segundo sueño la misma invitación tuvo mejor suerte y yo también, ya que conseguí encontrarme en la plaza con mi amiga. Era el anochecer de un sábado y había un casamiento en la iglesia. Nosotros estábamos sentados en un banco



frente al templo y vimos la salida de los novios. El hombre llevaba a su pareja del brazo y le iba hablando. Entonces pregunté a mi amiga ¿qué le dirá?, y ella respondió: ¿y qué le dirías vos? Empecé: Yo te diría... y sin agregar una palabra la tomé del brazo.

Silvina me miró un tanto sorprendida, y yo, antes de que se repusiera, la besé ligeramente. Se quedó quieta mirándome. Yo no sabía que reacción iba a tener ella, sin embargo, como aparte de no haber dicho nada, no hizo nada, volví a besarla, esta vez con fuerza y la abracé con mayor fuerza aún. Pero enseguida me abarcó una impresión horrorosa: su cuerpo no tenía ninguna consistencia y, con mi presión, se desarmaba como una bolsa de plumas. Y lo era, pues en ese instante desperté abrazado a la almohada.

Me extrañó mucho que hubiese besado a la chica; nunca había besado a ninguna y nunca, lo había pensado. En mis devaneos podía imaginar muchas cosas referidas a una mujer, pero no precisamente que la besaba.

Algo por entonces, para mí, sin el menor interés. Tiempo después supe por un amigo antropólogo que mi ascendencia indígena tenía mucho que ver con mi falta de disposición para tal clase de lances. Pude, en ese momento, haber sospechado lo que realmente pasaba, pero no lo pensé ni creo que a ninguno que lea este enredo se le ocurra pensarlo.

Silvina me venía gustando desde que era una chiquilina flacucha que ni sombra hacía, y cuando su cuerpo comenzó a tomar forma, mis pensamientos también comenzaron a tomar forma, claro, y de acuerdo a lo dicho sin llegar a imaginarme la efusión de su beso. A Josito asimismo le gustaba ella y, tanto él como yo, sabíamos de la intención del otro en conquistarla. Debo confesarlo, nos desconfiábamos.

Sucedió que fue mi amigo, otra vez, quien se arregló con la chica de mis sueños. Yo pensé entonces, aunque pude en ese momento haber sospechado lo que pasaba, que mis sueños se podían cumplir lo mismo, porque no descartaba la posibilidad de que Josito y Silvina se pelearan y, en consecuencia, yo lograra quedarme con ella.

No obstante, el paso del tiempo me fue mostrando que la relación entre mis amigos, lejos de romperse, se afirmaba cada vez más, haciendo que mis esperanzas y mi alma quedase por el suelo. Y era Josito mismo quien me tenía al tanto de la marcha de sus amores con ella, tal vez para que mi lealtad hacia él me hiciera desistir de cualquier intento por arrebátársela.

En un sueño que tuve con posterioridad, Silvina y yo entrábamos en un hotel aloja-



miento. Pasaré por alto los pormenores del encuentro – salvo mi desconcierto ante el “Ay, Josito”, que ella suspiró en el momento decisivo- para detenerme en lo que posee real importancia. Habíamos puesto fin a la parte esencial de la cita, que de manera un tanto insólita carece de relevancia en esta historia aunque no en mi vida, y, también, insólitamente, de no existir esa parte, la historia perdería todo su interés. Yo, después de bañarme y vestirme, estaba frente al espejo del baño con la intención de mejorar mi apariencia física, cuando observé que el espejo en lugar de reflejar mi imagen, mostraba el rostro de Josito. Vi, sorprendido, la cara con que me miró.

Pensé que nos había visto paseando y la lógica desconfianza lo había llevado a seguirnos y espiarnos, aunque, era absurdo. No obstante, me sentí descubierto y culpable por mi desleal proceder. En mi intento por evitar su mirada, salí apresuradamente del baño para esconderme en la penumbra del cuarto. Pero escapaba con tal apuro, que tropecé y fui a parar al suelo. El porrazo fue tremendo; creí que me había roto la cabeza. Me puse de pie como pude y subí a la cama esperando encontrar a Silvina. No di con ella ni con ningún indicio de su presencia: me hallaba solo por completo. Cómo pudo haber desaparecido, pensé entonces. Me di cuenta de que había estado soñando, y el afán de huir, que se posesionó de mí, momentos antes, me había llevado también fuera del sueño.

Ya completamente despierto, tras reflexionar unos minutos, aventuré una explicación: mis sueños se cumplían con pasmosa exactitud, salvo en una sola cosa: estos sueños no eran míos, o sea, en ellos yo era Josito, no yo. Esta suposición se afirmó al encontrar a mi amigo, días después, con una gran venda en la cabeza.

LOS HERMANOS

María Cristina Barraza

Cuando Ana nació yo tenía cuatro años, mi madre inculcó siempre que tenía que cuidarla. Lo pude hacer hasta su adolescencia, ella fue alegre, libre, muy cariñosa conmigo, segura de sus decisiones a diferencia de mí; mis sueños se limitaban alrededor de mi pueblo, yo me casé con mi única novia y me instalé.

Ella siempre sobresalió en el colegio por su facilidad de aprender.

Hace treinta años la acompañé a tomar el tren, se iba a la capital a estudiar. Hizo de la investigación su pasión y su vida, sus logros fueron internacionalmente reconocidos.

Me vestí de traje, llegué temprano a la estación, me senté, las manos me transpiraban, al ramo de flores lo dejaba, lo agarraba.

Mi corazón late apresuradamente. Sentado veo llegar el tren. Mis ojos se llenan de lágrimas, el tren se detiene, un señor de uniforme se me acerca pregunta mi nombre y me pregunta: ¿dónde trasladamos el ataúd?



EL CLIENTE...

Graciela Carbonero.

El silencio me retumba, sólo escucho su respiración, sus jadeos, su voz obscena que me penetra y resbala, otra más de tanta, impersonal, ligera, intrascendente que quedan colgadas en espejos grasosos.

Mi imagen se desdibuja, sus manos delinean mis rincones. Huele a perfume caro, para el caso es lo mismo.

Sé cómo hacerlo sentir. Sé dónde, cómo, cuándo; mi boca, mi sexo hábilmente disponibles y todo mi todo, tan distante.

Hace unos años, me perdía en alguna confusa fantasía, me desdoblaba y hasta podía gozar si el tipo estaba bueno.

Antes, sentía placer al menos alguna que otra vez, fui llenándome de sombras.

Supuestamente no les importa lo fingido, sin embargo pretende -como todos- comprar realidad en una vagina clandestina, alquilada por horas; pobre tipo.

Me hace doler...

-Sin marcas papito...

¡Maldito!... Mirá si me pasa como a Jesi, el sorete la mandó al Álvarez desgarrada; aunque tal vez le vino bien, no necesitó otro aborto, perdió al crío en la ambulancia.

-Sí bebé seguí, seguí.

Vacío, vacío que me llena. Con éste la corto por hoy.

Estoy tan cansada, siempre estoy cansada; de las calles grises de Flores, de los "telos" sucios, de los sudores que se me adhieren más allá de la ducha; de mí estoy cansada.

Tengo que pagar el alquiler.

Siempre digo lo mismo, "con éste la corto por hoy" y luego otro, y otro. Me deja buena guita, de eso no puedo quejarme.

Es el camino que elegí, supuestamente, cuando superé el miedo, cuando por fin pude escaparme de sus manos sucias, del asco, los golpes, el abuso.

Para colmo, hoy sí o sí tengo que pagarle a la señora que cuida a Agustina.

Mierda... Me había olvidado, mañana hay reunión de padres.

¿Éste irá a las reuniones de padres?

Mi pelo...Tira demasiado fuerte, pero sabe que me duele, no voy a quejarme para no darle el gusto, además está esperando eso para tironearlo más. Tengo que cortarme las puntas y hacerme las raíces.

-Seguí bombón... Seguí.

Que la corte, que acabe.

-Me encanta, sí, sí, sí, seguí.... Así, así.

¿Por qué no le tirará el pelo a la puta de su mujer? Seguro es casado.

Con quien estará ella ahora, la mina digo... Estos boludos se creen que ellos se van de putas y que la jermu se queda tejiendo crochet en la casa.

Seguro debe ser una rubiecita natural, posiblemente trabaja de secretaria o es abogada, y lo caga con el jefe. ¡Pobre cornudo!

Yo hubiera querido estudiar abogacía... ¡Hay tanta mierda!

- Chau papito, volvé cuando quieras...Ya sabés donde encontrarme.

¡Reverendo hijo de puta!



NEGACIÓN

Cecilia Degliantoni

Apareció al cerrar la puerta de casa. Ahí estaba, medio escondido. Llamé un taxi. Crucé corriendo. Pude olvidarme de él mientras daba la dirección y le indicaba el destino al chofer.

Semáforo amarillo, rojo. Frenó, mientras estaba esperando el cambio de luces, miré y fui nombrando: heladería, mujer con dobladillo descosido, paseador de perros con cuatro, seis, ocho, diez animales. El semáforo se puso en verde. Seguimos.

Me bajé. Saludé a Ricardo, el diariero. Hablamos del tiempo, de la humedad, de los huesos que duelen. Compré el periódico y leí: La humedad sigue hasta el jueves. El viernes llueve. Terremoto en la India: dos mil muertos. Nuevo intento para llegar a Marte. Eclipse de luna.

Después de leer los titulares lo doblé, saludé a Ricardo y apuré el paso. En la oficina me esperaba una pila de planillas interminable. Me tranquilizaba saber que no iba a poder levantar ni siquiera la cabeza, desde hacía un tiempo, todo el trabajo que me encomendaban era para ayer.

Cerca del mediodía me acerqué a la ventana y ahí apareció. Corrí hacia la salida. Bajé por la escalera. Tropecé y caí. Me levanté empujando a las personas que se acercaron a ayudarme. Cuando llegué al hall de entrada había desaparecido.

Fui a almorzar. En el barcito leí los carteles anunciando las ofertas: Milanesa con puré mixto, milanesas con ensalada, hamburguesa casera con papas fritas, con queso, con jamón y queso, hamburguesa completa. Cuando terminaba la lista volvía a leer desde el comienzo. Elegí mal, la carne estaba cruda, una gota de aceite cayó en la manga de mi remera. Le pedí soda al mozo y con la punta de la servilleta froté la mancha con fuerza durante un rato. Quedó una aureola a la que le eché sal y otra vez soda.

Caminé de regreso al trabajo. Las esquinas desbordaban de gente. Sentía que me faltaba el aire. Él estaba ahí. Cómo podía ser que siguiera insistiendo.

Me concentré en la tarea. Me equivoqué en una planilla. Rompí la hoja. Comencé otra y me volví a equivocar. Hice un bollo y lo tiré al papelerero. No emboqué. Pasé la tarde haciendo pelotas y tratando de acertar.

Cuando salí del trabajo caminé unas cuadras a pesar de la llovizna que me humedecía lentamente. El temor a su aparición me llevó a entrar a una armería. Apenas entré me arrepentí. Retrocedí tratando de esconderme del empleado. Tropecé al bajar de espaldas los escalones de la entrada. Me corrí y quedé frente a la vidriera. Las armas estaban ordenadas por tamaño, resaltaban apoyadas en escalones cubiertos con un paño verde. Mi ubicación me permitía mirar y recorrer las estanterías; en una esquina había una vitrina con las paredes cubiertas con terciopelo rojo, los fusiles se destacaban sobre ese fondo bermellón. Conté dos, cuatro, seis, ocho. Las pistolas estaban colgadas formando estrellas, las conté, me sobraba una, no podía formar pares. Cuando tuve estudiado el ambiente, y vi que no me observaban, me decidí y entre nuevamente.

El vendedor me mostró varias armas, entre ellas una automática que me pareció una exageración. Tomé tres y las puse sobre el paño que el hombre había extendido en el mostrador. Inmediatamente agarré otra y formé dos pares para respetar la simetría. Yo no entendía nada de armas, de manera que sopesé cada una de ellas. Estuve un rato observándolas hasta que me decidí. Elegí un revolver liviano que tenía una raya en la empuñadura. Estuve un rato discutiendo el precio por ese detalle. La felicidad me invadió. La discusión me había distraído. La envolvieron en una bolsa negra de tela y me la entregaron adentro de una caja.

Antes de entrar al edificio, cuando estaba poniendo la llave en la cerradura, giré la cara y otra vez surgió. Sacudí la cabeza para no verlo.

Dudé si guardar el revólver en el cuarto o llevarlo encima. Tenía miedo: no sabía dónde iba a aparecer.

Decidí dejarlo en el armario, pero afuera de la caja. Lo cargué con las balas que venían en la caja. Me sorprendí pensando que quizás me gustaba su aparición. Me disgustó esa perversión.

Me bañé dejando la cortina de protección abierta, el temor de sentir que alguien las corría de golpe y me encontraba con un hombre cuchillo en mano dispuesto a matarme, me atemorizaba.

Preparé salmón. Abrí una botella de vino con tonalidades rubí y me senté en el sillón frente a la ventana. Allí lo esperaría.

Suspiré. Tenía todo preparado. Si asomaba otra vez el pensamiento del suicidio tenía un arma.

PRESO Y LIBRE

Diana Diskin

El día era soleado, allá arriba, por la pequeña ventana pasaba la luz del sol, en la pared gris se veían, reflejadas en diagonal, las líneas rectas de las rejas. El hombre, acostado, pensaba en la nada, dejó de lado el tiempo, el olor a humedad, los colores neutros y lo áspero de su traje color penal, el lugar no le resultaba dañino, desde hacía tiempo era su casa y eso no le molestaba porque allí encontró su tan ansiada tranquilidad.

Así estaba cuando oyó una voz ronca que le decía: amigo, que bueno, ya pronto sale en libertad. Con sorpresa por lo escuchado contestó: yo desde hace rato que estoy libre, además no me interesa irme, acá estoy bien. Eso no es posible, nadie está bien acá. Pues fíjese que yo sí y para compartir con usted un rato de la tarde, si quiere le cuento porque estoy libre. Pues le oigo, no hay apuro, no tengo visita.

Vea: aprendí que la libertad me la armo solo, no me la da ni me la quita nadie y es por eso que estoy acá. Le voy a definir: lo más detestable era su voz, ese repugnante sonido que retumbaba como un tambor en mi cabeza y le aseguro que lo que hablaba no era mejor, me agredía, me decía que mi persona ya no le importaba y, por mi debilidad, la soporté, apenas le contestaba con un lamento, pasaron así largos años hasta que yo ya no era yo, parecía un pollito detrás de esa mala gallina, aguantaba su desprecio y me sentía sometido, "mandoneado". Yo seguía sin dejar la casa, ella atropellada no decía gracias, nunca sonreía, hasta que un día me harté y casi sin pensarlo lo hice, cuando llegó aguanté un poco, pero allí, cuando comenzó a hablar, en un ratito nomás quedé tranquilo, y así sigo. Encarcelado estaba antes, estaba preso de mí mismo, eso sí que era feo.

Porque, si vamos al caso, la libertad ¿qué es?, no se toca, no se huele, no se ve, sólo se siente, y yo ahora me siento libre desde adentro mío, mire, veo la luz del sol, oigo el aleteo de las palomas, recuerdo el salobre sabor del agua de mar, la frazada es áspera y hay olor a encierro, y sí, así son las cosas, algo de malo siempre tiene que



haber.

Además, acá, como estoy tranquilo y tengo tiempo, suelo verme por dentro, y ¿sabe? cuando me pasa eso me pongo a escribir, escribo lo que me viene a la mente, y aunque por momentos me da tristeza otras veces me hace bien, en ocasiones me reconozco y ahí no me gusta mucho. ¿Ve lo que le decía amigo?, la libertad está en uno, usted decide si la usa y cómo la usa.

Yo soy corto de carácter y de palabras, entonces hice lo que pude para sentirme bien y sí señor, ahora me siento bien.

QUÉ SOLOS QUE ESTÁN LOS MUERTOS

Nélida Fernández

Dejo de lado el libro, y observo por la ventanilla el paisaje, el muro gris mostraba los grafiti que violaban sus paredes en rojo, negro y verde, Los añosos árboles inclinaban sus troncos con el cansancio de los años, la vereda sucia bordeada de residuos abandonados, todo el entorno hablaba de soledad tristeza y abandono. El colectivo dobló la curva de Warnes y avanzó velozmente por el paredón del cementerio hacia su parada Chacarita.

Descendió y avanzó por la entrada del cementerio buscando el camino hacia los nichos.

Fue entonces que, avanzando por la calle de las bóvedas, visualizó la imagen de la abuela abriendo el candado que cerraba la puerta de hierro, se santiguaba frente al altar de la entrada y sacaba el banquito detrás de la puerta de la bóveda para sentarse y recibir el saludo de los concurrentes.

Era el día de todos los muertos y cada familiar, a su manera, rendía culto a los suyos, así desfilaban viudas y viudos que intercambiaban comentarios varios. Acompañar a la abuela en esa fecha, era para mis cortos años una mezcla de angustia e intriga. ¿Cómo era la muerte? podía bajar los escalones y ver los manteles almidonados con puntillas y cruces que cubrían los cajones, ayudaba a cambiar el agua de los jarrones en la canilla del cementerio y luego hacía repetir a la abuela la historia del cajón de María Raffo, la hija de la comadre. Fue por la mañana del día siguiente de su entierro, cuando el cuidador entró a la bóveda para sus tareas de limpieza, encontró el cajón movido y recurrió inmediatamente a informar a las autoridades del cementerio.

María había muerto de catalepsia, los médicos la habían dado por muerta y a las pocas horas había resucitado y tratando de salir del cajón. Había arañado la madera. Cuando pudieron levantar la tapa ya estaba definitivamente muerta por asfixia, lo más escalofriante era ver la tapa del ataúd arañado.

En esos años la muerte se presentaba sólo en las anécdotas de la abuela. Hoy la muerte era la cruda realidad de las chapas de los nichos con los nombres de mis seres queridos, padre, hermanos tíos, abuelos... y el camino que nos conduce hacia el destino final recordando la pregunta de Sócrates antes de la cicuta: ¿Quién puede decir que morir es peor que vivir?

CON SABOR A DOMINGO

Francisca Ferrero

Sobre el ángulo que la pared hace con el cielo raso hay una araña. Desde la tercera cucheta cualquiera podría aplastarla. Que nadie se dé cuenta de este espacio, podrían poner otra cama y sería uno más para respirar, toser, llorar en un espacio de poco más de dos metros cuadrados por tres de alto.

Es domingo, después de las visitas está la cena. Hoy no dan ganas de bajar, el olor, la comida asquerosa, el mal humor generalizado, no, hoy no dan ganas.

En la cuadra medio vacía qué queda más que mirar el techo. Dejarse llevar por el silencio de la gran colmena interrumpido por gritos aislados, golpes, carcajadas nauseabundas.

El silbato del guardia pone en movimiento al comedor, terminaron de cenar, terminó el silencio. Ruido de sillas al caerse, voces que crecen, pies que se ponen en movimiento.

Chirrió la primera reja, los pasos avanzan por el pasillo angosto. Se adivinan los empujones, las patadas, los escupitajos.

La segunda y luego la tercera, el clic de la llave al cerrarse y el piso cansado de la cuadra recibe a ésa manga de desgraciados que busca su lugar junto a las camas. Cada cual ha colocado sobre las paredes descoloridas y mugrientas algo que lo identifica: estampitas, rosarios, fotos o mujeres desnudas para hacerse la paja.

Diego se me acerca: -Guacho, ni siquiera preparaste el mate.

No contestó.

-No importa luego lo preparo yo.

La araña ya ha tejido su tela ahora está quieta y expectante, oye un zumbido. La presa rozó la tela, quiere desprenderse pero la araña rápidamente la inmoviliza, tiene la cena asegurada.

Sin embargo la cuadra no está tranquila, huelo la bronca contenida, es domingo.

Alguien empieza a golpear los pies, poco a poco todos lo imitan, inútil el silbato del guardia.

El gordo Torres se tira de la cucheta alta, grita y grita se tira al suelo y patalea, la cachiporra lo golpea, pero nada.



El topo se vuelve loco, muge como una vaca herida, empieza a temblar y hecha espuma por la boca, se está armando, me tapo los oídos.

El guardia corre a pedir refuerzos pero la cuadra ya es un pandemónium. Vuelan camas rotas y todo tipo de cosas. El humo de un colchón incendiado invade el ambiente. Llegan los guardias con máscaras y armados hasta los dientes. Patricio, el que mató a golpes a su mujer, se abalanza sobre uno de ellos, cierro los ojos. Oigo disparos, golpes, gritos y sirenas con ambulancias y bomberos,

-¿Hay heridos? —Preguntan.

-Sí, varios. Los otros van a descansar por un tiempo en la unidad de máxima seguridad, hasta que se tranquilicen hijos de puta!

Diego se seca la sangre con papel higiénico.

Pienso en ayudarlo, pero me arrepiento.

-¿Querés un poco?

Ahora sí, me hago el dormido.

La araña desde su red, desecha a la mosca, se hace un ovillo y se duerme.

OSCURA EMOCIÓN

Mabel Galarza

¡BASTARDO! le gritó Juan con ira.

Lo conocía a Garaventa desde hacía más o menos cinco años, eran compañeros de la fábrica, no amigos, disputaban siempre el centro de la escena, los dos eran delegados, pero de distintas listas.

Era el cambio de turno, almorzaban en el comedor de la planta, y discutían si adherían o no al paro. La conversación había caído en reproches por las trampas solapadas y traicioneras de Juan cuando, de pronto, Garaventa oyó la palabra bastardo. Una sensación violenta circuló por todo su cuerpo, se le nubló la vista, y en un acceso demencial le tiró la jarra de agua que estaba sobre la mesa. En la mejilla de la cara de Juan un corte comenzó a sangrar fluidamente, sumado el efecto del golpe en la nariz, la sangre corrió por el cuello, la camisa, el piso, siguieron trompadas, insultos, golpes. Con el afán de frenar la pelea, muchos compañeros los rodearon, también se sumaron los curiosos. En minutos fue un verdadero ring.

Ya frente al jefe de personal, Garaventa mudo, endurecido, latiéndole la sien derecha, los ojos irritados con lágrimas y furia contenida no podía pensar ni articular palabra alguna.

Este tipo de episodios eran recurrentes en su vida.

¿Qué pasó Garaventa?

La voz del jefe sonó grave y tajante

No tenía nada para decir, ese viejo resentimiento que había nacido con él nuevamente lo derrotaba, nunca había encontrado palabras para nombrarlo, pero yacía latente, esperando dar muestra de su existencia.

Sentado en esa oficina que le era ajena, todo se mezclaba, “está suspendido sin goce de sueldo”. Casi no oía, zumbaban otras voces en su cabeza, venían de otros tiempos, de situaciones difíciles: “un paso al frente los hijos de madre soltera”.

Fue entonces cuando él y Perico, un despojado de todo como él, quedaron separados de los otros setenta conscriptos del batallón 701 de Zapala. Una mezcla de vergüenza y rabia que sin entender demasiado irritaba. Pasaron muchos años desde aquel día, y siempre rumiando ese dolor.

Fueron muchas veces el hazmerreír de algunos grupos de la compañía.

“Bastardo”, esa palabra era un estigma, se la gritaron tantas veces, en las peleas a la salida de la escuela, o de los bailes...

-¿No piensa responderme, Garaventa?

-Ah, sí, disculpe...

Firme aquí.

El sindicato tomará cartas en el asunto, usted. Es delegado, esto es un mal ejemplo para el resto de la gente.



Un comité formado por el jefe de personal, el gerente de planta, supervisores y encargados debatió las correspondientes censuras.

Garaventa perdió el trabajo, lo que le daba identidad, era marco de referencia y sostén, otra vez quedaba a la intemperie.

RAYUELA

Alicia Grande

Una baldosa negra, otra blanca, otra negra, otra blanca.

Voy saltando sobre las blancas, esquivando las negras. Es una rayuela que me inventé para no aburrirme en la casa de mi abuelo.

Le voy dando puntaje a cada baldosa y voy sumando mientras atravieso el patio. Voy por las blancas y, cuando llego a la otra punta, tengo que volver por las negras. Y sigo sumando puntos.

Puedo pasarme toda la tarde así, mientras mamá conversa no sé qué asunto importante en la cocina.

Debe ser importante porque a través de la ventana, la veo que no me sonrío como siempre.

Hoy la rayuela es más difícil porque tengo que esquivar un charco de agua que quedó de cuando regaron las macetas.

Hace mucho calor y me sacaría las zapatillas para remojarme y chapotear, pero mamá no me deja.

En el fondo hay gallinas y a veces me entretengo tirándoles maíz. Les encanta, se picotean entre ellas para comer primero.

Ya me saqué las zapatillas y me refresco los pies en el charco.

Mamá me mira desde la cocina y no me reta ni me dice nada; ni se da cuenta de que me estoy mojando toda.

Ahora que estoy fresquita voy a seguir juntando puntos en mi rayuela. Blanca, blanca, negra, negra.

Mamá y el abuelo me miran desde la ventana. Serios. Toman mate y sus ojos se clavan en mí.

No sé qué dicen porque, a pesar del calor, cerraron la puerta.

Ahí viene Lobo, el perro de mi abuelo. Me saluda y nos revolcamos abrazados en el patio.

A propósito, piso algunas baldosas flojas para salpicarlo y él se divierte. Ahora mamá me sonrío, pero es una sonrisa rara, forzada.

No importa, sigo con Lobo; me pasa la lengua por la cara y yo escupo con asco. Le

quiero enseñar mi rayuela, pero, pobre, él con cuatro patas no puede saltar baldosas.

Paso un secador y el agua se escurre por la rejilla. El charco desaparece y el abuelo me alcanza un jugo y unas galletas marineras.

Armo una mesita en el patio con unos ladrillos y obligo a Lobo a merendar conmigo, pero no quiere y se va a ladrar a la terraza.

Cuando termino, llevo todo a la cocina y, entonces, mamá me dice un montón de cosas que no entiendo.

No la quiero escuchar. Salgo corriendo y empiezo a saltar como loca en mi rayuela, piso cualquier baldosa, blancas, negras, todas mezcladas.

Ya no me interesa juntar puntos.



LOS PÉNDULOS

Viviana Lerner

La sala del “Gran Teatro” del pueblo estaba colmada, a la espera del comienzo de la función. En el último Boletín del Club Social había aparecido un anuncio destacado: “El sábado 30 de junio se presenta, por única vez, un conjunto extraordinario: “Los Péndulos”, que está recorriendo todos los pueblos de la Provincia. Un espectáculo para grandes y chicos, nunca visto por estos lugares, diferente del cine y del teatro, una nueva propuesta. “No demore en adquirir su entrada, al módico precio de cinco pesos”. También en la fachada y marquesinas del Teatro habían colocado carteles llamativos para atraer a los vecinos.

El día de la función, familias enteras, parejas y grupos de amigos iban llegando con anticipación para ocupar sus asientos. La algarabía era general. Los niños no podían quedarse quietos; hablaban, gritaban, se reían, comían una golosina tras otra y preguntaban insistentemente cuándo empezaba. Querían saber qué eran Los Péndulos, pero obtenían respuestas confusas o reproches del tipo: “hijito, ya pronto verás”, o bien un silencio de interrogación.

A medida que pasaban los minutos y el comienzo del espectáculo se hacía esperar, la inquietud en la sala iba en aumento. No sólo los niños estaban excitados; los grandes también se sentían nerviosos y miraban sus relojes a cada momento. Finalmente, las luces se fueron apagando y las pesadas cortinas que cubrían el escenario se corrieron sin apuro. Los chicos se calmaron un poco, todos se acomodaron en sus butacas, las voces se tornaron susurros, y los susurros en un silencio denso de ojos muy abiertos.

En el mismo instante en que se encendieron las luces del escenario, Los Péndulos invadieron repentinamente todo el teatro; algunas personas saltaron en sus asientos, otros se sorprendieron dando un grito. Algunos Péndulos se descolgaron del cortinado, otros se dejaron caer desde el cielorraso, otros bajaron pegados a las paredes y los restantes llegaron corriendo desde atrás de la platea.



En cuanto se reunieron en el escenario comenzó la música: al principio rítmica y melodiosa; luego, en un paulatino “crescendo”, cada vez más fuerte y desencajada. Cuando la música alcanzó su máximo volumen, había perdido todo rastro de armonía y se había transformado en una sucesión de ruidos y sonidos deformes.

Los Péndulos se movieron, todo el tiempo, al compás de la música, sin abandonar, en ningún momento, su oscilación básica y permanente: va-viene, va-viene. En el tramo inicial, bailaron lentamente, solos o en parejas. Va-viene, va-viene. A medida que los decibeles aumentaban Los Péndulos dejaban de bailar para exhibir otro tipo de habilidades: saltos gigantescos, contorsiones en el aire, volteretas imposibles. Va-viene, va-viene.

De las proezas individuales o en parejas pasaron a las grupales: formaron escaleras que se balanceaban peligrosamente, ding-dong, ding-dong; torres que desaparecían en la altura, ding-dong; obeliscos inclinados que, milagrosamente, se sostenían en el aire mientras el público contenía la respiración. Ding-dong.

Al público le parecía un milagro esa capacidad de Los Péndulos de construir las estructuras más arriesgadas sin dejar de oscilar, cada uno a su propio ritmo -ritmo que se mantenía constante y que cada Péndulo llevaba consigo desde su aparición.

El público aplaudía, se subía a las butacas, saludaba a Los Péndulos con pañuelos y estribillos triunfales.

En un determinado momento, la música empezó a desandar lo andado, del máximo volumen desafinado y tormentoso, pasó a los sonidos desestructurados, y de éstos a la melodía del baile. Los Péndulos se fueron moviendo de acuerdo con la música, revirtiendo el camino. El espectáculo se acercaba a su fin o a su principio. Unos minutos más y Los Péndulos volverían, ding-dong, rodando y arrastrándose hacia sus guaridas. Al darse cuenta de lo que sucedía, el público reaccionó violentamente. No podía admitir que el espectáculo terminara. Entonces, espontáneamente, todos se levantaron, corrieron hacia el proscenio y trataron de hablar con Los Péndulos, para convencerlos de que reanudaran sus piruetas. Pero ellos no escuchaban ni respondían. Estaban cada vez más cerca de sus agujeros en las paredes, de sus huecos en los rincones del teatro. El público comenzó a vociferar, a amenazar, a ordenarles a Los Péndulos que no se ocultaran, que volvieran.

El público no sabía que no se debe contrariar a Los Péndulos, ni gritarles, ni cercarlos ni, mucho menos, impartirles órdenes. Tanto los persiguió la gente, hurgando en sus

escondites, tratando de abrir las grietas del piso, quebrando las fisuras de las paredes para sacarlos, que Los Péndulos decidieron poner en práctica la respuesta que, desde siempre, tienen preparada para estos casos.

A la mañana siguiente, cuando el personal de limpieza entró a la sala, se horrorizó al ver apilados sobre el escenario, pasillos, butacas, pilas y pilas de muñecos desfigurados.

En el aire enrarecido del teatro, parecía escucharse un eco infinito: viene-va, viene-va, ding-dong, ding-dong.



ENCUENTRO

Eduardo López

No hubo tratamiento posible sobre los cabellos pajizos cayendo sin gracia sobre la frente, que, castigada sin piedad por la luz de la lámpara del bar, mostraba en las desleídas manchas color manteca, el inevitable paso del tiempo. Los ojos, inexpressivos, parecían inclinarse forzados por el estiramiento de la piel que luchaba por volver a su posición natural, perdida en desigual batalla con los cirujanos intervinientes sobre ella y en los labios caídos, hinchados, que al entreabrirse permitían ver una dentadura impecable en la que implantes y fundas devolvían algo de su antigua lozanía. Erguida en la silla, acodados en la mesa, sus brazos ponían entre paréntesis una aburrida taza de café. Los gestos medidos, la trabajada seda de su blusa ocultando los colgajos del cuello y la fina orfebrería de sus pendientes hablaban de una sólida posición económica. Me gusta verla así, altanera, soberbia, con la pollera negra y los zapatos de charol que lució el día de mi entierro. Mira hacia las sombras y le cuenta a José de mi graduación en el Colegio Militar, los hijos que tuvimos, los viajes, los destinos, los desfiles, la muerte de sus padres, las noches de insomnio, la inseguridad de su viudez... Nada denota el rostro cubierto por la pátina del maquillaje... Él, protegido en la oscuridad del otro lado de la mesa, simplemente escucha. Recuerda otra mesa, busca los ojos que lo persiguieron en las noches de los últimos treinta años y sólo encuentra esa marioneta que recita bajo la luz pasajes de su desabrida existencia. Mi esposa en vida y el novio de la adolescencia detenidos en la mesa del bar. Ella iluminada, él en penumbras semejan una escena de teatro de Pollock... sólo atina a decir: ¿Te acordás cuando hicimos Brech? La mano de ella se desliza hacia la oscuridad, con crueldad, la luz desnuda los movimientos de ese animal arrugado que reptaba en la mesa hacia la de José... ¿Cómo pudiste casarte con un milico? Creo oír y lo imagino retaceando sus dedos de oficinista mientras maldice los nuevos tiempos, el Facebook y esa estúpida idea de volver a verla.



LA VENTA

Silvia Rava

Después de lo acontecido decidí vender mi casa. Era necesario, imprescindible para poder seguir viviendo. No pensaba que el cambio iba a borrar todo, pero quizá, aliviaría. Treinta y dos años no es poco. Toda una vida. En esas paredes estaban escritas las historias más queridas que con el paso del tiempo se habían transformado en momentos que en el recuerdo eran felices y a la vez, por el mismo motivo, dolorosos. El living con sus tres sillas, el sillón de tres cuerpos, la cocina por la que habían pasado el olorcito a torta y milanesas, el balcón con sus plantas que alguna vez fueron hermosas, mi dormitorio, habitáculo de soledad, de sueños no cumplidos, de techo blanco opacado por noches de insomnio y el cuarto de los chicos que se había vuelto grande con sus paredes empapeladas de posters. En una lucía la voluptuosa Pamela Anderson con su excitante mirada junto a otros de Nirvana, Ozzy, AC-DC que se enfrentaban a un gran Bochini escoltando un banderín del Rey de copas. Más allá el equipo de música, los CD, los videos y la compu. Estaban sus vidas enteras, sus voces sus gritos, sus risas, mi voz acallándolos. Mi entrada a las seis de la tarde, cansada después de ocho horas de escuela, de malhumor pero feliz de llegar a mi guarida con los míos. Todo me contaba mi historia que no quería recordarla más. Además, ya no era la misma casa. Su color se había desteñido y no era porque le faltaba una mano de pintura. Lo decidí. Iba a vender mis recuerdos. Que los comprara otro. Que otro se hiciera cargo. Yo no podía con ellos. Los daba al mejor postor. Living, dos dormitorios, baño, cocina, balcón y hasta los muebles si los quería (menos el sillón que era nuevo) Hasta el barrio vendía. De un ilustre barrio me iría a otro de callecitas apacibles y amigables. Todo estaba en liquidación: las elegantes esquinas con bares de moda, las hermosas avenidas, los locales de diseño, los restó. A cambio de un refugio tranquilo con vista al cielo para no ser tan desagradecida. Y así fue. El señor de la inmobiliaria lo vendió rápido. Estaba bien ubicado. La búsqueda de otro departamento me tuvo tan ocupada que no pensaba en nada. ¡Eso sí que era bueno! Me mudé. Compré muebles nuevos. Estaba conforme y tranquila. Pero (siempre hay un pero), un día, que estaba en el balcón mirando la gente pasar y escuchando música, sentí que golpeaban a la puerta. Serían la las ocho y media o



nueve de la noche ¿quién sería? ¿No tocaban timbre? Enfoqué mi ojo en la mirilla y no había nadie (justo ese día había cobrado la jubilación) No abrí. Nuevamente los golpes. ¿Quién es? pregunté apoyando mi mejilla en la puerta. Un perfume conocido se filtraba por donde podía filtrarse. Como empujada por una fuerza que me hizo perder el miedo, puse la mano en el picaporte, di vuelta la llave y abrí. Una oleada a lavanda inglesa, a olorcito a torta, a pizza recién horneada, a aceite de bicicletas, a remeras transpiradas, a amor recién hecho me invadió. Fueron entrando lentamente, uno a uno apoderándose de mi nueva casa. La venta había sido una estafa.



GITANOS

Mirta Saiegh

Te dije que mires por la ventana.

Fíjate si no están en la puerta, ¿pusiste el pasador?, esos me están vigilando. Me asomo y los veo, ellos se dan cuenta y rápido se esconden atrás del árbol. Sí, son esos que están ahí, abajo, ése es uno de ellos, lo reconocí.

Yo te dije que nos iba a traer problemas eso de tratar con los gitanos, es gente rara, viste que si quieren te echan una maldición y sonaste, bueno, ahora estoy en manos de esa gente, y eso que yo no estoy loco para dejar que me lean las manos.

Siempre decían que esa gente se roba los chicos. Cuando salíamos a jugar en la esquina de casa, ¿te acordás? Corríamos cuando nos veían. No, si yo esto no lo traigo desde chico, vos igual que todos, querés hacerme creer que todo me pasa por papá y mamá y lo que me hicieron de chico, no entendés nada, igual que ese médico que me atiende, cada vez que voy me vuelve a preguntar por lo mismo, que le importa cómo eran en casa, si papá tomaba alcohol o si mamá se quedaba todo el día en la cama, él quiere saber porque es un curioso, como todos esos, pero a mí no me saca ni una palabra, no pienso decirle a nadie lo nuestro.

Con vos sí hablo, porque sos mi hermana y no me vas a hacer nada, vos sos buena, tenés cara y ojos de buena, aunque a veces te veo y me asustas. Sí, cuando te parás al lado de mi cama y me mirás. Vos crees que no me doy cuenta, pero yo me hago el dormido y escucho; sí, yo escucho todo, por ejemplo cuando la vecina de arriba abre las canillas, cuando me habla el señor del televisor, tengo que estar muy atento.

Sabés que hay gente que duerme con los ojos abiertos; sí, créeme, lo leí en una revista, no todos tienen que cerrar los ojos, así, mirá, como si ahora que te hablo estuviera dormido, y mi mirada vos crees que te mira pero no, yo miro para adentro y zas... me quedo dormido y vos ni te das cuenta, y sueño y todo, cuando quiero soñar sueño, si no quiero le digo al sueño que no venga y me hace caso.



Ves que otra vez está ese hombre, vení acércate a la ventana, ves ese de ahí, es el que le firmé los papeles cuando compré el auto, ese quiere sacarme el auto, o tal vez, ahora que yo lo tengo y tengo sus papeles, se va a saber que él se lo robó, por eso me sigue, ahora sabe que yo puedo saber quién es él, para mí es toda una banda; sí, de esos mismos que se roban los chicos, de todo te hacen, ahora me tienen agarrado así a mí. Si voy y los denuncio es peor, la policía no me va a creer y me van a encerrar a mí, van a creer que yo lo robé, pensé en ir y decirles que se los devuelvo, que me den la plata, bueno aunque si quieren que se queden con la plata pero que me dejen tranquilo, yo no voy a decir nada. Pero si voy es peor porque se van a creer que yo los descubrí, entonces soy cómplice; y sí, mejor es que no salga.

Llamá al trabajo y decíle que no voy, estoy enfermo, me voy a quedar acá en casa. No, no es idea mía, siempre desconfías de mí, ¿por qué me hacés esto? Si vos sos la única que me entiende.

Otra vez tengo el gusano del estómago que me pide comida, un sánguche de salame, y que tiene, por qué me gritás, o vos cuando tenés miedo, no comés igual. Me voy a portar bien, no me grites, lo que pasó en la cocina no fue culpa mía; sí, tenía que prender el fuego, había muchos microbios por ahí, o vos no escuchaste que todos esos te enferman, tenés que limpiar bien, con la lavandina no alcanza, yo leí en una revista que hay que quemar todo para que no se pudran las cosas, como hacen en las guerras con los muertos; sí, también lo leí en una revista, y después no queda nada, respiras y te curas. Vos no entendés, ¿sabés quién soy? El médico que todo lo cura, y si no me haces caso a mí también, vos te vas a enfermar, no ves que te cuido.

¿Qué estás diciendo? Que yo no compré ningún auto, pero nena, no viste toda la plata que tenía juntada en la latita, ¿que no se manejar? Por qué no mirás mi carné con foto, si la foto es de otra revista, había un actor que me gustaba mucho, total así queda más lindo el carné.

Yo no me meto con tus cosas, por qué te metes con las mías, yo no quiero que llames al doctor, ni que le pidas que me dé más medicación, con esas pastillas me está matando, cada vez que me las da yo las escondo y las escupo después, a mí no me van a agarrar. No te desesperes, si te ve papá, qué va a decir, tenés que hacer un sacrificio, todos nacimos para hacer un sacrificio. No te preocupes, yo estoy bien, hoy le prendemos una vela al santo de la estampita y mañana los gitanos no nos molestan más.

LA OTRA MAMÁ

Mary Tesey

Oscilaba.

Sobre su tierna frente sin arrugas, sin manchas ni pecas, con la lozanía de su tierna infancia, el mechón del flequillo de Tomás –oscilaba.

Parecía un limpia-parabrisas.

A veces, Tomás lo seguía con la mirada provocando un gracioso bailoteo de sus pupilas; después, se cansaba y arremetía por el mundo, ya sea caminando, corriendo o trepado en su triciclo en la vorágine de sus tres años.

Desde que tenía sólo uno, el rebelde mechón se insinuó y ya no dejó de caer blandamente en la mitad de su frente. El caso es que Tomás se acostumbró, y así dividido, empezó a ver las cosas de a dos: dos mamás, dos papás, dos árboles, dos caminos...

Cuando se dieron cuenta, decidieron cortar el famoso flequillo. Marcharon en procesión: la abuela, mamá, papá, su hermana Victoria y Pancho, el pichicho, hacia lo de Juan, el peluquero. Contaban que tenía juguetes que prestaba a sus pequeños clientes mientras él llevaba a cabo la tortura.

Ya en el sillón, Tomás vio en el espejo su rostro dividido por última vez, guardando para siempre esa imagen feliz.

Cuando regresaban, hizo todo el camino taciturno, casi triste.

Al llegar a la casa preguntó a su mamá mirándola fijamente:

¿Y la “otra” mamá?



CENTROS CULTURALES DEL PROGRAMA CULTURAL EN BARRIOS

Centro Cultural ALBERTO OLMEDO

Luis Viale 1052 - 4541/8369 (Caballito / Comuna 6)

Coordinadora: **Graciela Gattorna**

Centro Cultural ALFONSINA STORNI

Tucumán 3233 - 4862/1275 (Balvanera / Comuna 3)

Coordinadora: **Fabiana Sidero**

Centro Cultural ANÍBAL TROILO

Gorriti 5740 - 4771/6292 (Palermo / Comuna 14)

Coordinadora: **Sara Seminario**

Centro Cultural ARTES DE PARQUE CHACABUCO

Cachimayo 1657 - 4921/5445 (Parque Chacabuco / Comuna 7)

Coordinadora: **Gabriela Cano**

Centro Cultural BALDOMERO FERNÁNDEZ MORENO

Mercedes 1405 - 4566/3743 (Floresta / Comuna 10)

Coordinador: **Claudio Giordano**

Centro Cultural BARRIO COPELLO

Av. Dellepiane Norte 4900 - 4601/0656 (Villa Lugano / Comuna 8)

Coordinador: **Martín Bernardos**

Centro Cultural BARRIO RIVADAVIA

Cobo y Curapaligüe - 4632/9683 (Parque Chacabuco / Comuna 7)

Coordinador: **Jorge Garbín**



Centro Cultural BELGRANO R

La Pampa 3855 - 4552/0867 (Villa Urquiza / Comuna 13)

Coordinador: Fabián García

Centro Cultural CEPNA

Murguiondo 4361 - 4638/2517 (Villa Lugano / Comuna 8)

Coordinadora: **María Cristina Méndez**

Centro Cultural COLEGIALES

Conde 943 - 4552/1228 (Colegiales / Comuna 13)

Coordinadora: **Silvia Corfano**

Centro Cultural DEL BAJO FLORES

Av. Riestra 1650 - 4921/7731 (Parque Chacabuco / Comuna 7)

Coordinadora: **Graciela Vignola**

Centro Cultural DEVOTO - VILLA DEL PARQUE

Nueva York 4169 - 4501/0449 o 4502/2684 (Villa Devoto / Comuna 11)

Coordinadora: **Beatriz Maubecin**

Centro Cultural DISCEPOLÍN

Tronador 4134 - 4541/6001 (Saavedra / 12)

Coordinador: **Juan Carlos Trichilo**

Centro Cultural EL ETERNAUTA

Eleodoro Lobos 437 - 4982/9706 (Caballito / Comuna 6)

Coordinador: **Leandro Lopardo**

Centro Cultural EL TALLER

Elpidio González 4967 (Montecastro / Comuna 10)

Coordinadora: **Noemí Matucci**

Centro Cultural ELADIA BLÁZQUEZ

Av. Rabanal 2275 - 4918/4803 (Villa Soldati / Comuna 8)

Coordinador: **Marcelo Castro**

Centro Cultural ELÍAS CASTELNUOVO

Montiel 1041 - 4641/3921 (Liniers / Comuna 9)

Coordinadora: **Alejandra Wasser**

Centro Cultural FORTUNATO LACÁMERA

Av. San Juan 353 - 4361/6823 (San Telmo / Comuna 1)

Coordinadora: **Liliana Rostagno**

Centro Cultural HOMERO MANZI

Tilcara 3365 - 4918/7654 (Nueva Pompeya / Comuna 4)

Coordinadora: **Ana María Arias**

Centro Cultural JUAN CARLOS CASTAGNINO

Av. Gral. Paz y 2 de Abril - 4601/5838 (Villa Lugano / Comuna 8)

Coordinadora: **Alicia Ippolito**

Centro Cultural JULIO CORTÁZAR

O'Higgins 3050 - 4701/3400 (Núñez / Comuna 13)

Coordinador: **Rodrigo Vázquez**

Centro Cultural LA CASITA DE LA SELVA

Pje. La Selva 4022 - 4672/5708 (Vélez Sarsfield / Comuna 10)

Coordinadora: **Gabriela Alonso**

Centro Cultural LA PATERNAL

Caracas 1249 - 4581/1874 (Villa Mitre / Comuna 11)

Coordinadora: **Egle Almada**

Centro Cultural LA USINA

Santo Domingo 2752 - 4301/8766 (Barracas / Comuna 4)

Coordinadora: **Susana Barbera**

Centro Cultural LINO E. SPILIMBERGO

Roque Pérez 3545 - 4542/9918 (Saavedra / Comuna 12)

Coordinadora: **Alicia Ameijenda**

Centro Cultural LOLA MORA

Río de Janeiro 946 - 4983/5877 o 4862/7245 (Caballito / Comuna 6)

Coordinadora: **Lidia Sosa Oroná de Colimodio**

Centro Cultural MACEDONIO FERNÁNDEZ

Martiniano Leguizamón 1470 - 4687/0063 (Mataderos / Comuna 9)

Coordinador: **Enrique Papatino**

Centro Cultural NICOLÁS OLIVARI

Castro 954 - 4931/1524 (Boedo / Comuna 5)

Coordinadora: **Dana Micaela Ramos**

Centro Cultural NUESTRA TIERRA

Iriarte y Montesquieu - 4302/4324 (Barracas / Comuna 4)

Coordinadora: **Luisa Boggiano**

Centro Cultural OSVALDO PUGLIESE

Aráoz 234 - 4854-6778 (Villa Crespo / Comuna 15)

Coordinador: **Aníbal Barengo**

Centro Cultural ROBERTO ARLT

Av. Avellaneda 2547 - 4613/8304 (Flores / Comuna 7)

Coordinadora: **Tamara Alonso**

Centro Cultural ROBERTO SANTORO

Giribone 1961 - 4552/1690 (Villa Ortúzar / Comuna 15)

Coordinadora: **Lucía Sammartino**

Centro Cultural SALADIYO

Berón de Astrada 5920 - 4605/0785 (Villa Lugano / Comuna 8)

Coordinador: **Luciano Palermo**

Centro Cultural SEBASTIÁN PIANA

Puán 360 - 4432/4515 (Caballito / Comuna 6)

Coordinador: **Facundo Somolinos**

Centro Cultural TATO BORES

Soler 3929 - 4824/6364 (Palermo / Comuna 14)

Coordinadora: **Lucero Bruschtein Villa**

Centro Cultural VERSALLES

Bruselas 785 - 4641/2722 (Versalles / Comuna 10)

Coordinador: **Pablo Corti**

Jefe de Gobierno
Ing. Mauricio Macri

Vicejefa de Gobierno
Lic. María Eugenia Vidal

Ministro de Cultura
Ing. Hernán Lombardi

Subsecretario de Gestión Cultural
Lic. Alejandro Damián Gómez

Director General de Promoción Cultural
Lic. Guillermo González Heredia

Gerente Operativo de Promoción Sociocultural
Carlos Diviesti

Coordinador General Programa Cultural en Barrios
Juan Guigou



PROGRAMA CULTURAL
EN **BARRIOS**